

Francisca Josefa de Castillo,

VIDA

de Guevara

DE LA

**V. M. FRANCISCA JOSEFA DE LA
CONCEPCION,**

RELIGIOSA DEL CONVENTO DE STA. CLARA

DE LA

CIUDAD DE TUNJA

EN EL

NUEBO REYNO DE GRANADA.

~~~~~  
**ESCRITA POR ELLA MISMA,**

DE ORDEN DE SUS CONFESORES.

~~~~~  
DADA A LUZ POR

DON ANTONIO MARIA DE CASTILLO

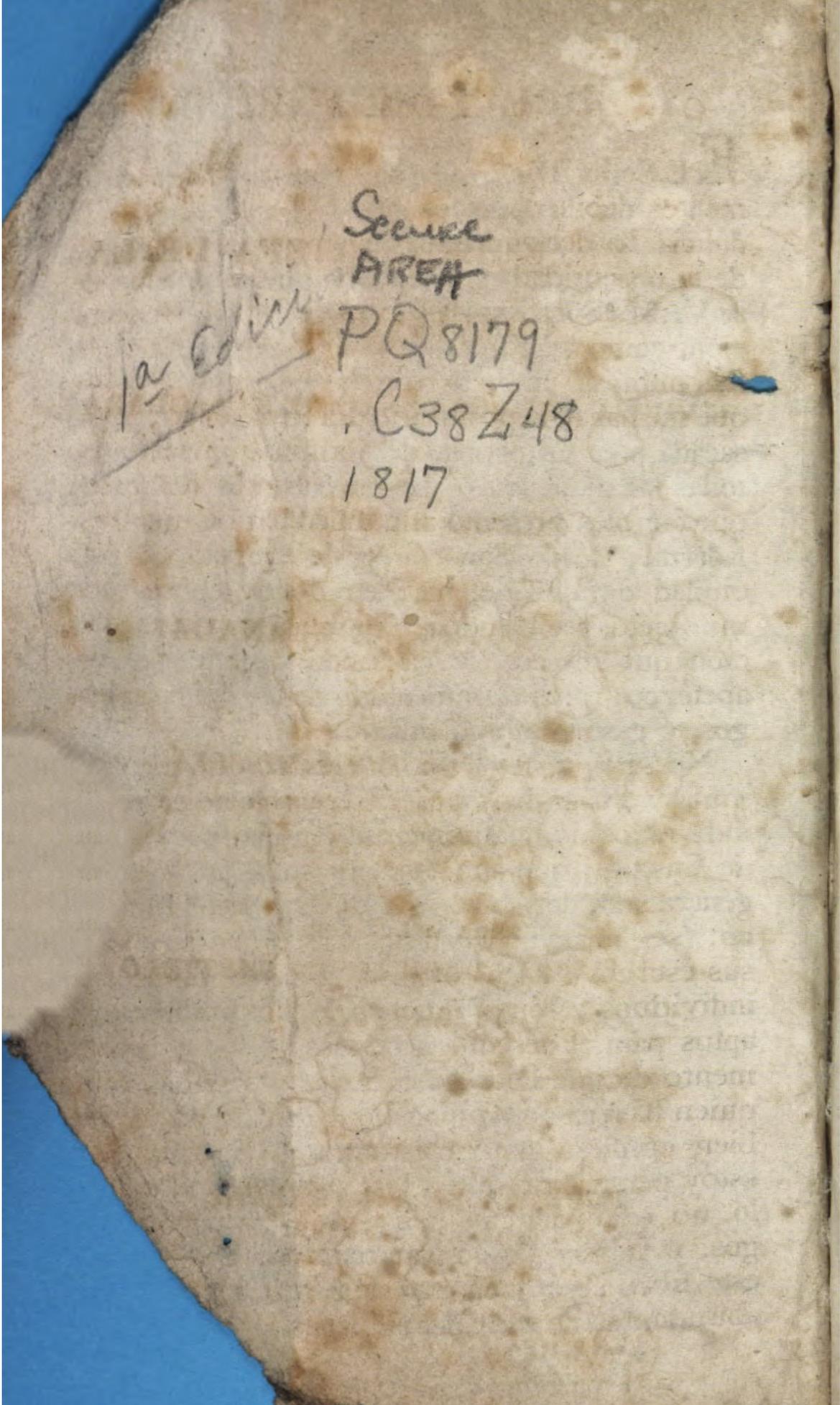
F. ALARCON.

~~~~~  
**IMPRESA EN FILADELFA,**

FOR T. H. PALMER.

~~~~~  
AÑO DE 1817.

*jn
1817*



DEL EDICTOR.

6-3-68
EL Señor Dios, que suele hacér uso de instrumentos debiles para los fines de su alta providencia, ha determinado, que yo sea el que saque de la obscuridad, y olvido, la admirable vida de la V. M. Sor. Francisca Josefa de la Concepcion, como tengo la satisfaccion de darla á la luz publica, impresa con la exactitud, y aseo, que me han sido posibles; para cuya consecucion, sacada por mi, copia del original, practicadas todas las diligencias, y comprobantes del caso; que tambien presento al publico; tube que trasladarme, desde Santa Fée de Bogotà, à esta ciudad de Philadelphia; en donde conseguido mi objeto, recibiendo la el publico con la aceptacion que merece, y causando los efectos que apetezco; quedo compensado de las fatigas, riesgos, y gastos que he sufrido.

No seria sincero, sino confesase, que me estimula y alhaga bastante, el ser yo electo entre los individuos de una numerosa familia, como es la de Castillo; que aun contando solo con la tercera generacion de la V. M., de la qual pronosticó, (segun tradicion) que seria quien publicase sus escritos; llega solo esta à cerca de treinta individuos varones, muchos de ellos pudientes, y aptos para el desempeño: mas yo soy el instrumento de que Dios N. S. se ha servido, y sobre quien ha recaido el pronostico, de la V. M. Tambien confieso que me estimula mi interés, pues estoy persuadido que de esta negociacion vinculo, no solo para mis sucesores, parientes, amigos, y paisanos, sino para todo cristiano que lea este libro con buen espiritu, frutos pingües, y abundantes de verdaderos bienes.

Asi mismo, van insertas en este volumen, las cartas que los confesores de la V. M. le dirigan, alentandola en sus padecimientos, y exortandola, y aun prescribiendole, escriviese su vida, y sentimientos espirituales: todo lo que presento al publico; protextando ser mi intencion conforme con las determinaciones de la Santa Sede Apostolica, y especialmente con el decreto del Sor. Urbano VIII.

Seria mi satisfaccion completa, si en esta edicion pudiera insertar, los sentimientos espirituales, elevaciones, grados de amor, consideraciones, y demas sublimes escritos de la V. M. Francisca; de los que, aunque emprendi sacar una copia al efecto, como son tan extensos, no me alcansò el tiempo: mas no pierdo la esperanza de que en breve se hagan patentes estos tesoros ocultos; pues quando yo no lo pueda hacer, creo habrà muchos, que solicitos de la honra de Dios; devotos de la V. M., y amantes de su patria, lo hagan; estimulandolos à ello, la lectura de esta admirable vida.

A los misticos, y contemplativos toca exponer, lo que la modestia no permitia à la escritora. A los versados en los arcanos de la Divina Gracia, pertenece desenvolvér los tesoros de ella, manifestando las relebantes virtudes, favores celestiales, padecimientos; y la uncion espiritual, que ella havia recibido de aquel Dios, que es admirable en sus Santos. Por el imploro la aplicacion de los hombres espirituales; y pido al piadoso Lector, perdone los defectos de esta imprecion.

ANTONIO MARIA DE CASTILLO
Y ALARCON.

DEDICATORIA.

SIENDO fruto de mi diligencia, el que esta obra salga á luz, ¿ á quien tengo de dedicarla, sinó á la persona que debo mas obligaciones sobre la tierra, al que me ha dado el ser, y causa la felicidad de mi vida? A mi padre el Sr. Dn. Joaquin de Castillo Sanz de Santamaria, á quien de derecho corresponde esta corta demostracion de mi reconocimiento, y al que por sus virtudes es digno descendiente de la autora de esta vida.

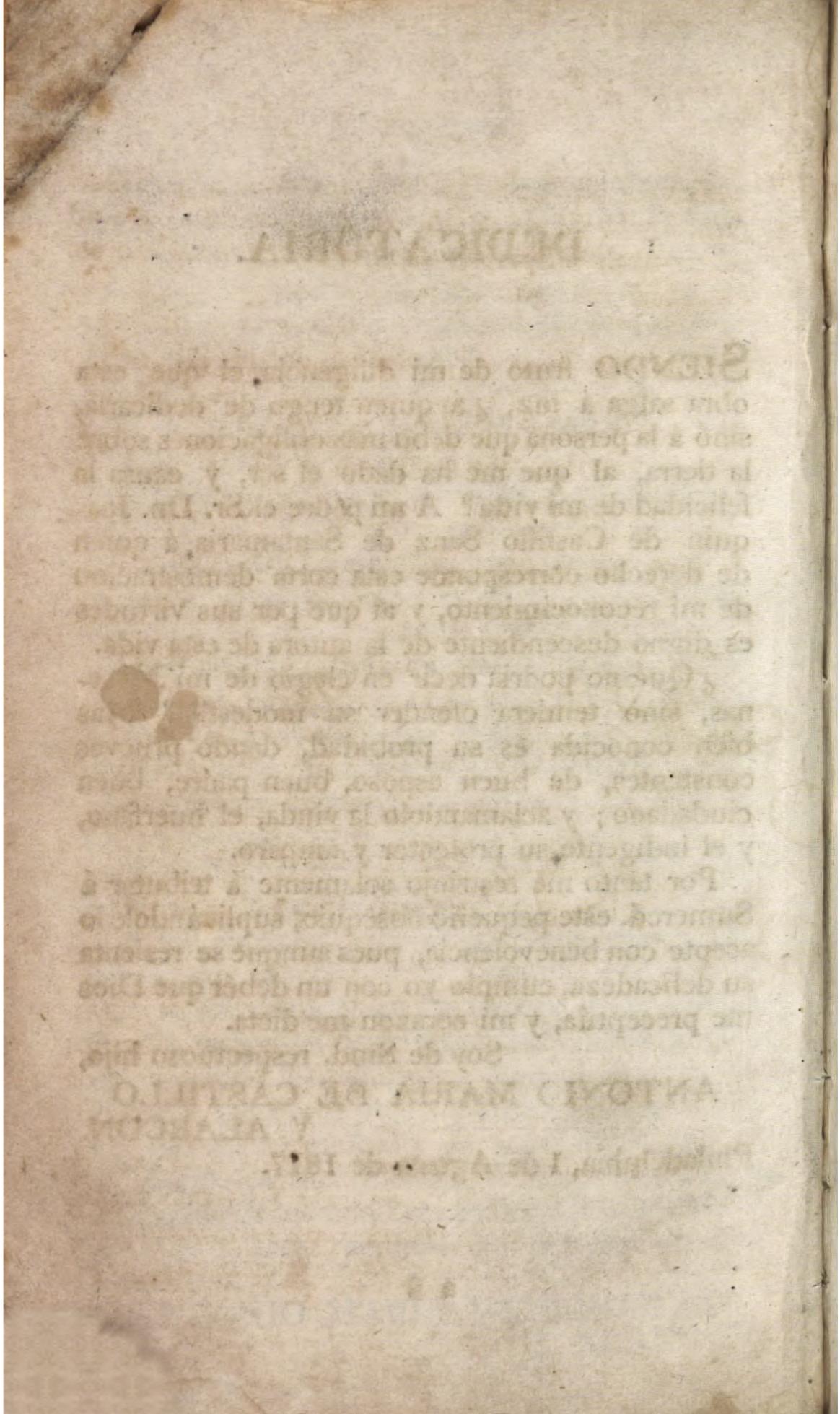
¿ Que no podria decir en elegio de mi Mesenas, sinò temiera ofender su modestia? Mas bien conocida és su probidad, dando pruebas constantes, de buen esposo, buen padre, buen ciudadano; y aclamandolo la viuda, el huérfano, y el indigente, su protector y amparo.

Por tanto me restrinjo solamente á tributar á Sumercd. este pequeño obsequio, suplicándole lo acepte con benevolencia, pues aunque se resienta su delicadeza, cumplo yo con un debér que Dios me preceptúa, y mi corazon me dicta.

Soy de Smd. respetuoso hijo,

**ANTONIO MARIA DE CASTILLO
Y ALARCON.**

Philadelphia, 1 de Agosto de 1817.



Lo que sigue, se halla de letra de D. Francisco Domingues de Urrejolaheitia,* encuadernado al principio de la primer parte de los escritos de la V. M. Francisca.

Breve noticia de la patria y padres de la V. M. y observante Religiosa Francisca Josefa de la Concepcion Abadeza que fue tres veces del Real Convento de Sta. Clara de Tunja, de quien son los sentimientos espirituales y vida que siguen, encuadernados en este volumen y otro, escritos por ella misma de mandato de sus confesores.

YACE la ciudad de Tunja capital de su dilatada provincia en el N. R. de Granada en 4 grados de latitud Septentrional, casi al Norte de la de

* Este caballero, fue natural de Laguna de Cameros en Castilla la vieja, y habiendo pasado en su juventud al N. R. de Granada, obtuvo por S. M. varios empleos en la milicia, hasta el grado

Sta. Fee, 22 leguas de ella. Fundola Gonzalo Suares Rendon en 6 de Agto. de 1539, en el mismo sitio donde tenia su corte el famoso cacique que le dio nombre. El año de 1541 le despachó el Rey titulo de ciudad y armas, que son las de Castilla y Leon, abrazando los quatro escudos una Aguila de dos cabezas, coronadas de oro, con el toyzon pendiente de las alas; y una granada en un triangulo debajo de los quarteles. Poblaronla los principales conquistadores, llegó á tener setenta Encomenderos de Yndios, con cuyas crecidas rentas, se mantenian otras tantas familias nobles. Con este ingreso, y el de su comercio de frutos y manufacturas propias, crecio en opulencia y vecindario. Tiene tres parroquias y conventos de Sta. Domingo, Sn. Francisco, Sn. Agustin, Sn. Juan de Dios, Recoletos de Sn. Agustin, Colegio de la Compañia, y dos de Monjas, Sta. Clara, y la Concepcion. Sus edificios son de muy buena fabrica y ostentacion, con buenas portadas en las casas, y muchos escudos de armas en ellas. Se comprehenden en su distrito varias ciudades y vi-

de Teniente Coronel de los R. E., el Gobierno de los Llanos, y los principales empleos del cabildo de Santa Fee capital del mismo N. R., adquiriendose por su providad y talentos la estimacion de los Vi-Reyes, y demas personas de distincion, con el amor de todos los habitantes de dha. ciudad, donde fue casado con Da. Rosa de Castillo y Leon, Sobrina segunda de la V. M. Francisca.

llas, muchas parroquias de españoles, y pueblos de Yndios. Por esto llego à ser su corregimiento empleo de los mas apetecibles y buscados, à nombramiento de S. M.; como asi mismo, el de su Teniente-general Jurista.

A esta ciudad vino de los Reynos de España el año de 1661, con el empleo de su Teniente de Corregidor y Alcalde mayor de Minas, nombrado por S. M. el Licdo. Dn. Francisco Ventura de Castillo y Toledo, jurista, natural de la Villa de Yllescas del Arzobispado de Toledo en Castilla la Nueva, Caballero hijo-dalgo notorio, de sangre en posesion y propiedad, de mucha distincion y noblesa; como lo refiere D. Juan Flores de Ocariz en su Nobiliario de este N. R. libro 1º, arbol 3º, paragrafo 89 à 91, y con mas extension é individualidad, la executoria é informacion que alli cita, que para en poder de sus descendientes, en donde consta la antigüedad y mucho lustre de su casa, una misma con la del Conde de Chinchón, Marques de Velez, Marques de Villadarias, Marques del Villar, y otros grandes Sres.; y que quando saliò de su patria, tenia muchos primos, tios, y parientes inmediatos por los quatro costados, caballeros de todas las Ordenes militares de España y Sn. Juan, como lo probò en la citada informacion, actuada en 1660 para pasar à Yndias al uso de su empleo, en la dha. villa de Yllescas, ante su Teniente de Corregidor, y por ante Bernabe Caballero escrivano publico del numero, Ayuntamiento, y comisiones de ella, comprobado en forma. Fue hijo legitimo de D. Pedro de Castillo y Toledo, y de su muger Da.

Catalina de Guevara y Castillo, nieto paterno de Dn. Gaspar de Castillo y Toledo, y de Da. Elvira Piñan Castillo, nieto materno de Dn. Juan de Guevara y Castillo, y de Da. Juana de Olarte y Herrera su muger. Se recibió al uso y exercisio de su empleo de Teniente Gral. de Corregidor en 5 de Junio de 1661, como parece en el Libro respectibo del Cabildo Justicia y regimiento de la misma ciudad de Tunja, cuyo oficio sirvió muchos años con general aceptacion, y habiendolo dexado, fué Alcalde ordinario de la propia ciudad, y tubo otros empleos de honor y comisiones, en especial de embajadas à los Presidentes de Sta. Fee, y entre ellos à D. Francisco de Castillo y la Concha, que era su pariente.

Casose en 4 de Febrero de 1662, como parece del Libro de aquel tiempo de la parroquia de las Nieves de dha. ciudad, à foxas 120, y lo refiere D. Juan Flores de Ocariz en los lugares citados, con Da. Maria de Guevara Niño, y Roxás, natural de dha. ciudad, hija lexitima del Alcalde provincial de la Hermandad, Diego de Guevara, y de su muger Da. Maria Niño y Roxas, nieta paterna de Juan de Guevara, natural de la Villa de Manurga en el Señorío de Vizcaya, (que fue Alcalde dos veces en la misma ciudad, y fundò mayorazgo) y de su muger Da. Francisca del Aguila, originaria de Vilvao, nieta materna de Francisco Niño Bueno, natural de Palos de Moguer, y de su muger Da. Francisca de Roxas, hija del capitan Martin de Roxas, y de su muger Da. Catalina de Sanabria, que fué hermana entera de Da. Juana Masias de Fi-

gueroa, que con su marido Francisco Salguero fundó el Rl. Convento de Sta. Clara de Tunja el primero de este N. R. ; como se puede ver en D. Juan Flores de Ocaris, tomo 1º, preludeio nº 217, arbol 13, tomo 2º, de Gonzalo Masias, 8, 1, 3, y 4, y 28, arbol 3º de Gonzalo Suares Rendon, párrafos 86, 87, 88, 89. Y el Martin de Roxas, fué natural de Antequera, y mayorazgo en ella de la casa de los Marqueses de Poza, y de quien descenden los Roxas y Contreras, bien conocidos en Madrid, y el Marqués de Albentós, cuyos ascendientes fueron de Tunja á poseer el dho. Mayorazgo. De Martin de Roxas, y de su mucha nobleza, trata el citado autor Ocariz, libro 1º, arbol 3º, paragrafo 86 y 87, y libro 2º, arbol 13, paragrafos 4, hasta el 28, inclusive.

De tan ilustres y cristianos padres, fueron hijos Da. Francisca Josefa de Castillo, y Guevara, en el Siglo, y en la Religion la Mádre Francisca Josefa de la Concepcion, Da. Catalina de Castillo, que casó con el Gobernador Dn. Jose de Enciso y Cardenas, y viuda sin sucesion tomó el habito, y murió profesa en el mismo Convento de Sta. Clara, en el que renunció mucha parte de su crecida hacienda. Otra Da. N. de Castillo, que casó con D. N. Camacho, con sucesion, y D. Pedro Antonio Diego de Castillo y Guevara, Encomendero de Paypa, y con muchos empleos de honor, que casó en la ciudad de Sta. Fee, con Da. Maria Josefa de Cayzedo, y tubieron seis hijas, que todas entraron y profesaron de Religiosas en el propio Convento de Sta. Cla-

ra de Tunja ; dos varones religiosos sacerdotes de la Compañia de Jesus ; el D. D. Juan Estevan Presbitero, el Maestro de Campo D. Francisco de Castillo, que no tubo sucesion en dos matrimonios, y Dn. Luis Ygnacio de Castillo y Cayzedo, que heredó el mayorazgo, y en tres matrimonios tiene dilatada sucesion. Y de los dhos. sus hermanos D. Pedro Antonio, y Da. Catalina habla nuestra V., en los paragrafos de su vida varias veces.

Nació nuestra Da. Francisca Josefa de Castillo y Guevara el año de 1671, dia de San Bruno, que pareció le manifestaba el Cielo, quan imitadora habia de sér de este bien aventurado Santo, en el retiro, abstraccion del mundo, y silencio de su vida. La bautizó inmediatamente el P. Diego Solano de la Compañia de Jesus, que como confesor de su madre, y por el grande peligro en que se vió, asistió á su parto. A pocos dias de nacida la tubieron por muerta, y sanó repentinamente. Aun no podia hablar y con grande espanto, le dixo un dia á su madre, que una imagen del Niño Jesus la estaba llamando. Criose en la devocion y cristianos exemplos de sus padres, de cuya piedad y virtudes se pudiera hacer un largo tratado, y bastante se comprende de lo que de ellos dice N. V. en su vida, habiendo logrado que su madre entrase en el convento, y muriese en el. Entró en la religion y convento de Sta. Clara de la Ciudad de Tunja el año de 1689 ; estubo de Seglara dos años, y dos de novicia, y profesó en 4 de Setiembre de 1694. Tubo todos los oficios de la religion, y repetidamente el de Maestra de novicias, y ha-

biendo sido tres veces Abadeza en los años de 1716, 1729, y 1738, murió el de 1742, cuyo cuerpo se halló incorrupto al año de enterrada.

Desde su niñez fué tan combatida de enfermedades, tan abstraída del mundo, tan penitente, tan perseguida del enemigo comun y criaturas, tan entregada á la oracion y trato intimo de su amado Esposo Jesus, que no lo dexaba en el presiso sueño, y aun en el se sentia estrechamente unida con su Dios, que la iluminó muchas veces para que entendiese el latin de los Psalmos, y lo que le convenia de sus sentidos; con otras singulares mercedes que le hizo; que algunas declara la misma V. M. en su vida, y otras muchas se deducen del resto de sus escritos, y sentimientos espirituales.

Como sus confesores tenian conocida su alta capacidad, juicio, discrecion, y lo que la habia ilustrado el cielo, le mandaron escribir los sentimientos que tenia, y luces que recibia en la oracion, y aunque su humildad lo resistia, le obligaba la fuerza interior, que para hacerlo sentia, y sufriendo lo que ella misma dice, hubo de obedecer. Esto lo manifiesta la misma V. M. en sus escritos dirigiendolos todos á sus confesores, comenzandolos con la palabra Padre mio, que significa la P. y M. que se halla en sus comienzos, y consta el precepto, de las cartas de los propios confesores que se han podido recoger y agregar á este quaderno, y de otras que estan incorporadas con los mismos escritos, en cuyos blancos continuaba los sentimientos.

b

Se ignora en que tiempo comenzó á cumplir con el precepto de sus confesores; por que los escritos no llevan orden de años, meses, &c., y solo se halla uno, en cuyo frente tiene año de 90, que es el de 1690; y despues se hallan otros que tienen igual apuntamiento de años, hasta el de 1728; pero los mas no tienen por donde rastrearse quando fueron escritos.

Conforme los iba escribiendo, se infiere los remitia á sus confesores, que los examinaban, y aprovandolos se los devolvian, para que continuase, y que le serviese su lectura. Del examen que hicieron de ellos los confesores, resultaron las notas que ellos mismos pusieron al principio, margenes, medios, y finales de dhos. escritos, en los que igualmente estan algunas de las aprovaciones expresas que les dieron, y tal qual carta de las que le escribieron. No se sabe con certeza que numero de escritos fueron estos, pero se infiere que debieron ser bastantes, y los que se han podido juntar, despues de haber andado en muchas manos y lugares, son los que en 251, foxas en 4º, contiene la primera parte de los aqui enquadernados.

Despues le mandaron sus mismos confesores, que escribiese su vida, y haciendo el propio sacrificio de ovediencia, y como la misma M. dice en el paragrafo 5º, no pudiendo resistir la fuerza interior que sentia y le obligaba, lo puso en execusion en los 55 paragrafos, que contienen las 106, foxas de la 2ª parte de esta enquadernacion; en cuyo final el P. Diego de Moya de la Compañia de Jesus, uno de sus confesores, y el que

la asistio en su muerte, y predicó sus honras, puso la certificacion que alli se registran y dice, "Estos quadernos los escribió de si, la Ve. Religiosa y observantisima Me. Francisca Josefa de la Concepcion, por mandado de sus confesores, en su Rl. Convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja; y se halló incorrupto su cuerpo al año de enterrada: de lo qual doy fee como ocular testigo. J. M. J. Diego de Moya."

Como esta vida solo se reduce á apuntamientos para escribirla despues, con la debida orden de tiempos y division de virtudes que exercitó esta cierva de Dios, y mercedes que le hizo S. M. Pensó tomarse este trabajo el mismo Pe. Diego de Moya, y habiendo predicado sus honras, siendo Rector del Colegio de dha. de Tunja por el alto concepto que tenia de dha. V. M. y que habia formado en el largo tiempo que la habia confesado, y asistido hasta su muerte; instó mucho para que se imprimiese dicho sermon de honras como precursor de la vida; y con este fin escribió á la M. Francisca del Niño Jesus, Sobrina de Nuestra Ve., y Abadeza, que fue varias veces del mismo Convento, la carta que con fecha 28 de Noviembre de 1746, se halla en dicha enquadernacion; la que por si sola manifiesta bastantemente el Subidísimo concepto que habia formado de la santidad de vida y virtudes de nuestra V. este Religioso, que por su doctitud, exemplar vida, y empleos en su religion fue de los primeros de ella, desde que de Granada vino á este Reyno.

No tubo efecto la citada impresion del ser-
mon de honras, y lo mas lastimoso és haberse
perdido, pues con la muerte de su autor, no se
pudo hallar y se tubo á dicha haberse encon-
trado los escritos de la V. M., que ván citados.

Tampoco se escribió la vida, por que si lo
hizo el P. Diego de Moya, como pensó, no se
hallò, ni lo han hecho otros, que fervorizados con
la lectura de dichos escritos lo han intentado ; tal
vez habrá sido por lo grave de la empresa, ó lo
mas cierto, por que para mas oportuno tiempo
reserva Dios N. S. la publicacion de las virtu-
des que puso en su cierva, para edificacion de
todos, honor de la observancia del convento
donde floreció, y bien universal de su patria:
Por estas razones aunque confieso que me han
hecho mucho provecho estos escritos, he tenido
por conveniente hacerlos encuadernar para que
mas facilmente se guarden, como se lo suplico

y ruego á las R R. M M. Abadezas, que es y
fueren de dicho Convento de Santa Clara de
Tunja, pues habiendo venido á mis manos, des-
pues de haber andado en muchas; en que no
tiene poco de raro no haberse perdido, y no
hallandome con suficiencia para escribir una
vida tan espiritual, pues es necesario serlo muy
mucho, no seria agradecido al provecho que ha
hecho á mi alma la repeticion de su lectura, si
mejorados con la encuadernacion no los restituye-
se á dicho convento, en donde como biénes
que les dio el cielo, deben guardarse para los
fines que Dios N. S. quiso que se escribiesen.

A mas de los que van referidos, y aqui enquadernados, escrivió N. V. varios sentimientos de su alma en prosa y verso, en lo que tenia blanco un libro en folio de cuentas que fue del Gobernador D. José de Ensiso y Cardenas; y para que no se pierdan tan preciosos monumentos, van enquadernados por separado, y contienen: tres foxas de versos, y cinquenta y nueve en prosa, de meditaciones de la pasion; grados de amor: sentimientos espirituales, y otros tratados; y con este mismo va otro quadernito en dies y seis-abo de letra de la misma V. M.

Las cartas espirituales de sus confesores que ván en el quaderno en quarto, tienen dies y ocho foxas.

LICENCIAS DEL ORDINARIO.

Sor. Provisor Gr. del Arzobispado.

D. Antonio de Castillo y Alarcon ante V. S. en la forma que mas haya lugar digo: Que siendo mi familia de Castillo poseedora de los preciosos manuscritos de la vida y sentimientos espirituales que por mandato de sus confesores escribio Sor Francisca Josefa de la Concepcion (en el siglo Castillo, Toledo, Guevara, Niño, y Roxas) parece que seria replensible nuestro descuido é indiferencia si no promovie semos por todos medios su publicacion para gloria de Dios, provecho de los proximos, honor de nuestro suelo, y particularmente de nuestra familia que lo cifra principalmente en contár entre los individuos de su asendencia esta Religiosa verdaderamente admirable en su singular vida y superiores ilustraciones.

A efecto pues de que esta publicacion de sus escritos se haga con las solemnidades que se requieren, parece del caso que V. S. disponga se examinen por quien haya lugar los dos volumenes orijinales encuadernados en quarto, que solemnemente presento, el uno de sentimientos espirituales, que consta de 251 foxas y el otro compendio de la vida, con 106 foxas escritos de puño y letra de la misma Religiosa, juntamente con las car-

tas de sus confesores que al fin del primero han agregadas en 18 foxas, no solo para esponer la sanidad y solidés de doctrinas que en ellos se contienen; sino tambien para que se estienda consep- to sobre su genuinidad, y de las cartas, con todo lo demas que sea conveniente en el caso.

Y por quanto para la publicacion (si conviene hacer la) es necesario valerse de manuscrito claro y correcto, sera oportuno tambien que las personas o comicion nombrada al efecto, certifique en forma que haga fé la identidad del trasunto de la vida que presento en 98 foxas, solo añadida con titulo en los capitulos. Fecho lo qual.

A V. S. suplico se me devuelban originales, y copia con lo actuado en el particular para los efectos indicados.

**ANTONIO MARIA DE CASTILLO
Y ALARCON.**

Otrosí: pido que de las dhas. cartas de los Directores espresados se sirva V. S. mandár se me dé testimonio autorizado, &c. ut supra.

CASTILLO.

Santafé Nov. 5. de 1816.

Con el correspondiente recado de estilo pase con los Libros presentados al Sor. Prebend. D. D. Nicolás Cuervo, y al D. D. Jose Antonio de Torres, Cura de Tabio, para que juntos cotejen la copia con el original, espongan su sentir sobre la genuinidad del manuscrito antiguo, y sobre la Doctrina que contiene, exponiendo sobre esto su censura; y en quanto al otro si, fran-

*queese por la Notaria el testimonio que estimare
conducente la parte, de las Cartas que expresa,
y por la naturaleza del asunto séa con citacion,
y noticia del Promotór Fiscál.*

LEON.

Ante mi AGUSTIN de HERRERA.

N. Myor.

*En la misma fha. del auto antecedente hice
saber al promotor fiscal, y firma de que doyfé.*

VERGARA Y GIL Notario.

SR. GOB. DEL ARZOVISPADO.

Los dos quadernos originales, y la copia de una de ellos, que tratan de la vida, y sentimientos espirituales, que de su proprio puño escribio de si la Madre Francisca Josefa de la Concepcion, Religiosa del Real Monasterio de Sta. Santa Clara de la ciudad de Tunja, y que por decreto de V. S. de cinco del presente Noviembre, se han dirigido, y cometido á nuestra censura, para si conveniese darlos á la prensa, hán sido leidos, y revisados atentamente, y con la escrupulosidad que pide la materia.

Cotexada la copiã que se há presentado en 98 foxas de la vida, que en 106, se há exhibido igualmente originál, la hallamos conforme, y arreglada á dicho original, á ecepcion de algunos yerros de mera ortografia, que facilmente se advierten, y podrán corregirse en la impresion.

Parece no hay razon de dudar sobre la genuinidad de los manuscritos originales, que en el espacio de casi un siglo, se hán reconocido por legitimos, y de la misma letra de una religiosa, á quien alcanzaron algunos de nuestros Padres; de quien necesariamente existen firmas en el archivo de su convento; y de quien no habia el menór interés en suponerlos, ni era facil, que se

fraguasen por otros, á vista de unos hombres tan circunspectos, y recomendables, como los confesores, de que aparecen anotados, para atribuirlos á una Monja. Además, que lo particular, y extraordinario de la vida, y los caminos par donde Dios N. S. conduxo á esta religiosa, y aquella sencilles, y claridad, conque los descubre, y esplica, unidos á cierta uncion, y elocuencia, que no puede contrahacerse por los impostores, manifiestan que no son obras que sean capaces de inventarse por las ficciones de la fantasía. Pero lo que quita toda especie de duda, y de rezelo es el juicio de sus confesores, hombres, que se distinguieron tanto por su solidez, y su instruccion: que fueron tan conocidos, y de quienes hán quedado tan respetables, y celebres memorias, en especial del Padre Diego de Moya, á quien conocieron algunos de los que aun viven entre nosotros. Por lo que sin riesgo podemos asegurár, que son estas obras, producciones genuinas de la Madre Francisca Josefa, de quien llevan el nombre.

Y por lo que toca á la sanidad de la doctrina, que contienen, són estos unos escritos, que en todas sus partes respiran el bien olór de la virtud, y con su leccion edifican, y convidan á los afectos del ánimo (creemos, que aun al mas remiso) á la compuncion, y deseos de abrasar los exemplos de una vida, que aunque trabajosa, y en mucha parte rara; pero que endulza las amarguras de la cruz, y con las avenidas de celestiales sentimientos remplasa aquellas cobardias, que suelen retrahér nuestras voluntades de las empresas ar-

duas, mas indispensables en la carrera de los ejercicios de espíritu.

No se puede negar, que en quanto á la imitacion seran pocas las personas, que la puedan dar alcance. Pero ello mismo acredita tanto mas la sabiduría, y poder de la gracia celestial, conque el Todopoderoso sabe dispensar sus dones: y que habiendo en la casa de Dios muchas mansiones, para moradas de grandes, y pequeños, y como en las esferas materiales, segun san Pablo, hay estrellas de mas, ó menos bizzarria, y lucimiento; nada es por tanto imposible á las almas generosas, si quieren remontarse á la esfera de una sublime perfeccion, á que las convida, el mismo que interiormente las mueve, y las excita á esta heroica resolucion. Para estas igualmente que para las pequeñas ofrece la vida de la Madre Francisca Josefa muy copiosa materia, no menos que para aliento de personas seculares y de menos empeño en servir á Dios; pues esta señora, desde sus tiernos años en casa de sus padres, y entre los alhagos de una juventud acalorada dió pruebas nada equivocadas de unos hechos virtuosos, conque el cielo la prevenía en bendiciones de dulzura: dandola á gustar el caliz de la salud, que amargo, y suave á un tiempo, la disponía para aquella vida elevada, que despues en el estado religioso la hizo remontarse á las cumbres de la sabiduría oculta á los eruditos de este siglo; y solo reservada a los parvulos, que en la escuela del mejor Maestro cursaron la sana doctrina, entrando en las potencias del Señor, y en los retretes de los secretos mas escondidos donde á sola la santidad se re-

velan sagrados misterios. Asi aconteció á esta virgen, que ignorando toda literatura humana, alcansó la intelligencia de la Santa Escritura como qualquiera de los Padres mas iluminados, segun lo testifica todo el discurso de sus escritos; en que con admiracion de quien los lee manfiesta una perfecta comprehension, y vasta penetracion, ya de los psalmos de David, ya de otros muchos, y difficultosos textos de los demas libros del código sagrado: aplicados con toda propiedad á los casos, y lances, en que su espiritu casi siempre atribulado, y agitado de amragas reflexiones era alumbrado por el Espiritu Santo, y oportunamente actuado: viniendosele á las manos, ó á decirlo mesór á la mente los lugares del testo sagrado, que podian en el presente conflicto consolarla, y solidarla, en las verdades de sus santos sentimientos.

Esto supuesto somos de sentir, que los dos exemplares escritos por la citada Madre Francisca Josefa, se dén á la luz publica para gloria de Dios, edificación de los fieles, honor de su noble familia, lustre de nuestro suelo, y satisfaccion al merito de tan recomendable sierva de Dios: que pues ellos son un tesóro de las mas preciosos riqueras espirituales, no deberan, segun la expresion del Ecclesiastico, cubrirse con las sombras del olvido, ni defraudarse de ellas la utilidad comun: sapientia abscondita, et thesaurus invisus, quæ utilitas utrisque? (Eccli. 41, 17.) Pudiendo el Autor del trasunto de la segunda parte valerse de el para mayór claridad, y facilitar mas la impresion que solicita; pero

sin perder de vista el original que á veces podrá asegurar mejor con su cotejo la identidad que con este se requiere, para no exponer el molde á un yerro, aunque ligero. Este es nuestro dictamen, salvo siempre lo mas acertado, que V. S., se sirva resolver. Santafé de Bogotá, y Noviembre 26, de 1816.

*JOSEF ANT. de TORRES Y PEÑA.
DR. NICOLAS CUERVO.*

Santafé, Noviembre 29, de 1816.

*Al Promotor Fiscál.
Ante mi, HERRERA,
N. Myor.*

El Promotor Fiscál dice: que la censura anterior se manifiesta hecha con exactitud, y desinterés. Ella convence que los escritos presentado son obra genuina de la venerable religiosa á quien se atribuyen. Por otra parte los censores lexicos de hallár en la doctrina que contienen cosa opuesta á Nra. Santafé Catholica la recomiendan como util, y provechosa. El Ministerio Fiscál no halla embarazo en que V. S. permita la licencia que solicita Dn. Antonio Castillo, con tal que la impreción se haga por el trasunto que se ha cotexado que deberá certificár el Notario Mayor, rubricando todas sus foxas. Que á mas de esto, se haga la protesta segun el decreto del Sr. Urbano VIII; y que se imprima la aprobación y licencia. Asi lo estima el Fiscal, de justicia Santafé, Dbre. 11, de 1816.

DR. TORRES.

C

Santafe Dic. 12, de 1816.

Autos y vistos: Concedese la licencia que solicita, cumpliendose con todo lo que pide el Promotor Fiscal, y entreguese al efecto el expediente original.

LEON.

*Ante mi, AGUSTIN de HERRERA,
N. Myor.*

Damos Fé: que el Sor. D. D. Antonio de Leon de quien con la media firma de su apellido aparece firmado el decreto precedente, puesto de conformidad con el concepto manifestado como Promotor Fiscal de la Curia Metropolitana de esta Capital por el Dr. Dn. Sentiago de Torres, y Peña, es en la actualidad, y ha sido, Provisor, y Gobernador del Arzobispado, y de consiguiente con actual ejercicio en todas las funciones, que son anexas al Destino; como lo es igualmente por nombramiento de Su Señoria el D. D. Agustin de Herrera, Notario Mayor de la misma curia, fiel, legal, y de toda confianza, y á sus semejantes, y demas Documentos, que ante el han pasado, y pasan, siempre se les há dado, y dá entera fe y credito en ambos juicios; y para su constancia, y efectos signamos, y firmamos la presente en Santafe, fha. ut retro.

VINCENTE ROXAS.

JUAN NEP. CAMACHO.

EUG. de ELORGA.

CARTAS

ESCRITAS POR LOS CONFESORES

Á La V. M.

PRIMERA CARTA.

MI muy estimada Señora y mi Madre Francisca :
Estos dias he recibido dos de Vuesa Reverencia con
mucho consuelo mio, asi por que lo tengo con sus car-
tas, como por entendér por ellas y estar cierto que todo
lo que mi Madre Francisca padece, es especial provi-
dencia de el Altisimo que así la quiere probár, y afi-
nár, y mientras así padeciére, va por el camino
seguro, y por el que Dios le tiene señalado. *Qui
pie vullunt vivere, &c.* Bien conocido lo tiene, por ahi
pasaron todos. *Foris pugne intus timores.* Armarse
con la humildad y la esperanza que todo se ha de aca-
bár, y con la consideracion que en la via espiritual, el
que mas padece, es el que mas hace. Acuerdese de
todos aquellos dictámenes de espiritu, y aprovechese
de ellos, que para eso dispondria Dios que los escri-
biera. Y digo que prosiga apuntando los desengaños,
y luz que nuestro Señor es servido de darle, y no tenga
temor, que si acá conociera yo que algo no iba en Dios,
se lo dixera, ni es menester, que me dé cuenta de lo
que le parece que no tiene substancia, en medio de
que si se le ofreciere alguna cosa que le cause armonia,
y la fatigue, aunque le parezca que no tiene substancia,

aviseme. No dexé las comuniones quotidianas, aunque le parezca que no tiene aparejo, que esas disponen á la union con Dios; pues si quiere que nunca se le aparte de la vista el Sumo Bien, como ha de ser de otra suerte, sino recibiendo todos los dias. *El que come mi carne, y bebe mi sangre, queda en mi, y yo en él*, y si asi es, no jusque que Dios se le aparta, por que entonces, aunque oculto, está mas presente, como lo está en el Sacramento. Tambien quiere Dios, que sienta el desconsuelo de parecerle que está ausente, para que lo desé con mas ansias. *Invocate eum dum prope est*, y parece que á lo humano nunca llamamos al que está presente, sino al ausente, pero en lo divino, es al contrario, que el Sumo Bien, como es infinito puede venir mas, y mas con los efectos de su gracia, aunque siempre esté presente. No se fatigue en este pensamiento que quiere Dios darle á entender, que ha de comer el pan con corteza, y puede haber amor proprio en eso, y en todo hemos de hacer lo que Dios quiere, y si quiere que una persona tenga consuelo por algun tiempo, y que por otro tiempo no lo tenga, se ha de conformar, en todo con su divina voluntad, que esta vida es para probar no para gozar, y si da gozos, son estos precursores de los trabajos, disponiendonos con ellos para hacer en todo lo que Dios quiere, sin fatigarnos, con sola la mira al Sumo Bien, ahora sea con tribulaciones, ahora con consuelos, &c.

No tenga ciudado de el Señor Don Pedro, que él prevenido, con que en su pléito solo busca la razon, y que la verdad oculta se descubra, no puede errar, y así es necesario que se detenga acá hasta que se declare su justicia. Esta escribo á toda priesa, y no sé si entenderá la letra. Pido á nuestro Señor le dé á mi Madre Francisca tanto consuelo, como yo le deseo, y que me encomiende muy de corazon á nuestro Señor. Saludemé á las Señoras Margarita, Nicolasa, Juana, y Francisca. Santafé y Marzo veinte y tres de mil

setecientos veinte y quatro. Su Capellan Que Besa
Sus Manos.

DIEGO DE TAPIA.

—
SEGUNDA CARTA.

MI muy estimada Señora y mi Madre Francisca. Bien considero á Vuesa Reverencia sentida de mí, pues debia yo ántes haber respondido á la última que recibí suya de doce de Julio, que á la fecha de esta son tres meses. ; Y que le he de decir, yo á esta tardanza? Lo que siempre le tengo dicho, que no me ha dado Nuestro Señor su gracia para hacerlo, por que quiere que Vuera Reverencia aun en lo que le es de consuelo, tenga motivos de padecer, y en que exercitar la paciencia, y para que esté advertida, como lo está que los consuelos de Dios, vienen quando su Divina Magestad es servido. Mucho siento sus trabajos, pero muchas veces le tengo dicho, que esos para mí son de mucho consuelo en su espiritu, por que ese es su camino real, y por ahí va segura, y en faltando esos, faltó el crisol para afinar y dar el último quilate á las virtudes, que es lo que Vuesa Reverencia pretende como esposa de Christo. Acuerdese de las margenes de aquella Santa Ciudad, y como quien va ya acercandose, consuelese, y corra sin parar que no pueden estar muy distantes. Y quien mira el fin de la jornada, y ve que ya se le acaba el dia procura caminar mas aprieta, como quien se acerca mas á su centro. Todo quanto le pasa de penalidad, así exterior de injurias, baldones, murmuraciones, dolores, enfermedades, &c., como interior de desconsuelos, aflicciones, oscuridades, tentaciones, &c., todo es disposicion, y providencia especialisima de Dios, y señal cierta de que la ama su Esposo, pues esos son los regalos que

hace á aquellas almas, que escoje para una grande perfeccion, por que como á estas les tiene prevenida la corona, esta no se labra sino por estos medios, y con estos instrumentos los mismos, conque se labró la de su Esposo; y si este se coronó por este camino, dichosísima y muy feliz será la Esposa, que así le imitáre, esta será mas amada, por mas semejante. Armese con la paciencia, y demas virtudes, y vamos caminando, que si los Santos en el Cielo fueran capaces de pena, no la tuvieran de otra cosa, que de no haber padecido mucho mas en esta vida. Si á San Lorenzo lo embiára Dios de el cielo á servirle como viador, las parrillas le parecieran flores. A mi Padre San Ygnacio los trabajos, persecuciones, carceles, y testimonios falsos, le fueran glorias. Y finalmente, mi Madre Francisca sufrir, sufrir, que este es su camino, y en faltandole esta cenda, salió fuera de él, en esto estoy cierto, y no puedo decirle otra cosa, que le sirva de alivio, sino que en esto agrada á Dios; por que en esto hace su voluntad.

Prosiga Vuesa Reverencia en lo que le escribe el Padre Francisco, y dexese de los temores que la acometen, que si alguna cosa escribiera, que no fuera acertada claramente se lo dixera. Apunte por menudo toda la luz y desengaños que Nuestro Señor le comunica, y lealos á sus tiempos, que todo eso es muy bueno. No dexese las comuniones, que esas la unen mas con Nuestro Señor, y en ese tiempo sentirá el alivio en sus penas.

Llore en buena hora á sus solas, y quexese amorosamente á su Esposo, que lo que él quiere es que no dependa de otro que de él, y que en ninguna criatura busque consuelo. Bienaventurados son losque lloran, por que estos serán consolados, y si llora por su amado, y por su patria, ya desde aqui empezó á ser bienaventurada.

No se apure por que el Doctor Montalvo no haga diligencia, ni diga en que se gastó dicha cantidad. Mire solo á Dios, que la ha de juzgar, que los juicios humanos no sirven en el juicio de Dios, que es justo, y cuente esos dichos entre los instrumentos que le labran su corona. Por último no tengo otra cosa que decirle de consuelo, sino que padezca hasta que Dios quiera. Por allá nos veremos siendo Dios servido, y no pasará mucho tiempo, prevengame todo lo que me quisiere decir, y la oire de buena gana.

Dentro de esta vá una medalla de nuestro Padre San Ygnacio y San Francisco, y quando nos veamos le daré unas novenas.

Ya salió la sentencia de el Señor Don Pedro, y se dió por nula la permuta de el curato. No sabemos si apelarán. Acá andamos negociando que á esos Señores les den por concordia uno de los curatos vacos para que se contenten, y no estén á la vista. Dios disponga lo que fuere de mas gloria suya, y á todos nos dé paz, y me guarde á mi amada Madre Francisca, no olvidandose de este su siervo delante de Nuestro Señor. Santafé y Octubre veinte de mil setecientos veinte y quatro. Besa las Manos de Vuesa Reverencia su mas estimador Capellan.

DIEGO DE TAPIA.

Nota: á la margen del principio de esta carta dice lo que sigue. Acuerdate alma de lo que te pasó hoy diez de Noviembre de aquella apreciada union ó transportation en aquel pielago de bien.

TERCERA CARTA.

JESUS, Maria, y José. Hermana mia Hoy: dia de la Altisima transfiguracion de Nuestro Señor Jesus

Dios verdadero é Hijo del Eterno Padre, recibí tu carta escrita el día de Mi Señora Santa Ana con la petaquita de Manzanas, que agradezco mucho, y el mismo día respondo con especial consuelo por considerar el bien infinito que nos hizo Dios en darnos á su Unigenito Hijo para luz y enseñanza nuestra, y en altísima gloria, y quando mas lleno de ella, trató del exceso de la Cruz, que por nuestro amor y remedio toleró; y reparando San Leon Papa en estos extremos tan opuestos, Gloria y Cruz, remata el Santo en sus lecciones del segundo Nocturno que rezamos en esta festividad, que podeis leer, dice, quanto nos enseñó Christo con su exemplo que aunque no debemos dudár de la promesa de la gloria que nos ha prometido y debemos esperar, con todo dice el Santo que lo que debemos pedir principalmente al Señor, es la tolerancia y paciencia en los trabajos y tentaciones de esta vida, ántes que pedir la gloria. Por que es cierto que esta se dá á los que toleran las tribulaciones &c. de esta vida. Entre las que padeceis, Vos, una es la suma timidez y temor de tus cosas y salvacion. Alabo el temor, no la timidez que arruina, congoxa, y desmaya, y lo mismo es el temor, si no se usa del con medida y prudencia, quanto baste para no asegurarnos falsamente y presumir de nosotros. Pero asegurarnos en Dios solo, en su bondad, amor, y en su Unigenito Hijo, es santo, es justo, y es perfecto. A que dá San Juan un remedio contra el temor, que es la caridad y amor de Dios y del proximo: *Charitas expellit foras timorem*. Quien procura amar no temerá sino esperar. Y David y la Escritura añaden la esperanza en Dios: *Spes non confundit*. David: *Salvos facis sperantes in te*. *Qui sustinent te, non confundentur*. Pedid al Señor te dé su amor y esperanza: que así te dexerán vivir con paz tantos temores. Y muchos ó casi todos te los pone el Demonio para aniquilarte.

Dexad á este enemigo y no atendais á sus propuestas, y poned toda tu esperanza en Dios.

Respondo lo que alcanzo. Esa Cruz formada de hueso que salia de Vos, segun sus efectos es de Dios. Significa que nuestra vida ha de ser enjuta sin afecto de carne así por lo que mira á nosotros, como por lo que mira á criaturas. ; Que tiene semejante hueso? Tan desnudo de carne, que ni por la imaginacion la tiene. Significa la fortaleza y perseverancia: pues los huesos solo perseveran, &c. Y quando una alma llega por la mortificacion, de afectos y pasiones á estar tan desnuda, descarnada, de si entodo y todo lo criado, es capaz de infundirle Dios su Espiritu de vida que solo se halla en tales almas. Así te quiere Dios. Quiera el Señor haya dado yo en el punto de la verdad. A que añado; que los huesos viven en el sepulcro, así una alma en el olvido de todo, y solo vive con la memoria de Dios y de lo eterno para resucitár aquí por gracia y allá por gloria. Y no significa estar tu alma muerta para Dios; porque Christo es la vida y no se te representara como decis: quierete muerta á Vos, tus paciones, amor, &c.: para que vivais en solo, y para solo Christo.

La razon segunda de mi consuelo en este dia, fué por que en él llegó la luz del Evangelio á estas partes que ha negado Dios á muchas naciones. Y no hay palabras con que agradecer este beneficio por inmenso. Alabemos por el al Señor, y por ser quien es, y pidamosle no se malogren en nosotros y en nuestros proximos tantos bienes.

Ya recibiriais el velillo para los vestiditos. Vuelve la petaquita con un poco de colacion. Dios te haga suya. Agosto seis de setecientos veinte y quatro. Tu Padre Felipe. Mucho consuelo tendreis con la vista y presencia del Padre Juan Romeo. Desahogaos con él. Y dad al Padre mis saludes.

QUARTA CARTA.

MADRE y Señora miá. Recibí la de Vuesa Reverencia: y siento en el alma sus trabajos, y aflicciones, llevelos conformandose con la voluntad Santísima de Dios, que la quiere siempre mortificada por todas partes, así le convendrá. Su Divina Magestad le dará fuerzas para que los lleve con paciencia, y amor suyo. Es fiel y no permite, que seamos tentados mas de aquello que podemos. Es prudentísimo, y mide la carga, para que con alivio llevemos su peso. Mientras duráre este destierro, no espere, sino penas, aun que Dios se las mezclará con favores, que las suavisen.

Yo me hallo alentado, solo tengo el quebranto de la debilidad en las piernas, aunque al presente no es tanta, como ántes, y siempre estoy á su servicio con muy fina voluntad.

Madre, y Señora mia, nunca la he olvidado, y estoy con mil deseos de verla, y uno de los trabajos que tengo, es estar privado de este gusto, algunas veces lo he intentado, pero los acasos, que han sucedido en la Provincia me lo han impedido. Pidale á Dios me dé este consuelo.

Estimaré que el Señor Don Pedro goce de muy perfecta salud, y me hará el favor de ponerme á su obediencia.

El Padre Fray Luis está convaleciendo de unas calenturas, que le repiten con alguna frecuencia, pero todo lo lleva con paciencia, y dice, que le quiere escribir despacio, no sé si lo hará en esta ocasion.

Al Padre Juvilado Calvo no le insinué nada, porque me pareció así conveniente. Extraño lo sucedido, y no puedo discurrir ser otro el motivo que disposicion divina, para que esté apartada de todas las criaturas atendiendo al pago de ellas, y para que no fie de ellas,

y su esperanza la ponga solo en Dios. Su Divina Magestad me la guarde como deseo. De este Convento de Santafé y Enero veinte y ocho de setecientos treinta y ocho. Besa Las Manos de Vuesa Reverencia su estimador, y todo suyo.

FRAY FELIPE ARGUINDEGUI.

QUINTA CARTA.

HIJA, y Señora mia. Dos cartas he recibido tuyas, y con ellas mucho sentimiento por las penas, dolores, y tormentos que padece. Para este desamparo no hallo otro consuelo, que decirle, sino que esta es la voluntad de Dios, y que es preciso conformarnos con ellos. Si ahora padece, y está como desamparada, luego vendrá el tiempo de la alegría, que este es el estilo de Dios con las almas sus escogidas. Esto practicó Su Divina Magestad en los misterios, que en este tiempo veneramos, con su putativo Padre, y su Santísima Madre, y Señora nuestra: Al sobresalto que tubo San José mirando gravida á Maria Santísima le sobrevino la alegría anunciandole el Angel, erá el hijo de Dios el que tenia en sus entrñas. Grande fué el gozo, que tubo el Patriarca solo viendo al niño Dios nacido, pero á esta alegría se le siguió la furia de Herodes y la turbacion de toda la ciudad. Grande fué la alegría que tubo viendo al niño Dios adorado de los Magos, pero á este contento se siguió el temor de que Herodes buscaba al niño para perderlo. Todo esto es de San Juan Chrizostomo en la Homilia de la Octava de los Ynocentes. Por eso el Santo Job decia, que despues de las tinieblas esperaba la luz. Veo que me dirá que aquellas penas eran mezcladas con gustos, y que esto no le sucede á Vuesa Reverencia, que sus pesares no tienen intervalos, pero si toda su vida

temporal es de amarguras es por que Dios le tiene prevenida una eterna vida llena de dulzuras. Fuera de que no me podrá negar, que de quando en quando siente en su corazon un no se qué, que no se puede explicár en que le paga ciento por uno. Me parece que dirá tambien que Job esperaba luz, y que Vuesa Reverencia no espera sino tinieblas en esta, y en la otra vida. Radíquese bien en la infinita piedad de Dios, no la acobarden sus pecados, ni sus tibiesas: si está como un irracional, Dios no nos quiere entendidos, sino amantes, entreguele el corazon, que eso es lo que Dios nos pide, sino puede hacer nada no se aflija. Digale á Dios, que como tiene providencia de los gusanos mas minimos, se apiade de ese gusanillo vil. Tenga presente lo mucho que padeció Christo por nosotros, y todos los trabajos se le harán muy suaves.

En quanto al que yo no esté allá, que le puedo decir, sino que procure que no le falte Dios, que esto solo es falta digna de considerarse, y de lagrimas de sangre. Quien tiene á Dios todo lo tiene, decia Nuestro Padre San Francisco. Todo lo perdimos dixo Henrique Octavo á la hora de la muerte, y si le parece que está sin Dios, estas ausencias las hace Dios para mortificar á las almas, y probarlas en el amor, y si fuere por pecados, el remedio está en las manos, volverse á Dios de todo corazon, que Dios para oirnos no necesita de que nosotros hablemos, ni demos voces. Si Dios le quitó en mi un Ministro suyo aunque indigno, su paternal amor le dará otro, que sea idoneo. Nuevamente le suplico al Padre Juan, su asistencia. Fuera de que por cartas con persona segura nos podemos hablar muy de continuo.

Yo estube muy arrepentido de haber venido, por que me parecia, que por esto me aprisionaron, pero segun lo que he visto aunque me hubiera quedado, hubiera sucedido lo mismo, y las excusas que hubiera

dado no fueran admitidas, y me hubieran compelido con obediencia, y demas penas á venir. Arriba le digo, que nos comunicaremos por cartas, y me parece que dirá, que en tanto tiempo solo ha recibido dos, el motivo ha sido haber estado muy quebrantado de salud, y ya estoy gracias á Dios alentado; y haber sido tantas las ocupaciones, que no he tenido ni un instante de descanso.

El Señor Doctor está muy alentado, saldrá bien por la justicia tan clara, que le asiste, no le puedo servir de alivio en la ocasion, por que no conozco á los Señores.

Esté cierta que todo mi pensamiento está en Vuesa Reverencia y que no la olvido, espero que Dios nos dará vida para que nos veamos en Agosto, y estaré muy poco en Samacá, y en esos dos meses hablaremos todo lo que en este año hemos dexado de hablar, y á la congregacion haré todo esfuerzo, y empeño para dexar estos ministerios, y me valdré de certificaciones de Medicos para mudar de temple.

No dexé decontinuar la obra de los papeles, si se halla con esfuerzo, y guardemelos para quando vaya, ó si le parece entregueselos al Padre Juan. Dí la carta al Padre Arias en su mano. Nuestro Padre Provincial embió á un Religioso con las cartas, y ciertamente las recibieron, por que el Padre Casabona se lo dixo así á su Paternidad, quando le vino á dar el parabien.

Procure exercitarse en todas las virtudes, y en la frecuencia de los Sacramentos, que Dios la asistirá, y la guardará como yo deseo. Santafé, Enero diez de setecientos treinta y quatro.

Su Fray FELIPE.

d

SEXTA CARTA.

HIJA, y Señora mia. Recibi su carta, y siento en el alma sus quebrantos, y no me cogió de susto las noticias de sus penas, por que yo discurro que Dios la quiere tener siempre hecha un mar de angustias, por que así conviene. Tener paciencia, y confianza, que en medio de las tribulaciones, y trabajos la favorecerá Dios, como procure unirse con su Divina Magestad, y agradarle con simplicidad de corazon, y recta intencion. No permitirá Dios, que perezca en el mar tempestuoso de la tentacion, si pone en Dios toda su confianza, por que así lo tiene prometido. *Por que esperastes en mí, yo te libraré. Seré tu protector, por que conosistes mí nombre.*

En lo que toca á esa Señora, me persuado á que Dios permite que el Demonio la coja por instrumento, para turbar su paz interior. Guardese mucho de inquietarse, y perder la tranquilidad de espiritu con algun sentimiento, y tristeza desordenada, y en qualquier suceso mire solo á Dios, y cumplir su santisima voluntad. A todas las criaturas venerelas como á instrumento de la Divina Justicia, que vengan en esta vida las injurias, que ha cometido contra su Divina Magestad.

Estimaré me ponga á la obediencia del Señor Don Pedro, y de mí Señora Doña Josefa, que no los olvido, y aunque malo los encomiendo á Dios en mis oraciones. Yo estuve muy malo como le escribi, pero ya gracias á Dios estoy alentado, y juzgué tener el gusto de verla en este asueto, pero me impidió el viage la venida de Nuestro Padre Comisario. Salió de Cartagena el dia diez y siete de este. Dios sea servido de que su venida sea para bien, y paz de esta Provincia, y que no se originen mayores disturbios, yo en la ocasion estoy muy independiente, pero no dexo de tener

sa

es

I

sa

es

I

sa

recelo, por que quando uno menos piensa se halla encartado. Encomiendenos á Dios, para que nos mire con piedad, y que se haga lo que fuere de su mayor servicio, y agrado.

El Padre Jubilado Monasterios escribe con mucho animo, y esperanza de tener buen éxito en todos sus negocios.

Por Diciembre espero tener el gusto de verla, si Dios no dispone otra cosa. Su Divina Magestad la guarde como yo deseo. Santafé Agosto veinte y uno de setecientos treinta y cinco. Besa las Manos de Vuesa Reverencia su estimador, y todo suyo.

FRAY FELIPE ARGUINDEGUI.

Carta de la V. M. al Vicario.

SEPTIMA CARTA.

SEÑOR Vicario Don Francisco de Caycedo y Aguilar : mi Señor. Con bastante vergüenza y confuſion escribo este papel por ser tan extraño en una pobre Monja la licencia que por él pido á Vuesamerced, como á mi Padre y superior. Y es el caso que del precedido de unas renticas que me dexaron mi Padre y mi Tio están hoy en mi poder quinientos pesos, por que como lo que yo gasto en mi, es tan poco ó tan nada, se han hecho de los reditos estos reales que digo, que tengo en la celda, como si tuviera una serpiente. Si Vuesamerced gusta y es servido de darme licencia para tenerlos hasta que se halle oportunidad de alguna cosa para la Sacristia que sea conveniente y desente, se hará así, y sino lo que á Vuesamerced le pareciere que eso será para mi lo mejor, y sí es servido en este mismo papel me embiará la licencia. Y pido á Nuestro Señor me guarde á Vuesamerced muchos años

para todo mi consuelo. Convento de Santa Clara y Junio once de Setecientos quarenta y uno. Muy Señor mio. Besa las Manos de Vuesamerced su amantísima subdita.

FRANCISCA.

OCTAVA CARTA.

SEÑORA y Madre mia. Por mandarme Vuesa Reverencia dé respuesta y licencia en esta, no lo hago aparte como debia á su respeto. Puede Vuesa Reverencia mortificarse en mantener en su poder esas serpientes segun para el fin que me enuncia, que es muy agradable á Nuestro Señor. Y tambien le doy licencia para que gaste de esa cantidad lo que necesitare en sus vituallas á su arbitrio. Yo deseo sus mayores alivios y su salud, para que no me olvide con Nuestro Señor. Pidale con eficacia, que lo necesito mucho por lo cercana que contemplo mi partida segun me siento de enfermo, y temerozo de mi fin.

Dios me guarde á Vuesa Reverencia quanto mi cariñoso afecto desea. De esta su Casa Domingo once de Junio, &c. Besa los Pies de Vuesa Reverencia su menor Capellan y reconocido nieto.

FRANCISCO CAYCEDO.

Al Señor Maestro Don Francisco José Beltran de Caycedo y Aguilar guarde Nuestro Señor muchos años como deseo, Vicario y Juez ordinario de esta Ciudad y de sus Conventos de Religiosas, &c.

NONA CARTA.

JESUS, María, y José. Sean en la alma de Vuesa Reverencia, y le influyan en su espiritu muchos rocíos

pacíficos desu gracia, para que fortalecida con ella no se aterre tanto con las tentaciones del espíritu malo que por todas partes la atribula, y se vale de todo género de criaturas para sugerir sus ambientes tenebrosos.

Madre, he leído con todo cuidado las expresiones tristes que en su papel me dice, á que respondo. En quanto á lo primero, de las faltas de algunas, que por resfriadas en el espíritu, faltan á su obligacion, digo: que las amoneste caritativamente, poniendoles por delante los zelos del Esposo, y que como tal ha de tomarles cuenta, y que es riguroso con las que le prometieron lealtad, y si á esto fueren defectuosas, corregirlas como que hierran en lo que deben hacer.

En quanto á que haga confesion general no convengo por que es atribularse sin necesidad: *trepidare infirmitatis est, timoris atque formidinis; et habere timorem ubi non erat timor.* Sociegue en esto, y no hierra Vuesa Reverencia por que es tentacion, y de las tristezas se vale el tentador para sugerir horrores; sí Nuestro Señor se lo permite, es para que la victoria sea mas estimada, y el alma fiel en la tentacion sea mas premiada.

En lo de la muchachita, no aprehenda Vuesa Reverencia sino que se haga la voluntad de Dios, paciencia y poner la boca en el suelo con Jeremias quando la nube se pone por delante, y no dexé pasar la oracion.

Aun que tenga Vuesa Reverencia enagenaciones, olvidos profundos de la memoria, y se le pasen muchos ratos sin saber que hizo, ni que pensó, ni que hace, ni va á hacer, no por eso se fatigue, que procede del interior recogimiento que absorbe alma, y entonces todo es soledad, desamparo, no se halla consuelo ni arrimo espiritual, mire Vuesa Reverencia que hasta desconfianzas de la salvacion le ha de sugerir el demonio, y eso de que la estaban quemando, tira á que

desconfie que no tiene remedio alguno, ni nada le sirve, ni aprovecha. Yo considero á Vuesa Reverencia por su pusilanimidad como al que tienen aprisionado en una obscura masmorra atado de pies, y manos sin poder moverse, ni ver, ni sentir favor alguno ni de arriba ni de abaxo, humillese, y pongase con resignacion en las manos del Señor. Clame a Maria Santísima, Madre de affigidos, y Madre de toda consolacion. Acojase á su proteccion que es poderosa, entrece en la llaga del Costado de Nuestro Redentor, que quiso se lo abriesen despues de muerto, por que la herida en un difunto no se puede cerrar, siempre está abierta, y si á ella convida á los que huyen, como la cerrará á los que le buscan? No sea Madre tan pusilanime, que Dios es muy liberal, y busca, y llama, á los perdidos, quanto mas hará con los desvalidos que padecen por su amor? Cobre animo, y valor, aunque le parezca que ve el infierno abierto, y su perdicion: nunca estará mas hallada, que quando perdida por Christo. Su Magestad la guarde muchos años, la fortalezca, y dé su santísima gracia, y le quite los temores con que la quiere confundir el demonio y resfriarla en la oracion que tanto siente. De este Pueblo de Toca, &c. Quien la ama en Christo Y Besa Sus Manos.

FRAY LUIS DE HERRERA.

DECIMA CARTA.

FRANCISCA mia muy amada en Christo. Tres son los dotes necesarisimos para guiar almas. El primero: que quien las guia sepa discernir en general lo verdadero de lo falso, y por consiguiente, necesario que sea docto. El segundo que sepa practicamente discernir lo que conviene á cada uno en particular, de

lo que no le conviene, para lo qual es necesaria la prudencia. El tercero que el buen juicio no esté en el Director ofuscado de las pasiones, si no que dominandolas tenga serena la mente. Hallandome sin estas qualidades, como se lo aseguro sin rastro de humildad, me acobardaba la respuesta á su papel: y temia proseguir en su comunicacion, por que me parecia, que en lugar de adelantarla, la habia de atrasar en el espíritu, por que le confieso con ingenuidad que en la Teologia Mistica me hallo muy bosal. Solamente pudo espeler este temor tan bien fundado, el haberme dicho mi hermana Francisca que sentia consuelo en su espíritu tratando con mígo. Confiado pues en su palabra, y en que Dios suplirá la insuficiencia de su Ministro, me atrevo á pasar adelante, y á decir mi sentir en los puntos de su papel.

Digo lo primero que debe dar incesantes gracias á Dios por haberla llamado para si, *ante quam malitia mutaret intellectum ejus*: pues nuestra naturaleza en aquella edad no produce mas que espinas de ignorancias y abrojos de culpas, aunque suelen ser materiales por falta de advertencia: y haberla preservado Dios de caer dandole tanto amor al retiro y oracion, es beneficio digno de correspondencia. Llámola Dios á la Religion, para que en tan ameno Vergel floreciese como planta generosa, dando sasonados y olorosos frutos de virtudes: para eso la ilustró en el Noviciado, donde recibio los consuelos é inspiraciones, en orden á prepararla para padecer lo que despues Su Magestad dispuso en la misma oracion: habiendola pues llamado desde tan tiernos años, y prevenidola de tan copiosas gracias; y habiendo tomado por su Patron al gran Director de Espiritus mi querido Padre San Ygnacio, no hay peligro de errar en su modo de proceder en la oracion: mas descendiendo á cosas particulares.

Digo, que en aquella oracion, donde el padecer era grande; aunque le pareciese que no hacia nada, por

que en ella no sentia gusto, dulzura y consuelo, hacia mucho : lo primero, por que sufría las penas internas que en la oracion padecia ; salia de la oracion fervorosa, con alientos para entregarse con rigor á la penitencia exterior, donde descansaba : sacaba deseos de padecer, y juntamente el no buscar alivio en las criaturas : todos estos efectos sacaba, ayudada de Dios, de esa oracion á su parecer seca y distraida ; y quizá por premio de su padecer en ella le oiria Dios su peticion de que no le faltase Jesuita en medio de su desamparo ; pues así lo ha experimentado.

La oracion que tiene en tiempo de sequedad, es á saber : con el conocimiento de fé que tiene presente á Dios, &c., es segura ; por que no es oracion de pura fé, que si así fuera la reprobára : á demas del conocimiento de fé junta el conocimiento de sus miserias, y por fuerza de este conocimiento acude á las puertas de la divina misericordia á pedir socorro. Digo que este modo de oracion es bueno ; por que aunque en él no se valga del discurso ; no obstante exercita la mente conociendo su ser, sus peligros de caer, y movida la voluntad de este conocimiento, se excita á clamar á Dios se compadezca de sus miserias : Y este movimiento de la voluntad no proviene meramente de aquel primer conocimiento de fé obscuro de que tiene á Dios presente ; por que podia el estar y no moverse la voluntad ; pues todos saben y conocen que está Dios presente, y con todo eso le ofenden, no haciendo caudal de él, como huésped de quien no se hace caso. Tambien se puede llamar este modo de orar oracion de afectos, que es el tercer grado de oracion segun la mente de San Bernardo ; que entonces se exercita, quando una alma anegada en el abismo de las misericordias divinas, no se puede contener sin prorumpir y deshaogarse en afectos, ó de admiracion, ó de amor, ó de deseo, ó de hacimiento de gracias, ó de qualquiera otro afecto que mas se proporciona con

las verdades conocidas. Este grado de oracion le compete al que vamos diciendo; por que por fuerza del conocimiento de su fragilidad, y de la misericordia divina prorumpe en afectos de admiracion, de deseos de agradár á Dios tan piadoso; de hacimiento de gracias, por que la libra de caer en manos de su flaqueza &c., y así este modo es seguro y bueno.

El otro modo de oracion que experimenta algunas veces, es propiamente el contemplativo, que es el supremo á que Dios levanta á sus Esposas las almas. Este es un don graciosísimo y liberalísimo, y por eso depende adecuadamente de Dios. Esta es la oracion mas actuada y perfecta de quantas hay: esta la que apacienta el alma con la mayor abundancia de sentimientos celestiales que es posible: esta la llena de inefable gozo, y por eso en ella se gustan unos ensayes, digamoslo así, anticipados de las dulzuras del Paraíso Celestial: mientras este modo dura en su propio exercicio, no hay distracciones, ni congojas, &c.: por que la contemplacion pone en gran paz á todo el hombre interior, por mas perturbado que ántes estuviese, y por eso es en esta vida la tierra del descanso, y así dice bien, que en ese modo de oracion era tanto el gozo, que no se echa ménos el Cielo, pues por el grande exceso de amor quedan las potencias tan suspensas y absortas, que ni el Cielo se apetece durante ese gozo. Siendo pues este don divino *omnino gratuito* no está en el uso de nuestro alvedrio el adquirirlo; aunque si, el disponernos para él, mediante la meditacion, y así quando Dios la quisiere entrar en este retrete que es la bodega de sus Vinos, no hay sino dexarse embriagar del amor divino. Casi lo mismo digo de aquella suspension de sentidos que sentia causada de la conversacion espiritual de su Confesor.

El otro modo de meditar con figuras, ó internas, ó externas, es tambien admirable, y el mas comun en la

extatica Virgen Santa Teresa. Es cierto que Dios para que nos uniesemos mas atrechamente con su magestad se nos representó muchas veces debaxo de varias formas, imagenes y figuras : *in manibus Prophetarum assimilatus sum.* Y el Angel Tomas místico de experiencia áfirma que la contemplacion segun el estado de la vida presente no puede ser sin fantasmas : *contemplatio humana secundum statum presentis vite, non potest esse absque phantasmatis,* y el mismo á la contemplacion sin estas formas y figuras la puso en el tercer cielo, á donde nadie llega, sino del modo que llegó San Pablo ; esto es, extatico y arrobado. Y el Padre Suares, advirtió en el tomo segundo de Religione que no debiamos aspirar á tener contemplacion sin el uso de las imagenes, por que no debemos aspirar á lo que envuelve milagro. Ni las tales figuras nos apartan de Dios aunque sea espiritu puro, por que nos servimos de ellas como de medios, y pasos para ir á Dios, sin parar en ellas, como quien está mirando con gran gusto las Estrellas por el anteojo de larga vista, no atiende al anteojo sino á las Estrellas : y así prosiga en este modo de oracion que la hade unir estrechamente con Dios.

El modo de orar que al presente usa es el camino mas trillado, y seguro y por donde caminó mi Padre Ygnacio, y todos los Varones insignes de la compañía, valiendose del discurso, que es como dar golpes con el eslabon para encender el fuego. Y le advierto que en faltando el don admirable de la contemplacion de que hablamos arriba, vuelva á esta meditacion, valiendose del discurso, y de todas sus industrias, é ingeniandose quanto pudiere, por salir de sequedad &c. Asi lo aconseja el Beato Juan de la Cruz, y señaladamente pide que se vuelva á las pias meditaciones de la vida y pasion de Christo ; en cuya consideracion no dudo hallaria mi hermana Francisca mucho consuelo : y el Serafico Padre San Francisco decia

que si viviese hasta la fin del mundo no habria menester mas leccion que esta : y Santa Magdalena de Pasis entónces estuvo en mas perfecta contemplacion, quando en un elevado raptó anduvo toda la carrera de la Pasion. Y asi no dexé este modo de meditar, que en su exercicio sentirá mucho consuelo en los trabajos, y del sacará alientos y deseos de padecer, no contentandose con el exercicio de la mañana, sino tambien entre dia ; por que segun el Abad Isac *perparum orat quisquis illo tantum tempore quo genua flectit orare consuevit.*

En el punto de lo que padeci6 por casi dies años no puedo hablar con la certidumbre que en los antecedentes : solo digo que Dios la quiso probar, retirandose, privandola de sus consuelos, que lo suele hacer asi Dios, aun con aquellas almas de alta contemplacion. Digo que aquello no era natural : sino que Dios 6 dando licencia al Demonio, 6 por si mismo conmoviera los humores del cuerpo que le causaban aquella somnolencia y dolores, para purificar su alma : mas entretanto padecer no dexaria Dios de consolarla de quando en quando, por que no embia la afficcion quando luego está con el consuelo, y el estar asi atribulada era señal que Dios no estaba lexos : por que *juxta est Dominus iis, qui tribulato sunt corde* ; y los que le parecian castigos eran beneficios ; por que : *fulgura in pluviam fecit*—De aqui hade sacar el no acobardarse en las tribulaciones que se le originan de sus hermanas ; que se suele afligir por que la persiguen. Aun que sé que puede decir con David : *audivi vituperationem multorum commorantium in circuitu* ; tambien sé que puede considerar que el verse vituperada aunque sea de alguna alma justa, no es señal de que Dios no la quiere, y así alabe a Dios, y déle gracias porque ha dispuesto modo de mortificarla por medio de sus hermanas las Religiosas : *facti sumus opprobrium vicinüs*

*nostris ; nos autem confitebimur tibi in seculum.
Amen, Amen, Amen.*

Francisca mia, si en lo dicho halláre el cosuelo que desea, dele gracias á Dios ; diciendole : *dirupisti Domine vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* Sino lo hubiere hallado, pídale á Dios, que es quien consuela á las almas, diciendole *excita potentiam tuam et veni, ut salvos nos facias : adjutor meus, et liberator meus es tu, Domine ne moreris :* y pídale tambien por mí, que necesito mucho de sus oraciones, por ser grande mi tibiesa. A Dios Francisca mia, &c.

UNDECIMA CARTA.

HIJA y Hermana mia Francisca. Valgame Dios, ; no revolverá esos sus papeles, endonde Nuestro Señor le ha puesto abundantemente el consuelo de hacercenos Maestro, sino que solo ha de hacer pie en lo que pueda acongojarla ? En todo caso vea la mano de donde le vienen sus tribulaciones, y hallará consuelo en no hallarlo en esta vida. Lo que yo siento es no poder dexarme caer por allá, como quisiera, siquiera para consolarme, ya que no acierte á consolarla : pero haré algun exfuerzo para conseguirlo.

Ya sabrá salió por Provincial nuestro, el Padre José Gumilla. Cosa es que me há dado no poco por que darle á Nuestro Señor repetidas gracias. No me olvide con su Magestad, pues yo aun que soy el que me soy, no olvido á mi Venerada Francisca en mis pobres oraciones. Besa Sus Manos su Padre siempre.

TOMAS DE CASABONA.

*A la Madre Francisca de la
Concepcion en M. Q. B.*

DUODECIMA CARTA.

MUY Reverenda Madre Francisca del Niño Jesus:
—Mucho celebraré, que la salud de Vuesa Reverencia sea qual deseo, y que todos sus hermanos esten muy alentados: favores, que con instancia pido á Nuestro Señor, ofreciendo mi salud &c.

El asunto de esta carta solo es de mi para Vuesa Reverencia no mas; pues lo profiero con la calidad de un total sigilo; por que no conviene corra yo por inventor ó autor del caso: en esta presuposición pues escribo, y de que me noticiará Vuesa Reverencia que de sus mismas manos pasó al fuego esta carta, despues que haya entresacado de ella las razones, que necesitare apuntar para la execucion, si esta la juzgare convenir.

Atendiendo á los vivos deseos de Vuesa Reverencia sobre que se escriba y divulgue la vida de su Venerable tia, hallo necesario, que primero se imprima el sermon predicado á sus honras; pues esta es la primera notoriedad, que se da á personas semejantes para el comun exemplo, como lo hacen siempre todos, y yo lo vi en Granada con el Venerable Padre Manuel Padial, y una acreditada Religiosa, que alli murio santamente, y con la Azuzena de Quito se hizo tambien. Por lo qual habiendo esperado tanto tiempo, y viendo que ni Vuesa Reverencia, ni su familia trata de esto, tomo con harto rubor la pluma, por que al fin mas quiero mi sonroxo, que el que tan Santa Virgen ande desechada, olvidada, y caída, quando esta gloria aun es corta á sus heroicas, y constantes virtudes. Que razones haya para tributarle este honor, fuera largo numerarlas: no es la menor, que como Christo embió delante de si un Precursor, que preparase los animos á su venida, asi antes que las vidas de tales personas raras se dén á luz, disponen estos sermones los animos, como aposentado-

e

res, que dan previamente algunas nuevas, para que despues no se hagan increíbles las mayores noticias de su Historia mas extensa : y mas, que con este medio se exítan los deseos de las gentes en órden á procurar, que su vída salga impresa, y al paso que esta la desearon, despues, quando la ven á los ojos, la buscan con mayor aficion, para utilizarse de sus exemplos, como acaeció con la Azuzena de Quito, pues corriendo por Lima, y otras regiones el sermon de sus honras, suspiraban todos por el libro de su vída. La *Monja del Cielo* es la tia de Vuesa Reverencia, y ; asi la echamos alsuelo ? Cierito es, que el sermon será suplemento, que entretenga de presente los afectos, y por otra parte fixe los exemplos en la estimacion, para que siempre estimulen á imitarlos, alienten á los fervorosos, confundan á los tibios, despierten á los dormidos en el olvido de la eternidad : de donde tambien resulta, que encomendandose á la que ven tan favorecida de Dios, condecendiendo el Cielo á tales clamores, comienze á esclarecerla con prodigios, que suele obrar por su interseccion, con que despues se podrá enriquecer su vída : mayormente si en el titulo del sermon impreso se advierte, que su venerable cuerpo quedó tratable en la muerte, y despues de un año de enterrado se halló incorrupto, y flexible ; por que con estas noticias se aníman á pedir por sus méritos á Dios muchos particulares beneficios. Fuera de que mucho tiene lo que en el sermon se dice, que imitar de virtudes, que tomar de penitencias, que procurar de heroica santidad, que desear de subida oracion, que seguir de estrechez, y retiro, que abrazar de desprecio del mundo, que pretender de amor á Dios, que aplaudir de divinos favores, como Vuesa Reverencia con lagrimas, la comunidad con sollosos, el Pueblo con admiraciones, y lo mas granado asi Religiozo, como Eclesiastico, y civil, con ternuras, mostró universalmente el dia de las honrras. O ! que sabiendo por el

sermon los seglares de todas estas tierras, y de otras á donde llegáre, las aclamaciones, que hubo en su feliz transito, y que dixo bien la muerte con su vida, no dudarán de su singularísima virtud, ni des confiarán de su valimiento con Dios para las mercedes, que les podrá hacer, ní se recelarán de imitar sus virtudes ; que estos son los bienes, que procura el demonio impedir. ? Pues qué descuido tenemos ? ; Que omision ? ; Como tantas noticias, tan utiles á la Divina gloria, honrra de su cierva, provecho de los Pueblos, y credits insignes de Nuestra Señora, veo se sepultan, y perecen en sombras de negligencia ? La Vida historica de esta *Monja del Cielo*, que así la califica el caso de la Estampa, que del Cielo le embió Dios, saldrá, mediante el Señor, en su oportunidad ; mas entre tanto este sermon, que es como Proemio, ó preliminar, ¿por que se abandona ? Cierto, que no es razon ; pues los de otras personas venerables tanto se comunican al publico informe de los fieles.

Ya expliqué mi reparo, y me cuesta buena vergüenza y cortedad : ahora Vuesa Reverencia haga, segun su arbitrio, lo que tuviere por mejor, considerando si será justo sacar este despertador, que renueve la edificacion comun, quando va ya cayendo en olvido la Venerable Madre, y quando ya han muerto algunos emulos, que embidieron sus alabanzas ; pues hay imprenta bastante para este efecto en nuestro Colegio Máximo de Santafé : que por este medio se podrán descubrir otros papeles, que andan en varias manos dispersos, y se adquirirán mayores noticias de su vida, que otros sin duda tendrán : con lo qual, y con ver que todos engrandecen sus obras, cobraré yo mas esfuerzo para escribirlas, y mas materiales, que historiar, para darla mas á conocer á todos.

Perdone Vuesa Reverencia mi osadia, que há quatro años, que tengo reconcentrada en mi corazon : y así, ocultandome á todos, si esta empresa le agrada,

escriba al Padre Provincial, y a su hermano Don Luis, y al Padre Ygnacio Meaurio (al Padre Casabona le he hallado tibio en estas cosas) para que hechas las diligencias de exámenes, y aprobaciones, se ponga el sermón á la prensa: lo qual hará el Hermano Francisca de la Peña, que es impresor de oficio, y aunque ahora está de labrador en el campo, podrá venir á imprimirlo, supliendole otro el ministerio de su hacienda, que es el Espinar, por un par de meses á lo mas largo: y todo se podrá facilitar mas, si tambien las Madres graves, expresando sus deseos, escriben con empeño al Padre Provincial, y asi mismo los hermanos de Vuesa Reverencia, ofreciendo costear la impresion; que como se han estampado Catecismos, y Novenas, podrá esta obra semejantemente imprimirse en quartilla, pues hay moldes, y letras suficientes para esto; pero siempre Vuesa Reverencia reserveme en el mayor silencio con todos, aun sus mismos hermanos, y mucho mas los Padres de casa: mire que conviene sumamente; por que á Vuesa Reverencia es á quien se hade deber esto, y puede proponerlo, y promoverlo como invencion solamente suya, sin que á mi me pueda nadie traslucir. Yo no busco en sugerir esta especie mi aplauso, sino que me remuerde y reprehende la conciencia de no advertirlo, y aunque he procurado divertirme de este pensamiento, continuamente me culpa el conocimiento de lo que la Venerable Señora se merece, y que se le quita á Nuestro Señor no pequeña gloria, y á los lectores mucho fruto.

!O Madre mia! Como la Santisima Madre Francisca con profecia evidente me dixo, no solo que yo le habia de predicar á sus honrras; sino tambien con espanto mio notable, los textos todos, de que en ellas me habia de valer; y todo esto dos años ántes de su muerte: para cuyo cumplimiento fué necesario, que nuestro Gobierno se hubiese detenido un año, y siete meses, despues de cumplido el espacio ordinario del Rec-

torado, pues de otra suerte no la hubiera yo asistido en su dichoso transito, y mucho menos hubiera estado en Tunja para predicarle: por todo esto, no puedo menos de extrañar, que cosas tan milagrosas no salgan á la noticia de todos para mayor gloria de Dios, que guarde y guie á Vuesa Reverencia, como le pido, &c. Santafé y Noviembre veinte y ocho de mil setecientos quarenta y seis. Muy siervo y Capellan de Vuesa Reverencia. Que Sus Manos Besa.

DIEGO de MOYA.

Concuerta con sus originales á que en caso necesario me remito. Y en virtud de lo mandado en superior decreto de cinco de Noviembre ultimo á representacion de Don Antonio de Castillo, doy el presente. Santafé doce de Diciembre de mil ochocientos diez y seis.

AGUSTIN de HERRERA.

N. Myor.

Damos fé: Que Dn. Agustin de Herrera, de quien el testimonio precedente aparece autorizado, es, como se titula, y nombra, Notario Mayor de la Curia Metropolitana de esta Capital, en virtud de Titulo que al intento hemos visto, despachado en ella, por el Sr. Dr. Dn. Antonio de Leon, Prevendado Racionero de la misma Santa Yglesia, como Gobernador del Arzobispado, con f ha. primero del pmo. pdo. Agosto, fiel, legal, de toda confianza, con actual exercicio, en todas las funciones que son anexás al destino; y à sus semejantes, y demas que ante el han pasado, y pasan, Spre. se

les ha dado, y dá, entera fé, y crédito en ambos juicios. Y para su constancia, y efectos signamos y firmamos la presente en Santa fé f ha. ut supra.

Hay tres cruces.

VINCENTE ROXAS.
JUAN NEP. CAMACHO.
EUG. de ELORGA.

DIEGO de MOYA

Concedido con sus diligencias a que en caso necesario
se cumpla. Y en virtud de lo mandado en el
Decreto de esta Real Audiencia de 17 de Agosto de 1763
de Don Antonio de Ovando, Rey de España, por el
Deseo de la Real Audiencia de esta Real Audiencia de 1763

AGUSTIN de HERRERA

Damos fe: Que Don Antonio de Herrera de quien
el testamento precedente aparece autorizado, es hijo
de legal y legitima, Notario Mayor de la Casa Real
de Justicia de esta Capital, en virtud de un título que el
dicho Notario vino, despatchado en ella por el Sr. Dr.
Don Antonio de Lora, Presidente de la Real Audiencia
de esta Santa Fe, como Gobernador del Arzobispado
de esta Santa Fe, en virtud del pto. pto. de la Real Audiencia
de esta Santa Fe, con actual ejercicio, es el
Notario que en su virtud se declara y a su virtud
se declara que ante el Notario y Notario Mayor de esta Santa Fe

VIDA

DE LA

V. M. SOR FRANCISCA JOSEFA DE LA CONCEPCION.

ESCRITA POR SI MISMA

DE MANDATO DE SUS CONFESORES.

CAPITULO I.

*Su nacimiento, puericia, y educacion en la casa pa-
terna.*

PADRE mio : Hoy dia de la Natividad de Nuestra Señora, empieso en su nombre á hacer lo que V. P. me manda, y á pensar y considerar delante del Señor todos los años de mi vida en amargura de mi alma, pues todos los hallo gastados mal, y asi me alegro de hacer memoria de ellos, para confundirme en la divina presencia y pedir á Dios gracia para llorarlos, y acordarme de sus misericordias y beneficios, y uno de ellos he entendido fue el darme padres christianos y temerosos de Dios, de los cuales pudiera haber aprendido muchas virtudes, pues siempre los vi temerosos de Dios, compasibos, y recatados ; tanto que á mi padre jamás se le oyó una palabra menos compuesta, ni se le vio accion que no lo fuera, siempre nos hablaba de Dios, y eran sus palabras tales, que en el largo

tiempo de mi vida aun no se me han olvidado, antes en muchas ocasiones me han servido de consuelo y aliento, y tambien de freno. En hablando de Na. Sa. (de quien era devotísimo) ó de la pasion de No. Sr., siempre era con los ojos llenos de lagrimas, y lo mismo quando daba limosna á los pobres que se juntaban todos los de la ciudad en casa los viernes, y yo lo via, por que lo acompañaba á repartir la limosna, y via la ternura, humildad y devocion con que la repartia, besando primero la que daba á cada pobre; y aun con los animales enfermos tenia mucha piedad, de que pudiera decir cosas muy particulares. Asi mismo mi madre era tan temerosa de Dios, quanto amiga de los pobres, y enemiga de vanidades, de aliños ni entretenimientos, y de tanta humildad, que habiendo enviudado y estando casi ciega, le dio una criada muchos golpes en una Yglesia por que se quitara del lugar, donde estaba, lo qual llebó con mucha mansedumbre, y se quitó medio arrastrando; y me lo referia alavando á Dios y bendiciendolo, por que la habia traído de tanta estimacion á tiempo en que padeciera algo; de esto pudiera decir mucho, y de los buenos exemplos que via en mi niñes; sino que yo como las arañas bolvia veneno aun las cosas saludables.

Padecio mucho mi madre quando yo hube de nacer al mundo, hasta que llamando á su confesor, que era el Padre Diego Solano de la Compañia de Jesus, para confesarse y morir que ya no esperaba otra cosa, confesandose y teniendose del bordon del padre, naci yo — y lo que al decir esto siente mi corazon, solo lo pudieran decir mis ojos hechos fuentes de lagrimas. Naci Dios mio, vos sabeis para que, y quanto se ha dilatado mi destierro, quan amargo lo han hecho mis pasiones y culpas. Naci ay Dios mio! y luego aquel santo padre me bautizó y dio una grande cruz, que debia de traer consigo, poniendome los nombres de mi padre Sn. Francisco, y Sn. José; dandome N. S.

desde luego estos socorros, y amparos y el de los P. P. de la Compañía de Jesus, que tanto han trabajado para reducirme al camino de la verdad, Quiera N. S. que entre por el, antes de salir de la vida mortal.

Naci día del bienaventurado S. Bruno, parece quiso N. S. darme á entender, quanto me convendria el retiro, abstraccion y silencio en la vida mortal, y quan peligroso seria para mi el trato, y conversacion humana, como lo he experimentado desde los primeros pasos de mi vida, y lo lloro, aunque no como debiera. A los quince ó veinte dias, decian que estube tan muerta, que compraron la tela y recados para enterrarme, hasta que un tio mio Sacerdote, que despues me aconsejó (solo el, que en los demas hallé mucha contradiccion) que entrara monja, este me mandó, como á quien ya no se esperaba que viviera, aplicar un remedio con que luego volvi y estube buena. En esto solo la voluntad de Dios me consuela, ¿pues á quien no pareciera mejor que hubiera muerto luego quien, habia de ser como yo he sido? y me daba vida y casi resucitó, esto me dá esperanza de que me ha de conceder la enmienda, y llorar tanto mis culpas, que mediante su misericordia queden borradas. Solia mi madre referir, que teniendome en brazos, quando apenas podia formár las palabras, le dixé con mucho espanto, y alegrías, que una imagen de un Niño Jesus (que fue solo lo que saqué de mi casa quando vine al Convento) me estaba llamando, y que le sirvió de mucho pesár y susto, por que entendio que me moria luego, y que por esto me llamaba el niño.

Decian, que aun quando apenas podia andar, me escondia á llorar lagrimas, como pudiera una persona de razon, ó como si supiera los males en que habia de caer ofendiendo á N. S., y perdiendo su amistad y gracia. Tube siempre una grande y como natural inclinacion al retiro y soledad; tanto, que desde que me puedo acordar, siempre huia la conversacion y com-

pañia, aun de mis padres y harmanos ; y N. S. misericordiosmente me daba esta inclinacion, por que las veces que faltaba de ella, siempre experimenté graves daños.

Siendo aun tan pequeña, que apenas me acuerdo, me sucedió, que uno de los niños que iban con sus madres á visita (como suele acaeser, segun despues he visto) me dixo, habia de casarse con migo, y yo sin saber que era aquello, á lo que ahora me puedo acordar, le respondi, que si ; y luego me entró en el corazon un tormento tal, que no me dexaba tener gusto ni consuelo ; pareciame que habia hecho un gran mal ; y como con nadie comunicaba el tormento de mi corazon, me duró hasta que ya tendria siete años ; y en una ocasion hallandome sola en un quarto donde habian pesado trigo, y quedado el lazo pendiente, me apretó tanto aquella pena, y debia de ayudar el enemigo, por que luego me propuso fuertemente que me ahorcara, pues solo este era remedio ; mas el Santo Angel de mi guarda debió de favorecerme, por que á lo que me puedo acordar llamando á N. Sa., á quien yo tenia por madre y llamaba en mis aprietos y necesidades, me sali de la pieza asustada y temerosa ; y así me libró N. Sr. de aquel peligro, quando no me parece que tendria siete años. Hasta esta edad, y algun tiempo adelante, todo mi recreo, y consuelo era hacer altares y buscar retiros ; tenia muchas imagenes de Nuestro Señor y de Nuestra Señora y en componerlas me pasaba sola y retirada ; aunque esto topaba solo en lo exterior, por que me parece era poco lo que rezaba ni tenia consideracion : si bien N. S. me despertaba grande temor de las penas eternas, y aprecio de la eterna vida, y viendo algunas imagenes de la passion, pedia con tanta ansia á N. S. me hiciera buena y me diera su amor, y lloraba tanto por esto, hasta que me rendia y cansaba. Pues el temor que digo despertaba N. S. en mi ; algunas noches en sueños via cosas

espantosas. En una ocasion me parecia andár sobre un entresuelo hecho de ladrillos, puestos punta con punta como en el aire, y con gran peligro, y mirando abaxo, via un rio de fuego, negro y horrible, y que entre el andaban tantas serpientes, sapos y culebras, como caras y brazos de hombres que se vian sumidos en aquel pozo ó rio; yo disperté con gran llanto, y por la mañana vi, que en las extremidades de los dedos y las uñas tenia señales del fuego: aunque yo esto no pude saber como seria. Otras veces, me hallaba en un valle tan dilatado, tan profundo, de una obscuridad tan penosa, qual no se sabe decir, ni ponderár, y al cabo de el estaba un pozo horrible de fuego negro y espeso, á la orilla andaban los espíritus malos haciendo y dando varios modos de tormentos á diferentes hombres conforme á sus vicios. Con estas cosas y otras me avisaba Dios misericordioso, para que no le ofendiera, del castigo y pena de los malos; mas nada de esto bastó para que yo no cometiera muchas culpas, aun en aquella edad.

Leíá mi madre los libros de Sta. Tereza de Jesus, y sus fundaciones, y a mi me daba un tån grande deseo de sér como una de aquellas monjas, que procuraba hacér alguna penitencia, rezar algunas devociones, aunque duraba poco.

Entre otros recibí de N. S. un beneficio, que me hubiera valido mucho, si me hubiera aprovechado de el: este fué una grande inclinacion y amor á las personas virtuosas, y que trataban de servir á N. S.; y asi conversaba mucho con una esclava de mi madre que trataba mucho de servir á N. S.; de ella me valia para algunos ayunos, y cosas que eran bien pocas; y asi mismo de un esclavo, que tenia opinion de muy bueno, y penitente; pero quien podrá decir el daño de algunas compañias que no eran buenas para mi, o yo no era buena para ellas? que es lo mas cierto. Aun en aquella pequeña edad, y tomándolas muy de paso, que

á otra cosa no daba lugar, ni mi inclinacion, ni el recato con que mi madre nos criaba, con todo eso, he tenido toda la vida, que llorar y sentir.

Criabame muy enferma, y esto, y el grande amor que mis padres me tenian, hacia que me miraran con mucho regalo, y compasion, y aun que me habian puesto el habito de Sta. Rosa de Lima, que se lo prometieron á la Sta. por que me diera salud N. S. ; mi madre se esmeraba en ponerme joyas y aderézos, y yo era querida de toda la casa, y gente que asistia á mis padres. Con todo eso, jamas tube contento, ni me consolaba cosa ninguna de la vida, ni los entretenimientos de muñecas y juegos que usan en aquella edad, antes me parecia cosa tan sin gusto, que no queria entender en ello. Algunas veces hacia procesiones de imagenes, ó remedaba las profesiones y habitos de las monjas ; no por que tubiera inclinacion á tomar ese estado ; pues solo me inclinaba á vivir como los hermitaños en los desiertos y cuebas del campo.

CAPITULO II.

Prosigue la Relacion de su puericia, distracciones que tubo en este tiempo, y llamamientos de Dios á buena vida.

ASI llegué á los ocho ó nueve años, en que entré en casa de mis padres el entretenimiento ó peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó á ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí á leer, por que á mi madre le habia dado una enfermedad, que le duro dos ó tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me habia dexado, solo conociendo las letras. Yo pues llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento pasa-

ba en el muchos ratos y vevia aguel veneno, con el engaño de pensár que no era pecado; y asi debe de sér en naturales que no son como el mio, que no sacarán de todo males y culpas. Yo vevi mi mal, aunque no lo conoci tan breve, mas andado asi, me castigó N. S. con una enfermedad ó pena tal, que ahora me espanta, por que eran unas congojas, y penas tales que despedazadan mi alma, y me traían en un horror y sombra de muerte, unas aprensiones tan vivas de cosas temerosas y horribles, que ni me dexaban comer ni dormir, y asi andaba flaca y traspasada: lo mas de la noche despierta por la casa, sin poder tener sosiego, llorando continuamente, sin saber decir lo que sentia, ni haber quien lo entendiera. En viendo la comida era morir, en viendo gente, me metia debaxo los colchones dando gritos, y à veces casi desmayada. No sentia ningun dolor en el cuerpo, á lo que me puedo acordor, antes no sentia sino era aquella pena en el alma, y aquella imaginacion que me consumia y desmayaba. Quanto via, y adonde quiera que iba, me parecia, que eran hombres quemados y ardiendo, y á donde quiera me seguian, con un modo de tormento y ansia en el corazon, con una congoja y apretura tal, que parece no via la luz, ni vivia mas que para sufrir tan horroroso mal. Algunas personas de mi edad, que era como digo de ocho á nueve años, hacian burla de mi, viendo que algunas veces necesitaba de bordon para caminar, otras se compadecian, y mi padre sentia amargamente, ver que me iba consumiendo, sin saber de que, ni poderme consolar; aunque con alhagos y ruegos me pedia le dixera, ¿ que me afligia? y prometia llevarme á las Ymagenes milagrosas en Novenas; mas ni yo la sabia, ni podia decir mi pena, ni habia cosa que me sacara de ella. Como era la mano poderosa de Dios la que me afligia, con aquella enfermedad y tormento, y á lo que á hora pienso, en castigo de algunas culpas que habia cometido; mas como ciega, yo no conocia de adonde procedia mi mal, y todas las

f

criaturas, parece me servian de berdugos, el aire, la tierra, &c. el canto de las aves, el agua, &c. y sobre todo el fuego, como bérdugo de la divina justicia. Asi pasé, no sé sí uno ó dos años, y en este espacio se fue aplacando aquella pena; ahora pienso que sería con haberme confesado, quando venimos á la ciudad, no me acuerdo con que, ello se fue quitando, y yo tratando de divertirme, y poniendo mas cuidado en las galas y aliños; de modo que yá no trataba de otra cosa que de cuidar el cabello, andar bien aderezada, aunque no con intension de cosa particular, sino solo con aquella vanidad, y estimacion de mi misma, que me parecia todo el mundo poco para mi; à que ayudaban las vanas alabanzas y adulaciones. N. S. no dexaba nunca de darme recuerdos, y ponerme temores desde el principio. Una noche estando durmiendo, via en sueños, que una multitud de espiritus malos, en formas humanas espantables, andaban como toreando á una persona, y que dandole muchas heridas, cayó muerto; yo desperté con el susto y pavor que me causó, y á la mañana llegó una esclava de mi madre á avisarle; que esa noche habia muerto aquel sugeto; yo no dixé nada, aunque despues oia contar, que habia vivido en mal estado, escandalosamente, y despues de mucho tiempo, corrió, que se habia aparecida y dicho: que estubo para condenarse, y que por la devocion que tubo á N. Sra., se le habia conmutado la pena eterna, en temporal, hasta el dia del juicio; y esto ha sido, y fue muy corriente. Pues en estas vanidades y miserías que digo, gastaba yo el tiempo; y la vida, aprendiendo musica, leyendo comedias, y cuidando de galas y aliños; mas algunas veces mirandome al espejo, me ponía á llorar en el, acompañando á aquella figura que miraba en el, que tambien me ayudaba llorando; otras se me proponía; O, si yo me condeno; que tal arderán mis ojos y mi cara, que espantosa estaré! Y asi me quedaba mirando, y me salía del quarto; mas no por

eso trataba de mas enmienda ; aunque algo me debia de servir para mirar sin tanta estimacion las cosas en que andaba divertida. Mi madre siempre nos llevaba á la Compañia por que alli se confesaba, y nos hacia confesar, y en este tiempo, via yo á V. P. que habia entrado, siendo ya Sacerdote, y estaba de novicio, y luego que lo via, sentia en mi corazon una reprehension de mis locuras, una compuncion y respeto tal, que luego me llenaba de temor y vergüenza, y tapaba con el manto ; pero duraba poco esta enmienda, que luego volvía á lo de antes : asi llegué á los doce ó catorce años.

CAPITULO III.

Llega á los doce años de edad, recibe otros nuevos y señalados auxilios, y entre ellos una vision particular.

Padre mio : A demás del enojo que mostró V. P. por que no proseguia, no podrè resistir á la fuerza interior que siento, que me obliga y casi fuerza á hacerlo.

En este tiempo entraban en casa de mi madre algunos parientes muy inmediatos, que á otros no se daba entrada, por el gran recato, y cuidado con que nos criaban ; y entre ellos, uno se aficionó tanto á mi, que en qualquiera ocasion que hallaba me ponderaba su amor, y decia ; que aunque fuera á Roma habia de ir por dispensacion. Yo como loca y vana, y como que mi corazon no habia encontrado su centro, andaba vagueando por despeñaderos, aunque sin mas intento que la vanidad de ser querida ; mas sin áquel recato que debiera ; leia sus papeles, que eran vanisimos ; y aunque no respondia á su intento, no huia las ocasiones de verlo y hablarle : mas breve atajó N. S. el mal

en que pudiera haber caído, movido de su infinita misericordia, y quisá mirando alguna ignorancia que acompañaba á mi malicia. En breve lo atajó por medio de mi buen padre, que como tan recatado y advertido, reparó en la demasiada familiaridad; con severidad se lo advirtió á mi madre, y luego cayó sobre mí la reprension; y supe de las criadas como mi padre se lo habia reñido. Entró con esto en mi corazon tanta confusion, y vergüenza, que comencé á cobrarle á aquel sugeto un grande horror, y á mirarlo como á una sombra de muerte; y con el seño que mi padre le mostró se retiró, aunque buscaba modos de verme y escribirme: mas andaba ya mi corazon tan disgustado de todas las cosas de la vida que no hallaba á donde hacer pie, ni encontraba cosa que no le diera disgusto. El dia que mas cuidado ponía en las galas, y aderezos, solía arrojarlos, diciendo: ¿que he sacado de esto; que fruto he cogido; que substancia tiene? Habíame sucedido en este tiempo, que como mi padre visitara á una tia mia religiosa de este convento, de mucha fama de virtud; ella le dixo, no nos permitiera leer comedias, y le dio dos libritos de meditaciones de mi Padre S. Ygnacio, á quien siempre habia yo tenido un amor y respeto grande; de modo que en oyendolo nombrar, me parecia era lo mismo que oír ó vér, camino espiritual, vida eterna, enmienda de vida. Pues como leyerá en aquel libro, en recogíendome á dormir, via delante de mí, dos hombres atados á unas sillas de hierro ardiendo, y ellos tan quemados, que estaban ya como bronce encendido, con unos rostros de tanta confusion y dolor, que con haber tantos años que esto me pasó, me dá horror. Mirabanme con una vista, bastante á dár tormento su memoria; y el uno me decia: *Surge, surge*; y el otro repetía con una voz lamentable, y horrorosa: *Ergo erravimus á via veritatis*. Yo no entendía aquellas palabras; mas fue tanto el horror que no me pude contener, y pasé

dando voces á la cama de mis padres, llorando amargamente y contandoles mi espanto : y ellos me tubieron alli, consolandome y se compungieron mucho, mas mi padre no me dixo que contenian ó querian decir aquellas palabras. Yo quedé tan fuera de mi, tan llena de espanto y temor, que no podia entender como vivian, ni como podian reirse y procurar bienes de esta vida, ni dexar de llorar, ni tener reposo los hombres sugetos á caer en tan horrorosa desdicha ! Solo con aquella contingencia, me parecia no habia ya de haber contento en el mundo, y que todos se habian de ir á los desiertos, y gastar la vida en penitencias, y llantos implorando, y rogando á la divina celemencia. Mas esto ha sido siempre mi corazon inconstante, vil y olvidadizo, como los brutos mas rudos, y esto és lo que me llena de temor de mi misma, pues para el mal, y con la ceguedad de mis pasiones, he entrado por espadas, aunque sea viendo á los ojos la de la divina justicia ; pues lo que dixé, y los efectos que quedaron en mi corazon de aquella vista, bastaran á enmendar á qualesquiera. Saliame á los rios y soledades á llorar, que esto me pasó en una hacienda de campo, adonde habiamos ido ; andaba espantada y como fuera de mi, mas no se que enmienda tube ni me acuerdo si aquello fué antes ó despues de las locuras que he dicho. En viniendo á la ciudad oi un sermon del P. Pedro Calderon en la compañía de Jesus, donde declaró las palabras, que yo habia oido, y hallé sin pensar declarado del todo lo que me habia sucedido. Tambien me dio N. S. otro aviso, por que retirandome á leer una novela, entró una esclavita que me acompañaba dando voces, diciendo ; que á la puerta estaba un hombre negro, que yo creí ser el enemigo que á aquello me incitaba, y lo dexé ; aunque todos decian no era pecado leer aquellas cosas : yo lo pregunté al Pe. con quien me confesaba, y me respondió “ no és pecado, pero muchos no estuvieran en infierno, si no hubiera comedias,” era el P. Pedro Garcia.

CAPITULO IV.

Entra en la edad de catorce años : recibe el Sacramento de la confirmacion. Se siente intimamente tocada de la gracia. Se resuelve á una Santa vida. Hace una confesion general. Desprecia todo adorno y vanidad, y sufre varias contradicciones.

En este tiempo que ya yo tendria catorce años, dispuso N. S., que fuera mi padrino de confirmacion, el P. Pedro Calderon, que era Rector, á quien mi padre veneraba y amaba mucho ; y el Padre iba algunas veces á vér á mi madre, y preguntaba por su ahijada, haciendo que saliera á verlo, y quitandome algo el mucho temor que le tenia. Deciale á mi madre, me llevara á la Compañia. En fin N. S. con aquel amorosísimo pecho y corazon de Dios y de padre, que tanto sabe perdonar y hacer bien, no despreciando las obras de sus manos, y teniendo cuidado de las hormigas, y gusanitos, puso en mi sus misericordiosos ojos, y dio tales bueltas á mi corazon, que totalmente lo volvió á sí, con todos sus deseos é intentos. Pusome una determinacion y ansia de imitar á los Santos, que no me parece dexaria cosa por hacer, aunque fuera la mas ardua y dificultosa del mundo. Pareciame que todo lo más era lo exterior, y asi dexé todas las galas, y me vesti una pobre saya. Hacia muchas disciplinas con varios instrumentos, hasta derramar mucha sangre. Andaba cargada de cilicios y cadenas de hierro, hasta que sobre algunas crecia la carne. Dormia vestida, ó sobre tablas. Tenia muchas horas de oracion, y procuraba mortificarme en todo. Via algunas veces al P. Pedro Calderon, y el me alentaba y consolaba. Padeci en este tiempo una grande contradiccion, por que mis padres sentian mucho el que andubiera mal

vestida, y me tratara con tanto desprecio. Habia hecho una confesion general de toda mi vida, con el P. Pedro Garcia, con quien siempre me habia confesado; mas no podia frequentár el ir á la Compañia, por el grande encerramiento con que mi madre nos criaba, que ni aun á su hermana fiaba el que nos llevara á misa. Costabame grande trabajo la vez que conseguia el que mi prima, á quien mi padre queria mucho por su virtud, me llevara; y ella y yo padeciamos harto con los dichos y murmuraciones de los parientes que eran muchos, en particular el que dixe que me habia mostrado aquel amor, como vio mi mudanza tan de golpe, se volvio contra mi, y poniendose en las ventanas, de las calles, por donde pasaba á la Compañia, me gritaba y mofaba, llamandome, Santa, Santimoñera, y otras cosas que á mi me consolaban harto interiormente, por que me parecia era un gran bien padecer algo por N. S., y que con eso imitaria á los Santos, y así sufría con gusto los apodos, mofas, y burlas; y las contradicciones que todos me hacian, y el disgusto que traian con migo. Yo tenia poca conveniencia de tener oracion, y así la habia de tener en los gallineros, que era lo mas secreto, por la mucha gente que vivia en casa; y quando estaba en el campo, en los zarzos, ó debajo de los arboles, ó en una cuevesita secreta, que hallé entre unos altos cerca de la casa. Allí puse una Ymagen de N. S. crucificado, á quien procuraba traer siempre en mi memoria, y algunos libros de oracion y enseñanza, que me habia dado mi prima. Eran grandes los deseos que tenia de Dios, y continuamente procuraba estar amando á su divina magestad. Solo á las noches que se recogia toda la gente á lo alto de la casa, podia yo entrár en la Capilla, ú oratorio de ella; mas era tanto lo que padecia, de espantos y repugnancia á entrar allí, y los tormentos que interiormente empesé á padecer, que quando via ir cayendo el sol, temia y temblaba; y me acuerdo que tenia envidia

á los gañanes, y criados de la casa, por que ellos no habian de padecer el tormento que yo. Preparaba mi consideracion en un libro llamado Molina de oracion, y procuraba ajustarme al modo que enseñan los ejercicios de Sn. Ygnacio en la meditacion, mas nada podia, mas que padecer aquel horroroso tormento, que siempre fue el mayor que he padecido en toda mi vida.

CAPITULO V.

Entra en los diez y ocho años de su edad. Lucha y tormentos interiores én que es sostenida de Dios, con esperial providencia, y espirituales socorros.

PUES como digo, era grande mi padecer interior; y era tal, que leyendo algunas veces las penas de las potencias de los condenados, me parecia aquello lo que yo padecia; y aunque el tiempo, que asistían mis padres en la ciudad, tenia el consuelo de ir algunas veces á la Compañía, á donde hallaba alguna respiracion en mis penas, más esto era pocas veces, y con el trabajo que digo; y fuera de eso, yo no me podia, ó no sabia explicarme con mi confesor. Mas en el campo todo me faltaba, aunque allí recibia á N. S. los dias de fiesta que decian misa; y en uno de ellos, me hizo N. S. el beneficio de que fuera á decirla el P. Matias de Tapia, á quien entrando á reconciliarme para comulgar, dixé algo de mis fatigas y tormentos que pasaba, y quiso N. S. que me entendiera y alentara tanto, que yo quedé con aliento y esfuerzo para sufrir mis tormentos, y con mayores deseos de servir á N. S. En este tiempo conocí, como todo mi refugio habia de ser, y todo mi vivir N. S. sacramentado; por que una noche me hallaba en sueños perseguida y acosada de muchos

enemigos que me daban grita, y seguian, y yo llena de afliccion y espanto, buscaba algun refugio, y solo hallaba una Custodia en que estaba el Santisimo Sacramento, y llegandome alli, quedaba consolada y segura, y huian todos mis enemigos, y yo quedé desde aquella dia con mas aliento y consuelo. Yá el P. Pedro Calderon había hablado á mi padre, y reducidolo, á que en estando en la ciudad me dexara salir en compañía de mi prima á oír misa y comulgar, y mi padre vino luego en ello con mucho gusto, por que era bueno y temeroso de Dios. Yo supe luego, que el Padre acababa su Rectorado y se iba, con que quedé con mucho desconsuelo: aun no seria un año el que me confesó. Proseguia en mi modo de vida, y proseguian mis penas: yo habia determinado dexar todo lo criado, y hacer quanto alcansaran mis fuerzas por hallar á Dios, y quando lo buscaba en la oracion, me parecia era alejarme más; por que alli solo hallaba tan horrorosos pensamientos, que no podia valerme, ni persuadirme que estar alli era servicio de Dios; antes tenia fixo, que estaba peor que los condenados, y que semejantes cosas, ni aun á ellos se les habían propuesto. Habia puesto N. S. en mi alma un grande conocimiento y aprecio de su Divina Magestad sobre todas las cosas, y via como imposible los caminos de llegar á el, que era la oracion; pues en ella hallaba á mi parecer el mal de los males, que es la culpa. Era tan horrible mi temór, y el tormento que me daban aquellas cosas, que á los lugares donde tenia oracion, los miraba con tanto horror, como miran el suplicio los sentenciados á muerte; y aun mas, por que aquello para mi tenia visos, de muerte eterna. No me daba contento nada de esta vida, y queria buscar en Dios el corazon su centro, por que no se podia consolar con ninguna criatura; mas con el ansia é impetu que iba á el, encontraba un már de fuego, mas horrible que todo el fuego material, una noche de tinieblas tan pesadas que opri-

mia lo mas intimo del alma. No tenía mas cosuelo que la penitencia exterior, por que alli tomaba un genero de venganza de mi misma, y me parecia que solo en aquello no ofendia á Dios. Corrian siempre lagrimas de mis ojos en tanta abundancia, que mojaban la ropa, y á mi padre servian, la vez que me via, de pena y cuidado : asi pasé quatro años.

En este tiempo padeci otra pena horrible, que fué de parecerme, que hacia los mas horrorosos pecados del mundo, y tales que ahora veo, que solo la astusia del enemigo podia, con permision de Dios por mis culpas, poner apariencias tales, y turbar y obscurecer la razon ; de modo que era como traerme en una rueda de navajas, vendados los ojos, sin que á ningun lado tubiera descanso. La vergüenza que padecia en confesar ó decir aquellas cosas era íntolerable. En acabando de pasar aquel tormento, que me apartaba del confecionario me parecia, que por tal circunstancia que dexé de declarar, era fuerza repetirlo todo, y asi empezaba sin acabar mi tormento. Conoci que aquella fué tambien pena que Dios permitio por mis culpas, y así se acabò quando S. M. quiso ; por que un dia estando en la Compañia con mí pena, repartieron los Santos que dán cada mes, y decia la sentencia del que á mi me tocò en suerte "*No desamparais Señor à los que òs buscàn,*" Luego se quitó un velo de los ojos de mi alma, y se desató mi corazon de aquellas pesadas cadenas ; y me hallé de repente libre de aquella enfermedad y azote tan sensible. Mas no se quitó la pena que dixé arriba, por que en tratando de más oracion, entraba en mas tormentos ; mas no por eso la dexaba, ni tenia otro alivio para mi que el recurrir alli á N. S. y darme mucho á la meditacion, aunque era como digo. Ahora me espanta la gran piedad de Dios, que en medio de tanto padecer, no me dexó que lo dexara. Me tenia su divina magestad con una mano, y me azotaba con otra, á modo de decir. Yo procuraba exercitarme en todo aquello que

entendia seria agradable á N. S., y su divina magestad me daba unos grandes deseos, y esperanzas de ser siempre suya, aunque por mi mal natural, sentia y pasaba muchas tentaciones, y contradicciones.

CAPITULO VI.

Entregase mas á los exercicios espirituales, Deparale Dios un confesor. Vocacion extraordinaria á la Religion; y concluye con una devotissima, y fervorosa elevacion á Dios.

POR librarme y dar alguna salida à las murmuraciones, y reprensiones, que me daban por el trage humilde y pobre que traia, solia decir, que trataba de sèr monja ; cosa que miraba con horror ; y como mis padres sentian tanto, el oirme decír, que queria sèr monja ; me dieron lugar para todo lo que yo quisiera, en orden al retiro, á salir todos los dias á comulgar, y andár pobremente vestida ; y asi me acomodó y com-puso mi padre, un aposento apartado y solo, y me hizo hacèr un habito ó sotana, como la traen las beatas de lo Compañia, y me dió licencia para todo, por que le habia dicho una hermana mia, que sentia tambien mucho mi entrada, que ella sabia, que con esto no trataria de ser monja. En este tiempo me confesaba, con el P. Rector, que habia seguido en el oficio al P. Calderón, por que visitando, á mi madre le dixo ; que sabia mi desconsuelo, que me llevara el dia siguiente, y que el tendria cuidado de mi ; y asi lo hacia con mucha caridad ; pero Dios que tenia dispuesto otra cosa, por medio de V. P., hizo, que entrara un dia acaso, á su confesionario á reconciliarme, y no se me olvidan las primeras palabras que me dixo, que fueron : “ ea amiga, animo, que hay nos alentaremos, á servir á Dios.” Hicieron tal impresion en mi corazon, que de alli à adelan-

te, me dexè toda á su disposicion, y puse mí alma en sus manos, para que la encaminara á Dios, no pudiendo, ni queriendo apartarme de su parecer. La voz de que queria ser monja, se fue extendiendo por la casas de los parientes y conocidos, y todos sentian mal de mis intentos, y me reprendian, y decian el pesar que daba á mis padres, que les costaria la vida. Poniame delante, la distraccion que habia en algunos conventos, la inquietud, los chismes, la variedad de pareceres y naturales. La quietud de mi casa, la conveniencia para todo lo que fuera servicio de Dios, y consuelo de mis padres, hermanos, y criados; y que en entrando una vez, no tenia remedio. Yo tenia tanto horror á este convento, que no habia menester que me dixeran nada, mas callaba y disimulaba mi corazon, buscando razones para desvanecer las suyas, y asi me iba convenciendo á mi misma. Me acuerdo, que era tanto el horror que tenia, que aun las campanas del convento, que se oian en mi aposento, me daban pena; tanta, que a veces no la podia tolerar, y me iba al quarto de mi madre por no oirlas. Mi padre en háblando en eso, empezaba á llorar, con sèr hombre muy serio; y si estaba en la mesa, hacia quitar la comida. Parece que aquellos ultimos tiempos que estube en su casa, me cobró mayor amor, ó me mostraba mas el que me tenia. Solia esperar mucho tiempo à la puerta de mi aposento, hasta que yo acababa mi ocupacion, y abria. Entonces entraba, saludandome con palabras, muy tiernas, y se estaba oyendome leer algun libro espiritual. Algunas veces me decia: que si yo no estuviera en casa, no entrara èl en ella, por que no tenia otro consuelo. Por pequeño mal que tubiera, me hallaba cercada de mis padres, hermanos, y criados, à cuidarme y mirar por mí. El que mas esfuerzo ponía en que no fuera monja, era un cuñado mio, que me queria mucho, y me proponia algunos casamientos, con parientes suyos, ponderandome sus prendas. En fin, no hubo persona que, ó por dar contento á mis padres, ó

por qué Dios lo debia de disponer, no me desaprobaba y contradigera el ser monja. Religiosos, y seglares, hombres, y mugeres, propios, y extraños; y todo no pesaba tanto, como la contradicion que yo tenía en mi misma. De otra traza usó el enemigo, y fue el que algunas religiosas de aqui, á quien vine á ver un dia, por tomar alguna noticia del modo con que se pasaba ó vivia, me dixerón: que los P. P. de la Compañia les habian dicho, que yo por callegear me habia hecho beata, y que huyeran de mi si entrara monja. Esto fué una grande turbacion para mi por muchas causas, y quedé con mas horror á ser monja, y asi iba pasando en mi retiro, saliendo solo á la Compañia; confesaba y recibia á N. S. Sacramentado todos los dias, por habermelo mandado asi el P. Rector. Tenia cinco horas de oracion cada dia. Proseguia en mis penitencias, y hacia la limosna que podia; y podia hacerla por haber abundancia de todo en casa de mi padre, y no negarseme nada. ¡No sé para que digo estas cosas, Dios mio! Ni se como proseguir adelante, por que ni mis padres querían, ni yo queria, ni habia quien no me lo contradigera, ni se proponia ninguna razon de conveniencia en la entrada; y yo entré, no sé como. Sin duda Dios mio tu infinita donbad, no me dexaria herrar en una cosa en que tanto me iba, en que tanto me atropellaba á mi misma, y todo lo que podia tener ó querer en la vida. Con todo eso, me daba N. S. luz de que sería mayor servicio suyo entrar religiosa; que muchas Santas á quien deseaba imitar, habian huido de la casa de sus padres, y contra el gusto de ellos habian sido religiosas. Dabame un grande aprecio de los votos de la religion, y de la dicha que tienen de vivir, donde á todas horas está el santisimo sacramento, y lo tienen de puertas adentro, su real y verdadera presencia, que tantos bienes puede y quiere hacer á las almas que se le llegan. Tambien me inclinaba con grande fuerza á rezar el oficio divino, aunque no tenia mas noticia, que haber leído en la vida de Sta. Maria Magdalena, que

era llevada por los angeles, siete veces al cielo, á imitacion de las siete horas canonicas. Pero todas estas razones, eran solo para mayor guerra, por que unas y otras venian como olas sobre mi corazon, y lo quebrantaban y aturdian, y se avivó en mi tanto el amor de mis padres y hermanos, que hasta las piedras de la casa me tiraban, y detenian como unos fuertes lazos y cadenas. En la oracion pasaba con las penas que dixe, por que luz, ó consolacion en ella, no me acuerdo que la tubiera, ni hubiera jamás tenido. Solo tenia cierto en mi corazon, que los dias de vida que le faltaban á mi padre, eran pocos, que breve moriria: mas no sé yo como entendia aquello, ni quien me lo decia con tanta certeza, que no podia dudarle. Tomár estado de casada, no lo miraba posible, por que deseaba y habia determinado darme toda á N. S., sin que ninguna cosa que pareciera mas perfecta dexara de hacer. Ni aun quando mas metida estaba en cosas de esta vida, por mi natural altivo y malo, y sobervio; me parecia, que por ninguna cosa del mundo sugetaria mi voluntad á otra criatura; y mas quando leia el premio y corona que se da á los que se consagran á Dios, sin tener otro esposo. Esto arrebatava mi corazon y mi aficion. Quando leia, que las virgines seguian al divino cordero y esposo Jesus, estaba firme en mi corazon, que primero me dexaria martirizar, y pasaria por el fuego y cuchillo, que venir en otra cosa, que ser toda suya. ¡O Dios y amor limpísimo, estas misericordias tuyas acordais á mi corazon, y á mi alma, para que se deshaga en agradecimiento, y en confusion de mi ingratitude á este beneficio! ¡O unico esposo de mi alma, y parte dichosisima de mi herencia! ¡Quien mas te rogó por mi, que por otras? No vias señor mio, quien yo era y habia de ser? Que mas premio de trabajos, áfrentas y desprecios, que ser tuya señor mio, y haberme nombrado esposa tuya, aunque despues no me hubieras de dar la gloria. Tambien me hacia mucha fuerza, el ser afuera inescusable el salir á la calle para la misa, &c.

CAPITULO VII.

Confírmala el Señor en sus santos propositos de vida retirada. Obedece ciegamente el consejo del confesor para entrar en religion. Refiere su salida de la casa paterna, y entrada en Sta. Clara, con varias circunstancias edificantes. Obstaculos y tentaciones que le ocurrieron. Entra en exercicios espirituales, y allí conoce la proxima muerte de su padre.

PUES como iba diciendo, esta guerra sentia en mi misma, y como desde que llegué a los pies de V. P. hallé el amparo y caridad que se ha visto, y yo no sabré decir, me parece hallaba ya en mi camino compañía, con que pasaba con mas aliento las soledades, espinas, y noches de mi interior. No sé que cosas de las que llevo referidas le debia de decir, sé que me mandó que viniera á ser Monja, y que esto era lo que convenia; y yo luego sin pensár mas en ello, traté de ponerlo en execusion, aunque sintiendo los horrores y repugnancia que he dicho. Fué grande el sentimiento de mi naturaleza aquellos dias antes de salir de casa; y la noche antes, recogida en mi aposento, me acuerdo que le pedí con quanto afecto pude á N. S. crucificado, no permitiera que otra cosa que su puro amor, me hiciera hacer una accion tan dificultosa. Aquella noche casi toda gasté en mis exercicios que solia hacér, y á la mañana, tomando aquella imagen del Niño Jesus, entré al quarto de mis padres.... Las palabras que me dixeron, la ternura con que me miraron, sin sabér lo que yo intentaba, y el sentimiento que tubo mi corazon al volverles las espaldas, solo N. S. lo sabe. Yo sali, como quien se arranca las extrañas, y viene con la repugnancia que si viniera al suplicio. Las religiosas me esperaban, y yo tube vehementisimos impulsos de volverme, mas asi entré. Yo venia

sin saber que sucederia de mi acá dentro ; pensaba quedaria esa noche en los claustros, ó en algun saguan, hasta que alguna religiosa me albergara en su celda, por que ya mi tia habia muerto; más Dios dispuso que una amiga suya muy sierva de N. S., me recibió, y traxo á comulgar á la grada, por que entré antes de haber comulgado. Seria disposicion de N. S., para mostrarme, que acá, el habia de sér mi refugio. Fué increíble el sentimiento y llanto de mis padres y hermanos, quando tubieron la noticia de mi entrada, y las nuevas que me daban de esto. Mi padre estuvo tres dias sin que hubiera quien le hiciera ni beber un trago de agua, ni lo quitara de llorar en la puerta de mi aposento. Mi madre enfermó mucho de gota coral, y asi todo. Yo estaba aqui harto confusa con algunas cosas que iba experimentando, y con lo que me decian las religiosas mozas : á los tres dias, ya no cabian en mi corazon las penas, y lo que habia disimulado, y asi me fui donde el santisimo sacramento, hecha un mar de dolor y llanto, no sé yo lo que le decia. Aquel dia vino mi padre á verme, como si lo levantaran del sepulcro ; mas con su mucha virtud que le dió N. S., se vencia y esforzaba, y me hizo una platica, y exortacion, á que siguiera y oyera á Dios, que admiró é hizo llorar á todas. Era muy capáz, y habia estudiado mucho, y lo que mas és muy buen cristiano. Mi madre tenia mas recia condicion, y asi estuvo mucho tiempo enojada ; esto me fué causa de muchas aflicciones, por que no tenia acá, ni aun cama en que recogerme, y mi cortedad era tanta, que no sabia que hacer de mi. Con la novedad de mi entrada, se me allegaban muchas, y yo empesé á vér y oír cosas que me descontentaban mucho, y por no descontentarlas, (que este ha sido siempre vicio mio), no reparar en descontentar á Dios, por no dár disgusto á las criaturas ; asi me lo han pagado, y llevado mi merecido, que jamás he acertado á tenerlas contentas ; decia algunas cosas con llaneza é ignorancia, y todo se notaba,

y de todo se hacia misterio. Fué cobrando mi corazon un tedio y aborrecimiento á todo, que me parecia estaba en el infierno, ó en una carcel de Ynquisicion: ni aun el dia me alumbraba. Habian solicitado, que me quitara la sotana ó habito que traia, y me vistiera de gala, hicelo tambien con el pretexto de dár gusto. Con el astio y tormento que me daba todo, tenia por alivio el salir al locutorio, y alli con una tristeza mortal, me pasaba los mas dias; y hallaba mi corazon tan mudado, tan frio y tan sin aliento, que ya yo no me conocia. No daba paso de donde no se levantara un chisme; iban á escuchár lo que hablaba con mi padre, y quando salia del locutorio, sobre una palabra que les pareciera, se ardia la casa, y yo no hallaba donde parar; por que si alguna viendome triste, me preguntaba la causa, y yo como imprudente y poco mortificada, decia alguna palabra, luego sobre aquella se acrecentaban otras, y la iban á decir; con que yo andaba como en el ayre sin poder entrar por camino ni hallarlo. Pues como ya otra véz con mi trage seglar y el corazon en la mala disposicion que digo, estubiera tan continuamente en visitas de afuera, por que con mis padres y hermanos venian otras muchas personas; un sugeto de importancia venia tambien, y el enemigo para armar un laso, que casi duró toda la vida, le puso que me escribiera muchas veces, y solicitara para conmigo, esto que llaman devociones, que habia entonces muchas. Yo hice mal, pues que á la primera, entendiendo lo que contenian, recevi la segunda y la tercera, aunque siempre respondi, que no alcansaba por que me escribía á mi, pues si alguna cosa se le ofrecia, podia hacerlo en mi casa, pues para mi no era el salir al locutorio. O por que se cargó con la respuesta, ó por que ya comunicaba una monja, se levantó contra mi una persecution tal, que quando me veian pasár, me escupian, me decian cosas muy sensibles, y como eran muchas las amigas y criadas, por todas partes me hallaba acosada y afligida, y más quando veia mi inte-

rior, tan lexos de lo que siempre, ó el tiempo antes habia pretendido. No és decible mi desconsuelo, parecíame que buscando la vida, habia hallado la muerte: que buscando á Dios habia errado el camino, y encontrado mi perdicion: miraba mis males como irremediabiles, y por todas partes solo encontraba penas: si alguna queria trabar conversacion ó consolarme, paraba en que no habia de mirar, ni hablar con otra. Todo esto era veneno para mi, y en huyendo, se hacian unos duelos y sentimientos, que se volvian contra mi, reprendiendome y despreciandome en publico, y en secreto; y lo que en ellas no era falta ni culpa, para mi era muerte y aficion. Si me retiraba á pasar á solas mis desconsuelos, hallaba mi interior hecho un mar amargo, y decían, que no habian visto virtud que menos entendieran; decian bien, por que en mi lo que habia solo eran, confusiones y culpas.

Tenia en medio de tantos ahogos el consuelo de que venia V. P. cada ocho dias, mas yo estaba tal, que ni para admitir consuelo estaba. Oia sus palabras y muchas veces se me pasaba gran rato sin poder hablar, por que todo lo que no era remediar el haber entrado, me parecia cosa sin consuelo; y como el volver á salir no lo imaginé jamás como posible, aunque algunas veces se lo proponía, miraba mis males como sin remedio. Con todo eso, solo el rato que estaba en el confesionario, sentia yo alivio, y asi contaba los dias hasta que volviera; más aun esto permitió N. S. que me faltara, pues se fue V. P. de la ciudad, y yo me quedé sola, como en un decierto, y noche obscura. Luego aquella monja amiga de mi tia, que me recibió en su celda me apartó de ella aunque con buen modo, por que era muy santa, mas tenia otras personas inmediatas á quienes debia atender, y ellas no podian tolerar mi compañía. Aqui fueron mayores mis desconsuelos y necesidades, por que aunque mi padre me enviaba alguna cosa, no tenia modo de disponerla para poder comer, ni las criadas

que mandaron traer de mi casa servian mas que de darme fatiga en verlas padecer. Por este tiempo entré en ejercicios, y en ellos conocí claramente, que breve moriria mi padre ; asi fué que dentro de quatro meses se lo llevó N. S.

CAPITULO VIII.

Asistela con mas freqüencia el confesor. Recibe ciencia infusa de las stas. escrituras, y especialmente de los Psalmos. Resiste los estímulos del amor paterno para dexár el claustro. Nuevos padecimientos espirituales. Muerte de su padre.

HIZOME N. S. el beneficio de que V. P. volviera á esta ciudad, por que quedara en lugar de mi padre quando el murió. Yo en todo este tiempo no habia dexado de recibir á N. S. cada dia, y asistir al coro como las monjas, aunque no habia tomado habito. Allí me hizo N. S. el beneficio de que entendiera el latin, como si lo hubiera estudiado, aunque ni aun lo sabia leer bien ; mas eran tan á medida de las aflicciones y desconsuelos que padecia, las cosas que entendia en los psalmos, y las imprimian tan dentro de mi alma, que no podia cerrar los oidos á ellas, aunque quisiera.

Quando le dió la enfermedad á mi padre, una señora que sabia mis penas, y como se presumia que mi venida lo habia entristesido, hasta llegarlo á aquel estado ; puso mucho en persuadirme me volviera á casa, y que con esto se alentaria mi padre, y saldria yo de inquietudes. Levantose determinada á irlo á solicitar y disponér, y me escribió que estuviera pronta, que á la noche vendrian mis tios, y me llevarian á donde mi padre, que no dudaba se alentaria con verme. Yo senti no sé que fuerza interior, que me movia á

responderle, que trataba de entrar esa noche á ejercicios. Entré en ellos en aquella celda estrecha y lobrega, donde me habia puesto aquella monja amiga de mi tia, quando me apartó de si. Fué tanto lo que aqui padeci en la oracion; que con tenerle yo á mi padre el mayor amor que pienso cabe en lo natural, y saber que estaba sin esperanza de la vida, y que en faltandome faltaba todo en lo humano, y que el repetia muchas veces: "hija de mi alma, que entendi tener el consuelo de morir en tus brazos;" y ya casi sin aliento me escrivia, que pidiera á Dios su salvacion, quando apenas podia formar yá las letras. Con todo esto, y con hallarme cercada de tantas tribulaciones, hecha la piedra de escandalo y con tanta pobreza, y desconsuelos; todo esto era nada y todo se me olvidó, á vista de lo que padecia en la oracion; todo lo demás parecia un rasguño, en comparacion de grandes y penetrantes heridas. Hacia quanta penitencia alcansaban mis fuerzas, y despedasaba mi cuerpo hasta bañar el suelo, y vér correr la sangre, &c. Era casi nada lo que pasaba de sustento, y solo tenia alivio con los dolores corporales, &c. Asi pasé aquellos dias en los ejercicios de mi P. Sn. Ygnacio, y á la hora que sali de ellos, lo primero que oi, fue doblar por mi padre, que habia muerto á esa hora.

CAPITULO IX.

Padece una soledad absoluta, y abandono de todas las criaturas. Sufre terribles enfermedades con circunstancias intolerables. Sostienela Maria Sma. con un favor singularisimo. Habla interior y nuevas luces que le da el Sor. Amor de la santa probesa.

YO quedé sin mas amparo que la caridad que N. S. puso en el corazon de V. P., por que de mi madre

no volvi á saber mas, de que se hizo ciega de llorar, &c. ; y asi pasaba en mi retiro y soledad grandes aflicciones interiores, y tantas necesidades y falta de lo necesario, que algunas veces me via obligada á comer flores; y otras cosas que me pasaban, que fuera largo de decir ; aunque aquella santa monja, que digo, me hacia algun socorro. Yo sentia más lo que padecian las dos criadas que habian hecho venir de casa. Aun la ropa que traxe, con el tiempo se habia yá gastado, y como entre los demas vicios, tube siempre un natural delicado y vano, y tambien tenia mucha cortedad, cada cosa de estas padecia con mucha pena ; y mas á vista de tantas que me miraban con mal rostro y con horror, como despues lo dicen. Enfermé mucho, y se pasaban algunos tiempos sin poderme levantar de la cama. Dabame mal de corazon muy recio, y entonces las personas que estaban enojadas con migo, me echaban agua bendita, y decian que estaba endemoniada, y otras cosas, que en oyendolas yo, me servian de mayor tormento. No cesaban los cuentos, y cosas muy pesadas que me decian ; en particular algunas que me parecian deshonoras, como decir : que me enamoraba de sus devotos, y los solicitaba, &c. Esto me parecia lo mas pesado de llevár en lo exterior, por que estaba tan puesta en la honrra vana, que parece la tenia entrañada en los huesos y entre el corazon ; y aquellos mis deseos de ser santa, eran tan por ensima, y tan sin fundamento, que no alcansaba, ó no advertia que el camino cierto para vivir en Dios, era morir á mi misma ; y que el Señor que mortifica, tambien vivifica ; pues experimenté, en medio de mi horfandad y desamparo, algunos efectos de la divina providencia, que á otra qualquiera, hubiera servido de adelantarse mucho en el amor de Dios, y desprecio propio. Un dia de aquellos, estando en mi retiro, procurando tener mi oracion, en una breve suspension, que no puedo saber como fué ; vi á la Sma. virgen junto á mi, con un niño recién nacido, y muy amable,

que poniendolo en el suelo, me decia: "*mira este niño ha nacido para ti.*" Consolóme, y me enforzó esto, lo que no sabré decir; y el vér que mi Sra. y madre Santísima, tenia el mismo vestido que solia traer mi madre natural, quando yo estaba en su casa. ¡ O Señora mia, quien pensara, que despues de tanta inconstancia y hierros míos, te habias de mostrar como madre! Cada vez que me acuerdo, que és siempre, se renueva el consuelo, el aliento, la ternura, y esperanza en mi corazon.

Yo trataba lo menos que podia con ninguna criatura, y pasaba á mis solas, mis consuelos, y desconsuelos, miedos, temores, espantos, y decaecimientos. Algunas veces repetian en los oídos de mi alma, quando mas ocasiones de desprecios se ofrecian: *ego autem humiliatus sum nimis*; y entendia aquello, como si dixera. "De mi se dixo esto, y asi me has de seguir."

Esta luz que digo recibia para entender el oficio divino, no era de todo junto, ni quando yo queria, ni por que lo escudriñaba; solo era de algunas palabras que hacian al proposito de la necesidad, que mi alma tenia presente; y asi encendian mi corazon, y reducian mi voluntad, como daban luz á mis dudas y cengojas; y sentia una cosa rara, y és, que aunque los hombres mas sabios y santos del mundo me hablaran en aquello mismo, no pienso que me podrian convencér, consolar, y fortalecer, como aquellas palabras que entendia, unas veces eran breves á medida de mi necesidad presente: como quando hablando con algunas personas con sana intencion, se levantaban ruidos y me decian cosas que yo no quisiera oír; entonces repetian entre mi misma, me parece: *Cum loquebar illis impugnabam me gratis*: como si digera, "á mi me pasó esto, no debes extrañar que te suceda."

Algunas veces que conocia algunas voluntades adversas, y me accordaba de oprobios que me habian dicho, era exortada con estas palabras. *Cum his que*

hoderum pasem erat pacificus : y asi en otras muchas cosas. En particular, quando mas atribulada me hallaba, que parecia llegar á lo ultimo, me consolaba con aquel verso de un psalmo, que dice, *patientia pauperum non perivit in finem*. Asi con estos socorros de N. S., pasaba los desconsuelos que digo. Unas veces entendia solo en una palabra tantos misterios, que si hubiera de escribirlos, no cupieran en mucho papel; aun que pasada aquella luz, me quedaba á obscuras con mi parecer, y luego me parecia, que con aquellos engños de mi imaginacion, habia de dar en mayores males, cosa que siempre temia mucho, y ha sido una de las cosas, por que no me atrevia á pasar sin confesor particular que me guiara, y alumbrara; y aun de aqui me han nacido otros trabajos bien grandes. Luego que me vi en tanto trabajo, por la muerte de mi padre, pedí á N. S. me hiciera el bien, de que no me faltara algun padre de la Compañia, que me guiara en mi destierro, y peregrinacion, y asi he experimentado en esto muchas misericordias de Dios.

En este tiempo, me daba N. S. un tan grande amor á la pobreza, poniendome asi mismo por exemplo, que llegué á tener gran consuelo quando me faltaba todo; mas mi corazon siempre ha sido inconstante, y mas para lo bueno. Habia traído una imagen de N. S. con la cruz acuestas, y estando en ejercicios me apretaban tanto aquellas palabras. *No me dexes solo en esta cruz* : que prorrumpia en llanto, diciendo, no te dejaré Dios mio, y proponia con todas veras tomar el habito y profesar y morir aqui. Asi pasé un año, despues de la muerte de mi padre, y ya habia dos que habia entrado al convento.

CAPITULO X.

Toma el habito en edad de veinte años. Abstraccion

total. Nuevos favores celestiales. Doctrinas místicas admirables. Repiten los combates interiores, alternandose con las luces superiores. Asegurala el Sto. Patriarca Francisco en su especial vocacion á la Religion de Clarisas. Reflexiones importantes. Humildad profunda.

COMO N. S. habia puesto á V. P. en lugar de mi padre, solicitó, con el trabajo que sabe, que me dieran el havito, y lo tomé á los dos años. Una de las cosas que me habia descontentado, era vér el tocado que traian las monjas, y lo mucho que se pasaba en prenderse, y asi pedi á la Maestra licencia para ponerme las tocas llanas, ella me la dio, y la M. Abadeza que era entonces, sintió muy mal de mi, por que hacia singularidades ; decia que no era yo de su genio, que no habia de darme la profesion, y siempre me miraba con ceño, y llamaba santa soberbia, y asi, yo no tenia arri-mo fuera de Dios. Su Divina Magestad me quitó de todo aquel primer año de noviciado, por que me dió un modo de sueño; que todo el dia estaba como quien duerme; todo quanto via me parecia entre sueños, y asi nada hacia impresion en mi alma. Procuraba hacer quanto me mandaba la Maestra, y tenia mucho desconsuelo los dias que por sus ocupaciones no iba al noviciado, por que alli me parecia, que estando á voluntad agena hacia mejor la de Dios. Quando se recogia toda la gente me venia al coro, á donde N. S. Sacramentado, y alli recibia tantas misericordias, como dixé en aquellos papeles que escrivi por mandato del P. Francisco de Herrera. Asi pasé dos años de novicia, en los quales empezó mi alma á ver la luz despues de tan largas tinieblas ; por que aunque el padecer nunca me ha faltado, mas á tiempos ha sido N. S. servido, de quitarme por si mismo aquellos grandes desconsuelos y tinieblas. Deceba mucho en aquellos tiempos hacerme ciega, por que me parecia, que no viendo las cosas de esta vida, podria mas bien

darme á la contemplacion de Dios, y á su amor. Rezaba todos los dias el oficio de dijuntos por mi padre, y en todos sus psalmos, lecciones, &c., era tanto lo que N. S. me enseñaba y consolaba, que otra qualquiera hubiera sacado enseñanza para toda su vida, y consuelo para todos los trabajos. No sé como podia un dia tan claro, volverse noche tan pesada y triste, que ni aun memorias de la luz no quedaban; mas ahora dandome esto confusion, he entendido que á esto está respondido con el Santo Job, quando sele preguntó: *Indica mihi, si nosti omnia in qua via lux habitat et tenebrarum quis locus sit: ut ducas unumquodque ad terminos suos, &c.*, y que asi decia el, “si viniere á mi no lo veré, y si se fuere, no lo entenderé.” Asi que contra la mano del omnipotente nadie puede ir, ni saber los caminos de la luz, ni de las tinieblas. El yerro mio siempre ha estado, en no llevar, como los bienes, los males; poniendo solo la mira en no descontentar al Señor de todo, y dexandose guiar del soberano guidor. Enviaba pues a tiempos tan pesadas tinieblas sobre mi alma, que ninguno lo podia entender; pareciamme imposible perseverar ni aun una hora, quando mas toda la vida en aquel tormento y desconsuelos. Llovian sobre mi como lanzas los pensamientos de afliccion y desconsuelo; la soledad era un infierno; buscar alivio en ninguna criatura, ni lo admitia ya mi corazon, ni ellas me daban lugar. No me osaba acordar de las cosas con que N. S. me habia consolado, por que decia entre mi; ¡Ay desdichada: en estas ilusiones has venido a parar, por no haber andado rectamente delante de Dios! Ponderabanse mis trabajos, acordabanse mis pecados tantos y tales, dudaba en la intension de mis obras, creia lo que decian de mi: que estaba endemoniada; que todo nacia de hipocresia y soberbia, &c.: queria remediar estos males, y no sabia como, clamaba a N. S. y todo se volvía azote y castigo; solo un bien hallaba seguro en mi tribulacion, que era declararle á V. P. como

h

podia, mi corazon y procurar ajustarme á sus consejos, y asi volvia la luz, y me daba N.S. en aquel tiempo tantos deseos de ser buena, que no obstante mi tividad, y rebeldia de mi corazon, no dexaba cosa por hacer de las que entendia ser mas conforme al gusto de Dios, é imitacion de los santos. Esto digo para confusion mia; pues veo, y vé V. P. quanto he descaecido de aquellos deseos y determinaciones; ¿ Quien no pensara que aquellos principios era para ser muy buena; y quien se persuadiera, á que pararian en nada, y en la tiviesa presente, &c.? Asi pasé los dos años que estube en el noviciado, y á tiempos con grandes temores de profesar; no por que el ser religiosa me descontentara, si por las contradicciones que aqui habia hallado, y por que mi deseo era sér Carmelita, pareciendome que alli no habia mas, que como la Madre Sta. Teresa dexó sus conventos, entrar y morir a todo, y vivir para Dios, unidas en caridad, &c. Una noche de este tiempo que me recogí con estas penas, via en sueños, aunque con efectos que no parecia solo sueño, un Frayle Francisco de mediana estatura y delgado, con la capilla puesta, y que de sus manos, pies y costado salian unos rayos de luz, como fuego suavísimo que ensendian el alma en amor de Dios, y venian á dár á mi, y que mirandome amorosamente me decia. “ *Hija: ¿ por que no eres muy devota de mis llagas?* ”

Diome tambien N. S. amor y conocimiento de los muchos y grandes santos que habia en esta santa religion, y parecia entenderlo en un psalmo, que dice: “ *Yo te confesaré en la Yglesia grande, y en el pueblo grave te alabaré.* ” Conoci, como los santos en la gloria están unidos en Dios, y todos son un espiritu con él, y entre si mas, y mas, conforme al mayor amor que en la vida mortal tubieron á Dios, y lo que trabajaron por S. M.: y que allí no hay diferencia de habitos, ni las cosas materiales que en la tierra; que los que mas se parecieran á los santos fundadores en el espi-

ritu y guarda de los votos, serian mas cercanos à ellos, y mas amados de Dios ; y que S. M. me hacia el bien de entrarme en esta santa y grande congregacion de la religion de mi P. S. Francisco, á quien quedé con un grande amor y ternura, desde lo que digo que vide en sueños, y me valia y hallaba gran consuelo, con sus llagas participadas de las de N. S. Jesucristo, y su memoria encendia en mi corazon el amor á N. S.

Qualquiera que supiera esto, podia pensar que yo habia de ser buena religiosa, pues así me animaba N. S. ; y que dirá quien vé que solo he sido, y soy un inutil estorbo ? ¡ O Dios mio, pues no he sido para ningun bien de nadie, antes quizá para mucho mal ! Haced misericordiosamente que no se pierda en mi el valor de tu sangre santísima.

CAPITULO XI.

Ofrecense al parecer grandes dificultades para su profesion ; todo se vence y la hace con gran fervor. Ausentase su confesor, aflixese por ello y la remedia el cielo. Mandale el P. Francisco de Herrera que escriba los sentimientos espirituales. Recibe conocimiento de las virtudes de este Religioso.

QUANDO se ajustaron dos años que habia estado de novicia, hizo salir el Arzobispo lo mas de la gente seglar que ocupaba el convento, y mandó en la visita que á mi me profesaran breve, ó me echaran fuera ; yo estaba tan sin susto en mi corazon, y tan cierta de que no saldria, como si ya estuviera profesada, aunque via la dificultad que habia en lo humano para darme la profesion. Mis parientes vinieron entonces con mucha instancia á sacarme, y el enemigo avivaba en mi la memoria de lo que habia padecido, y movia aquellas personas que me habian mortificado á que hicieran algu-

nas cosas que me renovaban las penas ; mas yo con el favor de Dios, volvi de nuevo á ponerme en manos de V. P. y consultandolo con otro padre grave de la Compañia como me dixo, vieron que convenia que profesara, y lo solicitó, y dispuso con el trabajo que sabe. Yo sali los tres dias de requerimientos á donde una Ymagen de N. S. crucificado que está en esta Yglesia, y viendo sus pies clavados y sus rodillas llenas de cardenales, le decia, "por vos, Señor mio, y por lo que por mi padecistes, por esos cardenales y llagas, quiero entrar en esta clausura á padecer todo el tiempo de mi vida," y así sin salir á otra parte volvi á entrarme. Hice mi confesion general de aquel tiempo con V. P. y con el consuelo que vino á decirle misa á aquel santo Niño-Jesus que yo habia traído con migo ; y recibiendo á N. S. sacramentado de su mano, hice mis votos con grande consuelo y alegria de mi alma. Ya el convento se habia puesto en mas religion, silencio y recogimiento, y acabadose las comunicaciones de fuera, y las religiosas mozas, trataban de una vida muy fervorosa y recogida, y de darse todas á N. S. Yo estaba con grande alegria contenta con mi dicha, y alabando á Dios que oye los deseos de los pobres, en orden á que la religion estubiera mas ajustada, que el trabajo de las que salieron lo sentia yo mucho. Luego N. S. me envio uno de los mayores trabajos que para mi pudo haber y que he padecido ; que fue el irse V. P. y me parecio que se me caia el cielo ensima y quedaba como en una noche oscura, como el que pierde su guia en un aspero camino por donde anda ciego: via que perdía todo el amparo que podia tener en lo espiritual y temporal, parecíame que aun la luz material no via, &c. N. S. usó de algunas providencias para ayudarme en este grande trabajo. Un dia en la oracion, me parece se recogia mi alma, no sé como y via á mi misma, que andaba por un camino muy aspero en compañía de N. S.; yo llevaba un bordon que me ayudaba á pasar los pasos dificultosos, y estribaba en el : á un lado y otro del

camino habia grandes arboles, y yo entendia de N. S., que si me faltara aquel bordon seria facil para S. M. acomodarme otro, y en faltando este, otro, y otro, de aquellos arboles, y que lo cortaria y haria á medida de mi necesidad, y llegando á un paso, ú hoyo profundo, me parecia que N. S. pasando á la otra parte, me daba la mano para pasar de alli. Este hoyo ó paso peligroso no sé si ha llegado en alguno de los trabajos interiores que he padecido, ó si será la muerte, por que ello era muy al fin del camino, dado que lo que digo fuera N. S. quien lo mostraba á mi alma; ello me sirvio de aliento para pasar aquel gran trabajo. Luego se llevó N. S. aquella Sta. Monja que digo me sirvio desde que entré, de madre y maestra, con que quedé en mucha soledad y desamparo.

En este tiempo vino á confesarme el P. Francisco de Herrera, á quien V. P. lo dexó encomendado, y yo procuré darme del todo al trato interior con N. S. de quien recibia tanta luz; y me parece tenia tan enbebida en si mi alma, como si no viviera en esta vida. El Padre me trataba con severidad, y hacia que trabajara de manos lo mas del dia, y si alguna vez le pedia licencia para gastar el medio dia en oracion, me la daba, con condicion que á la tarde doblara el trabajo. Mandóme muchas veces, que escriuiera, y le mostrara los sentimientos que N. S. me daba: fué grande mi pena y vergüenza en eso, mas al fin lo hice. Tenia mi vivienda en una Tribuna junto á N. S. sacramentado, por sér Sacristana, salia solo á lo forzoso del coro, y de mi oficio, y me volvia alli como á mi centro. Pocas noches podia irme á acostar detenida de aquella fuerza de mi alma, pareciame que tenia en lo intimo de mi corazon una braza viva que me enseñaba sin palabras, y encendia en un fuego mas dulce que la vida. Yo no hacía nada, todo era recibir, y muchas veces me acordaba de aquellas palabras. *Venid y comprad sin plata ni otra conmutacion, vino leche, y miel.* Asi pasé casi dos años, pareciendome

h 2

todas las cosas de esta vida un sueño, y cosa de risa. Un dia estando recogida con N. S., me parecia ver á mi misma con una bestidura encarnada que cogia del cuello á los pies, y que los cabellos tenia tan dilatados que llegaban hasta el suelo: dos espíritus malos andaban por alli en forma humana, asechando y queriendo trabar de las puntas de aquellos cabellos, para enredarlos; yo me quedé confusa sin saber que seria aquello. De hay á unos dias le dixerón al Padre algunas cosas de mi, que le causaron un grande enojo: decíame cosas muy sensibles, y me dexaba en el confesonario y se iba sin oirme, hasta que paró en dexarme de confesár, y yo como quien no tiene fundamento en cosa buena, no hacia sino llorar y desconsolarme de muerte, y darme por engañada, pues mi confesor asi me echaba de si, y me daba por errada; bien veo ahora que el camino hubiera sido, rogarle con humildad me enseñara y ayudara á la enmienda de aquellas faltas, y entrar por el camino que me mostrara; mas lo que hice fue disculparme y dár mis razones, y á quatro ó cinco veces que me reprendió, callar y retirarme.

Entró por esto mucho desconsuelo en mi alma, y tubeme por perdida ó errada, verdad es que N. S. me consoló y alentó con algunas cosas que escribi entonces, y el santo padre para irse de esta ciudad me visitó y dixo cosas de mucho consuelo, y despues me escribia con mucha caridad, y decia, deseaba volver acá, por solo atender y cuidar de mi alma; y asi me lo escribia con palabras muy llenas de caridad y compasion. Asi pues el enemigo se valió de algunas personas, que le dixesen á el, cosas que sospechaban de mi, y las dieron por hechas, causandole aquel enojo, y á mi me dixerón otras que me hicieron no andar para con mi confesor con aquella seguridad y consuelo que antes, y yo como inadvertida di lugar á perder ó no lograr como pudiera el bien que en el tenia, que solo la pureza de su alma, que me parece me daba N. S. á

conocer en los efectos que sentia en la mia quando lo comunicaba, me era grande bien. En una ocasion se me representó, bestido de una sobrepellis blanquisima, y su pecho con una vidriera muy pura, donde estaba encerrado y se via el Santisimo Sacramento. Esto causaba en mi alma tales afectos que casi me sacaban de mi, y asi sentí lo que he dicho.

CAPITULO XII.

Proporcionale Dios nuevo director por ausensia del P. Herrera. Temores que tubo de errar en el camino espirital. Asegurala el Sór. y le dá instrucciones admirables para amar el retiro y total abstraccion de criaturas. Elevacion á Dios. Aprovacion que dá el director á lo que escribe.

QUANDO vino por Rector el P. Juan de Tovar, me embió á decir el P. Francisco de Herrera, que ya no podria venir á confesarme, por que el P. Rector nuevo mandaba, que no vinieran á Conventos de monjas ; yo me recogí con aquella pena, y luego vi en sueños al P. Rector, aunque no lo conocia ni habia visto, mas era el mismo que vi despues, que se llegaba á mi y me decia “*hija : yo vengo á confesarla, por que el P. Francisco se vá á Sta. Fée.*” Pasado algun tiempo se fué el P. Francisco, y parecia imposible que el P. Rector viniera á confesarme, por que yo no tenia de quien valerme, y por que algunas religiosas de gran cuenta, habian hecho muchos empeños para que viniera á confesarlas, valiendose de sugetos de importancia, y de varias diligencias, y no habian podido recabár que viniera en un año que había estado aqui, cosa que yo no trataba de eso, ni lo miraba posible ; mas luego que se fue mi confésor el P. Francisco, trajo N. S. al P. Rector, sin saber como, que casi sa-

lió del mismo Padre, decir que me confesaria. La mañana siguiente á que me dieron esta noticia, habiendo comulgado entendi claro, que vendria y sería mi Padre y guia de mi alma, y entendi á este proposito aquel versito de un psalmo que dice, *Orietur in diebus ejus justicia, et abundantia pasis*: luego vino el P. Rector, y cinco años que estubo me confesó y y cuidó de mi alma con grande caridad.

No he dicho algunas tentaciones que padecí los dos años antes, que fueron los primeros de mi profesion. Yo tenia un grande temor de lo que habia óido decir engañaba el enemigo algunas personas en la oracion, y vida espiritual, y que habian quemado un beato, que empezó bien, y acabó en heregias; y tambien de otros que les habia sucedido esta desgracia, de hacer las cosas por mostrarse santos, y otras mil cosas que me hacian temblar. Decianme tambien mis tios, en particular uno que era de recia condicion, y otras muchas me lo decian, quando mudé de trage en casa y me retiré de todos, que yo daria en las ilusiones de tal y tal beata, y contaban á este proposito muchas cosas. Poco me habia yo menester para tener miedo, y fue mucho que esto, no me hubiera hecho luego no mas, dexarlo todo. Quando entré aqui, encontré tambien con aquella religiosa, que era muy espiritual, y tenia grande fama de virtud, ella era temerosisima, tanto que ni queria leer, ni oír cosas de oracion que tocaran en algo sobrenatural, ó no fuera lo muy ordinario. Yo tenia la estimacion que era justo de sus virtudes, pensaba si llegara á la mitad de lo que ella me parecia, me tendria por dichosa; pues como deseaba esto y le via aquel temor, me parecia que mientras mas lo arraigara yo en mi alma, sería mejor, y como yo lo tenia ya tan grande, me confirmé en el. Por otra parte, sentia en mi alma mucha alegria y gusto de ver que podian las almas aun en esta vida llegar á unirse y estrecharse con Dios, y las dulzuras, suavidades y hermosura, de este divino esposo de las almas, y centro suyo; y como via

alms au
D:α D:α
slas slas
alms alms

en mi esto, y que mi alma solo se inclinaba al amor, como las cosas á su centro, aunque estaba atada con cadenas de tanto temor, me hacia temer mas, haciendo un juicio de que no iba segura; pues no temia como via temer á aquella alma tan buena; y con esto procuraba doblarme las prisiones, y aplicarme á todo lo que fuera temer y recelar. Tanto debi de cabár en esto, que ya mi alma se acostumbrió á estar en su prision, como los pajaros, que aunque los suelte su dueño, suelen volver á la jaula. Ayudabame á arraigar este temor, lo uno mi facilidad en caer y ofender á Dios, y lo otro las cosas que siempre han dicho y sentido de mi los que me han conocido, por tenerme dentro de su casa y convento; pues muchas veces han dicho á voces: que desde que este demonio entró en este convento, no se puede sufrir: que soy revoltosa, sizañera, fingidora, que no sé quien és Dios; que hasta los huesos de los muertos desentierro con la lengua; me hacia y he hecho esta cuenta: aunque por la misericordia de Dios no me remuerde la conciencia, mas que sé yo si me engaña el amor propio, teniendo tanto, mas facil y mas creible és, que yo me engañe, que no tantas que veo como sirven á Dios, &c. Estas y otras causas he tenido, asi de solicitar siempre algun padre que me guie y enseñe, como de temerlo todo; por que aunque aquellas misericordias que he recibido de N. S., como dan mas conocimiento de su bondad y demás grandezas, hacen temer mas, el perder ó desagradar á tan buen Señor; y asi en recibiendo aquellas misericordias que digo, los dós años despues que profesé, quedaba con tanto temor que algunas veces me parecia oír en mi alma esta puegunta: *¿quid faciemus sorori nostra?* ; que haremos con esta alma, que si la consolamos se affige, y si la affigimos se desconsuela? Y és la causa, que este conocimiento de Dios que alli recibia el alma, le daba tanto deseo de hacér y padecer por el, que se affigia de verse consolada, y más con el temor de que aquello no iba bien, ni al agrado de Dios

por lo que he dicho ; y asi con aquella pregunta, me parece respondia la infinita piedad de Dios á mis dudas y ansias de mi corazon. ; Quien pues viendo esta benignidad y mansedumbre de su Señor y criador, y aquel rigor y aspereza de las criaturas, no tendria la vida por un amargo destierro, y el trato humano por un tormento inescusable? ; Quien no se iria tras el olor suavísimo de aquel pecho amoroso lleno de caridad? Aqui se verá quien ha sido Dios para conmigo, y yo para con el, y más con lo que diré adelante.

En este tiempo en que quedé con gran desconsuelo y lagrimas por lo que me habia pasado con mi confesor el P. Francisco de Herrera, me consoló N. S. con estas cosas que trasladaré aqui, y me hacia entender esto para que huyera del trato de las criaturas, y no buscara en ellas el consuelo de aquel trabajo ; si que callara, esperara, y sufriera hasta que Dios desengañara á mi confesor, ó me diera otro que me guiara, sin disculparme ni volver por mi, ni afligirme de la mala opinion en que yo quedaba. Mi amado para mi, yo para el, mi secreto para mi en la soledad, y en lo escondido del corazon : mi amado á mi en los ahugeros de la piedra en las cabernas del cercado. Mira que dicen és, simbolo de la imprudencia el pellicano ; que anida en las eras mas trilladas, y alli los labradores cercan el nido con eno, ó paja y le prenden fuego, el viendo el riesgo de sus pollitos, baxa á ponerse sobre ellos, viendo, que el fuego se vá acercando, bate las alas para apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas y alli muere cogido de los cazadores, el y sus hijuelos.

Mira que el principio de su mal fué falta de cautela, no evitó los riesgos y asi cayó en ellos : no guardó ni celó su secreto pari si, no fue como las aguilas, anidando en lo alto de las peñas, no fue como el pajaro que halló su casa, ni como la tortola que puso su nido en

las cavernas del cercado, mientras pasa el invierno de esta vida, y oye la voz de alegría : por que el Señor hizo habitar á la esteril con alegría en la casa donde halló sus hijos. Llevamos nuestros tesoros por el camino trillado de pasajeros, y los malignos espíritus son como ladroncillos que lo asechan. En el campo de la vida mortal estaba el tesoro que dixo el Señor, pero escondido. A su esposa la nombra con semejanzas, que significan secreto : huerto cerrado, fuente sellada. Por preciosa que sea la casa, si á todas horas dá paso franco, presto se acabará su hermosura. La gloria de la hija del rey está escondida, está en secreto. Ymagina à las criaturas si con desorden las tratas como al viento sierzo, que seca aja y desoja, no porque ellas sean malas; por que el fuego bueno es, pero no para tratado de todos modos; el ayre bueno es pero tanto puede darte que te ahogue y dexé yerta; el agua es recreacion y refrigerio, pero muchos en ella han perecido. Si descubres tus bienes, ó te los han de soplar con la lisonja, ò morder con la envidia, ò arrojar con el menosprecio. Guarda pues los sentimientos que Dios te diere, aprende de la tortola, no del pellicano, no saques á luz los hijos pequeñitos, que qualquiera ayresico los matará. Hijos tienes, pero guarda, ten cuenta, no los fiés; no des tu corazon al alhago de ninguna criatura, mira no sean abrasados y bueltos en ceniza, con ese heno ò paja en que les haces nido. Teme mas y recelate de sus aficiones de ser querida, ò quererlas, que del cuchillo que ha de cortar tu brazo. El brazo hará falta al cuerpo, el corazon al amor de Dios y á su servicio : sin brazo podreis vivir la vida del cuerpo, sin corazon, no podrás vivir la vida del espíritu. Las cosas inanimadas te enseñan este recato; la tierra oculta en su seno el oro y piedras preciosas, el agua inclina todo su peso á esconderse, el ayre parece que siempre huye, el fuego ansia con toda su fuerza por subir y alejarse. ¿Pues que las criaturas en cada elemento? Los leones y

fieras de las selvas tienen sus lugares apartados donde se ocultan; el erizo busca su refugio en la piedra, el ciervo en lo alto de los montes, y así el cabritillo, y los hijos de los ciervos. El aguila anida en lo mas alto y tajado de las peñas, la paloma se aleja, huye y descansa en la soledad, la tortola se esconde en los ahugeros delá piedra, en las cavernas del cercado, el pajarito hecho solitario, busca lo alto de los techos, la lechuza se oculta entre las ruinas, los peces se sepultan en los senos del már; aun el sol conoce su ocaso y su escondrijo: las flores nacen cubiertas y dán así oculto su fruto siempre guardado entre cortezas y cascarras; y quando crecen mas los arboles, profundan mas sus raíces y se ocultan: las fuentes traspasan por medio de los montes para salir á lo profundo de los valles. Si fueres como el guzano entrando al corazon de la yedra en la consideracion, en breve espacio caerá seca la vanidad é inconstancia de la vida. Entonces te asentará entre los principes quando edificares en la soledad tu sepulcro, y el será glorioso.

Dos cosas pueden moverte á derramar tu corazon en las criaturas, ó tener que hacer con ellas, ó no tener que hacer con tigo: si lo primero mira lo que dice el Santo Rey. „ *Todos declinaron y fueron hechos inútiles. ¿ Como podrá ser provechoso para otro, pues dixo que en su corazon no habia Dios? Corrompido se han, abominables se han hecho, por que como jumentos se pudrieron en el estiércol de las cosas de la tierra.* Por cierto que no sacó el divino esposo al alma santa á las plazas, á ordenar en ella la caridad, antes la introduxo á mayor secreto, y quedó tan contento de que su amado fuese en su secreto, que quando lo halló dixo:” *tengole y no le dexaré hasta que lo entre á la casa de mi madre, allí lo esconderé, por que de las plazas y calles donde lo buscaba traxe solo castigo y dolor.* Poco estima su tesoro quien lo expone á la comun vista: si Dios no vive en ti y tu en él; como has de estar en caridad para con las criaturas? Si el corazon és fu-

ente de la vida y Dios és vida del corazon, faltandole la vida ; como obrarán aquellas manos inocentes con que has de subir al monte de la caridad ? ; Por que te juzgas provechosa para otras, en lo que desaprovechas á ti ? ; Pues no nace de tu corazon la caridad de tus obras ? Que les quieres ? ; que les buscas ? ; Que hay para ti en los caminos de Egipto ? La sed de tus decesos, no la saciarás, sino és en el que és fuente de agua viva.

¿ Que utilidad hay en tu sangre quando descende á la corrupcion ? Si te estimas como muerta, escondete, por que no causes astio y horror inficionando á las otras con el horror de tus vicios, imperfecciones y faltas : no sea como sepulcro patente tu garganta, dando mal exemplo con la vanidad de tus palabras, como los que dixeron “ con nuestra lengua seremos engrandecidos, nuestros labios son para nosotros. ; Quien es nuestro Dios, ó quien és Dios para nosotros ? ” Quando se disminuyen en tu corazon las verdades eternas, luego hablas vanamente á las otras, por que de los labios dolosos del corazon, sale en palabras dañosas tu corazon por los labios, y como el és veloz en sus afectos, asi en sus palabras. Pues si el corazon és fuente de la vida, y en ti se vuelve lengua y velóz para la vanidad ; que será tu vida, y que tus obras, sino viento y nada ? Pues teme que como la pluma puesta al viento, sino te ocultas te despeñes, por lo menos en muladares inmundos, ó en el abismo de la eterna muerte. En el dia en que habia de ser hablada su esposa, previno Dios sobre sus muros torres, y á sus puertas cerraduras. Si fueres fuerte para sufrir el desconsuelo, no saldrás con ligeresáá buscar ó aposentarte en los alivios humanos ; serán tus muros como de hierro y de bronce : entonces dará Dios sus palabras en tu boca, quando fueres como ciudad cercada de secreto, que en silencio será tu fortaleza. Sabe sufrir callando y padeciendo, sea tu muro como de hierro, que asi será prision para los enemigos interiores, y resistencia para

los exteriores. Pon tu rostro, como piedra durísima, para recibir el golpe de qualquiera vejacion, imita el no moverse, ni para huir que asegunde el castigo, ni á mostrar que lo sientes, ni con palabras, ni con acciones: sea solo el dolor tuyo en tu secreto, y quando tu amado te visite, como hacesito de mirra, en la tribulacion escondelo en tu pecho, y sea para ti sola, y tu para el solo, que si la vara de su correccion te hiriere, dará la piedra agua con que se riegue la tierra siempre sedienta, que esta agua, como lluvia voluntaria, perfeccionará Dios con ella su heredad quando está enferma, y tu alma hecha ciudad de Dios, será alegre con el impetu de estas aguas. Tén silencio para no reprobar lo que te aflixe, ni mostrar con razones que la tienes. Sea solo tu secreto para tu amado, queriendo tener á el solo contento, y si le está patente los secretos del corazon, no te turben los juicios humanos, que ya desearás contentár á otro, quando no te satisfaces que Dios lo esté. El Señor te prueba y te conoce, el conoce quando dexas de sér, y quando resucitas, y todos tus caminos los tiene previstos. Por esto no ha de haber palabras en tu lengua que digan á los hombres, él conoce el principio y el fin, y no aparta su mano ayudadora, pero los ojos de carne andan á ciegas; como sus tinieblas, así és su luz. En el camino de esta vida ha de ser tu honor y gloria, llevar el peso de la cruz, y las señales de Jesus en el padecer: ¿pues por que lo quieres disminuir comunicandolo con quejas á las criaturas? ¿por que dás tu honor á los extraños? Encierrate en el secreto de la tribulacion, que entonces se amanzó el mar, quando sus olas sepultaron al Profeta; y en la escondida y estrecha tribulacion le preparó Dios casa de refugio. Sellado estaba entre los leones al que administró sustento y guardó libre. Oistes la paciencia de Job que conduxo el Señor á fin prospero y en ella no habló con estulticia contra Dios. Vistes el fin del Señor que no abrió sus labios, como mudo estuvo entre sus penas entre espinas de tribulaciones, que como

abejas cercan al alma, se conserva con la limpia de lirio. Como fuego la limpian, y como abejas labran en ella panál, para que su querido con la miel que procede de su boca, y está escondida debaxo de su lengua diga: *Comeré mi panál con mi miel.* ¡O alma mia! en esta camita estrecha del silencio y retiro, descansa Dios como en lecho florido de virtudes. ¡O si estas puertas de la justicia se abrieran para mi! Entrando en las virtudes confesará al Señor. ¡O Señor!: esta puerta és tuya y el justo entrará en ella. Dadme que sea como niño en la inocencia y silencio, para que entre a los tabernaculos de los justos donde hay voz de alegría y salud.

Este papel como vá aqui vio mi confesor el P. Francisco, quando habia pasado su enojo; y me respondió, que aunque mas lo miraba, no hallaba en él las señales que suele dexar la serpiente en las cosas por donde anda; que antes á todo su entender era Dios: que solo lo que me aconsejaba era, que aunque más el confesor me azotara è hiriera, no huyera del, &c.; y asi con la gracia de Dios lo he procurado hacer en lo que despues he vivido, pasando por esto grandes trabajos.

CAPITULO XIII.

Nuevos y mas fuertes temores de andar errada. Duda por lo mismo continuar escribiendo segun orden del director. Anímala una vision á seguir. Favor singularísimo de Jhesus sacramentado.

PADRE mio: Pues que V. P. me lo manda, y és voluntad de N. S. prosigo hoy dia de S. Mateo diciendo las causas, aunque no todas, de mis temores. Habia tambien sucedido el que un sacerdote muy nombrado por su virtud, y las veras con que se exercitaba en todas buenas obras, habia perdido el juicio, y luego corrió, que eran espíritus malos los que lo ator-

mentaban, y que esto sucedió por un pensamiento de soberbia. Contabanme esto las monjas que lo oían á los de fuera, y como temerosas de Dios, me decían el daño que hace la soberbia, y peligro grande que hay de errar y perderse. Había en este tiempo aquí una seglara, que hacía cosas extraordinarias, y contaba siempre á todos que tenía revelaciones de Dios, y andaba de celda en celda contando estas cosas, hasta que un día se huyó del convento y se fué. Esto á demás de poner en mi alma un pavor y tedio grande, me llenaba de recelos de mi misma, y estas cosas que Dios ponía á mi vista para escarmiento y aviso, á mi me servían por mi imprudencia de lazo y tropiezo y también de oprobio, por que las religiosas que he dicho, quando me vían tan retirada en aquella tribuna que he dicho, se reían y decían: “ que no habían visto cosa mas parecida que yo y aquella moza, “ y solían llamarme á mi con su nombre de ella. Todo esto me hacía temblar y horrorisarme de mi misma, mirandome como á embustera é hipócrita; que aun la otra yo no juzgué mas de que le faltaba algo de juicio: esto junto con lo que habían dicho á mi confesor, me fué poniendo en un estado de suma miseria y obscuridad, y acrecentando mis temores, de que por mi soberbia oculta permitiría N. S. que cayera en cosas espantosas, y así andaba para con mi Dios desleal, por poco confiada en su fidelidad y bondad: para con migo misma llena de tormento y cobardia; y para con las otras de vergüenza y recelo. Así sembraba mi enemigo en la tierra inútil de mi corazón estas semillas, para que creciendo en el tiempo de mis tentaciones y caídas, ahogaran los buenos deseos que Dios había puesto en mi alma (como adelante diré) si su mano poderosa obradora de bien, no me sacara de los lazos, ni dexaba de prevenirme misericordioso, para que conociera que el bien que no podía esperar de mi, lo tenía seguro en su amoroso pecho. Y así un día como yo reusara mucho escribir lo que el P. Francisco me mandaba, me

parecia que via escribirse en el corazon de N. S. con su misma sangre, aquellos sentimientos que el mismo daba á mi alma, y los afectos que contenian aquellos papeles; aunque por entonces yo no entendi lo que esto significaba.

Habiase acabado el comulgar todos los dias, por que se mandó asi en la visita del Arzobispo, que dixe, luego que profése: yo llevé esto bien, por que me daba N. S. á conocer, que mientras mas desnuda estuviera de mi propio parecer, y mas dexada á su voluntad en la de los superiores, mas cerca estaria de mi, y mas dispuesta mi alma, para recibir qualquiera impresion que en ella quisiera hacer su divino deüño; pues muchas veces en pasando, aunque fuera de prisa, por donde está el Smo. Sacramento, sentia en lo mas escondido de mi alma estas suavisimas palabras, como que salian de su divina magestad *¿ quis nos separavit?* Eran estas palabras, como si dixera “ Ninguno será poderoso á apartarnos.” Eran tan dulces, tan tiernas, y tan suaves, que no sé yo quien, sino és mi corazon de tierra ingrato y vil, pudiera volver á tener gusto en cosa que no fuera Dios; ni sé por que gasto el tiempo corto de la vida en otra cosa que en llorar mis culpas é ingratitudes. Asi mismo me advirtió, que el solo debia ser mi consuelo; por que un dia como hubiera venido mi confesor, y se fuera sin consolarme, yo quedé con pena y tristeza por esto, y luego entendi estas palabras. *¿ Cur fles, et quare non comedis, et quare ob rem affigitur cor tuum: numquid non ego melior enim tibi sum quam decem filiis?* Fueron estas palabras sentidas en mi alma, que me hicieron casi salir de mi con la alegria y amor que habian infundido en mi alma. No entendi, yo que dexara de buscar el asilo y la enseñansa en el confesor, sino que el consuelo lo buscara en Dios. No bastaron estas cosas y otras muchas para que fiara del todo en una tan grande benignidad, y amara del todo á un tan buen Señor, antes prevalecieron las yervas viles de desconfianza y tibie-

za que el enemigo sembró en mi amor propio ; ni bastó otro modo de aviso en medio de aquella luz que dixé recibí á aquel tiempo, este era repetirse continuamente entre mi estas palabras: “*pobre sola, despreciada y simple.*”

CAPITULO XIV.

Pierde la presencia de Dios. Experimenta grandes necesidades espirituales y corporales; socorre Dios estas por medios especiales. Se dexa con mas veras á la direccion del P. Tovar. La vuelven á hacer sacristana, y sufre muchas incomodidades. Entiende sobre naturalmente el riesgo de un alma y lo remedia.

PUES como digo llegué á experimentar esta prevencion de N. S., por que me hallé pobre de aquellos sentimientos luces y afectos, y como entregada en manos de mi tibieza y temores; sola por que escondió N. S. su presencia, mi confesor me faltó, V. P. se alexó mas de esta ciudad, y aun en lo temporal experimenté esta soledad, por que se fué de mi compañía, quien asistia á mis necesidades y enfermedades, y así volví á padecer en lo espiritual y temporal. Y pues V. P. me manda que lo diga todo, y esto queda entre los dos ; diré algo de las providencias que N. S. usó con migo aun en cosas temporales, para que por una ú otra cosa que diré, saque lo demas y quede mi desconfianza mas sin disculpa, y se conosca mas. Tenía solo aquella celda apartada del coro, y con otras incomodidades, que para las enfermedades que sabia N. S. que habia de padecer, y algunas pasaba yá, era duro de llevar, y no habia de poder; pues en este tiempo una mañana, me envió á llamar una monja muy de prisa ; diciendome, que no habia podido dor-

mir aquella noche con el deseo de darme su celda, que tenia junto al coro y con tribuna á la Yglesia ; que con qualquiera cosa que le diera por ella, me la daría. Yo lo reusé por que no pensaba en eso, ni tenia que dár, mas tanta prisa me dió, y tanta instancia puso, que me hizo pasár á ella, aunque otras le reñian su determinacion, y se la habian querido comprar, y jamás la quiso vendér á ninguna ; ni era persona á quien yo conocia de cerca ni trataba. Asi remedió N. S. por si mismo esta necesidad que yo no advertia. Habia pasado en una ocasion mucho tiempo sin tener con que desayunarme, y como estuviera un dia recogida con N. S., se me ofreció que ya no podria pasar adelante con aquel modo de padecer ; me parece que le propuse á N. S. simplemente mi necesidad, y quando sali de alli, me llamaban de fuera y me enviaba una persona de quien no se podia esperar, aquello mismo que yo necesitaba, como si se lo hubieran avisado. Asi cuidaba N. S. aun del pobre jumentillo del cuerpo, y jumento tal y tan rebelde, que muchas veces ha tirado á echár á la pobre alma en el infierno. Otras muchas cosas pudiera decir en esto que fuera no acabár.

Luego proveyó de que viniera el P. Juan de Tovar á confesarme por el modo que dixé, y yo traté de olvidar todo lo pasado, y ponerme en las manos de este santo padre, para sér encaminada, haciendome esta cuenta ; en el estado que estaba de soledad y pobreza en mi alma, de temores y tedios. Aunque yo hasta aqui haya ido errada, y mi camino no haya sido bueno, me dexaré toda al juicio y disposicion del padre, y declarandole toda mi alma, creeré y haré solo lo que me dixere, y la infinita piedad de Dios no se negará, á quien desea entrár por las puertas de su misericordia. Empezaré ahora un camino nuevo como el me lo enseñare, con la gracia de Dios, que no se niega á quien lo desea y llama.

Por este tiempo me volvieron á hacer Sacristana, poniendome por superiora en aquel oficio, á una de

aquellas religiosas mozas que estaban mal con mis cosas. Ella era verdaderamente buena y fervorosa, y yo en todo le debia de dár disgusto, por que aun las cosas que yo hacia para servicio de la Yglesia, mandaba delante de mi que las tirran con la basura al muladar ; si me habia de dár algunas llaves, era arrojandolas, y asi en todo mostraba el enojo que traia conmigo. Yo como via que no servia de nada, y que todo se me iba en deseos, pasaba mis amarguras, más con la determinacion que tenia y deseo de acertár á obedecer á mi confesor todo lo llevaba. En este tiempo empecé á enfermár más de dolores agudos, que parecia me despedazaban. Aunque los habia padecido casi toda la vida sin decirlo, más ahora eran mas recios ; y aunque tenia yá una buena criada que con caridad acudia á mis cosas, más tales persuaciones le hicieron las otras á que no me asistiera, que se hubo de ir, y dexarme, y otra véz quedé sola.

Por este tiempo padeci un gran trabajo, y fue la noticia, del peligro de su salvacion, en que estaba un deudo mio, á quien siempre habia tenido amor y compasion : no me acuerdo como tube este aviso, solo, que ni reposar, ni descansar me dexaba su memoria. Traia en los oidos de mi alma, como gemidos dolorosos, que me acordaban y lamentaban su desdicha, la qual me hacia llorár tantas lagrimas, que casi de ordinario traia mojado el escapulario, y mangas del habito. No podia consolarme de aquella pena sino era rogando y pidiendo á N. S. el remedio, ni me atrevia á comunicarla á mi confesor, como tocaba á culpa de otro, que en esto por su infinita misericordia me dio Dios un gran temor siempre, y asi pasaba mi pena, hasta que un dia me vino á vér el sugeto por quien yo lloraba, á mi me causó confusion, por que no me venia á vér, y asi lo extrañé aquel dia. Ya Dios le debia de haber dado algunos recuerdos, por intercesion de la Sma. Virgen Maria, de quien el era devoto, para que quebrara aquellos fuertes lazos y cadenas, y asi con

dos ó tres palabras que N. S. puso en mi que le dixera, empezó á temblar y á deshacerse en lagrimas, y luego me declaró su trabajo, y sin volver mas á la casa donde vivía en aquel tropiezo, andubo pasando trabajos corporales por huir de la culpa. Luego no mas, fue donde el P. Rector, hizo su confesion general, y el padre le dio santos avisos, y cuidó mucho. A mi me mandó que lo asistiera en todo lo posible; yo lo hacia con harta incomodidad y quebrantos, mas lo llevaba con consuelo, por que via le aprovechaba N. S. con aquellas cosas.

CAPITULO XV.

Sueño misterioso y consolador. Encomiendanle la Porteria. Lleva los libros de cuentas del convento, desde su profesion. Goza la presençia de Dios y abstraccion de sentidos, y pierde estos bienes repentinamente. Comulga con la frecuencia posible, y el confesor le prohíve lo mas de la penitencia exterior.

NO se me olvida, ni dexa de causarme ternura y consuelo lo que me pasó una noche de este tiempo. Via en sueños á N. S., como quando andaba en el mundo, mas ninguna criatura humana podrá decir como era su hermosura y gracia en medio de traer una vestidura pobre y humilde, ni aquel mirar amoroso y suave, ni la hermosura y apacivilidad de sus ojos, con los quales puestos en mi caminaba, todo lo que hace el claustro, sin quitár los ojos de su pobre esclava, vil y despreciable. Qualquiera creyera, que con estas misericordias y ayudas, no habia de quedarse mi corazon inconstante y ruin, mas esta he sido siempre, y esto és lo que me hace temer y temblar de la dureza de mi corazon.

Acabada la sacristia, me mandó la M. Abadeza ser

Portera, y como el deseo que Dios me daba, de servir de algo en la religion era grande, derramó alli sobre mi sus misericordias, como rios caudalosos, teniendo en medio de todo, mi corazon tan recogido en sí, como si estuviera en los desiertos mas retirados. Acudia con consuelo á escribir lo que se ofrecia en el convento, que me nombraron para eso luego que profesé, y cuidaba de lo que tocaba al oficio que me habian mandado hacér, y en todo hallaba á N. S.; hasta que lo perdi por mi culpa. En particular me acuerdo, que una noche que era miercoles santo, estando yo recogida en un rincón, mientras se cerraba la porteria, lo senti tan cerca de mi, que casi tenia mi cabeza en sus rodillas reclinada; (por que yo estaba asentada por estar alli las compañeras) pareciamé que le comunicaba á mi alma los tormentos que habia de padecer el dia siguiente, y las fatigas y congojas de su corazon, como si esto pasara en aquel tiempo en que sucedió la pasion, y como si hablara y descansara un amigo con otro: asi parecia que depositaba en mi pecho de vivora y basilisco, sus cuidados y penas, y que mi corazon se partia y ardia en amor y compasion de tan benignisimo y amorosissimo dueño. ¿ Quien podrá decir lo que el alma sentia, ni el trabajo y dolor con que volvió á entrar en los sentidos, que estaban como muertos? Diome tambien, una muy dulce inteligencia de la oracion del Padre nuestro, aplicada á su Smo. cuerpo Sacramentado, como largamente la escribi, y entregué al P. Juan de Tovar mi confesór. Hizome N. S. el bien, de que desde ese tiempo, se cerró temprano la porteria, y acudiamos á maytines y al coro. Si tenia algunas tribulaciones ó sequedades en mi alma respondia á ellas; como en una ocasion, que viendome seca y esteril estaba pensando en eso, y si seria por haber yo desagradado mucho á N. S.; y luego entendí estas palabras *et aridam fundaberunt manus ejus*. Entendiendo en ellas cosas de mucho consuelo.

Recibia en aquel tiempo á N. S. sacramentado, con

toda la frecuencia que se permitia, y alli era mi alma anegada en el mar de su amoroso pecho y grandes misericordias. Ayudabame mucho la santa compania de las dos religiosas que me eran superiores en la portería, en especial la una, que era de grandes virtudes, y aunque no me decia nada, solo su presencia me hacia mucho bien. Habia sido Abadeza, y puede ser diga despues, lo que me pasó quando murió. Ello me era de grande alivio estar donde ella estaba, que esto entre otras cosas tienen los buenos, como quien está en gracia del Señor de todos los bienes utiles, y deleitables.

Habiame quitado el P. Rector lo mas de la penitencia exterior que solia hacer, como quien conocia, que lo más necesario era mortificar mis pasiones, y vicios, tantos y tales, que en faltando aquella presencia de N. S., volvía á ser la de siempre. N. S. me envío los trabajos que iré diciendo.

CAPITULO XVI.

Enferma su madre, y llena de piedad filial consigue con mucho trabajo llevarla al convento, manteniendola de su trabajo. Le insinua Dios que aprueva esta accion. Padece una enfermedad rara, sensible en los lugares de las llagas de Jhesus crucificado. Se agolpan muchos padecimientos, y el Señor se los detalla en una vision. La hacen enfermera. Muere su madre á los dos años profesando religiosa.

COMO mi madre habia cegado y tullidose, y mis hermanos habian idose de la ciudad con las obligaciones precisas de su estado; yo tube noticia del desamparo en que se hallaba, y la dificultad de frecuentar los santos sacramentos: esto traxo mucho desconuelo à mi corazon, y una natural compasion y deseo

de aliviarla. Comunicandolo con mi confesor, me mandó que hiciera todas las diligencias que pudiera para traerla á cuidar y servir ; no poniendo la consideracion mas que en su pobreza enfermedad y desamparo en que se hallaba, y que hiciera cuenta que N. S. me embiaba aquella cruz, que la llevara por su amor : dixome tambien: que podian los padres en caso de tanta necesidad pedir sus hijos à la religion para que los socorrieran y sirvieran. A mi tambien me hacia mucho el vér, que despues de aquellos tres mandamientos que pertenesen inmediatamente á Dios N. S., entra el de honrar á los padres, y asi procurè licencia del Arzobispo para que mi madre se recogiera al convento; mas traída la licencia, hallè grande contradiccion en los Prelados de acá, por que temian que seria necesario darle algun sustento ò racion, y asi mismo, el que yo faltaria à las ocupaciones de la religion. Mas asegurados de que la mantendria de mi trabajo y labòr, y que no faltaria à nada que me mandaran, y fuera obligacion, ò estilo de la religion. Con la intervencion de un sugeto piadoso que se hallaba en esta ciudad, y habia sido amigo de mi padre, y con el consejo y parecer en todo de mi confesor, despues de llevadas algunas pesadumbres y humillaciones, me dieron licencia y la hice traer ; y bastara aquel desengaño que Dios puso á mis ojos en mi madre, para conocer lo poco ó nada que son los bienes de este mundo, que solo dexan pena quando se pierden ; y como yo no habia hecho mucho en dexar unas cosas que son como soñadas. Esto y el ver la paciencia y humildad con que llevaba mi madre tan amargo padecer, pudiera haberme sido de mucho provecho para mi alma. Ahora se me acuerda que el primer dia que estubo dentro, quando yo la dexé en la celda, lo mejor acomodada que pude, y me fui á rezar maytines, no se que palabras entendi, en que me parecia llamarme N. S. *amiga* ; y haciendome mucha novedad se me declararon con otras que dicen: *vosotros sois mis amigos, si hicierais lo que con-*

tienen mis preceptos. Con esto quedé muy consolada, pareciendome que habia sido del agrado de mi señor y Dios amantísimo el traer á la enferma. Yo padecia gran trabajo en lo corporal y espiritual; en lo espiritual por que me dio N. S. un modo de padecer que parecia me ahogaban interiormente, y aquel modo de pena era sensible de modo que resultaba al cuerpo, principalmente los pies, las manos, y el corazon me dolian y atormentaban con un desasosiego y apretura, que pasaba muy amargamente: en lo corporal padecia; por que la enferma estaba ciega, que ni aun los bultos, ni nada de luz via; estaba tullida de pies y manos, de modo que ni moverse del lado que la echaba podía por si, el sentarla, moverla, y darle la comida, habia de ser todo por mano agena, y eran menester muchas fuerzas, yo tenia pocas, y algunas veces queriendola alzar, caíamos entrambas. Estaba sola por que la criada que habia buscado para esto, en viendo el mucho trabajo, se fue. Para mantenernos era menester doblar el trabajo de manos, y ya me hallaba cansada con las enfermedades, y lo que habia trabajado para pagar la celda que me habia dado aquella monja que dixé. En llegando la noche, que era la hora de recogerme á algun descanso, le daban á la enferma unas ansias, que lo mas de la noche estaba dando gritos y llamandome; esto era lo que mas me quebrantaba, por que no tenia fuerzas para llevar los trabajos del dia, ni para levantarme con aliento á la hora que solia á mi oracion, á buscar en N. S. la fortaleza y remedio, que yo para mi hallaba imposible. Al coro y demás no habia de faltar por la prevencion que me habian hecho los Prelados. Asi se ibán sucediendo los trabajos del dia á los de la noche, sin dar treguas. Todo esto me previno N. S. con lo que diré. Hallabame una noche vajando por una calle estrecha y llena de piedras, que por su desigualdad me daban mucho trabajo, por que yo llevaba los pies descalzos y sobre mis hombros un muchacho, como de doce años; el lleva-

k

ba los brazos tendidos al aire y puestos en cruz, yo acabé de baxar toda le calle y la empesé a subir otra vez, mas ya tan rendida y cansada, que no pude en pie, y subia de rodillas. Deciale á aquel que me servia de cruz y me oprimia : que no llevara extendidos los brazos, por que asi me parecia que seria menos el peso, y el me respondia ; *Asi boy por no manchar tu frente llegando las manos á ella.* Yo miraba que aquellas religiosas que he dicho se reian de mi camino, y decia con admiración : ¡ valgame Dios ! ¿ Por que se reirán de esto ? no verán que N. S. Jesus Cristo llevó por nosotros la cruz ?

Con estas y otras cosas alentaba N. S. mi cobardia y tibieza para llevar aquel trabajo. Mas en particular se me acuerda un dia, que estando muy fatigada y rendida y habiendome reñido mucho la enferma, por que ella padecia grandes ansias y apreturas de corazon, me recogí á pedir á N. S. favor y su gracia en mis angustias, y no se como me hallaba en un prado todo sembrado de azusenasy via á N. S. como quando andaba en el mundo, que andaba por alli con mucho gusto. Vía tambien que estaban en su compañía muchos santos, en particular conocí á Sta. Catalina de Sena, y entendí que aquellas azusenasy eran los trabajos que estaba padeciendo, y asi volví en mí con mucho consuelo y aliento.

Ya iba para dos años que pasaba asi, y el uno de ellos me habia la M. Abadeza nombrado por enfermera. Este oficio tomé yo con todo mi corazon y alma, deseando aplicarme quanto me fuera posible á servir en aquello. Alli fue N. S. servido llevarse para sí á mi Madre, habiendole las religiosas dado el habito y profesion como se hace en articulo de muerte, y con una disposicion admirable, á lo que todos y el religioso que la asistio decian : acabó sus trabajos, y empesaron los míos. Ella habia freqüentado mucho aquel tiempo los sacramentos, y tenia tanto deseo de agradár á Dios, que solia preguntarme ; “ ¿ que haria

para padecer algo por N. S.?" Acabada aquella mi cruz tan amable, y en que yo pudiera haber ganado mucho quedé sola, y á lo que me acuerdo con un corazon muy tibio. Luego el enemigo que me via en tan mala disposicion, levantó contra mi la mayor guerra que le fue permitida, por mi ingratitude á los beneficios de Dios. Esta fue por medio de algunas personas que con alhagos y demostraciones de grande amor, se fueron introduciendo, de suerte que no me daban lugar de descanso, fue esto causa de grandes tormentos míos, por que con color y pretexto de agradecida, y de no hacerme incomunicable ni extraordinaria, perdía mucho tiempo y daba lugar á sus aficiones; y como cada una la movia el enemigo á que sintiera el que me viera la otra, traian entre sí guerras y discordias. Todo esto era para mi muerte y tormento, queria huir de todas, y no habia como. Traia en mi corazon un remordimiento y tormento tal que ya me parecia nada todo quanto hasta alli habia padecido. Las amigas que ellas tenian, sentian y se enojaban, hasta hacer extremos publicos por que iban donde yo estaba; yo me via hecha el escandolo del convento. Hacian y decian contra mi cosas intolerables. Si leia en el coro un libro, que trata de las amistades particulares y el daño que hacen; decian que yo fingia aquello para quitarles sus amigas, y que me fueran á vér á mi. Echabanlas de su celda en sabiendo que me iban á ver, y con esto el enemigo les ponía mas espuelas para que en ninguna parte me dexâran, con quejas é historias. Ahora me da horror acordarme de este modo de tormento, y lo poco que podia para librarme de el, y como andaba temblando y temiendo sin saber donde esconderme, por que yo era el asunto de todas las conversaciones, y pleytos, y la irrision de toda la casa. Lo mas peligroso fue, una que se introduxo con mi confesor, y así se armaron para mi lazos que yo no podia vencér ni desenrredar, aqui fue donde el enemigo hizo crecer en mi corazon y amor pro-

pio aquellas semillas que habia sembrado siempre. Pareciame la vida que hasta alli habia pasado, intolerable, llena de afrentas y desprecios, de incomodidades y trabajos : que bien me habian dicho que iba errada siguiendo con tanta soledad un camino imposible y engañada, que otras que eran mejores, (y esto yo no la podia dudar, por que sin duda lo eran) pasaban teniendo quien mirara por ellas, y estaban libres de aquellas ilusiones, sueños y engaños que á mi me habian sucedido ; que no estaba en convento donde se usara el servirse las religiosas por si mismas, que se me ofrecerian tantas y tales cosas por donde hubiera menester valerme de aquellas que con tanto cuidado miraban por mi. A esto se llegaba, el venir ellas llorando a decirme, que pasaban trabajos y penas por asistirme en mis necesidades y enfermedades ; que las padecia ya mayores por que además de aquellos fuertes dolores que habia sufrido en pie toda la vida, me habian dado unos dolores de estomago agudisimos, y con tantos desmayos y tormentos en todo el cuerpo, que no me podia valer ni estar en mi ; pues como yo via todo esto, y sabia que era cierto que pasaban los trabajos que ellas decian, y que les daban de bofetadas y arrojaban las camas á los patios, y era yo la causa, me affigia por consolarlas y nada podia hacer sin grande tormento y trabajo, por que de todo levantaba el enemigo nuevas llamas y cuentos : Asi creció aquella mi cobardia y desconfianza en el Señor Dios mio que tiene cuidado de los hijos de los cuervos, y en quien esperan los ojos de todos, desde el guzano y mosquito, hasta el leon y el aguila, y el hombre racional para que les dè á cada uno lo que necesitan ; y el los cuida y prové en tiempo oportuno. Pasaba este tiempo con tal angustia interior y tantos remordimientos en mi corazon, que ahora me dá pena acordarme. Andaba tan sin consuelo, que buscaba á las criaturas para consolarme, y de cada conversacion quedaba peor. No consultaba con Dios rectamente

mi corazon, y asi no encontraba con la luz, en tanta confusion. El P. Rector en mucho tiempo no vino, por que el dia que enterraron á mi madre, viendome llorar me dixo ; “ no llore por la cruz que le faltó, que aseguro, que yo le he de dar tanto en que padecer, que no la eche menos.” Habia en la enfermeria donde yo estaba un santo crucifijo á quien mi alma se inclinaba como las cosas á su centro y cada vez que lo miraba, era con tanta confusion y vergüenza, que no me atrevia á levantar los ojos, aunque mas mi alma se iba á el.

Yo en este tiempo y en todos, quando me via en semejantes aflicciones, me entraba en exercicios de mi padre S. Ygnacio; y me parecia el entender retirada en aquellas santas meditaciones, como el caminante que se pone á descansar para tomar mas aliento y proseguir su jornada, y sentado considera: qué le falta por andar y se ánima con los motivos que tiene para su viage, y hacerlo rectamente, atropellando los riesgos y malos pasos; á pasar por nieves, fuegos y hielos, con la memoria de lo que importa el proseguir y no quedarse ; y mirando despacio el principio y fin de su viage, de donde pretende alejarse, y á donde vá, las varias sendas y despénáderos; tantea y mide sus jornadas, y toma aliento, como digo, para proseguir, &c. Esta misericordia usó Dios con migo, por medio de mi santo y querido padre S. Ygnacio, que como me viera en confusiones y aprietos, luego me entraba en exercicios con toda la freqüencia que me permitian mis confesores. Pues como yo me viera en las congojas y descaecimientos que he dicho, entré en ellos, y alli me animò y alumbró N. S. los ojos ciegos de mi alma. Solian entrar otras religiosas con migo en estos santos exercicios, y en muchas vi grandes mudanzas de bien, en mejor. Ellas empezaron y acabaron bien y breve, y sin tantas inconstancias como yo.

CAPITULO XVII.

Sufre persecuciones horribles de una seglara, tanto que se ve reducida à no salir de la celda, y humedecer el tintero con sus lagrimas para escribir. Vé al demonio en figura de la dicha. Aparicion de un muerto, y fineza del Niño Jesus. Otra vision en que se le denota los efectos de la discordia.

PUES como en los exercicios fortaleciera N. S. mi alma, y me diera luz de muchas cosas, y ya hubiera venido el P. Rector al cabo de tres meses, traté de huir todo lo que pude, en particular de una de aquellas personas que me era la mas dañosa, por muchas causas; mas esto fue para irritarla tanto contra mi, que se volvió en odio, lo que el enemigo le habia pintado amor, y á mi me fue de grande tormento. Hacía y decía cosas que ella propia venia despues à decirme, que las hacía por darme pesadumbre y por irritarme. Asi es el amor que no se funda en Dios, que mejor se puede llamar odio disfrazado con aquel velo que el enemigo pone, y mas es amor propio de cada uno, pues en faltando el gusto, ò entretimiento de aquella vana conversacion, se vuelven en furor y venganza contra quien imaginan ò ven que se lo quita. ¡ O Dios y Señor mio; quan diferente es tu amor, y el de las personas que lo fundan en voz, y en las cosas que han de durar; y quieren el bien, y bien que es verdadero, para las personas que quieren bien!

Esta pues se habia arrimado á mi confesor, como dixé, y esto me fue causa de grandes trabajos è inquietudes. En una ocasion me sucedió, que como me recogiera con grandes deseos de amar y servir á N. S., via en sueños un espiritu malo en figura de aquella que he dicho y con grande furor me amenazaba, diciendo: “ que le mirara á la cara, que el miercoles se la pagaria.” Yo, aunque me causò asombro, lo olvidé luego;

mas en llegando el miercoles, me embiò à avisar el P. Rector que habia de venir esa tarde, cosa que yo extrañè, por que no venia sino era cada mes una vez, y habia pocos dias que habia estado acà. Venido que fue, me mandò que le llamara à aquella que digo ; yo mientras las otras se confesaban la vine à llamar, mas fue soltar una vivora, por que dando gritos y patadas, me decia : “ irè, irè solo à decirle al P. Rector quien ella ès ; hasta aqui he callado, mas ya no, sabrà el P. Rector quien es ella, y no volverè mas à confesarme con èl.” Corria à un lado y otro, y daba grandes voces. Yo estaba medio muerta, por que con lo que me habia pasado con el P. Francisca de Herrera, temia mucho que el P. Rector me despidiera y arrojara de su confesonario, y mas temia el que ella no fuera, por que el padre no juzgara que yo se lo impedia, y así le rogaba que fuera, y se quietara. En esto se pasaba el tiempo y yo no sabia que hacerme ; fuime à donde la M. Abadeza, llena de turbacion y congoja le pedí, le mandara á aquella seglara, que fuera al confesonario. Ella fue dando voces, y repitiendo : “ ahora sabrà el P. Rector quien es ella :” yo me quedé esperando, y quando llegué á los pies del padre iba medio muerta : ella habia estado mucho hablando con él, y así yo solo esperaba su enojo y que me despidiera ; mas como vio que no acertaba á hablar ni à confesarme, me preguntó la causa, y le dixè algo de la causa de mi turbacion. Quiso la piedad de Dios que me hablara con caridad, y me dixo: que estuviera cierta, que aquello lo hacia por instigacion del Demonio, por que ella lo habia embiado á llamar, &c. Con esto volví en mi, y me subí à mi celda, consoladisima y con firme determinacion de hacer quanto alcansara ser voluntad de Dios, que así me habia sacado de aquel trabajo ; mas apenas lleguè, quando entró donde yo estaba, con la misma y mayor furia que antes, ultrajandome quanto pudo, y amenazandome con la M. Abadeza. Entonces me acordè de aquella amenaza que el enemigo me habia

hecho para el miercoles, y asi ni le respondi, ni tomé pena. Tambien habia tomado N. S. otro medio para sacarme de aquellas conversaciones, y este fue, en medio de ellas vér yo á V. P. junto á mi, no se si dormida ó despierta, reprendiendome con severidad y caridad, y acordandome lo que debia á Dios; con esto tomé más horror á aquellas cosas, aunque yo se lo tenia grande, y tanto, que para escribirle á V. P. (que ya habia vuelto á Sta. Fee) el desconsuelo en que me hallaba, me acuerdo, que me puse á llorar sobre el tintero, para mojarlo con las lagrimas que lloraba, por que estaba seco, y temia yo tanto el abrir la celda, ni pedir nada, para no dár lugar á que entraran, que mas quise mojarlo con mis lagrimas y escribir con ellas; cosa que podia hacer con facilidad, por lo mucho que lloraba.

Una cosa se me acuerda, que me pasó en este tiempo que estaba en la enfermeria. Habiendo muerto una monja moza de aquellas que quando entré me fueron causa de algunos desconsuelos, habia sucedido, que vino un padre misionero de S. Agustin que hacia muchas conversiones y fruto en las almas; como me vido por estár yo en esta ocasion en la sacristia, preguntó; ¿ por que no traian todas las religiosas las tocas llanas, como yo las traia? La compañera le dixo: que por que á mi me habia costado mucho el quitarme aquellos prendidos y estorbos. El llamó á la Abadeza que era una santa religiosa y le dixo: que era mas conforme á religion escusar aquellos aliños, y que lo hicieran así: luego todas lo hicieron como unos angeles sin repugnar nada, solo esta monja de quien voy hablando regañó y llorò, é hizo enfadar á la Prelada, mas luego me embio á llamar á que le compusiera sus tocas como las mias; yo lo hice y la consolé lo mejor que pude, por que la hallé llorando, mas no me volvi á acordar mas de esto, ni imaginé que se le tomara en cuenta. Pasado algun tiempo murio, y la vi en sueños con la toca casi sobre los ojos, que tapaba

toda la frente y muy ajustada á la garganta que la cubria toda: dixome: *Vengo á avisarle á fulana* (nombrando una amiga suya) *que yá me he desengañado que están bien asi las tocas*: Entendí que tenia grandes penas debajo de aquellas tocas, y que aunque fue cosa al parecer tan nada, el defecto que en eso pudo tener, los ojos de Dios, hallaron tres causas de darle aquella penitencia. La primera, el disgusto en lo que mandaba la Prelada: la segunda, el mal exemplo: la tercera, el repugnar lo que era mas conforme á la regla. Yo quedé con gran temor, viendo quan menudamente se miran allá las cosas, y quantos defectos se hallan en lo que acá no reparamos, y ahora me confunde, el ver que teniendo yo tan larga cuenta que dár, y no sabiendo quanto me restará de tiempo, para que me la tomen, lo gasto vanamente en los temores y disparates que V. P. sabe, &c. Esta monja murio muy moza, y poco antes que le diera la enfermedad, me habia dicho llorando; “estoy en tratar de buscar á Dios de véras;” y me contó: que recogiendo con deseos de comulgar, habia visto entre sueños en un altar del coro, un niño desnudo hermosisimo y llorando, y que viendo ella que era el niño Jesus quiso abrazarlo, y el niño se retiró diciendo: *No puede sér, que soy de Francisca*. Ella era tan buena, que pienso le sirvio esto de mirar mas por su interior; y estoy en que me dixo: que habia luego hecho confesion general. Ella vivia muy recogida, y con persona muy espiritual que guiaba su alma. Para con migo estaba yá muy caritativa en su modo de tratar; yo las veces que la via no se me ajustaba hablarle en otra cosa, que en la brevedad de la vida; no por que entendiera ni pensara que tan breve moriria.

Pues hablé de este padre misionero, diré otra cosa que me pasó entonces. Andaba toda la ciudad haciendo penitencias, restituciones, confesiones, &c.: pues estando yo una tarde en un huertesito, y viendo una imagen de N. S. crucificado, sentia un desmayo, como

que todos los huesos me los desencajaban, y mi alma me parecia se iba deshaciendo, entendiendo el gran tormento que causó á N. S. quando lo clavarón, el desencajarse los huesos de sus lugares, y que fue una de las penas y dolores que mas lo atormentaron; así por el intensísimo dolor que sintió en el cuerpo, como por lo que significaba: que és la division y disunion de las personas espirituales, y mas de los que son como los huesos en que se sustenta toda la armonía del cuerpo, esto és, los predicadores, y prelados. Yo estube toda la tarde, y aun parte de la noche, como durmiendo, sintiendo una pena con grande intension, pero con grande regalo: luego inmediatamente sucedio aquella division y disension que hubo, en que el predicador se fue, y el fruto se frustró; entonces entendí mas lo que me habia pasado.

CAPITULO XVIII.

Sufre un formidable combate de la potestad de las tinieblas, por el tiempo de un año. Sostienela el Señor con varios y oportunos socorros; concluye esta tentacion que fue en materias de fé, y no vuelve á sentirla mas, en el tiempo de su vida.

EN estos tiempos que voy diciendo, padecí un trabajo y tentacion de los que mas me han dolido en esta vida; por que como me hallara en tantos deseos de Dios, en una ocasion, que ni despierta ni dormida dexaba el alma de estar annelando por su Dios, y totalmente me hubiera despedido, de todo lo que en la vida podia querer ó buscar; me empezó un tormento que sentia yo mas que la muerte. Este fue, permitirle N. S. al enemigo, que me affixiera con representarme, quantas heregias é infidelidades se han inven-

tado entre los hombres ; y sin sesár todo el dia en qualquiera ocupacion que tubiera, sonaban aquellos silvos de la serpiente infernal en los oidos de mi alma, con tanta sutileza y astusia, tornandome á su proposito, quanto habia, óia, y léia, que solo en la malicia y condenada astusia de Satánas cabia. En recogien-dome á oracion retirada á buscar á mi Dios, escondido entre noche tan obscura y temeroza, me daba un modo de sueño, que aun puesta de rodillas estaba como em-borrachada, ó medio fuera de mi, y parece que quan-tos hereges, ó los que los enseñaron, que son los ene-migos malos, dabán voces en mis óidos relatando sus setas, heregias, y maldades; y aquello me parece sona-ba en los óidos del cuerpo, y dexaba asi aturdida la cabeza, como atormentada el alma. Bien se puede echar de vér, que genero de tórmento seria este, en que ni del cielo, ni de la tierra tenia descanso, luz ni alivio ; y en todo aquel dia claro de luz, amor y cono-cimiento que Dios habia dado á mi alma, que siempre fueron aclarandose y entrañandose mas las verdades de la fé santa y firme, y de su ley inmaculada y limpia. En todo este claro dia, hallaba vertidas tinieblas de noche espantoza, pero despues de ellos esperaba la luz, y hallaba alientos en repetirle á N. S. aquel verso del psalmo que dice, *Narraberunt michi iniqué fabula-tiones sed non ut lex tua.* Duró este mi tormento es-pantoso para el alma casi un año. Tenia solo el alivio de recurrir á mi confesor el P. Juan de Tovar, lamen-tando mi pena, por que á veces me faltaban las fuerzas ; pues al paso que habian sido grandes los deseos y an-sias de llegar a Dios, se alejaba tanto de mi, que ni aun las huellas de su conocimiento parecian yá ; mas Dios ponía en el padre, palabras y consejos que me con-solaban. En una ocasion que me habia apurado mas mi tribulacion, me acuerdo que me envió este ver-sito.

*Sin penas, no hay merecer ;
sin trabajos, no hay gozar.*

*Vengan dolores y penas,
que tanta gloria han de dar.*

Con esto me aliviaba, y llevaba con paciencia aquel trabajo, con entender por lo que el padre me decia, que en el no ofendía á Dios. Tambien me consoló su Divina Magestad, dandome á entender en unos ejercicios: que el edificio de mi alma no habia de ser de mi mano sino de la suya (como lo escribi en aquellos papeles) y que por mas desolada y derrocada, mas devil y sin fuerzas que me viera, su Divina Magestad podria edificarme y levantarme. En uno de estos dias, habiendo esperado hasta cerca de medio dia, para recibir á N. S. sacramentado, por que no habia habido quien diera la comunion ese dia, hasta que acaso vino un padre dominico; pues llegando á recibir á N. S. via con los ojos del alma, que de mi garganta salia mucha sangre, y que la recogian los santos Angeles en una toalla ó paño qué tenian puesto delante de mi pecho. Yo se lo dixé al P. Továr y me respondió: “¿quien duda que serian Angeles los que recogieron aquella sangre derramada por Dios?” Con esto me alentaba á llevar mi padecer, entendiendo, por lo que mi confesor me decia; que era aceptable á mi Señor. Por ultimo su Divina Magestad fué servido que se acabara este tormento y no volviera mas: pareceme fue por el medio que dire. Corrio por entonces que entraban á estas tierras hereges, y á este tiempo habian traído al coro una imagen de N. S. como quando andaba en el mundo; tenia los ojos muy parecidos (aunque ya se vé la diferencia) á los que díxe con que me miraba quando en esa misma forma andaba por el claustro; en viendo yo aquellos ojos, se me acordaron los que habia visto, con tales efectos en mi alma, y tal dolor de lo que oia decir, que podia haber quien faltara á la fé de este Señor; que como fuera de mi, solia decirle á mi confesor, (con simpleza.) “No sabia yo padre que tanto queria á N. S.; no sabia

que lo queria tanto, &c. Fue, N. S. servido, que nunca me volvio aquel modo de padecer ; aunque las otras penas y tribulaciones y tentaciones que he dicho, y diré, aunque su fuerza sea por tiempos, luego vuelven mas ó menos, conforme N. S. lo permite por mis pecados.

CAPITULO XIX.

Oposicion y aborrecimiento que tubo desde su niñes à la impureza, y embates que sufrio por la inmarcesible castidad. Elogio de esta candida virtud. Vision sobre esta materia. Entiende el psalmo in domino confido. Acto de humildad.

Padre mio : sino fuera por que V. P. me lo manda, y solo es quien lo ha de ver, y no llegará á noticia de otro, no se yo como pudiera animarme á decir estas cosas ; y mas lo que ahora dire que es de mucho recelo acertar á entenderme, ó darme á entender.

Desde muy niña me puso N. S. un horror grande en mi corazon á cosas que tocaban á impureza ; no por que no le haya yo ofendido mucho en esto, mas debialo de hacer para que quedara mi soberbia mas abatida y confusa. Era tanto el tormento que sentia con las malas representaciones que el enemigo debia de traerme en aquella edad, que me acuerdo que deseaba estar en el infierno, sin mas advertencia que esta cuenta que me hacia: estando yo ardiendo en aquel fuego, y con aquellos dolores rabiosos, no tendrá lugar mi imaginacion de traerme estas cosas, &c. Despues me dixeran que en el infierno habia pecados de este genero, y empesé á temer mas el condenarme, y se lo pregunté á mi confesor antes de ser monja ; el me consoló diciendo : que no era asi. Bien veo yo, que esto no nacia de mirar la ofensa de Dios, ó yo no sé

como lo diga ; debíame de poner N. S. aquel horror viendo mi mala inclinacion ; y era de modo que aunque estuviera en el mayor gusto, y divertimento que podia tener en esta vida, en acordandome que habia cosas semejantes me caia en el corazon una tristesa mortal, y todo se me cubria de luto ; ya digo, que esto debía de permitir N. S. sabiendo mi mal natural. Despues entrando en mas razon, tenia un amor siempre grande à la purisima Virgen Maria Na. Sa. y creia que este vicio era de grande enojo suyo, y que no podia haber devocion á la Virgen santisima, ni que ella mirara con ojos de madre, à el alma manchada con tal fealdad. Asi mismo aquel purisimo esposo, habia de huir de toda mancha de estas. Parecíame tambien, que el Espiritu Santo, no habia de hacer asiento ni morada en alma impura ; y asi mismo ella quedaba sin luz, dones y frutos, llena de los males y vicios contrarios á ellos. Temia mucho el vicio de la soberbia, por que habia leído, y oído, que la castiga Dios con este vicio y caidas en el, &c.

Dios me daba un gran deseo de este Santisimo espiritu y Dios verdadero, tercera persona de la Beatissima Trinidad, y via la dicha (nunca bastantemente comprendida de todas las criaturas) del alma, que lo áposenta y tiene en si, quan rica está, quan dichosa, y quan llena de bienes.

¿ Pues como diré Dios mio, los males y profundidades en que me vi, con tentaciones horrorosas en esto, ni las cosas que movia el enemigo en lo exterior y interior, ni la guerra que yo tenia en mi misma? Poco ó nada pueden las fuerzas humanas contra este maldito vicio, tan llegado á nosotros mismos en esta carne vilisima, saco de podredumbre, si Dios se aparta. El altisimo don de castidad y pureza, que hace á las almas esposas del altisimo Dios, desciende de arriba del padre de las lumbres. Despedazaba mi carne con cadenas de hierro : hacíame azotár por manos de una criada ; pasaba las noches llorando ; tenia por

alivio las ortigas y cilicios; heria mi rostro con bofetadas; y luego me parecia que quedaba vencida á manos de mis enemigos. Andaba llena de pabór y horror de mi misma, sin atreverme á alzar los ojos á Dios, ni á su Sma. Madre, y en ella me faltaba el consuelo y la vida. Consultaba continuamente á mi confesor, y ponía esfuerzo en tomar los medios que me daba; mas yo no conocia que el altisimo y limpisimo Dios queria asi humillar mi soberbia, y que me aborreciera á mi misma, como á un costal de estiercol: Asi no daba paso en que no hallara un lazo. No sé si á este proposito me habia N. S. mostrado algun tiempo antes que empezara á pasar esto, á mi misma alma en forma de un caminante que subia un monte, pobre y desnudo, y tan flaco, que parece se tenia y andaba en unas pajas ó canillas delgadas, y iba encorvado, por que cargaba sobre sus hombros un costal de estiercol, entre el qual iban muchos animales inmundos: de un lado y otro de aquel monte le disparaban saetas, que hiriendo en aquellos animales, levantaban tal griteria y gruñian con tal fuerza, que el pobre trabajador se via en grande trabajo y fatiga; no se si á veces por no oir aquel gruñido tan enfadoso aparaba en si mismo las saéetas, ó si yo conocia que podria suceder esto asi; lo que me acuerdo és, que con aquellas heridas quedaban aquellos animales mas deviles y flacos, y daban menos trabajo, aunque gritaban: entonces entendi aquel psalmo que dice: *In Domino confido. Quomodo dicitis animæ meæ transmigra in montem sicut passer, &c.* Esto fue tiempo antes de esta tribulacion, y ahora aqui se me acuerda.

Quando N. S. compadecido de mi, quiso moderar mi trabajo, buscandole continuamente en la soledad, y poniendo mas guarda en los sentidos. Estando un dia en oracion, sentia que mi alma se deshacia y ardia, y luego me parecia sentir junto á mi una persona amabilisima vestida toda de blanco, cuyo rostro yo no via; mas ella echando los brazos sobre mis hombros car-

gaba allí un peso aunque grande, tan dulce, tan suave, tan fuerte, tan apacible, que el alma solo quisiera morir y acabar en el, y con el: mas no podia hacer mas que recibir y arder en si misma.

Aunque yo, asi por el consejo de mis confesores á los principios apartaba la vista quanto podia, y por mis temores siempre, mas ellas dexaban el alma con fortaleza para sufrir los trabajos, y con inclinacion á las virtudes. Mas al cabo de tanto tiempo veo, y lo ven todas, quan lexos estoy de toda virtud y exercicio de ellas; y esto és causa de que cada dia temo mas, y solo me consuela la infinita piedad de Dios, y que estribando solo en ella, en la sangre que derramó por mi y en la interseccion de su Sma. Madre, será servido de sacarme con bien de este mi largo y trabajoso camino y destierro.

CAPITULO XX.

La hacen Maestra de Novicias: proponese por modelo á Sta. Maria Magdalena de Pasis. Muere una Religiosa que era en su concepto de gran virtud. Hacele el Señor conocer en una terrible vision el juicio particular de aquella alma. La hacen Escucha. Caridad con que la dirigio el P. Juan de Tovar en el tiempo de cinco años.

DE la enfermeria me mandó la M. Abadeza venir al noviciado á ser Maestra de las novicias; yo encomendé este oficio á la bendita Sta. Maria Magdalena de Pasis, de quien sin haber leído su vida, tenia yo un grande amor, y la habia tomado por mi maestra y señora. Tenia yo consuelo en verme entre las novicias, y allí hallaba defenza en la tribulacion que acabo de decir, que duró en su rigor casi todo el año. Ha-

bia quexadosé con migo la M. Abadeza de algunas cosas que no iban bien en el noviciado el año antes : yo procuré con el consejo de mi confesor remediarlas, mas pasé hartos trabajos, por que la Maestra que habia salido, que era una señora muy virtuosa, decia : que yo la queria reformar, y se enojaba. Las novicias extrañaban y se quexaban, y no bastaba el alhago para entrarlas en consuelo ; en particular una, que tomó con migo un modo de enojo, que me affixia harto : ella queria volverse al siglo ; mas fue N. S. servido, que entrando en ejercicios se desengañó, y con algunos avisos que N. S. le dio. En este tiempo me sucedio una cosa particular, que se me acuerda ; y fue, que una noche vi al enemigo malo, amenazandome muy furioso, y que se iba llegando á mi, yo repetia los nombres de Jesus y de Maria, y con esto se apartaba algo, hasta que de alguna distancia me decia, haciendo demostraciones con las manos. *Agradece á aquel que le nace la palma en el corazon, que si no fuera por el, ni de dia, ni de noche te habia de dexár.* Yo volvi á ver quien era este á quien le nacia la palma en el corazon, y via junto á mi un peregrino, con el rostro palido y algo delgado. No supe con claridad quien era, mas luego se ofrecieron hartas cosas, y me acusaron á la Prelada del descontento que traia la novicia ; aun sobre aquello mismo que ella se quejaba antes, ahora sentia el que se remediara, y decia : que solo la consolaba, que no me nombró Maestra por su gusto. Yo senti el disgusto de la Prelada, y oia hartas pesadumbres hasta de las criadas, mas tenia tanto en que pensar entre mi misma, que todo lo exterior era poco. En unos ejercicios que entré con las novicias, me parecia que iba como el perrito, que viendose acosado de todos, se vá á esconder donde su amo. Asi entré yo, y alli me hizo N. S. mil misericordias, dandome á entender lo claro y llano del camino de agradarlo, y muchas cosas particulares en que debia exercitarme para el exercicio de las virtudes y el sufrimiento en los

trabajos, y el desamor á todo lo criado, y como debía esconderme á los ojos humanos, no queriendo aceptacion de ninguna criatura, para que mis obras y deseos fueran agradables á sus ojos, &c.

En este tiempo murio aquella Sta. religiosa, con quien dixé fui Portera, y cuya compañía me servia de tanto bien, por sus muchas virtudes. En un año que vivi con ella en la porteria no la vi impaciente, ni una vez, ni le oi hablar una pábala de murmuracion, ni tener enemistad, ni aun muy leve con nadie: todas queria que estuvieran contentas, y á todas las deseaba y procuraba bien: habia quarenta años que no comia carne: freqüentaba quanto se permitia los sacramentos: era gran asistente al coro, y todo el dia estaba en su labor y rezando. El dia que conocio que se moria, dispuso con mucha alegría unas misas que le habian de decir, y hablaba en su partida y muerte, como que fuera ir á un convite. Pues no sé si la noche despues, ó antes que muriera, me hallaba como viendo su juicio y cuenta; que cierto, no se como no mori con la fatiga. No era como acá lo solemos considerar, mas por unas significaciones, que solo el alma podia entenderlas, queriendolo Dios. Estaba en presencia de una Magestad terrible, omnipotente, y sapientisimo, de un espiritu magestuoso escudriñador y rectisimo, y estaba aquella alma alli como una pequeña lucisita: venian sobre ella las acusaciones y cargos, como unos vientos grandes y espaciosos; á cada uno me parecia que la habian de apagar, y en ocasiones llegaba à estar, como consumida y extinguida, y pasado aquel viento, volvia á levantar aquella pequeña llama, y volvia otro viento. No és imaginable los sustos y desmayos de mi corazon á cada aprieto de aquellos, como si fuera mi misma alma la que pasaba el pavor y temor de aquellas contingencias, y aunque vi, que pasados todos aquellos vientos, no se habia apagado, quedè tan fuera de mi, con tanto temblor y desmayo del susto y pavor que habia tenido, que hube

de llamar como pude á las novicias, y no dexarlas ir de con migo ; aunque no les dixé nada de lo que sentia. Mas quedé conociendo, como aquel solo es el negocio importante, y que todo lo de acá es burla ; que solo en mi locura cabe tomar las cosas de esta vida tan de veras como V. P. sabe que tomo cada paja. Esta monja que digo, habia sido Abadeza en aquellos tiempos que se permitian conversaciones de fuera, ó devociones que llaman.

En este tiempo se acabó mi oficio de Maestra, y yo tube grande sentimiento ; no sé si de verme sola sin las Novicios que me servian de consuelo y defensa en mis tribulaciones que he dicho, y en otras que pasé en ese tiempo, tales que solo quando me apretaban mucho los dolores del cuerpo sentia algun tanto de descanso el alma.

En Capitulo llevé algunos menosprecios, y me hizo la Prelada, Escucha. En este tiempo se fue el P. Juan de Tovar mi confesor á la Provincia de Quito por Provincial, y yo quedé en mucha soledad y desconuelo, por que en los cinco años que me confesó, aunque pasé muchas tentaciones, contradiciones, escuridades en mi alma, &c., mas en el hallaba remedio para todo, y como siempre he creido que solo en lo que el confesor (bien informado) dice, hay seguridad tomando sus consejos, y el santo padre habia tomado con tanta caridad el enseñarme el camino verdadero, aunque via mis caidas no se cansaba, antes me animaba y aseguraba en mis miedos y descaecimientos, y solia decirme cosas de gran consuelo, para que viera que con el favor de Dios, no iba errada. Yo hacia cada año confesion general con el santo padre, y el dia que se despidio me dixo. *Yo me voy tan lexos como vé, mas con una noticia que me llegue suya, estaré consolado, y és, que vive sola, sola con su Dios.* Desde alla me escrivia y consolaba, no obstante la mucha distancia y sus grandes cuidados ; mas tanta caridad puso Dios en el corazon de su siervo. Con este padre

mio me sucedio un dia, que como yo tubiera un tormento interior que no sabia explicar ni entender, y me lamentara mucho con el, me dixo: que no podia alcanzar ni sabia aquella mi pena, y que serian aprensiones mias; yo le pedi á N. S. se la diera á entender, y á ese otro dia lo apuró tanto aquel desconsuelo, que le dio N. S. á experimentar, que lo rindio: estoy en que á la cama. Quando volvio acá á me decia; que se habia acordado de mi, y que se decia así mismo: ven aca hombre, si has de pasar las amarguras de la muerte; por que no sufres esto?

CAPITULO XXI.

Va de Rector á Tunja el P. Juan Martinez Rubio, y la asiste con frecuencia. Tolera varias afrentas por parte de las criaturas. Hacele ver el Señor en una vision el precio y los frutos que en ellas se encuentran. Elevacion sobre esto.

Pues como yo hubiera quedado en la soledad y desconsuelo que digo, quiso N. S. enviarme algunas afrentas exteriores, y reprensiones de mis Prelados, aunque yo no las llevé como debia, ni estimé este don y dadiva de la mano de mi Dios. Habia venido el P. Juan Martinez Rubio por Rector, y como algunos de mis padres me habian prometido, que al padre que viniera le pedirian me confesara, quando supe que habia venido le envie un recado saludandolo. Los Prelados mios quando lo supieron, así el P. Vicario como la M. Abadeza (que estaban en la reja de la Yglesia por ser Miercoles Sto.,) tomaron tanto enfado, por que decian: que ahora queria la loca enviar á donde el P. Rector, que si pensaria la loca, que un hombre como el la habia de confesar, y otras cosas, &c. Despues de esto N. S. dispuso que el padre viniera casi sin mas diligencia mia, y con tanta continuacion y

caridad, que aunque cayeran grandes aguaseros el día que tenia señalado para venir, que era una vez cada semana, atropellaba con todo y se venia ; que admiraba á los que lo vian. Tambien dispuso N. S., que una religiosa antigua en los claustros siendo yo Escucha tomara tanto furor contra mi, (sin saber yo la causa,) que dando voces y dandome palmadas junto á los oidos repetia à grandes voces : *perra loca, perra loca santi-moñera, que has de ser aquí eterna, para tormento de todas : comulgadora, que te he de quitar de la graticula y del confesonario: ¿ por que me deshonras, santa?* Pues como yo vi que no acababa de decir estas cosas, y otras, (aunque procuraba apasiguarla) me arrodillé y quise besarle los pies, pero fue peor, por que alzando mas la voz y dando grandes gritos decia : *que me mata esta, que me azota, que me azota ;* y asi entraba y salia en las gradas y locutorios, diciendolo à las personas de fuera. Por donde se platicó en los conventos, que yo habia azotado á aquella monja. Mas N. S. usó de tanta piedad con migo, que aunque senti las afrentas y derramé muchas lagrimas, no me quedó enojo en el corazon ; antes lo contrario.

Asi mismo dispuso mi Dios y todo mi bien, que porel oficio de Secretaria que tenia me dixeran las M. M. que ajustara los papeles del archibo, y unos que faltaron se los preguntaron al P. Vicario en mi nombre, de lo qual el tomó tanto enojo, que toda la platica que hizo á la comunidad, desde antes de las tres, hasta mas de las cinco de la tarde, fue dando á entender el enojo que tenia con migo, y como podria vengarle y castigarlo, y quien era yo, y la pobreza á que habia venido mi casa, y la racion, que como hambrienta, &c. Yo senti grande afrenta al principio y mucho temor, mas despues consolaba á algunas monjas que habian quedado muy affixidas y temerosas de un auto, que prometio enviar el dia siguiente, para que me lo hicieran leer, y lo envió, aunque yo no supe lo que contenia por que el P. Rector Juan Martinez lo apasiguó. Estas

Dios mio para una alma buena hubieran sido flores de suave olor, pero en ocasiones, hasta de eso se vale el enemigo para afligir mas ; unas veces con representár que todo se ha perdido, el gusto, la quietud, la honra, y el alma, y que pues todos lo dicen, y en todas las bocas he estado reprovada, que no se puede creer que todos se engañen. Con esto me ha affixido mucho en ocasiones, y como estas cosas asi de las criaturas se han continuado por toda mi vida, nunca ha faltado esta causa de temor ; pero ahora llegando aqui se me acuerda una cosa que N. S. me habia mostrado algun tiempo antes, que no pensé escribirla. Hallabame una noche en sueños en una ciudad, que andaba toda alborotada y confusa, y toda aquella multitud y concurso de gente se preparaba para concurrir á la afrenta de un hombre, parecia que hasta el ayre estaba lleno de su deshonra y menosprecio, y el era mirado como reo despreciable y manchado ; todos andaban como admirados de su deshonra, huyendo de el. Yo estaba temblando tanto que no me podia tener en pie con la tristesa y dolor que esperaba ver en aquel espectáculo, quando fue saliendo por una de las calles de aquella ciudad una gran procesion de variedad de gente, unos acaballo con plumas y tocados en los sombreros, y otros á pie, que todos se daban prisa á adelantarse por no ir cerca del reo, despues venia la gente de la pleve, y todos volvian de rato en rato á mirar atrás, con horror y desprecio. Entre los verdugos y alguaciles, venia un hombre centro de las injurias y trabajos, retrato de las deshonoras y oprovios, pobre, humilde, despreciado y aborrecido, tenido por oprovio y menosprecio, con una pobre tunica, atadas las manos atrás y el rostro cubierto con un vil paño, como que no querian ver su cara, y la cubrian por mayor desprecio. Fue pasando aquella procesion á hacer justicia en aquel reo, y quando llegó cerca, vi su corona de espinas, por que no sé quien alzó aquel paño que lo cubria. Al ver esto con el asombro desperté, mas tan fuera de

mi, que en tres dias no pude saber lo que me hacia, asombrada y llorando con el conocimiento de aquel gran menosprecio que sufrió y á que se sujetó el hijo de Dios por sanar mi vanidad y soberbia. Entendi claro que fue en lo que mas padecio su real y novilísimo corazon, y el de su Santisima Madre, la afrenta y deshonor; pues se vé, sufrir los hombres grandes dolores y trabajos por la honra y credito: ¿pues quien á vista de esto extrañará el padecer unos cortos desprecios (no por que yo lo viera dispierta ó dormida, si por que ello pasó asi en la realidad) mereciendolos tanto; y quien no los estimará como unas preciosas joyas por parecer en algo á su Señor y esposo? ¡O Señor mio! si como conosco que esto es solo de lo que tengo que alegrarme en esta vida, pudiera reducir mi corazon de tierra á alegrarse de ser la objecion y menosprecio! No es Dios mio por que voz no me lo enseñaste, siempre y desde el principio inclinastes mi corazon á seguir este camino á amarlo y deseirlo, solo es mi vileza, mi vanisima vanidad y ruindad la que lo estorva. Mas Dios mio aun que mi naturaleza reviente no aparteis de mi tu rostro, ni quiteis de mi tu santo espiritu. Llevadme siempre por el camino de los desprecios, que és el que vós anduvistes; el seguro y seguido de todos los que te aman de veras. Mas yo conosco y confieso, que la sensivilidad de mi corazon en estas pequeñas afrentas que he pasado, por que por mi ninguna virtud y poquisimo espiritu, no las he sabido estimar, ni merecido mayores estos dones de tu divina mano; mi sensivilidad pues en ellas conosco, que nace de mi amor propio, sobervia y vanidad.

CAPITULO XXII.

Raptos, suspensiones y deliquios que experimenta desde los dos años despues de su profesion, por el termino

de catorce años, aunque no los conoce, en fuerza de su profunda humildad. Sufre despues de estos raptos, dolores corporales y otros efectos exteriores, que atribuyen á diferentes causas las criaturas.

AHORA diré un trabajo y pena que pasé por tiempo de catorce años, sin tener en el mas de unas pocas intermisiones, y es cierto que no sé como lo he de acertar á decir, sin quitar ni poner á lo que me pasaba. En aquellos años que estube de seglara y de Novicia, habia leído en un libro del P. Osuna, que las almas como las palomas en sus nidos y palomares, se recogian á descansar y dormir al pecho de N. S. Esto me daba mucho consuelo y gusto, y tambien mucho deseo y embidia de las almas dichosas que á tanta felicidad llegaban. Yo vivia cerca de un huertesito, y asi oia, quando se ponía el sol, volar las aves á sus nidos á recogerse. Esto enternecia tanto mi corazon, y me acordaba lo que he dicho, que me daban unas ansias y deseos, que yo no sé decir lo cierto como era. Pues á los dos años, ó uno de profesa en iendo cayendo el sol, me iban faltando las fuerzas y mi alma se iba como desmayando ó deshaciendo, de modo que yo no podia tenerme, sino és arrojandome ó echandome, y como luego se seguía el ir á maytines y á oracion al coro, me costaba mucho trabajo por que era, como gobernar un cuerpo muerto. Yo no se si era el alma, ó el cuerpo el que se dormía. Muchas causas tube para pensár que era enfermedad corporal, y muchas al contrario, que se verán en lo que fuere diciendo. Mas fuera lo que fuera, ello me servía de un trabajo grande, por que no es decible, lo que en todo este tiempo oi y vi, y la pena que daba á las religiosas. Unas decían que si supieran esto de mi, no me hubieran recibido, otras me decían, exemplos de santos, y castigos que Dios ha hecho á los que faltan, ó no están como deben en el oficio divino. Las preladas me reprendían, y una llevaba ortigas al coro para amenazarme

con que me daria con ellas ; otras se reian y burlaban, y yo me apuraba mas que todas, aunque no me dexó N. S. impacientar con este trabajo. Hacia todas mis diligencias, me clavaba alfileres en la boca y no los sentia, tiraba á arrancarme los cabellos de la cabeza, y me quedaba con la mano pendiente, y sumida en aquel letargo. Ponia los nudos del cordon debaxo las rodillas quando me arrodillaba y nada sentia. Tomaba berbena y otras cosas amargas en la boca, y me las echaba en los ojos untandolos de tabaco, y nada de esto era remedio. Hacía á las novicias que mientras rezabamos el oficio, me estuvieran torciendo y apretando los dedos de las manos ; mas no aprovechaba, aunque ellas lo hacian con harta fuerza, como yo se lo mandaba.

No podia entender como era aquello, por que, como leyerá siempre á la comunidad leccion espiritual, antes y despues de la oracion mental que se tenia, yo leia muy bien (á lo que todas decian) mas esto yo no lo sentia ni entendia como podia ser. Lo mismo era en el rezo, que muchas veces preguntando si habia rezado, me respondian que si, que muy bien, mas yo no me acordaba de esto, ni de lo que habia leído, ni sabia que contenia. Algunas veces solian las otras ponderar, tal ó tal cosa que habia leído, y yo no sabia quando. En la oracion estaba de rodillas sin caerme, mas sin estar en mis sentidos ni acuerdo. Solian acabar las demas y yo me quedaba asi, si no me avisaban ó tiraban del habito. Quando tocaban la campanita, no la oia, y oia para responder al otro coro quando rezaba, aunque algunas veces se debia de echar de ver, y por esto habia aquellas reprensiones que dixé al principio.

Tomé quantos medios pude en tanto tiempo, valiendome de personas espirituales que me daban varios medios, algunas me decian, que podia ser flaqueza, que tomara alguna cosa á aquella hora, asi lo hacia, y era peor ; otras que tomara remedios para el estoma-

m

go cercenando la comida, yo lo hacia y no me valia. Mandabanme hacer tambien varias devociones à los santos, llevar agua bendita &c. y yo moxada en agua bendita y cargada de cruces, me quedaba como he dicho.

No eran estas suspensiones como otras que experimenté algunas veces, que en hablando mis confesores y oyendoles hablar de Dios, se encendia mi alma en su amor y alegria, y se suspendian los sentidos, ó se embarasaban.

En esto sentia varios accidentes, unas veces quedaba tan molida como si me hubieran deshecho los huesos, otras con tantos dolores en el cuerpo, que me daba un temblor en pasando aquello, que era necesario, que las personas que se hallaban, cargaran sobre mi toda su fuerza, con esto sentia algun alivio, mas esto era en viniendo á la celda ; pasaba mucho trabajo, mas quedaba con mas deseos de Dios.

En todo aquel tiempo que duraba el oficio de maytines y oracion, fuera largo ó corto estaba asi, mas en acabando volvía en mi acuerdo y empesaba á sentir los accidentes que digo. Solo me acuerdo que en empesando á caer el sol, me hallaba como el perrito que busca á su amo por toda la casa y no lo halla ; asi me parecia que sentia mi alma por su Dios, y se iban aniquilando para ella todas las cosas. Algunas veces me daba calentura.

Esto duró como digo casi catorce años, unos tiempos mas ó menos, conforme Dios lo permitia, y solo en teniendo algun trabajo que me inquietara interiormente, cesaba esto que he dicho.

En unos tiempos me sucedia, que en iendo volviendo, via figuras muy espantosas un poco apartadas de mi. Mas como el padecer esto era por tiempo limitado, lo demás del dia, y en pasando el tormento, que para mi lo era, volvian mis deseos de hacer quanto pudiera por agradar á N. S., y sentia en mi corazon grande amor à su Divina magestad. Consultaba esto

con mis confesores, y como digo, me decian varias cosas y daban muchos medios. El P. Juan, de Tobar que fue al que mas menuda cuenta di de mi padecer en esto, quando volviò de Quito viendo que todavia duraba y que tambien duraban las reprehensiones, me dixo: que le dixera á la M. Abadesa, que el padre lo echaba sobre su conciencia la culpa que habia, y que el daria cuenta a Dios de eso. El me decia, que era Dios, y que el enemigo tambien me atormentaba. Algunos medicos decian: ¿qué que tenian los humores con las campanas del coro para volver á aquella hora en mi acuerdo?

Mas con todo eso, ni por ser grande el achaque que padecia, ni por otros muchos que he pasado, ha querido N. S. que falte al coro, antes experimentaba en otras enfermedades que he tenido, que aunque parecia que ya acababa, en llegando la hora del coro, me hallaba alentada y me iba á el, aunque alli solian apretarme despues los dolores, mas era cosa que podia sufrir, y muchas veces para los males del cuerpo me ha servido de remedio, y siempre para los del alma; por que si lo que alli ha dado N. S. á conocer y sentir se hubiera de decir, no cupiera en muchos libros. Y en grandes tentaciones y tribulaciones que he padecido, en llegando á rezar los psalmos, y mas en comunidad, me he hallado defendida de los horrores del enemigo, y alentada á pasar qualquiera desconsuelo.

Padre mio; yo entendi acabar en solo un quadernito de darle cuenta de toda mi vida y tribulaciones, y las causas que tengo de temer y temblar, si habré ido, bien ó mal, y en que parará una voluntad tan dura é inconstante para con N. S. y Dios; pero mientras mas voy escribiendo mas se me acuerdan, aun cosas que tenia sepultadas en el olvido, y aunque sabe lo que padezco en obedecerlo en esto, por otra parte no puedo hacer otra cosa; solo me consuela, que és solo para que V. P. vea las inspiraciones que Dios me ha dado, y por el estado presente de mis culpas y tibieza eche

de ver quanto he vuelto á atràs, á ver si con el favor de Dios y de su santissima Madre mi Señora, podemos poner alguna enmienda.

CAPITULO XXIII.

Vuelve con gran consuelo á la sacristia: goza sin interrupcion de la presencia de Dios. Padece por cinco meses una nueva tribulacion, inesplicable y terrible. Vision consoladora. Conose la proximidad de la muerte de la Abadeza. Socorros que recibe de ella y otra Religiosa. Lagrimas continuas.

Asi pues que esta enfermedad ó letargo que acabo de decir fue un trabajo que por largo tiempo acompañó à los otros trabajos, conforme á la condicion ó calidad de ellos, suspendiendose ó aumentandose.

Pues como ya llegase à los treinta y dos años que habia vivido, y me mandara la M. Abadeza volver á la sacristia, fui alli con grande consuelo, por el deseo que tenia de servir de alguna cosa, aunque fuera en aquello poco, y con la memoria de lo mucho que habia debido à N. S. las veces que alli habia estado. Se aumentaba mas este mi gusto, pensando me entregaria del todo à su divina Magestad. Por este tiempo me dió un modo de presencia suya, que en todas las cosas y criaturas lo hallaba, y el alma amaba y reverenciaba, à aquella Magestad que hinche los cielos y la tierra. Pues como un dia estuviera considerando en la oracion, quando azotaron à N. S. y pensando que en desatandolo de la columna caeria en tierra, se hallaba mi alma movida á llegar á el y procurar ayudarlo á levantar. Entonces sentia su cuerpo con un peso tan grande que la oprimia, y pareciera mas facil alzar todo el mundo. Yo sénti gran fatiga entonces, pero despues entendi que habia sido prevenirme N. S. para uno de

los mayores trabajos que en toda la vida he pasado, el qual yo no sè como lo acierte á decir, por no depender el, de ninguna cosa que yo pueda explicar con comparaciones de cosas exteriores, asi como distan tanto las cosas y penas del alma de las del cuerpo. Asi me parece que no hallaré modo de darme á entender ; mas díre como empezó. Andaba el alma, con aquellas ansias y deseos de Dios, y con aquella presencia suya que he dicho, y una tarde pidieron las llaves del sagrario para componerlo ; yo sali á adorar á N. S. sacramentado, y luego senti un alboroto interior, una ansia, y un salir de mi, que los pasos que daba eran como en el ayre, y asi estube, que para saber si habia rezado maytines lo pregunté á otra, y me dixo habia rezado muy bien. No sé como prosiga. Pasada pues la semana santa, que esto fue una quaresma, empezaron á caer sobre mi alma, unas nubes como de plomo. Cada viernes de Espiritu Santo, sobre la nube y apretura que ya tenia, caia otra, y asi se fueron doblando por todas aquellas siete semanas, y conforme cresía la pena, cresia y se avivaba el conocimiento de la magestad de Dios: yo no sè como era, solo pienso serà á ese modo la pena de daño de los condenados. Llegué á cobrarme á mi misma un horror tan grande, que me era grave tormento el estar con migo misma. Me faltó del todo el sueño, y cada instance se me hacia una eternidad. Pasaba las noches mirando y clamando á las imagenes de la Virgen Santisima, como el que lucha con las angustias de la muerte, y quando el gran trabajo de la noche se habia pasado, empezaba á temblár y estremeserme de nuevo de los instantes y momentos del dia. Tenía un horror á mi cuerpo, que cada dedo de las manos me atormentaba fieramente, la ropa que traía bestida, el aire y luz que miraba. Fui con esto quedando imposible de comér ningun bocado, y sentia tal tormento, que sobre la comida derramaba amargo llanto. Todo el dia y la noche traia un temblor y pavor que

no se puede decir como era. Parecíame que era inmortal y que jamas tendria fin mi tormento, ni habria para mi muerte, sino aquella muerte inmortal que estaba viviendo. Me iba alexando y entrando en una region de muerte y horror sempiterno. Todas las cosas que miraba estaban muertas y llenas de pavor. La música que solia oir en la Yglesia aumentaba mi tormento.

A todas las personas á quien forzosamente habia de tratar ó ver, les tenia tanto temor, y me llenaban de un pavor y tristesa tan extraordinario, que más me atormentaban las que me querian aliviar; y en viendolas entrar me daba un susto que me quedaba como desmayada y temblando: lo mismo era en llamando los padres al torno, ó qualesquiera persona de fuera.

Habia pasado cerca de cinco meses estos tormentos, sin decir nada, ni dar á entender á las religiosas mi mal, aunque como en el no se podian encubrir los efectos que hacia en el cuerpo, me hicieron curar por enfermedad corporal, y quedaba peor con cada remedio. No era cosa que yo pudiera explicar á mi confesor, y aunque pudiera, habia perdido del todo el oido el padre que me confesaba. Solia valerme de otro, y como no era cosa que yo podia decir, me respondia: que eran melancolias, que me divirtiera, y yo quedaba peor.

En este tiempo conocia yo, quan poco és lo que se puede comprender en esta vida de las penas del infierno, por que aunque pensemos, hornos, caleras, azotes, &c., nada és como las penas del alma, y asi solia en aquel tiempo decirle llena de dolor y llanto á la compañera de Sacristia que habia sido mi novicia "temed mucho á Dios, temedlo mucho, que puede y sabe dár mas horrorosos tormentos que podemos imaginar." No me dolia nada, antes si algun alivio llegara á imaginár, solo fuera el que con agudas espadas me atrabezaran é hicieran piezas. Todo el mundo lo via como una sombra y sueño, y asi, aunque despues

que se supo algo de lo que yo pasaba, decian, que estaba loca, no me hacia mas cuidado, que si oyera el zumbido de los mosquitos.

Solia pensar, y se lo decia á mi compañera (quando se supo algo) ; O si yo me viera en el estado que tienen las que no estan como yo, que penitencia haría ! ; como andaria vestida de un saco, hecha el estropajo de la casa ! ; O como emplearia la vida ! Y si acaso vuelvo en mi ; O que vida me parece que haré ! Llegó á tanto mi tormento que hubo de salir fuera, y asi me arrojaba en el suelo ó me escondia en los rincones más desechados y solos, y andaba como los perros por la casa.

Pues llegando el dia de mi P. S. Ygnacio, hice quanto esfuerzo pude para ir á sus maytines, y asi temblando y cayendome fui, y tal debia de estar en lo exterior, que algunas me tenian miedo, y otras compasion. Pues estando alli me parecia, que desde el sagrario hasta el lugar en que yo estaba en el coro, habia un mar de sangre, y que N. S. Jesucristo descubria sus pies y brazos, como para entrar en el ; y entendia yo, que para ir á su divina Magestad se habia de pasar por el padecer ; pues el pasó el mar de su pasion para ir á su Padre, y que como los Egipcios en el mar roxo, así quedaban ahogadas nuestras culpas en el padecer unido con su sangre y pasion. Pareceme me dió á entender, que si fuera menester volver á entrar en el mar de su pasion por el alma, lo haria, y la sacaria de todo lo que á ella le parecia un mar sin fin.

Ahora se me acuerda una prevension que me parece me hizo N. S. antes de empezar todos estos trabajos y tentaciones que he dicho. Estaba un dia oyendo misa, y deseando recibir á N. S. sacramentado ; me parecia que mi P. S. Ygnacio con los ornamentos ó vestiduras sacerdotales me daba la comunión diciendo. *El cuerpo de N. S. Jesucristo guarde tu alma hasta la vida eterna.* Esto decia como viendo los riesgos y trabajos en que me habia de hallar. Yo quandé sus-

pendiendo mi pensamiento, encomendandome muy de corazon á mi Sto. Pe.; y quando me vi en las mayores confusiones y aprietos, acordandome de esto, me entraba un poco de luz y aliento. Pues volviendo á mi trabajo: fue prosiguiendo con tanto rigor que ya era imposible encubrirlo entre mi, y asi saliendome á llorar y á ver si podria huir de mi misma, puso Dios tanta caridad en aquella mi compañera de sacristia, que me recogio en su celda, y trataron de volver á curar mi achaque. Era Abadeza nna de aquellas religiosas que dixe se aprovecharon mucho en los ejercicios de mi Sto. Pe.; haciame mucha caridad y asi en todas hallaba mucho amparo. Yo tenia cierto que esta M. Abadeza habia de morir breve, mas no sè como lo entendia, ello sucedió asi, que murio luego. Pues como digo: habia yo menester toda aquella caridad de las religiosas para lo exterior, aunque para lo interior nada bastaba.

En esta celda, vi una noche con los ojos del cuerpo una religiosa difunta que traia una vela en la mano, de tál modo que con ella se alumbró, y vi lo que habia en la celda, que era de noche, y no habia otra lumbré. Duró poco, y no me dixo nada, ni supe que fuera esto.

Alli recibí una carta de V. P. en que me decia algunas cosas, como si viera mi padecer, y algo me abrió los ojos á conocer venia de la mano de Dios. Pues aunque proseguia asi, como si estuviera buena, asistia á todo lo que se ofrecia en la sacristia, á disponer la fiesta de Nra. Mre. y á escribir las cuentas del convento; mas eran tantas á veces las lagrimas que lloraba, que necesitaba poner un paño sobre los libros para poder escribir. El P. Rector no dexaba de venir, aunque yo podia decirle poco; mas en oyendome solia decir y responderme: *Mirabilitér me cructas. ¡O Señor maravillosamente atormentas!*

CAPITULO XXIV.

Concluye su tribulacion. Sueño prodigioso. Previene á una religiosa para su muerte, Representacion que tubo muerta esta. Conoce el mal estado de una alma, que luego se remedia. Varias revelaciones y conocimientos, entre ellos del estado de gloria de la ultima Abadeza que murio en aquel tiempo.

Asi duré en este tormento, hasta la vispera de S. Agustin, que habiendo estado toda la noche dando dolorosos gemidos, al amanecer me quedé dormida y quando desperté, hallé puesta sobre mi pecho una imagen de N. S. crucificado, que siempre he tenido entre la cama, procurando entregarle el alma para dormir. Pues como yo no supiera como se habia desatado, y puestose sobre mi, me volvi á quedar dormida dexandola como se estaba; y entonces me hallé en la grada que sále á la Yglesia donde habia mucho concurso de gente, que parecian los mas, hombres de religion y gravedad: alli me avisaban que me esperaban para que hiciera profesion en el altar mayor donde estaba una Santa Cruz cercada de algunas luces, y puesta en tierra á modo de como la ponen para la adoracion el viernes santo; pero era mas grande, y estaba cubierta con un velo negro. A mi me daban prisa que fuera, que esperaba todo aquel acompañamiento, yo tenia gran temor, y más quando me via á mi misma, que me hallaba rota, pobre, y casi desnuda; tenia gran temor y vergüenza de parecer asi delante de tanta gente noble y grave, hasta que tomando de mano de una religiosa un velo grande me cubria con el; y luego me animaban con mostrarme al que habia de ser mi padrino, que era á lo que ahora pienso mi P. S. Francisco, por que estaba en su habito, cruzados los brazos y algo cubierto el rostro, con grande compostura y modestia, y tal amabilidad y gravedad, que

con solo su vista, estando en sumo silencio, me hallaba con animo y consuelo grande; y asi caminamos hasta la Santa Cruz mi padrino y yo, y en llegando, me advertieron que hiciera alli mis votos. Yo me postré, y no sé si igualandome con la cruz, ò besando su pie comensé á decir. *Santisima Cruz yo te prometo que mis pies han de estar ya clavados en voz, mis manos fixas en vuestros brazos, &c.* Esto decia con tantos impetus en el corazon, con tales arroyos de lagrimas, y con tantas veras, que me hallé despierta y tan otra, como el que vuelve de la muerte á la vida. Empesé á vér la luz como la via antes, pude comer aquel dia, y en el recibir á N. S., me sentia otra vez, como viva, atendia y miraba ya á las criaturas racionales, como ordinariamente las vemos, y yo estaba como uno que viene de tierras lexas, al cabo de mucho tiempo, que en llegando vá reconociendo las cosas que dexò quando se fue.

Mas aqui entran mis mayores temores, por que parece que lo que se seguia seria haser una vida muy perfecta, y tal qual se requeria, á quien habia sido ayudada con tantos beneficios, y castigada y avisada con tales azotes. Parece que habia de poner en execusion aquellos propositos y dictámenes que tenia en la fuerza de la tribulacion. Más no fue así, por que asi és la vileza del corazon humano, y asi ha sido siempre la inconstancia y vanidad del mio, asi mi dureza é ingratitud para con Dios. Asi yo proseguí una vida bien tibia y floxa, cuidandome y entretenendome en algunas cosas exteriores, y consolandome algunas veces con las criaturas, mas poco podia hallar en ellas, y asi hallé, lo que diré despues.

Habia muerto por este tiempo una religiosa moza de aquellas que dixé quando entré en el convento. A esta le daba N. S. grandes deseos de una vida muy santa, y en mucha parte la ponía en execusion, aunque algunas visitas de fuera no la dexaban, ella tenia muchas virtudes. Las veces que yo la via, siempre solia

hablarle de N. S., y de desengaños de esta vida, y de la memoria de la muerte. Pues casi repentinamente, por que fue en breve su accidente, murio. Estando yo recogida, por haber estado enferma, estoy en que no fue dormida, más me dio un accidente y descomposicion en el cuerpo que no estaba en mi, y vi que pasaban à la religiosa que digo habia muerto, por la puerta de la celda, y en estando frente de mi, la paraban y detenian, ella me hablaba largo, aunque con grande fatiga y pena, a lo que ahora me acuerdo: lo más era dandome á entender, el mal que le habian hecho aquellas visitas, y que se volviera cierta cosa, que le habia dado un religioso, á su dueño: mas no la dexaron proseguir, antes me parecia que con violencia la pasaron de alli. De alli á algun tiempo, la ví en sueños con la cabeza blanca de canas, y que repetia muchas veces: *conversaciones solo con V. ; Conversaciones ! ; Conversaciones ! solo con V.* Acordeme que me solia decir en vida: que sentia provecho con oirme las cosas que tratábamos. Dixeronme, que aquellas canas significaban, que á esa edad hubiera llegado, si en el todo hubiera aprovechado las inspiraciones que Dios le daba.

Pues volviendo á tratar de mis inconstancias y variedades en buscar á mi Dios y Señor, y queriendo acordarme, que principios tubo aquella tribulacion que he dicho. Yo puse algun cuidado en lo que corria á mi cargo en la sacristia, y aquello debio de llevar mas vanidad que deseo de agradar á Dios. Tambien habia venidose á vivir á la celda con migo una persona que ponía mucho cuidado en asistir y cuidar de mis enfermedades; y el enemigo debia de ponerle tal extremo, que si me via hablar con otras, hacia locuras de sentimiento. A mi me habia dado N. S. muchas veces á entender, el gran mal que es tener el corazon preso con las criaturas, y con esto via, que le habia cobrado á esta algun afecto, y que si me faltaba me entristeseria; y esto me causaba grande pena el sentirlo

*Entra
mente
cada
Hace
y van*

En es
puso N.
P. Pedro
veneraba
veces á
haciendo
mucho t
llevara á
rosísimo
tanto sal
obras de
gas, y g
y dio tal
volvió á
una dete
no me p
mas ard
todo lo
y me ve
con vari
gre. A
hasta qu
tida, ó s
y procur
al P. Pe
Padeci
que mis

... con Dios misma, que en dandome
... en quanto me vió algo mejor,
... y con esto mas consolada.
... una persona de
... mucho trabajo con publi-
... años; y como yo le
... a quien po-
... como reventando, sin
... el mal que cono-
... con el cono-
... contra las almas la
... y quam tirana y cruel es
... del demonio, que quedé
... se reme-
... A esto se juntó el haber visto,
... entre quienes murio N.
... de la desdicha del
... en el alma que cada dia

... aquella tribulacion, armó el enemigo
... hazes muy peligrosos; mas la
... de mi Dios y Señor,
... para el sujeto de quien se
... enemigo.

... aquella M. Abadeza que
... y en su lugar entró una
... y apacibilidad y muy pacifi-
... mas una
... coronadas de rosas
... Vna me acuerdo
... que era muy sierva de N.
... estas decian, que
... y entrando yo á la enfer-
... corona de rosas ya difunta,
... y la otra puesta sobre
... de aquellas que dixe
... esta no traia ningun aliño,

antes estaba como confusa, y las manos las tenia pegadas en los codos, lo qual entendi que era por haberse ocupado mucho en hacer colaciones y bodas para los seglares; aunque no con mal fin; mas que por esto traia asi las manos. Yo no hice caso de esto, mas dentro de uno ó dos meses murió la M. Abadeza, por que le dio un accidente que al principio no parecia nada; más ella desnudandose para acostarse dixo: yá no me levantaré por que la *santisima virgen me ha avisado que me muero*. Asi fue que murió, y entrando yo á la enfermeria baxa, la hallé como la habia visto, con su corona de rosas, y una mano caída al suelo, y otra sobre el pecho. Entonces me acordé de lo que he dicho, y luego casi á un mismo tiempo, murió una amiga de la que he dicho traia las manos pegadas en los codos.

Esta M. Abadeza, no hacia al parecer mas que las otras: ¡ mas valgame Dios, quanto vale la union y caridad, en las Religiones y Comuniades! Jamás se supo que tubiera disgusto con ninguna, aunque toleraba muchas cosas; mas era con tal serenidad en el rostro, y en las acciones, que solo verla causaba consuelo. Con todas estaba en paz, con todas contenta y risueña; debia de nacer aquello de alguna grande virtud que Dios habia puesto en su alma, por que en lo exterior solo se le via seguir la vida comun. De hay á poco, me parecia verla en las nubes del cielo con una bandera blanca en la mano. Tenía grande caridad, aun con las personas mas inferiores.

Estas cosas y otras semejantes escribo Padre mio, por que me lo manda V. P., y por darle mas claramente cuenta de todo, no por que yo esté firme en otra cosa, mas de en lo que nos enseña nuestra Sta. fé, ni tenga mas determinacion, que estar al juicio y orden de mis confesores y Prelados, que he conocido siempre ser el camino seguro.

en mi corazon; mas Dios dispuso, que en dandome aquella enfermedad, en quanto me vido algo mejor, se fue, y yo quedé libre, y con esto mas consolada. Tambien habia venido á la Sacristia una persona de fuera, que estaba en estado de mucho trabajo con publico escandalo, habia mas de trese años; y como yo le dixé muchas cosas, (por que era persona á quien podia) y lo via suspirar y estar como reventando, sin poder quebrar sus cadenas, con todo el mal que conocia en ellas; fue tal el horror que me dio, con el conocimiento de la fuerza que tiene contra las almas la mala costumbre en los vicios, y quan tirana y cruel es la serbidumbre del pecado y del demonio, que quedé como traspasada de cuchillos (este que digo, se remedio de hay á poco.) A esto se juntó el haber visto, unas pinturas de los ladrones entre quienes murio N. S., y fue tan claro el conocimiento de la desdicha del uno, que me entró una pena en el alma que cada dia fue creciendo.

Pasada pues aquella tribulacion, armó el enemigo contra mi alma algunos lazos mui peligrosos; mas la grandeza y piedad nunca vencida de mi Dios y Señor, sacó de ellos mayor bien para el sugeto de quien se habia valido el enemigo.

En este tiempo murio aquella M. Abadeza que dixé me hacia tanta caridad, y en su lugar entró una religiosa de grande virtud y apacibilidad y muy pacifica; parecia que podria vivir muchos años, mas una noche, via venir muchas religiosas coronadas de rosas y flores, con extraordinaria alegria. Vna me acuerdo que habia yo conocido aqui, que era muy sierva de N. S., y otras que no habia conocido: estas decian, que venian por la M. Abadeza; y entrando yo á la enfermería baxa, la via con su corona de rosas ya difunta, y una mano caida en el suelo, y la otra puesta sobre el pecho. Venia por otro lado de aquellas que dixé venian coronadas de rosas, otra religiosa que yo habia visto morir luego que entré, esta no traia ningun aliño,

antes estaba como confusa, y las manos las tenia pegadas en los codos, lo qual entendi que era por haberse ocupado mucho en hacer colaciones y bodas para los seglares; aunque no con mal fin; mas que por esto traia asi las manos. Yo no hice caso de esto, mas dentro de uno ó dos meses murió la M. Abadeza, por que le dio un accidente que al principio no parecia nada; más ella desnudandose para acostarse dixo: yá no me levantaré por que la *santisima virgen me ha avisado que me muero*. Asi fue que murió, y entrando yo á la enfermeria baxa, la hallé como la habia visto, con su corona de rosas, y una mano caída al suelo, y otra sobre el pecho. Entonces me acordé de lo que he dicho, y luego casi á un mismo tiempo, murió una amiga de la que he dicho traia las manos pegadas en los codos.

Esta M. Abadeza, no hacia al parecer mas que las otras: ; mas valgame Dios, quanto vale la union y caridad, en las Religiones y Comuniades! Jamás se supo que tubiera disgusto con ninguna, aunque toleraba muchas cosas; mas era con tal serenidad en el rostro, y en las acciones, que solo verla causaba consuelo. Con todas estaba en paz, con todas contenta y risueña; debia de nacer aquello de alguna grande virtud que Dios habia puesto en su alma, por que en lo exterior solo se le via seguir la vida comun. De hay á poco, me parecia verla en las nubes del cielo con una bandera blanca en la mano. Tenía grande caridad, aun con las personas mas inferiores.

Estas cosas y otras semejantes escribo Padre mio, por que me lo manda V. P., y por darle mas claramente cuenta de todo, no por que yo esté firme en otra cosa, mas de en lo que nos enseña nuestra Sta. fé, ni tenga mas determinacion, que estar al juicio y orden de mis confesores y Prelados, que he conocido siempre ser el camino seguro.

CAPITULO XXV.

Consolaciones sensibles alternadas de desolaciones. Defectos en que incurre por el trato con las criaturas. Propende con caridad á la entrada en Religion de una sobrina suya. Se le dan respecto de esta, conocimientos particulares. Ve claramente á Satanás y siguese una persecucion espantosa de las criaturas, con graves enfermedades y otras circunstancias notables. Visiones que le confortan.

PUES prosiguiendo en como se ha pasado mi vida: habia ya año y medio que habia tenido esta grande tribulacion y azote interior que yo jamás sabré explicar, y este tiempo se habia pasado con aquellos mis deseos que Dios me daba de ser muy buena, experimentando en este tiempo una consolacion tal, que como tratara con mi confesor algunas cosas de N. S., casi se suspendian mis sentidos, y algunas veces por dos ó tres dias estaba como fuera de mi, envevida el alma en aquella consolacion y amor sensible, aunque no faltaron en este tiempo cosas que decian de mi, y és cierto que aun una palabra simplemente dicha la solian tomar por un gran delito. Algunas criadas vinieron entonces á decirme, las perdonara, que habian levantado algunas cosas; y habia ocasion de esto, por que yá díxe, que en este tiempo trataba más con las criaturas, pareciendome mejor no estar tan retirada, sola y trabajosa, y que así se seguia un camino llano y seguro, que era lo que yo descaba; á que se juntaba hallar alivio y consuelo en algunas personas. Más como mi corazon siempre ha sido malo é inconstante, caia mas en faltas y culpas, y en viendo yo que se descaminaba mi corazon en el afecto á alguna cosa particular, sentia una fuerza interior que me hacia retirarme á hacer los ejercicios de mi P. S. Ygnacio, y en ellos recibia mas copiosamente aquella consolacion

sensible que digo: aunque tambien padecia grandes trabajos interiores en la oracion, que á veces quisiera mas morir.

Pues al cabo de este año y medio que pasé así, me avisaron, traian una sobrina mia á ser monja. Yo aunque temi, más considerando quanto bueno seria que se consagrara á N. S., por que me escribian, sus grandes deseos, hice quanto pude por ayudar á ellos; por que uno de los martirios que ha tenido mi corazon en este mundo, és el no poder yo hacer nada en servicio de N. S., por que segun los deseos que su Divina Magestad me ha dado, hubiera hecho mucho en bien de otros; más siempre su Divina Magestad por humillar mi soberbia, y por otras causas justisimas en su acertado gobierno, me ha tenido con las manos atadas, por que puesta en la ocasion, todo lo viera con propia estimacion y amor propio, y quisá, y sin quisá quitara la vista de dár gusto á su Divina Magestad, por darlo á las criaturas; que á esto de darles gusto me he inclinado con demasiado extremo. Asi que viendo quan misericordiosamente lo ha hecho N. S. con esta vilisima criatura suya, me acuerdo de aquel verso del spalmo que dice. *Alegrado nos hemos por los dias en que nos humillaste, por los años en que vimos males.* Y siempre me dio luz en lo que dice: *Bonum michi quiá humiliasti me, ut discant justificationes tuas.* Pues volviendo á lo que iba diciendo, me parecio que en ayudar á la entrada de aquella religiosa, hallaba ocasion de hacer algo en servicio de N. S. y de mi trabajo compuse lo mas de lo necesario, por ser ella huerfana de padre: tambien para el dote me prometio aquel sugeto (que dixé ayudó á la entrada de mi madre) daria á la profesion, para ayuda de ella, quinientos pesos. Hubo grandes contradicciones é impedimentos para su entrada, y se lavantaron cosas, que yo no entendía que sucedieran asi: todo cargaba sobre mi.

Pues el dia que la trageron para que la vieran las

monjas, yo no vi en ella sino á N. S. crucificado ; no por ninguna imagen que se representara, sino por un conocimiento del alma, que era como una espada de dos filos que la atrabazaba de parte á parte, y me hacia derramar un mar de llanto : y por todos aquellos dias en viendo el Sto. Cristo crucificado que está en el coro, via en el á la que venia á entrar, y me dividia el corazon un dolor que me traia deshecha en lagrimas : yo no sé como era esto, ello era cosa tan clara y tan fuerte, que se lo dixé á mi confesor el P. Juan Martines, y me respondió: que traeria N. S. á aquella alma á que fuera muy buena y padeciera en la cruz de la religion, y así yo no podia dexar de ayudar, y sufrir en orden á su entrada, las muchas cosas que se levantaron.

Despues que estubo á acà, estaba yo un dia en mi retiro, considerando en el paso de los azotes que dieron á N. S., y pareciendome caia al desatarlo de la columna, sentia lo mismo que la vez pasada, aquella ansia y deseo de ayudarlo á levantar, pero ahora al contrario de lo que me sucedio la otra vez ; sentia al llegar mi alma á el, que se desaparecia su cuerpo, por que se hacia como espiritualizado, ó yo no sé como me dé á entender : parece que se desaparecia de los ojos ó conocimiento del alma, y la hacia quedar con gran pena. Esto me parece fue prevenirme para el trabajo, y trabajos que me vinieron. Tambien me sucedio, que habiendo entrado en ejercicios con la novicia, á quien yo deseaba encaminar lo mejos que pudiera ; estando una tarde en oracion, vi pasar al enemigo en habito de religioso por la puerta de la celda, y que mirando con unos ojos que daba horror, así adonde estabamos, se entró en la celda de otra religiosa que estaba junto á la mia ; yo no entendí que seria aquello, mas quedé llena de pavor y tristeza.

Pues por aquel tiempo, yo via mi alma tan mudada, y tan renovados en ella los buenos deseos que en otro tiempo N. S. me habia dado, que yo misma no me co-

nocia, ni sabia con que asi me habia encendido N. S. el alma. Estaba lo mas del dia retirada previniendo mi confesion general de aquel año ; quando una noche á las oraciones, que no se habian dicho maytines, viene á la celda aquella religiosa en cuya celda vi entrar al enemigo, tan llena de furor, y dando gritos contra mi, que yo me quedé pasmada ; hizome muchas amenazas diciendo ; que no era la novicia mi criada, que ahora veria lo que hacia la M. Abadeza. Dio tantas voces, y se levantó tal mormollo de criadas y gritos, que yo me hallè cortada, y no tube mas alivio que meterme en una tribuna, mas desde alli oia tales voces en el coro, tal algazara y cosas que se decian de mi, que estaba medio muerta de oirlas, y no saber en que pararia aquel furor y gritos ; quando fueron á buscarme la M. Vicaria, la religiosa que he dicho, y un tropél de criadas, con linternas y luces. Las cosas que alli me dixeran fueron sin modo, y la colera con que iban : ello paró, ó se le dio principio (que no se acabó con eso) en venir todas aquellas criadas á la celda, y sacàr la cama de la novicia, y no dexar cosa de las necesarias. El alboroto y ruido que traian era como si hubieran cogido un salteador. Las cosas que me levantaron, no son para dichas, yo no hallaba donde acogerme, por que la celda habia quedado llena solo de pavor, y con el susto no me podia tener ya en pie. Mis criadas habian levantadose tambien contra mi, con que hube de acogerme á las puertas de una religiosa á quien le habian dicho cosas que la pudieran enojar mucho contra mi ; mas viendome en tan miserable estado, se movio á compasion, y fue la unica que en toda la casa, la tubo de mi en mis trabajos. Luego cai enferma de una enfermedad tal, que el sudor que sudaba me dexaba las manos como cosidas en agua hirviendo. La boca se me volvia á un lado, y me daban unos desmayos tan profundos, que duraban tres, y quatro horas largas. En estos desmayos, tiraba á ahogarme una criada que habia alli, amiga de

aquellas religiosas que digo, por que me tapaba la boca y las narices con toda fuerza ; y si su ama, que era en cuya celda yo estaba, no lo advirtiera, segun me decia despues, no sé que hubiera sido. Yo pienso que no tiraria á ahogarme, sino solo á mortificarme. No habia dia que no se me dieran dos ó tres pesadumbres. Una niña hija de mi hermano que estaba con migo, la echaron á la calle con tanta violencia, que no permitio la M. Abadeza se cerrera el convento sin que ella saliera. Despues me echaron las dos erizadas, una á empellones, y otra que era pequeña se la entregaron á su madre. Llamaron al Vicario del convento, y le dixeran tales cosas, que no se yo, como las diga aquí. Algunas eran, que comia de valde la racion del convento, que me salia con quanto queria. Las otras fueron tales, que el fue á la Compañia á consultar con el P. Juan Martinez, que se haria de mi, y el santo padre, aunque mas pasos daba, no podia apagar aquel fuego. Vn dia vino á examinar á aquella monja que me hacia bien, por que le embiaron á informar por medio del Vicario, que yo fingia aquellas enfermedades, y que lo hacia para tener abierto á deshoras el convento y que entraran los padres. Yo como no hallaba en mi, causa presente para aquellos rigores, me daba una congoja tál que me agravaba el mal, y quando se lo avisaban á la M. Abadeza, que habia tantas horas que estaba sin sentido, respondia : “ darle unos cordeles bien fuertes, que la hagan reventar ” otras veces decia : “ ya he estado amolando muy bien un cuchillo para enviarselo que se lo meta, y le enviaré sogas para que se ahorque. ” Yo en volviendo en mi de los desmayos lloraba á margamente, y les preguntaba : ¿ Señoras mias, madres mias, que motibo, que causa les he dado ? ; y alguna que era rara la que entraba á verme, asi por lo mal que estaban todas con migo, como por no experimentar los enojos de la M. Abadeza y de aquellas religiosas, por que á las que vian entrar afligian tambien mucho. Alguna pues

que via mi padecer y oia mis preguntas, me respondia. Dice la M. Abadeza : *que como V. le tiene dada la alma al diablo, ya deben los diablos de venir por su alma.* Con esto, crecian mis desconsuelos, y crecia mi mal, y como aquella religiosa que me amparaba le pareciera que ya espiraba, se vido obligada en dos ocasiones á enviar por padres ; de aqui nacio el acusarme que me fingia enferma para tener á las diez de la noche el convento abierto, y los padres dentro. Yo procuraba en sintiendome con tantito aliento levantarme de la cama, mas luego volvía á caer y me daba aquel temblor y desmayos que duraban lo mas del dia. Habia venido antes de esto, algunas veces á confesarme un padre que era guardian de S. Francíscó, de mucho credito de virtud y religion, y és cierto que lo era, á mi entender, muy sierbo de Dios : pues con este padre me confesaba algunas veces, por que el P. Rector habia perdido en este tiempo tan del todo el oido, que algunas cosas que tratabamos, las oia yo referir despues por el convento muy mudadas de lo que se habian dicho. Pues luego envio la M. Abadeza por los padres de S. Franciscó, y les dixo cosas de mi para que se las dixeran á su Guardian, que á el lo admiraron, y me decia despues : que lo que habia sentido era la publicidad de aquellas acusaciones, y que no se lo dixeran á el, que algunas veces me confesaba y me conocia ; pero no faltó esto despues, por que le dixerón contra mi, cosas, que llegó á decir : que mas que estimasion y caridad tenia de mi alma, pues con los horrores que mi prelada y mis monjas habian dicho de mi, proseguia en confesarme. Y rogandole yo me los advirtiera para enmendarme, por que pues siendo mi confesor no se los habia yo misma dicho, seria por que los ignoraba ; pues no deseaba perderme ni engañarme yo misma ; á que me respondió. “ Todos han sido encaminados á que no la confiese, y ellas han sido cosas que he tenido por bien echarlas al muladar, por que dices tales &c. Para lo que ha de estar

prevenida és, para padecer mucho en el Capitulo que tienen el lunes, por que me han prometido, que alli la han de hacer acabar de reventar. Estoy en que nos negarán tambien las llaves de la Yglesia para confesarla; mas tener animo, que Dios siempre mira la inocencia.

Al P. Rector, me dixeron las mismas, que fue tal lo que le enviaron á decir con el Vicario, que le preguntó á un padre de allá: ¿que seria bueno hacer conmigo? y le dixo á un hermano mio: que el padre lo que pensaba era, que moriria yo á fuerza de pesadumbres; por que el mudarme á otro convento como mis hermanos lo pretendian, sería desacreditar este.

Las veces que yo salía al confesonario, ó á esconderme en una parte muy sola y retirada de la casa, las criadas que me topaban ó me atropellaban, y otras me ponian nombres muy afrentosos y ridiculos, diciendome los con gritos y repetidas veces á mi misma. La M. Abadeza prometia cada dia en comunidad, que me habia de poner en un cepo, y brearme á azotes, que era una loca y que ella me haria cuerda. Hizo poner á otra religiosa en el lugar que me habia puesto á mi en el coro, y envio á quitarme la tabla y libros del rezo que yo cuidaba, y llave que me habia dado. Como yo sabia que aqui no se oia nombrar azotes, ni cepos, ni aun para las criadas, poníame esto en mayor confusion; como tambien el saber que mi sobrina que era la novicia que digo; decia: que ella seria religiosa y haria quanto le mandaran, con tal que no la obligaran á verme, ni ir donde yo estaba, y otras cosas que me causaban, harta confusion. Dos monjas que habian sido mis novicias entraban á verme, mas les costaba caro, como tambien á aquella mi amiga, que llevó extraordinarias pesadumbres por que cuidaba de mi enfermedad.

Pues como llegara el lunes, en el Capitulo se dixeron contra mi tales cosas por tiempo de dos horas, que como yo por un temor grande que me habia ocupado

el corazon, y por la enfermedad que me apretó, no pudiera ir á el, dieron tras aquella amiga y religiosa que me tenia en su celda, á decirle quanto tenian contra mi; y fue de modo que algunas, aun de las mas adversas, me lo referian, llorando del rigor que la Prelada mostró contra mi, y lo que afligió á la que me hacia bien, á ella la envio á la enfermeria, y á mi me puso por lega ó criada para que estubieramos alli aquel año, y aquella religiosa que digo fue el principio de esto, y en cuya celda vi entrar al enemigo, la nombró por Maestra de novicias.

Es cierto que me levantaban cada dia cosas que no imaginé (debia de ponerles el enemigo á las criadas que inventaran muchas cosas) y que mi mayor tormento era, que esto pasaba entre gente santa, y asi no me podia persuadir á que padecia por Dios, ni que su divina Magestad se agradaba en el; mas no dexaba por esto de valerme mucho de la virgen santissima leyendo los ratos que podia un libro de Na. Sa. de la Manta, y su milagrosa aparicion, por que N. S. me habia enseñado (en otros trabajos que habia tenido y desconsuelos grandes que habia pasado) un remedio y consuelo, que era peregrinar con mi alma y espiritu á los Templos en que se veneran en la cristiandad las imagenes milagrosas de su beatissima madre, cuyas historias yo habia leído: y poniendome en su presencia como la mas enferma en lo espiritual, como la mas pobre de virtudes, como la mas ciega, valdada y llagada, llena de enfermedades incurables, sentia una grande consolacion, esperando por mano de la madre de las misericordias el remedio de mi alma, como por ella lo han recibido tantos. Aunque en esta ocacion que voy contando á V. P. estaba yo tan llena de turbacion, confucion y congoja, que no me entendia.

En medio de uno de aquellos desmayos que digo me daban, me hallé en un lugar, como una sala ó sa-guan de algun templo grande y clara, donde estaban unos Padres de Sto. Domingo cantando en sus har-

pas muy dulcemente, unos versos que entendia yo ser sacados de aquel psalmo que dice: *Quem admodum deciderat servus at fontes aquarum, &c.* Ellos cantaban dulcissimamente y con gran paz y reposo, y por alli andaban unos muchachos pequeños de malisima figura, como suelen pintar al enemigo, haciendo visages y dando saltos, como que contradecian aquella musica; mas los religiosos proseguian con grande paz y suavidad. La letra era muy dilatada y dulcisima, mas quando se me quitó el desmayo solo me quedaron en la memoria estos dos versos, que decian asi :

<p><i>Ven alma peregrina, en alas del amor ; cierva herida al decanso del pecho de tu Dios.</i></p>	<p>§ § § §</p>	<p><i>Llega ya á las corrientes, que gloria y vida son, de aquel rio de deleytes de la ciudad de Dios.</i></p>
---	----------------------------	--

Por este mismo tiempo, estando en aquella profundidad de desconusos interiores que los tenia grandes y de enfermedades, sin descaecer la persecucion y pesadumbres exteriores, bastó á volverme en mi y darme animo, lo que diré.

Estaba una tarde llena de congojas, quando se pusieron á la vista de mi alma unos niños como suelen pintar acá, ó vestír á los angeles : bien vi yo que no eran angeles, sino niños, que habian pasado pequeños á la bienaventuranza, y me parecio ser entre ellos dos sobrinos mios que habian muerto aquellos dias, y al uno habia yo hecho enterrar y amortajado, por no estar aqui sus padres; y muchos dias andaba como fuera de mi, por que me parecia que aquella dichosa alma andaba junto á la mia. Pues como digo : aquellos niños se pusieron á los ojos de mi alma, y era tal su hermosura y gracia, tal su aliño, que no cabe en ningunas palabras, ni en ninguna imaginacion : era cosa que confortò mi corazon, y llenó de alegria mi alma. Ellos iban como incensando, vueltos á un palió (que no vi que iba debaxo.) Tenian representa-

cion de cuerpos humanos, mas aquella carne era como glorificada, trasparente ó resplandeciente sin fastidio ; mas de un color tan agradable, claro y puro, que por mas que diga, antes será escurecerlo, que darlo á entender. Asi mismo era la gracia y riqueza de las vestiduras que traian y sus colores, que ni ellas ni las flores de que estaban coronados, es cosa que se vé en este mundo. Fue tanta la mudanza que senti en mi corazon, que no pude dexar de decirselo á mi confesor, (no obstante el temor que he tenido siempre de arriarme ó estribar en estas cosas) y diciendole que llevaban los rostros acia el palio, el me respondió : *La inocencia que se vuelve á Dios.*

CAPITULO XXVI.

Continúan las persecuciones de las criaturas, y las graves enfermedades. Enferma, y muere la Abadesa. Singulares circunstancias que intervienen. Yntentan sus hermanos, pasarla á otro Monasterio. Ella lo impide, y el cielo aprueba esta resolucion, por varios modos. Elevacion á Dios. Apariciones muy notables. Gran virtud de la Bula.

Pues volviendo á lo que decia : yo recibí con mucho consuelo aquel castigo y penitencia de ir en lugar de lega á la enfermeria, por que habia leído en la vida de Sta. Magdalena de Pasis (a quien con toda mi alma habia deseado tomar por maestra) que era muy amante de las enfermas, y me parecia que por ser la enfermeria lugar retirado, hallaria allí algun alivio, por que era grande la vergüenza y confusion con que andaba delante de las religiosas, y tambien de la demás gente de casa, que aunque fuera en el coro me decian las criadas cosas muy afrentosas ; en particular una seglara a quien despedí de mi comunicacion, me decia á

gritos : “ que callara, que era yo quien no conocia á Dios, ni sabia que cosa és Santisimo Sacramento. Que no habia corazon en la casa á quien no tubiera herido” y otras cosas mas pesadas. Si alguna vez quise entrar á oír misa en una tribuna de la Comunidad, de alli me desprecian, y decian que yo habia dicho : que quitaria á la Abadeza de su oficio, y otras locuras, que yo no sè de donde salian.

Alli en la enfermeria prosiguió mi enfermedad, de modo que lo mas del dia estaba desmayada, y en queriendome levantar era con tanto temblor, que caia de mi estado. Pero mi corazon te alaba y engrandece Dios mio, por que me distes estas señas de que no tenia en mi corazon enojo ninguno, sino solo pesadumbre y afliccion; por que entrando alli la M. Abadeza á hacer con todo rigor salir á una sola persona que se habia ido á acompañarme, yo le rogué se allegara á la cama en que estaba enferma, y le tomé la mano, como á mi madre y señora, para que viera mi mal ; mas con todo crecia su enojo, y asi prosiguió cada dia, dando mayores demostraciones de el, por tiempo de ocho meses, hasta el dia que la sacramentaron, por que habia caido, gravemente enferma. Entonces me envió á llamar, y me dixo : la perdonara, con muchas lagrimas, y que todo lo habia hecho con buena intencion : yo lo creo asi siempre, por que ella era muy buena religiosa. Procuré quanto pude asistir á sus enfermedades, quando podia hacerle algun alivio, por que ella fue tan larga y penosa y de tan estupendos dolores, que de todas necesitaba. Por ultismo dispuso N. S., que aunque habia, religiosos dentro, la noche que murio, se ordenaron las cosas de forma, que sola yo le dixé el ultimo acto de contricion. En toda aquella enfermedad, le solian dar unos parasismos que parecia que espiraba, y me llamaban por ser enfermera : quando yo llegaba volvia diciendo : “ yo no le he hecho nada á fulana (nombrandome por mi nombre) yo no le he hecho nada, antes la he mirado como á las

niñas de mis ojos.” Tantas veces repetia esto, que yo temia que el enemigo la queria con aquello perturbar, y asi se lo decia. El dia que la estube componiendo para enterrar, conocí quan vanos son los temores de las criaturas, conforme á lo que N. S. dixo: “No queráis temer á los que pueden matar el cuerpo” y lo que en otras ocasiones habia entendido en unas palabras que dicen: *cogitate per generationem et generationem, quia omnes qui sperant in Domino non infirmantur.* No temais las palabras de los hombres: *Quia hodie estolitur, et cras non invenietur, quia conversus est in terram suam.* Esto debio de ser por que mi temor por la mayor parte, era humano y nacido de covardia y amor propio; aunque tambien se mesclaba, el: que pues tenia asi desagradada á mi Prelada, tambien tendria á Dios. Este pensamiento de confusion echaba el enemigo en mi corazon, para que no llevara bien los trabajos; pues si fuera de Dios, me hiciera quietar y humillar, en examinandome y confesandome.

Pues volviendo á lo de atras, yo pasé aquel tiempo en la enfermeria penitenciada, y como la fama salia fuera, trataron mi hermano y un cuñado mio de mudarme á otro convento, y escrivieron á la M. Priora del carmen, y mi cuñado al Provisor (que era el que me habia prometido los quinientos pesos) y al P. General de la Compañia, que era el P. Pedro Calderon, queixandose de las cosas que se hacian con migo: mas como yo supe lo que contenian las cartas del Provisor y P. General, procuré ganar al sugeto que las llevaba, y las quemé; por que no queria N. S. que deseara ni pretendiera venganza. Mas en lo de pasar al carmen, me hallaba muy inclinada, pareciendome que quizá era esta la voluntad de Dios, y que por eso habria avierto este camino. Aquel padre que dixe me confesaba, que era Guardian, ponía mucho en quitarme de este pensamiento, y me decia, entre otras muchas cosas: que no tenia por buen espiritu huir de la cruz

o

y del padecer y desprecios, y que me acordara lo que debia á mi P. S. Francisco, &c. Con esto que yo via era verdad, y con acordarme, ó quiza repetirme N. S. aquellas palabras. *No me dexes solo en esta cruz:* y un dia que andando yo muy de prisa; no sé en que ocupacion, me parecio me decia: *Bien estamos aqui.* Con esto me acabé de quietar, y con acordarme que tratando eso en otras ocasiones con el P. Juan de Tovar y el P. Juan Martinez, me decian: que no convenia.

Tambien me dio N. S. por este tiempo un gran deseo de pedirle el espiritu ú el camino de la bendita Sta. Ysabel de Hungria, en particular en tolerar trabajos, en no apatarme de su Divina Magestad, y en guiarme por el confesor: mas en todo he faltado.

Tambien me habia sucedido poco antes de estas penas que he dicho, ver en sueños á N. Me. Sta. Clara, que estaba sentada en una parte ó asiento alto, y el enemigo andaba por alli tomando varias figuras, unas veces de dama muy aliñada, otras de matachin, otras de religion, otras de mono; mas la santa á nada hacia mudamiento. Yo miraba aquello llena de temor, y arrojandome á los pies de la Sta. Me., repetia. Madre mia, Madre mia, mas al quererle besarle los pies se los hallaba descalzos y era tanta la ternura y devocion, que me hacia llorar con grandes ansias.

Luego á la pobre novicia mi sobrina la echó de su celda aquella religiosa, y se entró por mis puertas tan llena de miserias, que hube menester mucho para componerla y limpiarla. A aquella religiosa le envio N. S. una mortificacion, que estando ella enferma la fui yo á ver, y me dixo: "*esto me ha sucedido por lo que hice con vos.*" Mas no queria yo eso, sino que N. S. me hiciera á mi buena, no que mortificara á las otras.

Pasado algun tiempo cegó la novicia y lo lleva con tanta paciencia, que creo está crucificada con N. S.

El P. Vicario quando en la fuerza de mis trabajos,

le decian en algunas casas de fuera, que por que permitia aquello ; respondia : “ que he de hacer, quando me dicen tales cosas contra ella, bien creo que se obra con pasion, pero temo, que las otras tienen brazos muy poderosos en Sta. Fé, y me vendra algun mal ;” y asi siempre se mostró contra mi. Mas dentro de pocos tiempos en quanto murio la M. Abadeza, pusieron otro Vicario, sin ser por la causa que temia. Y algunas veces quando hubo pasado aquella tempestad ; unos muertos, y otros idos y las demás habian callado algo, solia sentir, como si N. S. me dixera : *¿ Donde están los que te acusan, muger ? Ninguno te ha condenado.* Ninguno Señor y Dios mio : que cortas son las cosas de esta vida, aunque lleguen al mayor extremo, y que poco hay que temerlas, quando voz no condenais. Bien abenturados todos los que te temen, á voz Dios mio que andarán por tus caminos temiendo solo el que és verdadero mal, que és perderte ó disgustarte. *¡ O si yo vil, miserable y timida hubiera tomado el remedio y consejo que distes á aquella muger pecadora. No quieras mas pecar. ¿ A donde están los que acusan quando voz no condenais ? ¿ A donde están pues ? todos desaparecen como el viento. La causa verdadera de mi mal, y mi dolor y mi tormento és el haberte ofendido, sumo bien, centro de las misericordias, y la misma piedad.*

En el tiempo que duró mi trabajo exterior, me pasaron algunas cosas. Estaba una tarde riendome con aquella religiosa que me amparaba, por desechar las tristezas que habian ocupado mi corazon y mi enfermedad, quando fue llegando la noche, me recogí en el rincón que estaba la cama, á encomendarme á N. S. y cerré el pabellon, mas entro de una hora me parecia estar alli el enemigo, con unos brazos tan flojos que parecian tripas, mas con muchas desigualdades, como codos ó nudos ; apretaba con gran fuerza el pabellon, y tenia tanta con ser aquellos brazos y manos tan deviles y flojas al parecer, que me ponía en gran trabajo,

hasta que llena de susto y pavor, y molida, sali de allí á toda prisa. No era esto en todos mis sentidos, mas fui á dár quando volvi en mi, á donde estaba la compañera que habia buen trecho.

Tambien me sucedio entonces, que como me durmiera á la madrugada, vi en sueños á aquella M. Abadeza que digo debia yo mucha caridad, (y conocé que habia de morir breve sin saber como lo conocia) vila pues como solia andar acá, mas algo triste ; yo le pregunté ; que és esto, Señora, como han dicho que la vieron gloriosa? (por que asi habia corrido.) Ella me respondió : *Seria por estar en gracia ;* y sacando del pecho un papel, me lo dio diciendo : *Mire.* Yo léi que decia asi. *Señalase su destierro, por todo aquel tiempo que se le hubiera remetido, si hubiera recibido la absolucion de la Bula de la Santa Crusada, y acabado este plazo, entrará á ver á la Beatísima y santísima Trinidad.* Y en otro renglonsito pegueño que estaba mas abaxo decia, me parece. *Sub sigillo.* Volviendoselo lo guardó en el pecho, y yo le pregunté : ¿ pues tantas misas como le han dicho? respondió : *Si me han aliviado.* Me parece entendi que le habian aliviado las penas, mas no acertado el plazo de la ausencia ; y prosigui poniendo las manos y diciendo con mucha ansia : *diga que me recen el rosario de la virgen santísima.* Yo entendi cuidaba del voto de la pobreza. Despues pregunté sin decir, por que ; si la habian absuelto por la Bula, y me dixo su hermana, que era la religiosa con quien yo estaba : que no ; por que quando acordaron, ya no hubo tiempo.

Tambien conoci quanto puede la intercesion de la Santísima Virgen para las Benditas Animas, asi por esto como por otra ocasion que estando en exercicios, respondia una multitud de ellas, y algunas que yo habia conocido á una letania ú elogios que yo solia decir, á la Virgen Santísima, con tanta ansia y prisa. *Rogad por nosotras : rogad por nosotras.* Que los gritos me despertaron, y me parece que despierta los oia.

Tambien en otra ocasion me parece me despertaban diciendo. ¿ Por que duermes quando estamos padeciendo? En esto conosco, quanto he malagrado el tiempo y los preciosos tesoros que nos dexó N. S. Jesu Cristu en su sangre y tesoro de su Yglesia, perdiendolo en cosas vanas.

En este tiempo se fue aquel religioso de S. Francisco á quien solia acudir á confesarme quando se ofrecia alguna cosa, que no pudieran oir las otras. Por que aunque los primeros años que estubo aqui mi P. Juan Martinez Rubio, le di entera cuenta de mi conciencia, y le debi una gran caridad y asistencia, hasta que N. S. se lo llevó; mas por la causa que he dicho me via necesitada à valerme en ocasiones de otros confesores, y N. S. lo debio de disponer asi, para que experimentara este genero de trabajo; que en mi natural temeroso y covarde y de tan poca advertencia, para lo bueno, estoy en que ha sido el mayor que he pasado en esta vida, tan repetido, quantas veces ha permitido N. S. que se muden, ó mueran los padres, que por el amor y caridad de Dios, han tenido por bien de sufrirme y enseñarme, y como yo solo me he quietado y asegurado, con ir como los ciegos asidos de su guia, he pasado mucha pena y confusion en hallandome sola, asi por esto, como por ser muy grandes mis desconsuelos, y la escuridad interior con que los padezco, que quedo tal, que solo me queda el recurso al confesor, sin ninguna otra luz, ni consuelo. Asi pues por haberle faltado á mi P. Juan Martinez el oido, andube peregrinando y experimentando muchos generos de trabajos y desconsuelos, por que como los caminos para ir á Dios son tantos, y yo queria mudar del todo mi corazon conforme al que reconocia de parecer, ó de genio en el confesor, hallé por estos tiempos mucha confusion y pena, por mi rudeza y tímids, y luego me llenaba de confusion, pareciendome que por que habia engañado á los confesores, me habian aprovada lo que ahora otros reprovaban, y tenian por

acertado, lo que otros por melancolias y aprensiones. Otros modos de aflicciones pasé, que me llegaron al estado que diré.

CAPITULO XXVII.

Muerè el religioso Franciscano que la habia dérigido algun tiempo. Elixese nueva Abadeza. Vuelve al noviciado de Maestra. Recibe luces para el cumplimiento de este cargo, y otros favores celestiales. Renuevase la persecucion de las criaturas. Se le dà á entender morir á la Abadeza, como sucede.

PUES como por estos tiempos, y por las causas que he dicho andube haciendo varias confesiones generales, y con hartos desconsuelos y turbacion de mi alma. Este padre que digo de S. Francisco era muy temeroso de Dios, y en una ocasion me parece vi á su alma, como una cruz que estaba algo levantada del suelo; era como de cristal, aun lado habia luz, y en caminando asi á ella se iba esclareciendo toda. Padezio mucho antes de morir, y lo provo N. S. con muchos desconsuelos, que me escribió cercano á su muerte. Decia; que solo hallaba consuelo en lo que soliamos tratar de N. S.

Se hizo otra eleccion de Abadeza, y ya habian muerto tres en menos de tres años sin acabar el oficio. Esta que digo; luego que entró á el me dixo: queria volver por el credito que me habian quitado, y nombrarme otra vez Maestra de novicias: yo le respondi: que el credito no importaba que se perdiera, como yo acertara à hacer lo que me mandaban, y asi me envió al noviciado. A mi me parecio que la compañía de las novicias me ayudaria á buscar á N. S. con mas cuidado, y asi fue su Divina Magestad servido de darme paz en mi interior, y ya no traté de buscar mas

confesor viendo que no era por entonces voluntad de N. S. pues tan varias cosas me habian pasado. Asi mismo quiso darles consuelo á las novicias, que algunas me decian, habian estado para irse buscando modos sin pensar en otra cosa, y ya se hallaban quietas y deseosas de servir á N. S. Aqui estando con ellas en ejercicios, me dio N. S. luz, de como las habia de llevar, declarandome á este proposito aquellas palabras que dicen : *venite ascendamus ad montem Domini Dei Jacob* : y el nos enseñar sus sendas, y andaremos por sus caminos, &c. Enseñandome, que mas habia de ser con el exemplo, ayudando, alentando, y consolando, esperando solo de su divina luz el acierto mio y de ellas, que no mandando con aspereza, ni poniendo escandalos en el camino. Diome tambien á entender todo el psalmo que empieza : *Biati immaculati in via* con tanta enseñanza en su declaracion, que fuera largo de decir.

Una noche de estas via en sueños, toda la redondés de la tierra, de un modo que yo no sé ahora decir, y oia una voz, que continua y misteriosamente á lo que yo sentia, iba repitiendo muchas veces. *In itineribus eternitatis ejus*. Yo quedé por mucho tiempo asombrada, de lo que alli conoci, que me parece fue. Quan poco es todo lo criado en el globo de la tierra, respecto de los caminos de la eternidad.

Por este tiempo me apretó extraordinariamente aquella enfermedad, que me empazaba al caer el sol, de estar como fuera de mi, y volvia las mas veces con un grande pavor y susto, por que unas veces me parecia hallarme en el juicio de Dios y en su divina presencia, y otras deshecha y vuelta polvo en la sepultura. No se como era esto, que á mi me parecia pasaba asi en la realidad, y el susto me volvia en mi, con gran pavor y saltos en el corazon.

Por este tiempo estando en ejercicios con las novicias, me parecia me amenazaba el enemigo que me daria una bofetada, yo no hice caso, mas luego me

vino harta confusion y humillacion, por medio de una criada que habia venido à la celda, y haciendo en ella algunos daños, saltó las tapias y se huyó, diciendo à fuera cosas de mi, que me fueron de mucha mortificacion.

Estando un dia en oracion en comunidad, y á lo que ahora me acuerdo, sin poder tener fixo el pensamiento en nada ; me parecia hallarse mi alma en un camino que iba á la bien aventuranza, claro y apacible, y que confortaba el alma. A entrambos lados iba cercado de rosas, como las que hay por acá, mas muy hermosas ; y de espigas de trigo muy llenas, doradas, y en sazón. No entendi que fuera esto ; solo que los efectos que dexó en mi alma fueron muy grandes, y buenos.

Aquel año se llevó N. S. á muchas personas que tenian opinion de santidad y virtud, y entre ellas la M. Priora del carmen, que me solia escribir con grande caridad ; lo qual dispuso N. S. por algunos caminos que conocí ser misericordia suya, segun me alentaban sus palabras y daban deseos de ser muy buena. Yo quedé que me parecia se ardia mi corazon y mi alma con los deseos de acabar bien mi camino, y hacer mientras duraba, quanto alcanzaran mis cortas fuerzas en servicio de N. S.; mas padecia un genero de martirio, que solo pasandolo me parece se entenderá : este eran unas ansias que el alma debia de tener de Dios, que no daban espera, ni se podian sustentar, por que parecia que el alma estaba como atada á unas cadenas, que deseaba desatar, y sin otra consideracion, hazia quanta fuerza podia, como el niño hambriento y falto de razon, que nada le puede consolar ni hacer callár, fuera del pecho de su madre : asi aquel impulso no daba lugar al temor, ni á la espera. Como el agua que ha estado rebalzada y rompe aquel impedimento que la detenia, todo lo atropella y lleva por delante. Tales debieron de ser los gemidos é importunaciones del alma, ó por mejor decir, tal es la piedad del gran

Señor Dios y padre Nuestro; que como vencido de las lagrimas, un dia me parecia, se ponía tan cerca del alma, que dexaba caer la cabeza sobre sus hombros. Estaba como quando andaba en el mundo, mas como de edad de catorce ó quince años, con tan grande hermosura, que no és cosa que se puede decir ni pensar; tenia los cabellos en muchas partes mojados en sangre. Dexó tales efectos de su amor, y deseo de padecer mucho por el, que en tres dias no podia entrar en acuerdo. Otras cosas á este modo me pasaron en ese tiempo que, me hacian andar como fuera de mi, llorando continuamente unas lagrimas de consolacion, que alegraban el alma y parecia la bañaban toda.

Padre mio: esto és lo que estaba escribiendo, quando el sudor que le dixé del niño Jesus, que era como sangre.

Luego vi cumplidos los deseos que N. S. me habia dado, de algunas cosas tocantes al convento, y así permitio y dispuso su Divina Magestad, que el nuevo Vicario y la M. Abadeza que habian entrado, dispusieran todo aquello que habia yo pensado en mi corazon; como la oracion en comunidad por las mañanas, la leccion espiritual y asistencia al refectorio, &c. Mas así lo dispuso N. S. que permitiendolo el, se cundio por la casa, que yo era quien mas mal llevaba aquellas cosas, y tales cosas le debieron de decir al Vicario, y á la M. Abadeza, que un dia intempestivo vino á hacer platica á la comunidad, mandando muy expresamente que me llamaran á mi, y diciendo la M. Abadeza, que no habian de empezar hasta que yo estuviera allí, mas como las novicias me habian dexado enferma, lo dixeron, y que no podia baxar. Yo entré á oír la platica á una tribuna que estaba cerca, y toda ella fue, de las santas santimoñeras, hipocritas, descaminadas, de caminos extravagantes, errados, ilusos; y de los castigos, cepos y carceles en que podria poner, y castigar, &c. No me parece me hizo esto alteracion en mi alma, por que hallaba en ella una

voluntaria resignacion á hacer quanto mis Prelados me mandaban, y via que lo que mandaban era bueno y mas conforme á religion. Lo que hacia era callar y estar como siempre, retirada en lo que no era de religion, ú obediencia ; por que via que el introducirme yo con los Prelados, para mas de esto, no servia de nada, y en particular con este sugeto que ahora digo, que era Vicario, tenia yo muy grandes causas de no introducirme en mas de lo que fuera obediencia.

Sucedíame tambien, que enfermé mucho por este tiempo de los dolores de estomago, y otros males, que algunas veces me via obligada á pedir licencia, y recogerme á la cama, y aunque esto hacia pocas veces, á mas no poder, mas por aquel tiempo permitia N. S. que la Prelada lo llevara asperamente.

Un dia de este tiempo que voy diciendo á V. P., tocaron á Capitulo, cosa que acá no se usaba. Yo me llené de temor, con las experiencias pasadas, y yendo á el hallé á un Notario que habia enviado el vicario con un auto, y todo el convento desde la primera religiosa, hasta la ultima criada, sobre no se que papel que habia escrito una lega. Mas la M. Abadeza luego que me vio entrar, volvió todo su celo y enojo contra mi, diciendo, varias y muchas cosas, diciendo : que era infiel á la Religion, y que de mi habian aprendido á escribir, &c. cosa en que jamás me ocupé, pues con particular cuidado no quiese enseñar, ni á las novicias que habia tenido, solo á una le eché un renglon de su nombre, para que firmara en sus requerimientos, y eso por pedirmelo aquella monja que estaba por mi superior en la enfermeria. Asi que yo quedé de este Capitulo, harto corrida, y avergonzada ; y tal debia de tener mi vilisimo corazon con estas cosas y otras que fuera largo de decir ; que una noche rezando maytines, y llena de fatiga de ver que siempre estaban mal mis Prelados con migo, y no solo ellos, sino todos, y dando y tomando en esto : Vi de repente, hacerse el coro donde estabamos, como un rio ó pedazo de mar, y á las religio-

sas que andaban por ensima del, como los mosquitos ó guzanitos sobre el agua; y que luego algunas, en particular la M. Abadeza, dando unas pequeñas vueltas, se hundian en aquella agua y desaparecian; yo me quedé espantada, y entendi moriria breve la Prelada, y asi sucedio, que no duró dos meses. Me parece me mostraba esto N. S. por que no se me fuera todo en temer las criaturas, y en sentir verlas disgustadas de mi, y de mis cosas; mas esta mala maña no se me ha quitado como que tiene tan profundas raices en mi amor propio. Era esta M. Abadeza verdaderamente religiosa y buena, mas siempre sentia mal de mi, y me notaba de inobediente desleal á la réligion (aunque con las cosas que dixé :) mas esto me llena de temor, por que entre todas las cosas terribles de esta vida, el dár disgusto á los buenos y ser como aborrecida de ellos, és el mayor desconsuelo y confusion que se puede ofrecer, y mas para un corazon timido y covarde, y tan lleno de escuridad, y confusion como el mio.

(En este tiempo, ví á N. S. con la Cruz acuestas, que una persona pequeña, que no conoci, lo llevaba de la sogá que tenia al cuello, asia la parte donde despues sucedio este alboroto.)

Esta madre era tan humilde, que llegando la hora de salir de este mundo me llamó, y pidió la perdonara, que no habia hecho cosa con mala intencion; y asi era, por que ella era una alma santa, y su confesor que la confesó general, decia: no le habia hallado culpa grave. Ella estaba tal con migo en aquella hora, que no se dexó olear, hasta que yo estuviera cerca de la cama.

Por este tiempo, como andubiera todo muy alborotado y lleno de novedades, vi que delante de N. S. que estaba como en un trono en el sagrario, corria un rio muy turbio, en que entraban y salian varias sabandijas ó animalejos, y entendi, ser los que buscan honra, y irquezas, &c. Mas alto pasaba como otro rio, como los atomos que descubre el sol, de caras muy hermo-

sas, brazos y medios cuerpos; entendí la dificultad que hay en llegar á la perfeccion delante de Dios. Como á las espaldas y lexos de aquel trono, corria otro rio inmundisimo de asquerosa basura; entendí ser, las culpas graves ó los que entran en ellas. Pareciame que mi alma se acogia á N. S. temerosa de aquellas cosas que via, y alli hallaba amparo y grande aliento y seguridad, y quedé muy consolada conociendo, quan poco es todo lo de esta vida, y que en solo Dios hay firmeza.

CAPITULO XXVIII.

Deseos de padecer, de humillacion y propio conocimiento. Sufre recia tempestad de tribulaciones. Dasele el destino de Gradera. Purifica este lugar de antemano Na. Sa. Se le succita nueva persecucion y nuevo combate interior, que luego cesa. Sobrevienele una rara enfermedad corporal, con amarguisima tribulacion espiritual.

POR este tiempo, dandome N. S. unos intensisimos deseos de padecer mucho, y de traer en todo un continuo exercicio de humillacion y conocimiento propio; estando un dia en la oracion de comunidad, me parece via á mi misma, despojadas las espaldas, atadas las manos con cadenas de hierro y los pies, y los ojos vendados; y que N. S. mandaba azotarme, y asi se hacia. Yo recibí tan gran consolacion con esto, que ninguna otra cosa me la habia dado tan grande. Estoy en que me deshacia en lagrimas de consuelo. Luego empezó á irse apartando aquella luz, y noticia que mi alma traia de Dios, y á ir entrando en una region y sombra de muerte; en unas tinieblas tan pesadas, que abrumaban el alma y la traian, como con una piedra de molino al cuello, y sumida en lo profundo

de un amarguisimo mar. En lo exterior no habia donde poner los pies, por que no habia criatura que no se me mostrara contraria, y aunque estuvieran muy amigas, fuera poca parte para remediar la pena interior, y gravisima de mi alma; y tal era, que yo no hallaba cosa á que compararla. Hasta que un dia vi á mi misma, levantada del suelo en harta distancia, con los brazos cruzados como ponen á las difuntas. Todo lo que habia en el suelo era un mar de agua muy turbia y revuelta; y lo que descubria en el cielo, mirando arriba, solo era una tempestad tenebrosa que amenazaba rayos con truenos, y nubes muy cerradas. Asi me parece me mostró N. S. la tribulacion y angustia en que mi alma se hallaba por aquel tiempo, que duró algunos meses, hasta que una noche, vi en sueños á la Santisima Virgen, en la puerta que entra de la Yglesia á la grada, con un velo como el que traen las religiosas, echado sobre el rostro, y que con una profundísima atencion, y y como elevacion ardentisima de su alma santisima, (á mi modo de explicarme) recogida toda interiormente, hacia oracion á la Sma. Trinidad, para que ahuyentara con su divina virtud y poder, los espiritus malos. Y esta oracion que hacia la gran Señora, Reyna y Madre, era diciendo aquella oracion, que decimos en completas: *visita quesumus domine avitationem istam, &c.* Entonces entendí el romance de esta oracion, y lo que en ella pedia para mi alma, mi dulcisima Sra. Madre y alegria. Via tambien que al decir aquellas palabras *et omnes insidias inimiisi ab ea lonje repele* se iban huyendo con grande prisa y furor, muchos espiritus malos, como arrojados de todo el circuito; y vi claro con una vista del alma, como la grandeza de Dios y los atributos de su omnipotencia, bondad, y sabiduria, en bien de sus criaturas, son los que mas hacen arder la envidia y furiosa rabia de la antigua serpiente, y soltar un rio de indignacion por su boca blasfema. Asi me parece iban huyendo y blasfemando contra Dios. Pues como yo dísperter admí-

P

rada y consolada, y libre de aquella pena y tormento que habia padecido : me admiré mas, quando la Prelada me nombró aquel mismo dia para que fuera Gradera, y asistiera alli aquel año, donde habia visto á la Sma. Virgen haciendo oracion para que fueran desterrados los espíritus malos, y lo demás que se contiene en aquella oracion.

Yá se puede ver, con quanto consuelo y alegria de mi alma, tomaria aquella ocupacion, para asistir en la presencia de mi Sor. sacramentado, y con lo que me habia pasado, y hallaba un total deseo de acertar á agradar en todo á Dios, y á su Sma. Madre. Mas breve, y en todo se vé quan poco fundado en las verdaderas virtudes, ha estado siempre mi corazon.

Un dia de aquellos en que yo habia recibio á N. S., me vinieron á decir á la grada, que el convento se estaba ardiendo, y que todo era por causa mia, por que una de aquellas religiosas que mas mal habia estado siempre con mis cosas desde que entré, y era la mas estimada en el convento, por ser persona que lo merecia mucho ; esta pues, puesta al pie de la escalera que baxa del coro, quando salian todas de misa, decia á voces llena de furor hablando de mi : “que esa muger, ese demonio que habia entrado en este convento para tanto mal de todas, que desde que ella entró no habia paz, que no perdonaba Vicarios, ni Abadezas, ni hermanas, ni parientas. Ese demonio decia : á quien con tanto horror he mirado y abominado desde que puso los pies en el convento, tan contra mi dictamen y parecer, &c.” Esto decia, segun me referian las otras, con tan grande saña, que ponderaban, qual tenia el rostro de hinchado y encendido, que parecia salirle fuego, y fue asi que luego cayó enferma. Debia de atormentarla y apurarla el enemigo, envidioso de su virtud, por que és cierto la tenia grande, y solo el pudo prorrumpir, en algunas cosas que alli se dixeron ; como era : que yo meti discordias entre fulana, y fulana ; y que de la otra dixen esto, y lo otro, cosas en que yo

por la misericordia de Dios, no me hallaba comprendida ; y como lo oian las mismas de quien decian que yo habia dicho aquellas cosas, se vé que llamas se levantarian, y mas con la enfermedad que le dio luego de contado á aquella Señora, que todas decian que de la colera que tubo contra mi, y que yo le quitaba la vida ; y como era persona tan estimada, no és creible lo que hubo que tolerar y lo que decian : que ya moria y que yo era la causa. Decieme una amiga suya, en el refetorio en publico : que ya moria fulana, y que donde yo estaba (daba á entender) no quedaria nada de provecho, &c. Otras me ponderaban los horrores que se habian hablado de mi ; y yo entre esto estaba muy consolada interiormente por que no sabia qual causa habia yo dado, hasta que preguntandolo, me dixeran ; que por que habia desviado una cama de una mulata, que habia hallado casi sobre la mia en el dormitorio, y que á aquella religiosa le habian dicho, que era de su china la cama que yo aparté, &c. Con esto la naturaleza mal mortificada, empezó á levantar otra peor guerra contra mi pobre alma, y ya lo que mas me perseguia era yo misma, proponiendoseme las cosas intolerables, y levantandose mis pasiones como unos perros hambrientos y furiosos, que todo lo quisieran despedazar y morder, aun las mismas cadenas, con que el Señor y dueño de todo, las habia tenido atadas. Mas en este mayor conflicto, aquel amorosísimo amor que no se olvida de la pobreza y tribulacion de sus criaturas, como ayudador en la oportunidad de la tribulacion ; estando yo oyendo misa dixo á los oidos de mi alma : *semejante és el reyno de los cielos, esposa mia, á un grano de mostaza.* Fue tal la luz, la páz, la quietud, que vino de mano de mi Señor, y Dios, y Padre amantísimo, á mi corazon con estas palabras, que ya no pensaba ni deseaba mas, que padecer por el, amarlo á el, y por su amor estar tan deshecha y aniquilada como el polvo, que huellan los caminantes ; y asi fui pasando en mi quietud y retiro contenta con

mi humillacion, y mi querido Señor y esposo, á quien sentia aquellos dias tan presente y con tal amor, como un finisimo amante, y regalado esposo.

Pues como muriera inmediatamente aquella M. Abadeza que dixé: quando se trataba de hacer eleccion, fue esto que he dicho del enojo de esta religiosa y lo que con ella me pasó, y con N. S. En aquellos dias en que se estaban previniendo las religiosas para su Capitulo: como yo siempre haya tenido en la memoria á N. S. sacramentado, y procurando, traer presente á su Divina Magestad, deseando amarle y no apartar mi corazon de el; aquellos días se me representaba caido con la cruz, como quando la llevaba al Calvario, más con tal postura, que las palmas de las manos y la boca, tenia puesta en tierra, y á todas horas lo traia asi presente; lo qual debia de disponer su divina piedad, para enseñarme, y alentarme, y reprender mi soberbia; y con esto me daba unos grandes deseos de seguirlo por el camino seguro de la humillacion, y olvido de las criaturas, y de mi misma, que siempre me habia mostrado. Llegó el dia de la eleccion, y eligieron á aquella Señora, que se levantó de la cama, por que hasta entonces habia estado enferma del enojo que tubo con migo. N. S. habia puesto mi corazon de modo, que no reparaba en la burla que algunas hacian de mi, antes le di mi voto, y otros dos que dexaron á mi voluntad, dos religiosas que sentian mis desprecios; mas yo tenia tal voluntad de obedecerla, y la amaba tan de corazon, que algunas se espantaban del afecto y amor que me conocian. Luego le pedi con quanto rendimiento y veras pude: que si yo le diera alguna ocasion de enojo, me lo advirtiera con caridad, y me la castigara con rigor si me hallara culpada, y quedaramos en páz como madre y Señora con su subdita y inferior; asi me lo prometio reyendose; mas no me parece me lo consedio N. S., antes siempre mostró señales de enojo, y las mas veces sin advertirme la causa.

Tenia yo aquellos dias, un gràn deseo que me daba N. S. de humillarme, y trabajar quanto pudiera en su servicio, sin perderlo, con manifestarlo á las criaturas; y un dia estando en oracion me parecia, que el enemigo se ponía á la vista de mi alma, como un gran gigante, con una maza de plomo muy grande, como que la queria descargar sobre mi. Yo pasé aquella Semana santa, que á veces me faltaban los sentidos, de los sentimientos que N. S. me daba de su santisima pasion; y la Pasqua, me empezò a caer en el corazon un temor y temblor, que hasta de cosas muy leves temia y me estremesia, sin tener animo para pasar ni padecer nada. Al mismo tiempo me salio en la boca, un tumor ó hinchazon negra que iba creciendo, y todas decian, era cosa muy trabajosa. La M. Abadeza llamó al P. Prior de S. Juan de Dios, y me mando salir, que me viera si tenia remedio; el se espantó, y compadecio mucho, y dixo; que ya era imposible curarlo, por que aunque cortaran todo el labio, no pararia alli, por que quando aquel achaque se reconocia y salia á fuera, ya tenia raices echadas por todo el cuerpo. No era esto lo más, lo mas era la congoja que cayó en mi corazon, la obscuridad y fatiga; y más que me decian, que con aquella enfermedad podria durar muchos años. Traiame el enemigo unos pensamientos tan tristes, y me daba un desflaquesimiento ó desmayo en el corazon, que no me podia sufrir. Tenia presente mi desamparo para enfermedad tal y tan larga; lo poco que me habia hecho atender de las monjas, el horror que les causaria, el no poder trabajar para mantenerme, junto con privarme de asistir con las religiosas al coro y demás; y que asi acabaria mi vida; sin paciencia, sin consuelo, y sin conformidad, &c. Yo no me podia valer, por que la apretura de corazon era tan grande, como si cargara sobre mi una carga de hierro; y la escuridad y turbacion de mi entendimiento y alma, como si no la tubiera mas que para affigirme, con aquella pena sensible y pesada que me ahogaba, sin

poder yo quitarla ni olvidarla por ningun camino.

Siempre á estos aprietos, se ha juntado, aquel argumento que debe de hacer el enemigo, que és decir: pues que no te conformas en esto con la voluntad de Dios, luego no lo amas, ni has amado; luego toda tu vida ha ido sobre engaños, ilusiones y malos fundamentos de soberbia oculta. Bien dicen, que eres santimoñera, y que estás endemoniada. Tantos y tales trabajos que has pasado se han perdido, y antes has ofendido à Dios, que agradadole. Perdiste la vida temporal, y la eterna, y sucederá lo que dicen las que te conocen; que innumerables demonios han de venir por tu alma quando mueras. Y asi me lo habia dicho una religiosa: que mas demonios habian de venir por mi alma, que atomos tenia el ayre.

CAPITULO XXIX.

Figura horrible en que se le presenta sataná's amenazando ruinas; y se efectua en parte del convento. Cesa la tribulacion y enfermedad del anterior. Tiene anuncios de la muerte de su director el P. Juan Martinez Rubio, y se verifica en efecto, dandosele conocimiento de la virtud de este Sacerdote.

PUES como digo: esta apretura de corazon me tenia tan oprimida, que no sabia que hacer, pero no dexaba de clamar á mi Sra. Madre y Reyna, y andar con mi alma visitando sus santos templos. Y un dia de aquellos, no se si del todo estaba despierta, ú oprimida con aquella angustia, via venir un bruto disforme, de hierro ó bronce, que al caminar le sonaban y hacian gran ruido las coyonturas, y se conocia el furor con que venia. Conoci que era espiritu malo, como tambien el que venia caballero en aquel bruto que parecia un gigante armado de hierro, y con

grandes amenazas y rabia decia.: *Todo lo hede destruir desde los cimientos.* Asombraba mucho, ver à aquel caballo y caballero, y oir el ruido que traian; mas aunque mis penas se doblaron en lo sensible, me parece quedó mi alma mas confortada, viendo que si aquella era persecucion del enemigo, yo no tenia mas que padecer y sufrir, y que él poco podria hacer, como Dios N. S. estuviera contento con migo. Entendi en aquellas amenazas, que decia: desolaria mi alma, y todos los sentimientos, luces y conocimientos que Dios le habia dado desde el principio, y se contenia en aquellos papeles que yo habia escrito; (y los tenia entonces, por habermelos enviado V. P. quando murio el P. Francisco de Herrera;) y que tambien prometia desolar la casa en lo material, derribando los cimientos. Esto ultimo le dixé yo á la M. Abadeza, sin saber lo que me hacia; por que un dia hablando no se en que, le dixé que lo habia soñado: que el enemigo prometia derribar los cimientos. Dentro de nada, cayó todo el quarto de la enfermeria, empezando por los cimientos, y amenazando ruina todos tres altos y quartos que estaban unos sobre otros; mas la virgen santissima de las Mercedes, en cuyo dia fue, hizo que milagrosamente (á lo que todos decian) se detubiera, hasta que le descargaron é hicieron cimientos. La M. Abadeza me decia entonces, que se habia acordado de lo que le dixé, y yo me quedé hartó confusa.

Pues volviendo á mi enfermedad y aflicciones, se deshicieron y desaparecieron dentro de algun tiempo, sin mas que la intercesion de la Sma. Virgen.

En todo este tiempo no habia dexado de venir el P. Rector Juan Martinez Rubio, ni yo tenia en lo humano otro recurso para álentarme à llevar la variedad de mis aficciones, por que és increíble la caridad que Dios ponía en aquella alma santa, para consolar y aliviar mi alma, y asi me consolaban y confortaban mi corazon las palabras; aunque yo no podia hablarle con la claridad, ni libertad que necesitaba.

La ultima vez que me vino á ver, que no pude baxar por estar sangrada ; á la noche me hallaba en un sumptuoso entierro, que era como una gran fiesta ó procesion, en que iban predicando, confesando, dando la comunión, &c. A lo ultimo venian unas andas cubiertas con un paño muy rico, en que conocia venir algun difunto. Los que lo llevaban, á mi, como que fuera la de mayor duelo en aquel caso, y en descubriendolo, via á un padre de la Compañia parecido mucho á mi padre S. Ygnacio. Yo entendia el grande tesoro de santidad, que habia estado como oculto en aquel padre, y queriendole besar los pies, alzando la cabeza me miró, como vivo, con grande amor. Yo entendi se llevaba N. S. al P. Juan Martinez.

Muchos avisos tube (de N. S. me parece) para saber que pasaba de esta vida á la eterna el santo padre, y para conocer el gran merito de su alma y virtudes, que excuso decir aqui ; mas á la hora que estaba espirando y en que murio, senti yo en mi alma una tan gran ternura y ansia, que me hizo prorrumpir en mucho llanto, sin poder excusar el que lo vieran las religiosas, que estabamos todas en el coro ; mas no dixé, por que. Despues me decian los P. P., que un poco antes de expirar, habia mandado que vinieran á avisarme, como se partia ya de este mundo.

CAPITULO XXX.

*Temores de andar errada en su camino espiritual
Destinanla á aprender el organo. (Tiene entonces treinta y ocho años de edad.) Tolera pacientemente una gravissima enfermedad, por cinco meses ; junto con extremada pobreza. Recibe el beatico. Redoblarse sus trabajos, pero los sufre con paciencia, advertida con doctrina y aviso del Señor.*

YO quedé confesandome con el P. Rector, que si-

guio en el oficio al P. Juan Martinez, y como tan mala y tibia, no supe aprovechar este gran beneficio de la mano de Dios; mas hallaba grande consuelo y amparo, en la caridad que exercitaba con migo.

Andaba yo por estos tiempos con un gran descontento, no solo de mi, que esto bueno fuera, sino de mis caminos, y todas las cosas que me habian pasado y he escrito hasta aqui, me daban mayor pena, y las miraba como con horror, y como sueños e iluciones, por donde me habia ido despeñando en soberbia oculta, y que por esto permitia N. S. tanto abatimiento, tantas tentaciones, tantas contradicciones y tan grandes desconsuelos. Via á las personas que mas me habian mortificado y sentido siempre mal de mi; crecer en virtudes, y hacer grandes y buenas obras, con aceptacion y acierto; y me via á mi misma llena de miserias, caida en faltas, abominada de todas, y mas de las personas que mas servian à N. S. Decian: (y yo via que és verdad) que de nada servia en la religion, que no era mas que un bulto de paja ó un poste; que la carmelita, ó cartuja, como no servia de nada, (decian esto del carmen por que habian entendido algo de lo que en aquella ocasion que dixere, se habia tratado) notaban todas mis faltas, aunque fuera un volver las ojas del Diurno. Y yo á este tiempo traia un acusador contra mi en mi misma, que si hubiera servido de ser muy humilde, pensara que era bueno; por que era una vista tan clara de todas mis faltas y culpas en que caia, que no hablaba palabra, ni hacia accion, en que no descubriera muchos defectos. Todo me parecia que nacia de intension torcida y mala en mi, y sí con displicencia me miraban las otras, mucho mayor la tenia yo de mi misma; mas sin el consuelo de hallar modo de enmienda, y asi (por que no levantaba ni ponía mi confianza en Dios solo) fui cayendo en un animo tan abatido y vil, que no osaba ponerme delante de mi Dios. Como si de otra parte pudiera venirme el re-

medio. Los oficios que me daban, los hacia mal, y hallaban muchas faltas que notar, comparandome á los animales inmundos.

Por este tiempo, como continuamente corrian lagrimas de mis ojos, diciendo : ¡ O Dios mio quando se acabará mi destierro ! entendí estas palabras con gran consuelo. *Posuit fines tuos pasem.* No se si querria decir : que hasta la muerte padeceria : á lo menos asi lo veo hasta ahora, que cada dia me hallo mas llena de aflicciones interiores, &c.

Pos este tiempo me mandó la Prelada, aprender á tocar el organo para que sirbiera de algo, y esto me fue de mucho alivio, por que pensaba poder en aquello servir y tener ese consuelo ; mas como ya yo tenia treinta y ocho años (y aunque lo habia aprendido en otro tiempo me lo habian mandado dexar, y estaba del todo olvidado) ahora con la edad, y no gustar de enseñarme la religiosa que sabia, (que era muy moza) pasaba trabajo ; mas lo llevaba con consuelo por ocuparme en eso, por que para nada interior no tenia animo, que á todo le tenia miedo, y de todo me recelaba por mi misma.

En este tiempo se fue el P. Rector á ser Provincial, y á mi me dio una enfermedad de dolores de estomago, mayores que los habia tenido nunca, tan agudos y tan continuos, que en cinco meses fueron pocas las horas que tube de descanso. El cuerpo se ponía muy hinchado, y unas veces me ardia, y otras me helaba como para espirar. El dolor empezaba en el estomago, y atravezaba las entrañas y corazon, &c. Yo andaba lo mas en pie, asi para excusar los enojos, y el que me vinieran á llevar el coro, como por que habia oido al P. Juan Martinez, que era una gran merced de Dios, poder llevar en pie los dolores ó que ellos dieran lugar á no faltar de las cosas y ocupaciones de comunidad ; y a esto me habia enseñado desde el noviciado, que tambien lo habia leído en la M. Teresa, que no seamos faciles en quejarnos ; y asi me habia enseñado á

pasar grandes dolores y enfermedades, en pie. Esta que digo, pasé con extraordinaria pobreza, y tal que las noches que me rendia á la cama, si habia algun bocado que cenar, lo tomaba á escuras. En una noche de estas me sucedio una cosa que yo no he podido atinar con que seria: yo estaba como digo á escuras, y postrada con el dolor, y que el cuerpo se hacia como plomo de pesado; quando de repente vi aclararse la celda, y una luz del tamaño de una acha, que estubo alumbrando por mas de una hora. Si fue alguna cosa natural, ó algun engaño del enemigo, yo no lo sé, ni hizo en mi mas, que quedarme espantada y enternecida. Pues pasando con el rigor de esta mi enfermedad, permitio N. S. que habiendo recibido á su Divina Magestad, la Pasqua de Espiritu Santo, que cayó en dia de mi Sta. Magdalena de Pasis; esa noche rezando maytines en el coro, y sintiendo las angustias de la muerte, dispuso N. S. que reventara por la boca una maquina de sangre, ó postema, que decian: no sabian en que cuerpo pudo caber tanto. Yo quedé tan muerta, que unas (me decian despues) pedian la vela de bien morir, y otras la extremauncion; mas volviendo algo me sacramentaron, y decian llegaria á las dos de la mañana, por que el pulso se acababa á priesa. No és decible el consuelo que mi alma sintio, quando recibí por beatico á N. S., como ni el desconsuelo quando vide amanecer y no haberse cumplido lo que me decian, que moriria esa noche.

Pues mi enfermedad se fue dilatando, y recreciendose otras, por que se me arrimó, peste, y con la gran flaqueza que quedé y mucha soledad, pasaba trabajo; asi estube otros dos meses y medio, y con tan grande temor de la muerte y de la cuenta, que no sabia que hacer. Asi son las mudanzas, é inconstancias de mi corazón. En levantandome de aquella enfermedad, fueron creciendo los ahogos y desconsuelos de mi alma, las contradicciones caseras, y la fuerza con que el enemigo, y mis pasiones, se levantaron contra mi.

Traia una continua impaciencia, que parecia que el corazon me lo estaban mordiendo y despedazando. Las ocasiones que entre la celda se ofrecian, menudas y continuas, eran como llovidas. Yo misma me impacientaba de mi, y muchas veces, salia afuera la amargura de mi interior, en palabras y acciones, con que crecia mas mi desconsuelo; y muchas veces caia en una gran tristeza, sobre el desconsuelo que yo traia, faltandome de todo, el ánimo, (como que ni esta tentacion ni otra cosa pudiera yo por mi vencer) y pareciendome imposible (por que no estaba bien desconfiada de mi) poderme librar de aquel mar de amargura en que andaba. Esta tentacion y guerra de la impaciencia y colera, ha sido la que mas continua y penosamente me ha combatido siempre, y en la que mas he dado de ojos, aunque aun en esto ha permitido la gran bondad y benignidad de mi Sor y bien, que no saliera áfuera, para con ninguna religiosa, ni fuera de la celda; antes ha hecho misericordiosamente, que aunque hayan sido graves las ocasiones, antes en lo exterior se ha mostrado la paciencia, que yo en mi no he tenido. Esto veo que ha sido gran piedad de Dios, por los grandes inconvenientes que de lo contrario se hubieran seguido; y por eso su Divina Magestad me dio siempre mucha y grande luz en orden al sufrimiento y silencio, como en muchos de aquellos papeles ascribi, y desde antes de entrar al noviciado me mostraba, que habia de ser en la casa, como el jumento, callando, padeciendo, obedeciendo.

CAPITULO XXXI.

Nuevos temores de ir errada, en que por disposicion divina, y por mayor merito suyo és confirmada por algunos confesores. Contribuye el P. Rector

Jesuita á fortificar sus temores. Reflecciones admirables. Terrible desolacion. Refuerzo Celestial.

PUES volviendo á seguir, mis desconsuelos iban creciendo, y por aquel tiempo volvi á hacer varias confesiones generales, ya para disponerme á morir, y ya por que no estaba con nada segura ni quieta. Volvi á padecer el trabajo de antes, de llegar á donde algunos confesores, que permitiendolo Dios, me ponian en grandes confusiones; y yo por la escuridad, desolacion y caimento en que andaba, les debia de dar causa. Yo me via por todas partes tan llena de temores y tan persuadida á que iba, y habia siempre ido mal, que aunque todos dixeran lo contrario, no estaba en estado de dar credito, mas que á lo que sentia de mi, y asi hacia esta determinacion. Yo me pondre en manos de alguna persona sierva de Dios, y me dexaré llevar por donde me encaminare : y esto sera mejor que sea un confesor, á quien hablaré con toda claridad mis intentos, deseos, caidas y tentaciones, &c. Llegué á uno (era religioso de S. Agustin) y me dixo : que totalmente iba perdida, y que el no se atrevia á darme remedio ni camino, hasta encomendarlo mucho á Dios, que lo haria aquellos ocho dias, y volveria despues ; asi lo hizo, y yo esperaba llena de lagrimas y confusion ; lo que me dixo fue : “ que habia gastado aquellos dias en encomendarme á Dios, y que le habia inspirado y alumbrado, para que conociera : que tenia mucho riesgo mi alma, y que iba fundada en soberbia, que el no se atrevia á guiarme, que si queria me haria diligencia de algun confesor ; por que el conocia, que el demonio tenia hecho asiento en mi corazon, &c. Otras cosas me dixo, tales y tan espantozas para mi alma, que me dexaron como fuera de mi ; y bastaba lo de la soberbia, por que á otro mal yo no he temido tanto en toda mi vida, cierta de que si le tenia en mi alma, seria aborrecida de Dios, y careceria de todos los bienes, de gracia y de gloria, que puede Dios comu-

nicar á sus criaturas; y lo que és mas, del mismo Dios y de su agrado, pues se aleja y huye del corazon soberbio, que no puede ser asiento de la verdadera sabiduria. Asi pues crecia cada dia mas, mi desconsuelo y afliccion, y á este paso, las contradicciones de las criaturas, &c.

De lo que me pasó con este padre, tubo noticia el P. Rector, que estaba mal con migo, y llamando á un padre de allá, con quien solia reconciliarme, le dixo: “que por que dexaba condenar, esa monja que confesaba; que sin duda los P. P. que no me querian confesar, era por el odio que yo tenia. El padre que digo, vino con tanto enojo, que á voces me llamaba: muger loca, insensata, y otras cosas muy sensibles.

Habia entonces venido un padre á la Compañia, á quien V. P. y el P. Provincial encargaron, tubiera cuidado de mi alma. Yo como vi, que otras personas de mas respeto que yo, habian llamado al padre, que era Rector, no quise serles molesta, lo uno temerosa con las experiencias pasadas, y lo otro por que siempre les causaba enojo con mis cosas; mas esto que á mi parecer fue buscar la páz, se tomó de modo, que se le dio el nombre de tema y rencor, y el padre en unas platicas que hizo entonces, dixo tantas cosas contra las que freqüentaban los Sacramentos con rencores, que como ya se habia declarado en otras ocasiones, vi yo que todo era lo que sentia y pensaba de mi. Tambien le dieron parte al P. Vicario, y hizo la misma quaresma otras platicas, todas de esto. Es cierto que llegó á tanto mi afliccion y confusion, y lloraba tan amargamente, viendome de todas partes atribulada, y como sin remedio, que me faltaba casi nada para reventar sangre por los ojos. El P. Rector decia á los otros: que solo sentiria que entraran otras monjas donde yo estaba, que era fingidora de males, hasta hacerme olear, que traia revuelto el convento; y estas y otras muchas cosas, que llegaban á mi noticia, me tenian en un estado de desconsuelo, que ya yo no sabia de mi. Bus-

caba alguna otra persona, que me diera luz en tantas congojas, y me decian; que tratara de divertirme y alegrarme, y esto era para mi alma una apretura mas pesada, por que jamás pude hallar consuelo ni alegria, en ninguna cosa criada, aun quando las podia tener, por estar en casa de mis padres. ; Como hallaria en nada, divertimento ni alivio, quando hasta las piedras, estaban brotando, espinas y abrojos contra mi? Ya se habian pasado asi tres años, y me mandaron volver á la porteria ; (aquella monja mi amiga que estubo por mi superior quando me penitenciaron en la enfermeria, esta era ya Abadeza, y como digo, me envio á la porteria) pues esta semana santa estando alli, se juntaron todas las pesadumbres que he dicho, y otras muchas, que no refiero ; y la M. Abadeza, luego que entró en el oficio, se empezó á mudar para con migo, que no reparaba en darme muchas pesadumbres ; y yo como mala, tibia y ya tan desviada de todo bien, sentia esto mucho, pareciendome que ya no me quedaba ningun arrimo, pues aquella sola religiosa, á quien tanto habia debido, ya se mostraba tan adversa para mi, quanto de parte de las que mas podian ; y de ver que sentia esto, me daba mayor pena y desconsuelo, y lloraba á mi misma en tanta miseria, que lejos de la casa de mi padre Dios, en una region de muerte, aun las sobras de las criaturas, no hallaba, ni podrian ningunas satisfacer el hambre del alma, que solo ara de Dios. Querria este amorosissimo Sor. que no tubiera ningun consuelo humano, como despues lo vi.

Pues prosiguiendo mis penas, estaba yo como el que ha andado, por un largo y trabajoso camino, y quando mas estropeado se halla y lleno de fatigas, con la estrechura y escuridad, le dicen todos : perdido vás ; te has alejado del fin que pretendias en tu jornada ; y juntamente se esconde aquella luz y aliento interior que le guiaba, hallandose á este tiempo mas clavado de espinas, y lleno de cansancio y descaecimiento. Quanto ve, és sombras y precipicios, y quanto imagi-

na, riesgos : lo que mas me descaesia y afligia, era lo que decia el P. Rector, por que solo en los P. P. de la Compañia, habia hallado siempre arrimo y amparo. En la oracion, que no tenia animo para tenerla, sino era la de comunidad, y en recibiendo á N. S. sacramentado, solo podia decir y repetirle. Tened misericordia de mi Dios mio ; tened misericordia de mi. Mirad Señor si entre todas vuestras criaturas, teneis otra mas necesitada y pobre ? y al paso de mi miseria, sea vuestra infinita misericordia en mi favor, &c. Mas esto decia con un corazon tan duro, seco, y caido, que no hay como decirlo.

Pues aquella Semana Santa que iba diciendo, como hubiera llegado al extremo de estas penas, estaba tal, que en un rincon del claustro, pasé mucha parte de la noche, y alli se me acordaron y dixeron aquellas palabras : *considerabam ad dexteram, et videbam, et non erat qui cognosceret me.* Esto me volvio un poco en mi, pensando que quisas eran penas que Dios queria que pasara, y que su Divina Magestad habia padecido tanto, y decia aquello de si mismo, y que era nada lo que yo padecia, á vista del mar de su pasion. La noche del Miercoles Santo, recogendome á dormir, me hallaba en una ciudad de muy grandes calles, por donde andaba en seguimiento de N. S. que llevaba la cruz sobre los hombros, aunque casi no se via, por que era mucha la escuridad, y la tempestad que amenazaba el cielo. Las calles eran empedradas, y yo iba descalza con gran fatiga, mas con aliento, por que via que iba en busca ó en seguimiento de N. S. ; con esto disperté, con algun aliento.

CAPITULO XXXII.

De parale Dios un buen Director. Vision en que se le dá á entender de ante mano esta felicidad. Este la

conforta y anima con saludables y acertadas doctrinas. Aprueba sus escritos. Torrentes de consolacion. Locuciones interiores sublimes. Muerte mística. Union perfecta. Ponela el confesor en rigurosa prueba.

POR este tiempo, hizo la justicia dar garrote á un hombre, por delitos que le hallaron. Yo como estaba en la porteria, oia contar, la caridad y celo santo, con que un Padre misionero de la Compañia, lo habia ayudado, y reducido á llevar aquel trabajo; que el estaba contumás y rebelde, y aquel padre habia trabajado con gran fervor en su ayuda, hasta reducirlo, &c. Oí tambien decir, que era rigido y de aspereza, para todo lo que no eran sus ministerios. No sé como conocí que en aquel padre hallaria remedio, ni sé si me animaba, la caridad que habia mostrado con aquel ajusticiado, á pensar no despreciaria á mi; mas era imposible en lo humano poderle hablar, lo uno por el gran retiro que decian que tenia, y lo otro, por que aun enviandolo el P. Rector á acá, á donde una religiosa de mucha estimacion y virtud; el padre se volvio tan breve, que no dio lugar, antes cerró la puerta á que lo volvieran á llamar; esto, y el estar en su tercera aprovacion, y estar el P. Rector tan en el conocimiento de quien yo soy, y enfadado de mis cosas, me hizo quitar del todo este pensamiento. Más quando yo mas olvidada estaba, dispuso N. S. que me reconciliara con aquel padre, habiendolo enviado á una fiesta, que se hizo en esta Yglesia. Ese otro dia como yo hubiera comulgado, estando con N. S., me via á mi misma con la significacion ó semejanza de un huertesito, con la puerta muy angosta y cerrada, aunque algo maltratada, como que le habian dado aguas y soles. Estaba el huerto con muy abundante agua, mas esta sin corriente ni orden, y asi lo tenian como empantanado. Habia muchas y buenas plantas, mas rebueltas con ortigas, &c. Estaba adentro aquel padre, que con mucho

animo y desembarazo, abria camino al agua, arrancaba aquellas yerbas, y trabajaba, á vista de Dios, que estaba alli asistiendo y mandando, como Señor y dueño, de aquella pobresita tierra.

Bien se vio ser su Divina Magestad, quien lo disponia y mandaba, pues sin saber yo como, al cabo de un mes me hallé confesandome con aquel padre, de tal modo que me decia despues : que se ponía á pensar, que lo movió á venir, contra la determinacion que tenia de no venir á monjas, y que no hallaba mas de que Dios lo habia dispuesto. Mas el Señor de todo, me quitó á mi aquel candado que tenia en la boca, que no hacia mas que llegar llorando á los otros confesores, y les debia de decir, algunas cosas tan confusas y llenas de amargura, que me ponian en mayor confusion, y quedaba mas desmayada; para siquiera levantar el corazon á Dios ; y al padre le dio, (á lo que yo puedo entender y experimenté) un conocimiento tan claro de mis penas, y caminos por donde hallaria el remedio, y queria N. S. que fuera, que antes que yo le dixera nada, me decia las cosas y aclaraba lo que yo no entendia. Dixóme, que el vicio en que mas estaba caida era el de la pusilanimidad y covardia. Que lo mejor que podia tener para llegarme á Dios, era el padecer ; y que todas aquellas contradicciones, y menosprecios de las criaturas, eran señal de que iba bien, y eran cruces que Dios me enviaba, como tambien las tentaciones tan grandes y molestas que padecia : y que Dios tambien inmediatamente queria darme la mas pesada cruz, que era su ausencia y retiro del alma, dexandola en aquella soledad y desamparo, donde no le queda fuera de Dios, cosa con que consolarse. Ynformose muy bien del modo que tenia en la oracion, y me animó mucho á volver á ella (por que como digo, yo la habia dexado, casi del todo). Dixome ; que quando mas affigida, mas oracion habia de tener, y mas recurso á Dios, aunque el enemigo me pusiera mares de tribulaciones, que entrara en ellas fiada en

Dios, que alli se purificaria el alma.

Yo habia querido quemar aquellos papeles que V. P. me habia enviado, por que quando estube para morir, temia si los vian las religiosas ó los hallaban; y por otra parte, como en leyendolos me alentaban y consolaban, no me determinaba. Diselos, para que me dixera lo que habia de hacer. Dixome: que eran de Dios, y que lo que habia de hacer era, ser agradecida á sus beneficios, y creer que el maestro que aquello enseñaba, daria gracia para ponerlo por obra, aunque yo mas sin fuerza me hallara: que lo que habia de hacer, era tratar solo con Dios, por que segun alcanzaba, queria S. M. de mi alma, un sumo retiro de todo lo criado, y que solo pusiera cuidado en exercitar las virtudes, &c. y no temiera nada.

N. S. abrio los ojos de mi alma y conocí, que esto era lo mismo que V. P. me habia dicho siempre, y el P. Juan de Tovar, el P. Francisco de Herrera, y el P. Juan Martinez, &c. Y tambien abrio su mano liberal, como una lluvia de grandes consolaciones; y tales que desfallecia; unas veces con la avenida de su amorosa presencia, y me faltaban las fuerzas corporales; y otras veces con esta misma presencia, me daba esfuerzo y quitaba las enfermedades corporales, y la flaqueza con que andaba. Mas como yo estaba acostumbrada à temerlo todo, todavia aunque me habia dicho este padre que digo: que no resistiera á las consolaciones que N. S. quisiera darme, con todo eso debia de temer, por que algunas veces, como hubiera recibido á S. M. sacramentado, en aquella avenida de su amor entendia estas palabras, dichas con indecible benignidad y dulzura. *Ne coneris contra ictum fluvii.* Como si dixera: ¡O alma mia! dexate embriagar de la avenida poderosa de mis gracias, consolaciones y misericordias: *ne resistas contra faciem omnipotentis.*

Diome por este tiempo, tanto á entender, y sentir, de aquel sermon que su Divina Magestad hizo en el monte, de las bienaventuranzas, que fuera menester

escribir muchos pliegos para decir algo. Y diome á entender, que este habia sido siempre el camino por donde su divina misericordia habia querido llevarme, aunque por mi ruin natural y mucho desconocimiento de sus beneficios, y mucha industria de mis enemigos, (permitiendolo Dios) tanto se me ha escurecido, en castigo de mis culpas, y yo tan remisa y tibiamente he andado en poner esfuerzo á caminar por el; y entendi que en queriendo extraviarlo, hallaria siempre mi alma en confusion, &c. Otras muchas cosas entendi por entonces, que algunas escribi, por mandarmelo mi confesor.

Andaba mi alma, como una ligera pluma, que és llevada del viento suave, asi me parecia que yo no tenia parte en mi, para nada, sino que andaba como sin alma, que mi alma se habia entrado en su Dios, y que era gobernada por otro impulso, suave, dulce, amoroso y eficaz. Todo lo que via y oía, era Dios, era sumo bien; y era un bien sobre todo sentido y conocimiento. No me estorbaba nada exterior, antes todo era como soplos que hacian arder aquella llama, y mas ardia, con todo lo que era desprecio y humillacion mia.

Mi confesor me mortificaba, quanto alcansaba su industria, y en esto se la daba N. S. muy grande, y tal, que á veces me decia: que habia estado vasilando, sobre que modo hallaria de mortificarme; y que ya no sele ofrecia ninguno. Tratabame mal quanto se podia de palabra, y me respondia asperamente. A veces, y lo mas ordinario, se enojaba tanto, y tan de veras, reprendiendome sobre cosas que á mi me parecian buenas, que me quedaba temblando y temiendo, y despues me decia: que las prosiguiera; que bien iba. Algunas veces me echaba del confesonario, con tal enojo y desprecio, que parecia le habia dado alguna grave causa; en particular en algunas ocasiones me escribio: "que ya habia hechado de ver que yo, y todas mis cosas, solo para quemadas eran bue-

nas, y que estaba determinado á huir de mi, por que mi camino era perdicion,” y otras cosas muy duras, á que parece concurría N. S., por que me dexaba en una escuridad y confusion, que me parecia era asi verdad, que el padre lo decia de veras, y lloraba amargamente, sin mas consuelo, que la determinacion que en mi hallaba, de hacer todo aquello que me dixera, era voluntad de Dios, fuera lo que fuera ; mas para hallar quien me guiara en esto, se me cerraba el camino, por que el padre me decia : no volveria mas, y que mis culpas lo desterraban. Pero luego venia, y me volvia á reñir y reprender, por que no habia sabido llevar bien, aquella mortificacion y cruz. Con todo esto y otras muchas cosas, yo via y conocia, el cuidado que tenia de mi alma y el gran deseo de mi aprovechamiento; y asi aquel rigor era lo que mas me animaba, por que me habia puesto en sus manos con deseo de quitar de mi, todo lo que fuera desagradable á los ojos de Dios. Diome licencia muy larga para todo quanto pudiera de mortificacion y penitencia, y mientras mas hacia, con mas salud me hallaba ; por que asi lo debia de querer Dios, por entonces. Quitòme todos quantos consuelos humanos podia tener, aunque eran pocos y cortos, los que yo he tenido nunca.

CAPITULO XXXIII.

Reiterase la persecucion de las criaturas. Enviuda su hermana, y pretende entrar al convento, y sufre mucho por esto la M. Francisca. Deseo de padecer males corporales. Consiguelo. Aparecesele Satanás, y con especiosos raciosinios le causa como á Job tormentos indecibles.

NO faltaban por este tiempo, humillaciones exteriores caseras, por que de la celda me echó á la enferme-

ria, aquella monja que me habia hecho bien, y era ya Abadeza, no permitiendo que ninguna llegara á mi, por una calentura que habia dado, que decian que era peste, y asi haciendo salir á las enfermeras, me mandó pasar á la enfermeria. Yo aunque sola y con el temor de lo mucho que huian de la peste, me hallaba alli como en la gloria, con la presencia de N. S. y ayuda suya. Mas luego se quejaron que estorbaba á las enfermeras, que no podian ir á su oficio, hasta que yo me viniera, con que me volvi á la celda.

Tambien se ofrecio, el que quiso entrar monja mi hermana, que habia ya enviudado, y cargó sobre mi un tropel de cosas, que fuera largo de decir. El P. Vicario, en las platicas que hacia, decia tales desprecios, y las religiosas parece no se persuadian, al despegó interior con que yo me hallaba en aquel particular. El enemigo urdia tales enredos, que aunque mas fuera mi silencio y retiro, no me libraba de que me dieran por causa, y autora de todo. La hermana, que era muy estimada en el siglo, sentia los desprecios, y la vez que yo la via, solo era oír sus sentimientos. Mas Dios me tenia, que no hacia mas de consolarla lo que podia, en Dios, y volverme á mi rincon.

Una mañana de esas estandome levantando para entrarme á encomendar á N. S., que serian las dos de la mañana, tiraron á la cama como un puñado de piedras menudas, que despertaron y pusieron en temor á las que alli estaban; á mi me dio temor, si se levantaria algun ardid del enemigo, y asi se lo dixé á mi confesor que vino esa mañana; y como me dixo: que no temiera al enemigo, yo olvidé aquello, mas al medio dia oí, que una de las religiosas que era Madre, y de mucha estimacion, daba tales voces, y estaba tan encolerizada, que todas las monjas estaban espantadas, y ni aun se oia lo que se leia en la mesa. Yo estaba tan lejos, á mi parecer, de todo este mundo, y de tener, ni dar ocasion de tanto enojo, que al principio no entendí que era con migo, hasta que en las palabras de

desprecio que fue diciendo, y otras cosas en que casi me nombraba, lo conocí. Amenazaba muy furiosamente: que saldria como un rio para vengarse, y que todo lo anegaria y arrebataria: diciendo palabras muy ignominiosas. La venganza era en orden al P. Juan Romero, que era quien me confesaba; y asi me escribieron despues, que habia pedido al P. Visitador, lo sacara de este Colegio, &c.

Otras afrentas y cosas padeci por este tiempo, exteriores, mas nada me hacia cuidado con la ayuda y favor de Dios, en buscando en mi retiro á su divina Magestad. Pues como llegara la fiesta de la Sta. Cruz de Setiembre; diome N. S. unos grandes deseos de padecer en el cuerpo, y luego me los cumplio, enviandome una enfermedad muy penosa y de grandes dolores, que todo el cuerpo estaba llagado, y de los pies, casi se arrancaban las carnes: y el dia de la Ympresion de las Llagas de mi P. S. Francisco, entendi: que si el comunicarle N. S. parte de su padecer en las llagas, era tan gran favor, ; por que no apreciaba yo, y estimaba como fabor y beneficio de N. S., el darme parte de las penas y congojas interiores, que padecio en su santisima alma? pues desde el huerto con mas rigor empezó á tener pavor, tedio y tristeza, y una tristeza mortal. Yo le ofreci mi cuerpo y alma, y vi quanta razon era esta, y quedé admirada y combencida, de la claridad con que esto entendi.

De hay á unos dias, estando en oracion, vi junto á mi al enemigo, (no con los ojos del cuerpo) con una traza y figura muy fiera, bestido de unos andrajos negros; y aunque de esto no hice caso, empecé á sentir en mi, una confusion y obscuridad tal, y tan penosa, que me parecia mas amarga que la muerte, y me hallé de repente, como quando se esconde el sol, que todo queda á obscuras, y todo da orror. Parece que decia ó sugeria el enemigo estas voces, á los oidos de mi alma, que la atrabezaban toda. “ ¡ O desdichada! ¡ O desdichada! ¡ A donde está la luz, ni á donde está

Dios? En esta estrechés y lobrega vivienda, has de vivir muriendo y reventando, fiada en tus engaños é ilusiones, perseguida y aborrecida de todas, hecha la piedra siempre de escandolo, y el estropajo de todas, por llevar adelante tus santimoñerías. Esto no puede ser, sino lo que es voz corriente y asentada entre las que te conocen; que estás endemoniada; y así pasarás de estas penas infernales, á las eternas, por que siempre has ido con intenciones torcidas y malas, engañando á los confesores. ¡O desdichada! que de un abismo, has de caer en otro. Mira como otras sirven mas á Dios, y le dan mas gusto, sin tanto trabajo; hacen buenas obras, son queridas de Dios y de las criaturas; y tu en tanta miseria y abatimiento, ninguna obra buena has hecho, y siempre has andado como en un remo. ¿Esto que puede ser? pues Dios és fiel para los que lo buscan con verdadero corazon, sinó que tu, no lo has hecho así; ni como has de hallar camino, pues tantos años has andado buscandolo, y siempre has topado por las paredes, ó por las peñas. De un riesgo y lazo de condenacion, has caido en otro, y de otro en otro. No hay mas que esperar, sino que és lo que todos dicen: que la melancolia y la soberbia oculta, te ha traído á este estado. Y ahora si te consolaba el retiro, yo te llenaré en el, de pensamientos contra Dios y su madre, y con eso desesperarás, morirás, y rabiarás," &c. Esto ultimo era una prensa tan horrible para mi alma, que ni todos los tormentos juntos podian atormentarme tanto; y así padecí sin comparacion, por muchos dias. Mas como Dios ponía en el corazon de aquel padre, que en otras ocasiones ayudara tanto á mi alma, tenia mucho aliento, y no dexaba la oracion por mas atribulada que me hallara; y aunque este modo de padecer ó tentacion, lo he puesto solo en este lugar, ha sido tan repetidas veces por todo el discurso de mi vida, que apenas se podrian contar. Ahora entiendo, y me parece, que al paso que arroja estos pensamientos, le dá Dios licen-

cia para que mueva los humores del cuerpo, de manera, que no parece sino que son penas sensibles, ó que se padece parte de las del infierno. Es como si á uno le ataran los pies, y las manos, y lo echaran en un pozo ó carcel de fuego, donde no entrara luz. Y á veces suele tambien mover á otras criaturas, para que estando en aquel estado, de tanta afliccion y tormento, dén pesares, y digan, y hagan cosas que causan irritacion, y mueven las pasiones, alborotandolas tambien el enemigo, por medio de los humores del cuerpo, &c. con que no és decible el trabajo en que la alma se halla. Algunas veces pienso, si Dios con especial providencia no asistiera, se despedazaran hasta los huesos unos con otros. Muchas veces aunque uno mas se esfuerce, no dexa de salir á lo exterior, que parece se quitan los pulsos, y se vé en el semblante, algo del tormento interior; algunas veces se puede llorar, mas eso és con tanto trabajo, y apretura, que no alivia; otras ni aun eso se puede, pues decir una lo que siente, ni halla palabras que lleguen, ni menos se puede dár á entender.

En estas ocasiones, unas veces me volvia en mi, el P. Juan, con reñir asperamente, y me decia: yo soy ministro de Dios, y he de ayudar á sus intentos, que son el que padezca, hay hà de morir, por que asi lo quiere Dios. Con esto me quitaba aquel tormento.

CAPITULO XXXIV.

Purgatorio de deseos, por unirse al sumo bien. Doctrinas superiores. Es consolada por el Señor, el dia de S. Francisco Xavier, con luces interiores; que explica con tan inimitable y santa sensillés, que apenas se hallará en parte alguna trozo semejante.

NO sè si acertaré á decir algo, de otro tormento

r

que padecí por aquel tiempo con mas extremo, aunque lo he padecido en muchas ocasiones, más ó menos, como N. S. ha querido. Este és un descontento de todas las cosas de la vida ; y de la misma vida, tal y tan grande, y unas ansias que el alma tiene de Dios, que parece está en purgatorio. Yo pensaba, que así sera el purgatorio de deseos, que dicen. Es un estar muriendo de deseos y ansias, de hallar al sumo bien ; y me parece és esto, despues de un grande padecer, en que todas las cosas exteriores, é interiores, se han hallado adversas, ó se han vuelto cruces ; y sobre eso ha dado N. S. una luz y conocimiento grande, de que el és el sumo bien, descanso y hartura del alma; y con esto se encubre y esconde, y parece que se aleja y huye. No hay quien consuele en todo lo criado, ni en lo exterior, ni en lo interior ; ni con ningunas dadivas ni dones del mismo, se satisficiera el alma. Todo este mundo, parece como una carcel oscura, y llena de penas. El mismo tormento dan las cosas dulces, que las amargas, por que para el paladar y gusto del alma, todo sin Dios, sabe á amargura. Como el haber, aunque sea en muy pequeña parte, (respecto de lo que gustarán los buenos) gustado algo de la suavidad, dulzura, hermosura, y firmeza de Dios, hace conocer, quan vanas y quan breves, quan sin substancia, son todas las cosas fuera de Dios. Parece que anda en ellas, el alma y el corazon, en las que son forzosas, como gustando paja, ó como atada á una rueda de molino, que todo le da tormento. No me parece que hay sediento que así desee el agua, ni cautivo en obscuras masmorras, que así anele por la libertad, &c.

Pero en esta ocasion que voy diciendo, no solo era así, mas era un tormento tan fuerte, que me hacia prorrumpir en un amargo llanto ; y en estando á mis solas, en tantos gemidos, como si se arrancara el alma. Contaba los años que á mas faltar, podria tener para salir de mi destierro, y los dividia en meses, en horas, y dias : y con esto me consolaba, y desconsolaba, pareciendome

cada hora, tan pesada, tan amarga, y tan dura, que aun un momento de ella parecia intolerable. Juntamente me hallaba, como en una carcel de amarguras interiores, que explicará mejor, el modo como me consoló N. S. en esto.

Rezando maytines de mi P. S. Francisco Xavier, entendi estas cosas, como si dixerá. "Este és el tiempo aceptable, este és el dia de la salud, la hora presente, en que puedes vivir sola con el sumo bien, caminando á el con confianza, por los pasos ó afectos que debes actuar en su presencia; detextando y aborreciendo la culpa, y todo aquello que puede desagradarle. Con páz del animo, pues no puede ser ofendido de quien no le quiere ofender. Y que si los deseos de morir, eran por salir de las cosas con que me parece le ofendo: ensanchara ó dilatara la confianza; con la consideracion de su suma piedad, procurando llegarme cada dia, mas, y mas á el; con el dolor de las culpas; con el amor de su bondad comunicadora de bienes; con la confianza en su omnipotencia, que puede hacer mi alma agradable á sus ojos, y librarla de sus enemigos. Con entregarme á su providencia, con una total resignacion, aniquilandome, y deshaciendome en su presencia; y que no cuidara de otra cosa, ni de tiempos pasados, ni por venir." Y el entender esto, era sentir y hallar estos afectos en mi alma, ó ella toda embebida en ellos, donde no se descubria otra cosa que Dios.

Tambien me trajo á la memoria, todos los pasos y caminos de mi vida, no como aqui pueden ir escritos, sino como Dios los pudo manifestar al alma, sin riesgo de temores ni dudas, sin olvidos de la memoria, ni confusiones del entendimiento. Como uno que hubiera acompañado siempre en un largo y trabajoso camino, que dixerá: ¿te acuerdas que en tal parte, pasamos frios, soles y nieves, ó que tales ardores tenias? ¿O que traspasada de la nieve en otras partes pasastes? ¿que temores, sustos y sobresaltos atormen-

taron tu corazon? O! como sin favor humano te saqué de todo; ya te parecia que morias, &c.

Pero mejor lo explicarán algunas palabras que entendi entonces, ó digo, que escribi: (no por que fueran palabras expresas, sino una luz que se imprimia en el alma, y la combensia habiendo recibido á N. S. sacramentado) eran como si dixera. Míra, si todo el mundo fuera de oro purisimo, perlas y piedras preciosas de inestimable valor, y pudieras con desearlo y suspirar por el, adquirirlo, y traerlo á ti, no te pudieras transformar en el; mas en mi que soy verdadera riqueza inefable, puede transformarte el amor. Y yo suma é inmortal riqueza, comunicadora de bienes, me entraré, y uniré á ti, liberalisimamente. Yo soy suma bondad, y busco aun á los que quieren apartarse de mi. ¿ Como dexaré frustrados los deseos buenos de los pobrecitos, de llegarse á su centro, y á su Dios, no teniendo ni pretendiendo otra consolacion de la vida, que hacer mi voluntad? Si para borrar, ó torcer esta buena voluntad en el alma, se levantan los enemigos invisibles, las pasiones, ó las contradicciones, poderoso soy para libertarte. Considera mucho y muy profundamente, los atributos de mi bondad, y omnipotencia. ¿ Es posible, que anegandose el alma en aquel mar de inmensas aguas, podrá perecer sedienta? ¿ Es posible, que arrojandose con toda su intension, en aquel fuego inmenso, podrá quedar helada? ¿ El gusanito vil y miserable, que se esconde en su Dios, podrá perderse? ¿ Aquella medicina que se hizo de carne y sangre de Dios, no será suficiente, á sanar qualquiera enfermedad, ó llaga? ¿ El Medico de infinita sabiduria, no sabrá curarte? ¿ Quando te envié, por los caminos de la tribulacion, no saliste? ¿ No te saqué? ¿ Quando dexé que perecieras? ¿ Si caiste: no te levanté? ¿ No te dexé mi cuerpo para tu remedio? ¿ No te he dado mis sierbos para tu consuelo? ¿ No te abrigo debaxo de mis alas? ¿ No enciendo tus deseos de llegarte á mi, màs y mas, sin dexarte

consolar de ninguna cosa que de mi te aparte? ; No te sufro? ; No te espero? ; No te llamo? ; Con voces, con pasos, con golpes á tus puertas? ; Quando te envié pobre y peregrina, te faltó alguna cosa? Respira en aquellos ayres suavísimos de mi inefable bondad; que quien por sola ella te dio lo que tienes, no te negará lo que te falta. O tibia y flaca de corazón, por que no caminas por aquellos espaciósísimos campos de mis misericordias, que allí se inclinan, donde és mayor la miseria y necesidad.

El tiempo de la partida llegará, ahora trabaja en prevenirte para esta gran jornada, que por larga que sea la vida, para esta prevencion será corta. Asi como no puedes comprender mi hermosura, y grandeza, mi amabilidad, y omnipotencia; asi no puedes comprender, el premio que se dará al humilde, que con pura intencion de agradarme se sacrifica á mi, cada hora, y cada instante, en el fuego de la tribulacion.

; Quantos años ha que caminas por noches, por nieves, por hielos, por asombros y espantos, por despoblados y por soledades? y aunque cobarde y tímida, te descaminastes, ; no te llamé muchas veces? ; No te atajé, no te herí? No has muerto, pues todavia deseas y puedes confesar á Dios, y llegarte á el. ; Quien és tu bien y tu consuelo, sino el señor Dios tuyo?

Si ahora gusto estar con tigo en tu destierro, está contenta, que no te dexaré, pues no faltó á los que esperan en mi. No me perderás como no quieras, que és infinito el peso del amor con que me inclino, á los que me aman y esperan en mi; á la alma que me desea y ama. Yo soy el Señor Dios tuyo, y si fueres fiel, no tardará el dia en que ponga páz, con tu fin, á tus peleas, y el alma hecha Ysraél vencedor, saldrá del Egipto de sus pasiones y tinieblas, y entonces el Dragon grande como mar, huirá de ella; y los montes y collados de los Angeles y Santos exultarán, viendo á la presencia del Dios de Jacob, que movida, mudada, ó deshecha la tierra del cuerpo, se convirtieron las

R 2

pedras, sin ofender á los pies del alma, en estanques y fuentes, de agua de vida, por que la diestra del Sor. hace virtud.

CAPITULO XXXV.

Rapido vuelo á acia Dios, hasta llegar á la union, que el mismo se digna declarar por singulares modos. Otros favores extraordinarios. Mortificala el confesor para gran provecho suyo. Oye una voz de Satanás en tono amenazador, que le anuncia la partida del siervo de Dios que la dirigia.

ASI pasaba, con aquellas fuerzas que daba N. S. á mi alma, vencidos los temores, miedos y confusiones de que habia estado cercada; y tan vencida. Habia fixado N. S. en mi alma, un aprecio de sú Divina Magestad, sobre todo lo criado, y sobre mi misma vida, salud, honra, y consuelo exterior, é interior, y sentia tan continuas las ansias de mi alma, por irse á su Dios, que parecia levantaba cada instante su vuelo, ó conocimiento, á un bien sobre todo bien, á un sér, sobre todo sér; y quando por algun espacio ó causa, se hallaba detenida, ó como impedida de aquella corriente, ó vuelo, en volviendo en si, corria con mas impetu; como un rio que ha estado detenido, y volaba; como el ave que se halla suelta de las prisiones.

Sentia muchas veces ser despertada, movida, ó consolada, con unas palabras, que en lo mas alto é interior del alma, le decian. *FRANCISCA YA ERES MIA*; y otras veces parecia, que desde una altisima cumbre ó eminencia, que era entre mi misma alma, me llamaban por mi nombre; bastando aquella sola palabra á encender toda el alma, y á allanar toda dificultad ó repugnancia de la naturaleza, para obrar, y entender siempre, lo mejor.

No dexaba de padecer grandes tormentos, que yo no sabia explicar. Ahora me parece, era el verse el alma en las prisiones del cuerpo, como en un cepo; y tener toda la vida, y el mundo, por una carcel estrecha y triste. A que se llegaba una como amenaza del enemigo, ó gran temor de que se me ofrecieran pensamientos contra Dios, y que me apartara de el; lo qual era mas duro de sufrir, aunque fuera un breve espacio, que todas quantas penas corporales se pueden padecer.

Tenia por este tiempo, grandes dolores en el cuerpo, y pesadumbres, y desprecios caseros; mas en ellos me daba N. S. luz, del grande bien que traen consigo las humillaciones de las criaturas, y el inestimable tesoro, que con ellas se logran y pueden ganar. Pareciame un dia, andar en un campo tan rico, y fertil, abundante, y hermoso, que no és posible llegue á comprenderlo ninguna imaginacion: via que de un principio, nacia varios arroyos de agua viva, que regaban aquel campo, por donde me parecia andaba yo misma. Alli conocia, como de una pequeñita semilla de humillacion, nacia hermosisimos arboles, flores y frutos, &c. y me parecia, sentir mi alma, hallá en lo mas interior, estas voces. *Con migo, esposa mia, con migo.* Acordabame que aquellos dias antes estando enferma en la cama, me via á mi misma muerta, y cubierta con las vestiduras del Señor, y entendia, que habia de estar muerta para vivir, y viva solo para padecer. Asi lo deseaba, con unas ansias tan grandes, que me quitaban las fuerzas y alientos del cuerpo, y me parecia que mi P. S. Francisco, me sustentaba en aquel desmayo, y dabame tanto deseo de ser despreciada, que si por mi sola fuera, me hubiera fingido loca.

Ayudabame mucho el confesor que tenia, por que me hacia conocer, lo que yo era de mi, y lo que podia ser, mediante la gracia de Dios. Repetiame muchas veces: que lo que deseaba de mi era, el que mi nom-

bre no se oyera en el mundo, y que padeciera mucho, en mucho silencio y oracion, y que asi iria segura. No cesába de mortificarme rigurosamente, de tal manera, que un dia me previno N. S. me parece, para lo que habia de pasar. Por que como yo estuviera en grandes aflicciones y desconsuelos, una mañana me via á mi misma, como los moribundos, que ya les falta poco, ó ningun aliento, postrada en una cama, y que estando asi, llegaba mi confesor, y cargaba toda la fuerza sobre mi, y sentia yo unas grandes angustias y apreturas. Asi se verificó y lo experimenté aquel mismo dia, por que vino y me dixo, cosas de tanta angustia y pesadumbre, que casi del todo descaecieron las fuerzas del cuerpo, y en todo aquel dia y noche, no pude tomar mas sustento, que el de las lagrimas, por que asi como el ayudaba por entonces á los intentos de N. S., asi S. M. ayudaba á los suyos, y me dexaba en un sumo padecer. Era mas el rigor con que me trataba, que lo que yo sabré aqui decir, y el enojo que me mostraba, me hacia aterrarse y temblar. Solia decirme despues: que aunque se sentia inclinado á ayudarme á llevar mis cruces, mas que por otra parte, no podia menos que tratarme de aquel modo; y que parecia yo insensible, por que ya no hallaba modos de mortificarme y humillarme; pero que el solo deseaba mi mayor bien y que se limpiara y purificara mi alma para Dios, y que fiaba en el, y en su inmensa bondad, que si asi perseveraba hasta la muerte, volaria mi alma al Señor en saliendo de las prisiones del cuerpo. Este era un tan grande consuelo y aliento para mi, que me parece me metiera en hornos de fuego, por conseguir esta dicha. Mandabame que si en dandome algun pesar, ó haciendome algun desprecio, hallaba en mi alma movimiento de impaciencia ó sentimiento, tomara alguna penitencia, y trabajara en esto hasta estar del todo reducida en lo interior, á la verdadera mortificacion; y yo lo ponía en execusion, y con el favor de Dios sentia grandes bienes, y ayudas de su Divina Magestad.

Pues como yo via el bien que mi alma lograba por este medio : estaba un dia antes de amanecer, en la presencia de N. S. sacramentado, dandole gracias, y acordandome, quan diferente sentia ya mi alma, con quanto aliento y determinacion de morir á mi misma, y anelar solo á Dios, gastando la vida en padecer y sufrir, y esperando en la muerte ir por su misericordia á gozarle libre de culpas. Entonces oi una voz casi clara y sensible, que hablando del P. Juan Romero, que era el que me confesaba decia, como con amenaza y venganza : *ya el se vá* alargando mucho la postrera silaba. Como si dixera : ; *ya el se vá*, y veremos que haces ? ó entonces verás. Yo me asusté, y llené de confusion, y conocí en los efectos ser aquella habla del enemigo.

CAPITULO XXXVI.

Retirase el confesor. Viene otro, y exige, que lo que se le haya de comunicar sea ante testigos. Vuelven los huracanes de persecuciones, por las criaturas, y en su interior, pero es socorrida de lo alto. Anunciasele un gran consuelo, y se efectua viniendo su director.

DE alli á quince ó veinte dias, supe que salia de aqui el padre, y yo quedé aunque con grande desconsuelo y temor, con mucho aliento, fiada en N. S., y pareciendome, que ya no habia mas, que esperar el salir de este mundo y region de muerte y de sombras, á la tierra de los vivos, y region de páz.

Luego vino otro padre de gran virtud, á quien V. P. habia encargado me confesara ; mas luego que puso aqui los pies, le dieron noticia de quien yo soy, de manera que me dixo : queria quitar mi mala fama, por que la ciudad, y el colegio, estaba lleno de ella.

Luego las religiosas, enviaron á decir al P. Rector : (que era el que estaba mal con mis cosas y con migo) que yá aquel padre no serviria para ninguna, por que yo trataba de confesarme con el. El P. Rector vino con tanto enojo, y me dixo cosas tales, que á qualquiera hubiera puesto en confusion y tormento. Yo aunque quedé confusa y corrida, oyendo las cosas que el P. Rector me dixo, y la risa que otra religiosa (con quien yo estaba entonces en ejercicios) tenia de esto ; mas como entre las otras cosas que el P. Rector decia, era que aquel padre sabia quitar siniestros, y malas mañas, me daba mas aliento y deseo de confesarme con el, por que nada mas deseaba, que quitar de mi alma, estas mañas, y siniestros.

Pues estando en aquellos ejercicios, como me viera un dia afligida, acordandome de las cosas tan sensibles, que con tanto enojo y desprecio, aquel P. Rector me habia dicho, vino aquel padre con quien yo pensaba confesarme, y á quien V. P. habia encargado el cuidado de mi alma, y me dixo : que habian hablado en su colegio largamente de mi, y que lo que se me ofreciera decirle, habia de ser breve, y delante de todas, ó algunas religiosas, por que asi importaba, y convenia. Yo le respondi : que del modo que dispusiera, por que no deseaba mas que agradar á Dios, y ser encaminada por parecer ageno. Mas quando me volvi á mi retiro, me empezó á entrár una confusion y tristesa tan grande, que no me podia valer. Parece que me decian : “ ; O desdichada ! ; hasta quando has de andar hecha le tropiezo de todos ? ; Ya no basta que dentro del convento te pase esto, y lo otro, si que tambien los P. P., y la ciudad, y todo, te ha de tener por irrision, y escarnio ? ; siempre, siempre has de andar asi ? Dexa la oracion, y con eso no tendrás tantos desconsuelos, ni habrás menester quien te guie ni enseñe ; y ya que la tengas, no creas lo que en ella te pasa de consuelos, ó desconsuelos ; y ya que los creas, no dés cuenta á nadie, y con eso te librarás de tanta angustia. ; No és

cosa dura acabar de padecer con el un padre, y con todo lo que te pasa, y empezár con otro á experimentar nuevas cosas, y oprobios. ; Piensas que asi sirbes á Dios? Pues no lo pienses, que otras le agradan mas, sin tantos trabajos é inquietudes." No és decible lo que me via de afligida y turbada ; mas, en la oracion que era aquel dia el ejercicio del juicio final, pensando, como vendria el estandarte y señal de la santa cruz, para alegria y consuelo de los predestinados ; me dio N. S. luz de muchas cosas, y una gran confortacion para llevar los trabajos, y no huir del padecer. Pareciame que mi alma seria recibida en aquella grande y dichosa congregacion, y quanto entonces me alegraria, de haber padecido mucho, entendiendo aquel psalmo que empieza. *Laudate pueri Dominum.* Muy en particular, aquel verso que dice. " Levantas de la tierra al necesitado, y del estiercol al pobre, para colocarlo con los principes, con los principes de su pueblo, y que por esto lo alabaràn sus criaturas, &c." Pareciame que la Sta. Magdalena de Pasis, mi madre y mi Señora, se llegaba amorosamente á mi alma, y se unia su espiritu con el mio, con un abrazo y union muy estrecha, y intima, alentandome, y consolandome.

Asi quedé muy quieta y quando me llamába el padre que digo, baxaba ; y aunque no me daba lugar á mas que reconciliarme, algunas veces, por que lo que se me ofreciera, decia ; que delante del padre que traia por compañero, ó de otra monja, se lo habia de decir ; yo me volvia muy quieta y consolada á mi retiró, viendo que aquello era lo que por entonces N. S. queria, y asi recurria á solo su favor en mis aprietos, que los padecia grandes, y con mucha obscuridad y turbacion, que no me sabia, entender, ni me podia valer ; algunas veces en las quales acudi á N. S. como padre amorosissimo enseñando y consolando mi alma. En una ocasion parecia decirme. ; *Ay alma, quanto me cuestas!* Como palabras dichas con grande amor, acordandome quanto habia hecho y sufrido por mi. En

otra ocasion entendia: “¿que tube yo que no te diera ? ¿que resta, sino que seas fiel?” Dabame por este tiempo muchas veces á entender, el bien que me hizo por mano de V. P. y por su medio, no permitiendo que tomara otro esposo que à su Dívina Magestad, y llevandome siempre por desprecios, y camino de cruz, &c.

Asi con grandes enfermedades, y un continuo retiro, olvido de todo, y con estas y otras muchas cosas, habia pasado algunos meses ; quando un dia estando con un sumo desamparo, y con cosas que me daban mucha congoja, entendi esto : que breve me enviaria N. S. el remedio y consuelo como de su mano santissima y lo entendi por estas palabras. “ No duerme el Señor, ni en su memoria cabe olvido, ni en su voluntad tivieza, ni en su sabiduria ignorancia. No tiene las manos atadas, ni sus criados son descuidados, pues los hizo espíritus diligentes como fuego abrazador.” Entendi cierto, que me enviaria N. S. el consuelo y remedio, aunque entonces no conoci, que este era el venir acá V. P., mas lo supe de allí á ocho ó quince dias, y vi claro la fidelidad con que N. S. cumple sus promesas, y la infinita misericordia con que ayuda á sus criaturas, pobres y miserables ; y asi dispuso N. S. que V. P. viniera, acrecentando siempre sus misericordias, aunque esto és para mayor confusion mia, pues tan mal las sé corresponder, ni lograr.

CAPITULO XXXVII.

Advertida por el cielo, del corto tiempo de vida que le restaba á su hermana, la induce á que apresure su entrada en religion. Varios y particulares sucesos que le ocurren, asistiendola enferma hasta su muerte, en que se demuestra una imbencible paciencia, sufrimiento y caridad. Maltratada Satanás visible-

mente y de varios modos ; pero ella se sostiene con auxilio de Dios, en este combate.

ALGUNOS meses antes, estando rezando el oficio divino, entendi claramente : que le dixera á mi hermana, que tratara de lograr el tiempo, por que era poco el que le restaba de vida, y que no pusiera dilaciones á su bocacion religiosa, si la queria conseguir. Yo le hablé en eso, aunque sin decirle, por que, mas que lo que és cierto y todos vemos, de como se acaba el tiempo, y quanto vale lograr las inspiraciones de Dios, y hacer por su Divina Magestad lo que se pudiere, antes que venga la muerte, y acabe la vida. Habíame sucedido el año antes, quando se desbarató su entrada ; que como yo me recogiera, haciendo quanto podia por desechar la pena, que esto me daba, me halle en un lugar del convento, con N. S. crucificado vivo, y en el ayre los brazos, sin haber cosa en que los sustentara, estaba como agonizando con grandes angustias, y yo llegaba á mantenerle los brazos con los míos, teniendo con mis manos, las suyas, lo qual hacia con grande trabajo, aunque con grande animo, y consuelo, por que me parecia, que aliviaba la fatiga y tormento con que N. S. se mostraba, hasta que al cabo de algun tiempo me hallaba sentada, y que N. S. caia muerto sobre mi, y yo le cubria con mi mantellina, y encubria de las religiosas. Conoci, que todo esto se entendia de mi hermana, aunque no sabia, como se habia de cumplir.

Tambien por este tiempo, tres ó quatro meses antes de su entrada, como yo me hallara con grande dilatacion y páz del alma, solo fiada y asida de N. S., y me pareciera, andar mi alma por unos hermosisimos campos, que entendia ser, el exercicio de las virtudes, en compañia de N. S. Un dia me pareció, que llegandose mi alma á su Sor., entendia esta pregunta. *¿Quieres tu reposar en mi, ó que yo descanse en ti?* Conocia, que el descansar ó reposar que llamaba en

el alma, era enviarle trabajos, y se sentia inclinada, á que N. S. descansara en ella.

Luego se dispuso, por medio de las mismas personas, que antes lo habian dificultado, el que entrara mi hermana monja, y aunque todos pensaban, y yo lo pudiera esperar asi, en lo natural, que con eso se acabarian mis trabajos, y soledades ; por que era grande el amor, que desde niña le debi, y su capacidad y virtud, que N. S. le dio, podia ser de sombra y amparo para mi. Mas lleva N. S. las cosas, por muy diferentes caminos de lo que descubre la vista y conocimiento humano. Luego que entró, pasé el quebranto, de faltar en lo mas de mi retiro y soledad, que ya en esta vida otra cosa no me consolaba. Tambien me affigia, ver sus desconsuelos y afficciones, que por ser yo en la ocasion, Maestra de novicias y hallarme cargada interiormente, de penas y ahogos, ni podia negarme, ni sabia como consolarla, ni consolarme. El enemigo, tambien debia de poner mucho, en su desconsuelo y el mio; y esto entendi por algunas cosas, que me pasaron, como luego diré. Una noche me hallaba en sueños, en una casa ó iglesia hermosisima, con varias divisiones, capaces y adornadas, y que llevandome á un quarto baxo, me decian, que aquel era la enfermeria. Yo la cama que vi alli, era un horno de fuego, aunque claro y apacible. Luego le dio una enfermedad, tan rigorosa, que no solo la postró en la cama, mas dia y noche, sin cesár, la hacia estar en un continuo gemido, como que le despedasaban las entrañas. Era grande la compasion y dolor que yo tenia, de verle padecer aquel rigoroso dolor, sin poderle hallar ningun alivio, en quatro meses y medio, que duró su enfermedad, hasta que N. S. se la llevó ; y como yo me hallaba tambien enferma, y rendida, y pasabamos mucha soledad, y desamparo de las criaturas ; y ella, aunque con gran paciencia y conformidad lo llevaba ; mas como habia sido en su casa, muy estimada y hecha á mucho cuidado, y asistencia, pasabamos muy amargamente, uni-

endose el dia con la noche, en los trabajos, y sustos, miedos, y soledad, &c. Oia yo cosas muy pesadas, de los Prelados, y religiosas, por que daban por yerro, el haberla recibido, y sobre esto decian hartas cosas. Como si alguno pudiera adivinar, las enfermedades que le ha de enviar Dios; mas asi son las criaturas, que en tan breve tiempo olvidaron lo mucho que habia hecho, y deseaba hacer mas, en su servicio y del convento.

Tres dias antes que N. S. la llevara, estando yo mirando á N. S. crucificado, sentía, que como si su cuerpo difunto cayera sobre mi, se llenaba mi alma de su sangre, y sentia aquel peso. Entendí que breve moriria la enferma; y asi fue, á los dos ó tres dias.

En todo el tiempo de su enfermedad, me consolaba N. S., con que todas las veces que llegaba á alzarla, ó volverla, se me representaba, y via mi alma á N. S. en ella; unas veces crucificado, otras en el Sepulcro. Esto en particular me pasó la Semana santa, en que crecieron los sustos y soledades, y cada rato le daban paraismos. El Jueves santo, en que apenas tube lugar de recibir la comunión, y al punto volver donde la enferma, entonces fue quando mas vivamente, me parecia ver á N. S. en ella; y asi aunque era grande el trabajo, se llevaba con aquel consuelo, aunque es cierto, que no bastaban las fuerzas corporales, por tener yo pocas en aquella ocasion, y estar muy enferma.

No és decible, lo que se hablaba, en orden, á que yo ocultaria, los bienes y alhajas, que habia traído al convento; ni quan atajada y confusa, me hallaba, de haber de entender en esas cosas, por que N. S. no fue servido, de abrir algun camino, por donde yo no entrara en eso. Mas las cruces y penas que me quedaron, mejor las sabe V. P., como á quien Dios misericordiosamente, habia traído en esta ocasion, para que yo conociera sus piedades y providencia; y asi sabe, como hasta despachos sacaron, los sugetos de fuera, para apagar candelas y leer descomuniones, creyendo que

yo habia ocultado bienes.

Asi que de muchos modos, me quedaron modos de padecer, despues de su muerte, asi con las esclavas, como con los bienes, herederos, &c. Mas con el consuelo de que mis trabajos, y mas estos se encaminaban, á cumplir lo que parecia mas caridad, y razon; y hallaba en ellos, el consejo, caridad, y ayuda grande, de V. P.

Al principio que le dio la enfermedad, entendí, que el enemigo tiraba á meter zizaña entre las dos, con sus acostumbradas mañas, para hacér perder el merito y el tiempo, como de mi en muchas ocasiones, (y quiera Dios que no haya sido en todas) lo ha logrado. Una noche, que me hallaba mas rendida que otras, por haber muchas que no tomaba descanso, y andaba traspasada de afliccion y pena, con muchos dolores de estomago, &c. Pues esta noche que digo, deseaba mas algun descanso, quando empesó de nuevo á apretar el dolor y achaque de la enferma, y á pedir á toda prisa, hiciesen varios remedios que se le aplicaban. Yo con esto, hallé mi corazon movido á impaciencia, y á no poder ya más; al mismo tiempo se affigia y daba prisa la enferma, por que la gravedad de su dolor no le daba lugar á nada. Entonces me parece, vi al enemigo, en una figura muy pequeña, como raido todo el pellejo, saltando de la cama al suelo donde yo estaba, y de alli volvia á allá.

Los dias antes, me habia apretado tanto el corazon, que yo no me podia valer, ni saber de mi. Una noche estando con aquella congoja; lo via en la figura de un puerco, no muy grande, que daba vueltas al rededor de mi, con tanta ligereza y velocidad, quanto no cabe en la imaginacion, y me causaba un gran tormento. Aquellos dias me dio un mal de corazon, que parecia, por otras manos, me levantaban en el ayre, y me daban tormentos, que no bastaba ningunas fuerzas, á detener la violencia que traia mi cuerpo. Esto fue á los principios. Una mañana de estas, era tanta la

inquietud y apretura interior, con que yo estaba, que me estube cinco horas de relox, postrada en la presencia de N. S. sacramentado, pidiendole, me diera gracia para pasar aquel tormento, sin que saliera à lo exterior, ni fuera causa de desconsolar á otras, y más, á las dos enfermas que entonces tenia á mi cuidado. Pues como pasadas aquellas cinco horas, en que clamaba á N. S., me hallara tan atormentada, é inquieta interiormente; vi que entraban ya los P. P. en la iglesia, á decir misa, y pensé si con reconciliarme volveria en mi, y podria siquiera traer el rostro sereno, para asistir á lo mucho que tenia que hacer. Pues como llegué á confesarme, comenzó el padre con quien me reconciliaba, á decirme: que á todo su entender, yo estaba perdida, ciega del demonio, y que el no queria reconciliarme, ni absolverme; y diciendo esto, se levantó del confesonario, y me dexó allí. Yo volvi á la celda mas desconsolada que habia ido, y en ella hallé tales cosas, que no pude menos que conocer, era el demonio el que movia aquello, para si pudiera acabarme, ó hacerme caer en desesperacion. Esto fue en el tiempo, que V. P. se habia ido á visitar las haciendas, y asi lo pasaba, con mas desconsuelo.

A este modo, he pasado lo mas de mi vida. Escribo solo una ú otra cosa, por que fuera nunca acabar, decirlas todas, que casi han sido unas mismas.

CAPITULO XXXVIII.

Dasele á entender, en diferentes maneras el estado de salvacion de su hermana, despues que esta murio; y tambien lo poco en que se deben tener todas las penalidades de esta vida, respecto de la feliz eternidad. Quanto vale un buen confesor. Nuevo y visible ataque del espiritu infernal.

DESPUES que murió mi hermana, estando yo

s 2

con mucho desconsuelo, y soledad, por que mi interior estaba muy solo, y seco, y con la pena de haber de entender en negocios exteriores, por los bienes que quedaron en mi poder; me parecia, que tenia sobre el corazon, un monton de tierra, y tambien experimentaba, muy poco, ó ningun consuelo, en las religiosas, por que lo mas que me llegaron á decir, era: que sentian que se hubiera muerto, por que no se parecia á mi, &c. El dia de la Acension de N. S., me parecia verla, con los ojos del alma, debaxo del brazo derecho de N. S., y otra vez, de Na. Sa., puesta de rodillas, y cubierto el rostro con su velo; y me parecia entender muchas palabras de consuelo de N. S., con que me quitaba la pena y confusion, con que me dexó su muerte.

Tambien la vi en sueños, que iba haciendo camino, con nuestra madre, que tambien murio aqui, y que la guiaba un niño muy hermoso, coronado de flores.

La vispera de la Asuncion de Na. Sa., me quedé estando rezando maytines, me quedé (no se si dormida) lo que hace una Ave Maria, y la vi que se iba con mucha hermosura y alegria; y con la eficacia y veras, con que hablaba en vida; me convidaba á que nos fuéramos. Fue tanta la alegria de mi corazon, que saltandome en el pecho me hizo volver en mi; y entro de breve espacio me quedé como la primera vez, y la volvi á vér, que con grande hermosura y alegria, y con mucha musica, se embarcaba en un hermosisimo y dichosisimo mar, y no me acuerdo, si volvio á llamarme; mas la alegria que tube, hizo dár tales latidos á mi corazon, que me volvi ó en mi.

Este mismo dia de la Asuncion por la mañana, la vi en sueños, que se subia por la region del ayre, con mucha hermosura, y un manto azul muy lindo: parece que volvio á llamarme, que nos fuéramos.

De ay á ocho ó diez dias, la vi tambien en sueños, con grande hermosura, con el velo blanco echado por la cabeza, y cogido en la garganta, bordando con mu-

cha gracia y alegría, una vestidura blanca, con lazos de oro, y entre los lazos, iban entretexidos unos versos, como octavas, de la pasión y vida de N. S. Jesucristo, de admirables misterios, y consonancias; y ella decia que aquella vestidura era, para cierta persona, á quien le habia debido en su enfermedad, y que habia de servir, en la fiesta de S. Bartolomé.

En otra ocasion me parecia, que nos hallabamos las dos en el aposento donde murio, y que desde alli, viamos muy cerca, una hermosisima y alegrisima ciudad, llena de muchos y muy gustosos moradores.

En otra ocasion me parecio, estar con ella conversando, fuera de la vida mortal, y que con palabras, y acciones muy significativas, me ponderaba, y decia, el sueño que fue la vida mortal; repitiendo muchas veces. “¿Que fue aquello, Francisca; que fue aquello? ¿Que fue lo que tubimos; que fue lo que hicimos; que fue lo que padecimos? Nada, nada, nada; sueño, sueño.” Y con un modo de admiracion repetia. “¿Que fue, que fue?” Y esto que su vida fue de muy varias fortunas, prosperas y adversas; y todo lo reputaba, sueño, y nada.

Pues como iba diciendo: como yo en este trabajo, y en todos, tubiera, por este tiempo, la caridad de V. P. y el consuelo de llegar á sus pies, como á mi padre, que Dios desde el principio me dio, por su infinita misericordia. Me parece, que el enemigo, ponía mucha fuerza, para impedir y estorbar, el bien que mi alma podia sacar de su enseñanza, y quitarme este consuelo, valiendose para esto de muchas trazas, y modos, con temores, sustos, &c., yá en llegando al confesonario, ya antes; mas siempre N. S. me consolaba y defendia, dandome á entender muchas cosas. En una ocasion entendia estas palabras. *Yo te di á tu padre, para que guardara tu entrada, y tu salida.* Por aquel tiempo, me daba N. S. tanta luz y páz interior, en mi retiro y soledad, como escribi en aquellos apuntamientos, que V. P. me mando hacer, de lo

que interiormente me pasaba. Más me mostró el rendimiento, con que habia de estar, y la sugesion al parecer de V. P., (no obstante que en la oracion recibiera tanta luz y enseñanza,) mostrandolo à mi alma, el dia de mi P. S. Ygnacio, (en que habia yo recibido muchas misericordias de N. S. en medio de aquella luz) sentado en un asiento alto con borla blanca, y museta como de Doctor, y á mi misma via, á sus pies, como un pequeñito gusano. Despues como yo echara menos, una compañía ó presencia que solia traer del Sto. Angel de mi guarda, estando pensando en eso, entendí. Que ya me habia mostrado á V. P.: como si dixera: que buscara este maestro y siguiera sus consejos, que esto era lo que Dios queria.

Pues habiendo pasado algunos meses, en que andaba mi alma en aquella páz y quietud, y recibia de N. S. en la oracion, y por medio de V. P., tanto consuelo, y enseñanza. Habiendo recibido á N. S. el dia de Pasqua de Espiritu Santo, me hallaba cercada por todas partes de luz; y fuera de ella, apartado de mi el enemigo, en la figura de un hombre viejo, que con colera, y regañando, se arrancaba los dientes y los cabellos. A la noche habiendome recogido à dormir, senti sobre mi un bulto, pesado y espantoso, que aunque me hizo despertar, me quedé como atados los sentidos, sin poderse el alma desembarazar, aunque me parece estaba muy en mi, y procuraba echarlo con toda la fuerza, por las muchas tentaciones que me traia, y preguntandole, ¿quien era? me respondió, con otra pregunta: ¿y vos quien sois? Yo le dixé mi nombre, y él dixo entonces: pues yo me llamo....(no sé como, que no se me ha podido acordar) à mi me parecia, que metia mis manos en su boca, y la hallaba llena de dientes, y queriendole arrancar los cabellos, los hallaba como cerdas, muy gruesas. Estaba en la figura de un indio muy quemado y robusto, y me dexó muy molida.

CAPITULO XXXIX.

Entra en una gran soledad interior. Preciosos conocimientos que en ella se le dán. Escribe un rasgo poetico movida de superior impulso. Destinánla á la porteria, y allí se renuevan sus tribulaciones. Apariciones del mal espíritu, y contradicciones de las criaturas.

POR aquel mismo tiempo, me parece, me mostró N. S. lo que habia de padecer, con algunas cosas á este modo. Estando con aquellas ansias que nada fuera de Dios me contentaba, ni aun los consuelos que podia recibir en la oracion, antes todo lo reusaba mi alma, y no podia dexar de arder, con el ansia de hallar su centro, y sumo bien. Habiendo pasado muchas horas y dias, me parecia en la oracion, hallarse mi alma, en una soledad tan grande, que no sé que haya terminos con que decirlo. Entendia, que por mucho que estendiera la vista á todas partes, por ninguna, ni de muy lexos, descubriria cosa que le pudiera hacer compañía, ó consuelo, y sentia á mi alma, discurrir por todas partes, buscando aquel bien que deseaba, con mucha solicitud, y con un modo de pena, que no se puede explicar; y conocia en aquella soledad, todas las cosas que amenazan al alma. Los vicios, como unos fieros dragones: las pasiones, como perros hambrientos y ladradores: los demonios, que las incitaban, para que trageran al alma asía los vicios, y ellos la echaran en el infierno; que tambien conocia con un modo extraordinario, la muerte, el pecado, y el purgatorio, &c.; y que aquella soledad, estaba cercada por un lado, de un rio de fuego, claro y apacible. Conociendo todos estos riesgos, le clamaba mucho al Sto. Angel de mi guarda, y me parecia entender que me respondia. *Fiducialiter agam, et non timebo*: y que escondia á mi alma en una cruz de fuego, y entendí;

que solo escondida en el amor de Dios, y en el padecer, podria pasar segura; confiando en Dios, amando y padeciendo en todas las cosas: y que asi como el fuego consume todas las cosas, y las transforma en si, asi el continuo exercicio del amor y padecer, solo podria apartarme de mi misma, y de todas las criaturas, y sus aficiones, y unir el alma con Dios, con union verdadera, de amor y gracia; y que el estar metida, entre aquella cruz de fuego, me seria como escudo, como casa, y refugio, para pasar, hasta llegar á Dios, por todos los riesgos, segura y guardada, como todo mi descanso lo pusiera, en amar y padecer. Esto que apunté entonces, y ahora lo he trasladado aqui, como estaba, me parece fue prevenirme N. S., para todo lo que me ha pasado, y V. P. ha visto, que he padecido despues.

Tambien entendí, que queria N. S. echarme al mar, y me lo hizo escribir en verso, con muchos avisos, como le di cuenta entonces á V. P. De ay á pocos dias, habiendose de hacer eleccion de Abadeza, en este convento, y estando yo recogida, senti otra vez un bulto, pesadisimo sobre mi; yo hacia gran fuerza, con las manos y dientes, por echarlo, por que me oprimia demasiado; y preguntandole con grande enojo: ¿quien eres? Me respondió: "*Yo soy Grecerabulto.*" Estaba en la figura de un mulato, muy flaco y fiero. Sentí tambien muchas tentaciones, y quedé muy molida, y extraordinariamente cansada. Luego se hizo aquella primera eleccion, en la M. Abadeza que murio, y se ofrecieron, hartas cosas que padecer, por haberme nombrado algunas, &c.

Este año me mandaron ser Portera, y asi por hallarme muy enferma, como por otras razones, me fue de mucha mortificacion. Habianme dicho las M. M.: que no sabian, que genero de religion era la mia, que solo estaba metida entre vidrieras; que solo queria mi conveniencia: y aunque esto lo decian, por que en cumpliendo con las cosas á que debia acudir, por

la religion y obediencia, no salia de mi retiro. Más á mi me hizo mucho cuidado, temiendo, si seria asi, que mas me llevaba mi conveniencia, que el deseo de dar gusto á Dios; y por esto en nombrandome para Portera, procuré aplicarme quanto podia, á lo que las otras querian de mi, y á hacer quanto podia, y me parecia caridad. Mas N. S. permitio, que no acertara con nada; pues aun las que podian estar mas contentas, eran las mas enojadas. Y como yo habia de estar de fuerza, todo el dia donde ellas estaban, erame de grande inquietud y turbacion, ver el enojo que mostraban en viendome. Hasta llegar una á quien yo habia procurado agradar mas, á tomar tanta colera en viendome, que arrojaba lo que tenia delante, y lo despedazaba, &c. Tambien con personas de fuera, padeci mucho; por que habia yo oido algunos desordenes, que habia en la porteria, y procuré tenerla cerrada, sino és á lo forzoso; y asi oi alli, hartos desprecios, enojos y dichos sensibles. Fuera de esto, apretaron mis enfermedades, con dolores muy agudos, y estaba tal, que á veces, ni aun respirar podia, y asi pasaba con la incomodidad del lugar.

Pero lo mas penoso fue, lo que alli mi interior padecio; por que parece, que N. S. me echó al mar que me habia mostrado, de tentaciones, desamparos, y obscuridades. Al principio leia y meditaba en la pasion de N. S., mas de tal modo, que no podia hacer mas, que quedarme asombrada y admirada, del padecer de mi Sor., como si viera lo que pasó en su pasion, y dixera: ¡ Dios azotada! ¡ Dios muerto! ¡ Dios crucificado! &c.: y no podia moverme á otro afecto, ni me hallaba para nada.

Una noche de aquellas, volvio á ponerse junto á mi el enemigo, en la figura de un hombre pequeño, y agarrandome por los pulsos las manos, me apretaba, con unos dedos delgados, pero con tanta fuerza, que me quedaron los brazos tan doloridos, como si me hubieran dado tormentos. Despues me dormi, y lo

vi en sueños, con una lengua muy larga, como de una quarta, y muy aguda, y que la movia á todas partes con mucha ligereza. Esta vez, no senti tentaciones, luego de contado ; pero los dias siguientes, se levantaron muchos chismes, diciendose en el convento : que yo habia escrito á Sta. Fe, contra el Vicario, y otras muchas cosas, muy penosas que se ofrecieron, de adentro, y de afuera ; oyendo yo, hasta de las criadas, cosas muy pesadas.

De ay á pocos dias, volvio á aparecerse el enemigo, junto á la cama en que yo estába, con una figura de negro, tan feo, tan grande y ancho, todo penetrado de fuego ; que me causó mas horror esta vez, que todas las otras ; y tal, que pienso, si se hubiera llegado á mi, me muriera, ó quedara sin sentido. Desde á quatro, ó seis dias, habiendome traído entre sueños, quantas cosas de pesadumbres me han sucedido, y me pudieran suceder, con muy vivas y penosas circunstancias ; al despertár me amenazó, que se me materia en el cuerpo. No se yo decir el miedo, pavor y espanto, que esto me causó, solo tube el remedio, de abrazarme con una imagen de la Virgen Sma. y de mi P. S. Ygnacio.

CAPITULO XL.

Prosiguen las tribulaciones, y es sostenida en ellas por la adhesion y obediencia al confesor. Tentacion de ira, en todo el discurso de su vida. Graves incomodidades que hay en no seguir en las Comunidades la vida comun, y en la admision de criadas de fuera.

ANTES de este padecer que he dicho, me mostró N. S., como habia de haberme en el : pareciame que iba yo, por una ladera muy alta y arresgada, y que mas arriba y casi junto á donde yo iba, iba V. P. por un

ais

sre

sre

camino, aunque estrecho, seguro y llano, y yo no tenia mas defensa quando iba á caer, que asirme de un canto de su manto, y asi iba prosiguiendo. Reparaba yo mi susto, y reparaba el sosiego, con que V. P. caminaba.

Luego se halló mi alma, por todo aquel tiempo, tan sumida en mares de amargura ; con tan horrorosas tentaciones, que me espantaba á mi el ver, que V. P. tenia paciencia para oirme, y esperaba verme libre de aquellos tormentos, &c. Tenia horrorosas desesperaciones, de despechos, y tales, que en algunas ocasiones, me parecia me levantaban en el ayre, y me sentia movida de otra fuerza ó violencia, que yo no sè decir, como era. No via con los ojos de mi alma, mas, que las ofensas que se cometen contra Dios, y esto era una vista llena de pena y horror. No via en mi alma, mas que culpas y penas, y no me entendia, ni sabia de mi. No tenia mas, que asirme á aquel canto del manto, oyendo sus palabras y refiriendole, lo que pasaba en mi alma. Y como una tarde llegara al confesonario, sin poder casi hablar, ni decir lo que tenia, por que parecia que las entrañas me despedaban, y ni aun en lo exterior podia tener sosiego ; con algunas palabras que V. P. me dixo, y con que me reprendio, sali tan libre de aquellas penas y tormentos, que por mucho espacio de tiempo oia mi alma, cantar aquel spalmo. *Laudate dominum omnes gentes* ; y me parecia, que mi Santo Angel, alababa á Dios, por aquella libertad que habia dado á mi alma, del tormento en que estaba ; y yo me quedé por algunos dias, en una páz y sosiego, como quien duerme un dulce sueño ; mas no se acabaron los tormentos, si bien la piedad de Dios daba aquellas treguas. (Este dia fue, en el que me mandó poner V. P. la reliquia del Sto. Lignun crucis.)

Otra tentacion padecia tambien, que era un continuo, y grande temor, y pavor de todo, hasta de cosas muy leves ; que aunque asi dicho, no parece nada,

t

mas padecido es mucho, por que és, un continuo estar muriendo, y temblando; como los reos de graves delitos, que cada ruidito les parece, és abrir la carcel, á notificarles, la sentencia de muerte.

No me parece, ha habido tentacion, que en estos tiempos, no padeciera, ni rigor, ni horror de ellas á que no llegara. Estando á mi parecer tan lexos, y apartada mi alma de Dios, qui ni aun camino para volver á su Divina Magestad, se me ofrecia posible; tanta era la escuridad de mi alma, y el aprieto en que mis enemigos me ponian, que creo ciertamente fue especial providencia de N. S. traer en este tiempo á V. P., por que no sé, yo quien pudiera haber sufrido tanto, á una pobre mugersilla miserable, sino aquel, á quien Dios me encomendò desde el principio; y asi entiendo, aquel guardar mi entrada, y mi salida de estos horrores y tentaciones, en que estos tiempos me he visto: que algunas veces he experimentado, en menos de un quarto de hora, padecer mas de quatro, y mas de seis diferentes tentaciones. Y algunos dias no doy paso, no he hecho accion, ni hablado palabra, en que no me hallara acometida y perseguida, de mis enemigos; yá valiendose de cosas exteriores, yá interiores, y yá de todas juntas.

Casi por todo el tiempo de mi vida, he padecido una grande tentacion de impaciencia; á veces con tal rigor y fuerza, que me parece que el corazon me lo están mordiendo y haciendo pedazos; y de una palabra, ó casi de un leve movimiento, siento encenderse la colera, y me veo en trabajos y aprietos grandes; por que en estando en aquella mala disposicion, parece que se buelca toda la celda, y se alborotan todas las personas, que suelen asistir en ella, haciendo y diciendo cosas, que me parece ser forzoso corregir; y por aqui me he hallado, en grandes confusiones y desconsuelos. A veces sucede, hallar las cosas muy forzosas (en estando como he dicho) quebradas, despedasadas, hasta el breviario y los cerrojos, y otras

cosas, que por muchas, y tan menudas, como continuas, á veces no dexan respirar, por hallar á mi alma, con aquella mala disposicion, que he dicho. He padecido desde que entré monja, un trabajo penoso, por parecerme grande estorbo y tropiezo para la quietud. Este és el necesitar de criada, por no poderse otra cosa, en el convento donde estoy ; y siempre ha permitido N. S., que me den grande trabajo y pena, hasta llegar á poner las manos en mí, con furor ; y otras muchas cosas, que fuera largo de decir. Y como me ha parecido en ocasiones, que debia corregirlas ; verme obligada á esto, ha sido mi mayor trabajo, y mas viendo el poco fruto que he sacado, de mis correcciones. ¡ Dichosos los conventos, y dichosos los religiosos, que sirviendose unos á otros, exercitan la humildad, la paciencia y caridad, libres de una, y de muchas inquietudes, que solo experimentadas se conocen !

Pues como iba diciendo : estas tentaciones y otras muchas, padecia con todo rigor, por estos tiempos, y me parece, toda la fuerza que el enemigo ponía, era encaminada, a que no lograra el tiempo y los avisos y consejos de V. P. Y ya sabe padre mio, quantas mas de las que escribo aqui, han sido mis tentaciones, y trabajos interiores. En especial aquel dolor, apretura y temblor en el corazon, que no sé yo, á que se pueda comparar, con tan grande escuridad en el entendimiento, como si fuera un bruto del todo incapáz de razon ; ó como si jamás hubiera tenido noticia de Dios ; ni de cosa que pudiera alentar, ni consolar. Pues aun oyendo ó leyendo, lo que pudiera darme mucha luz y aliento, parece que no lo entiendo, ó que se percibe solo con los sentidos corporales ; y el alma y las potencias de ella, están tan lejos, que ni perciben, ni les llega nada ; y así he ido como los ciegos, solo asidos de su guia ; procurando con todas mis fuerzas (si acaso tenia algunas) seguir, solo lo que V. P. me mandaba.

CAPITULO XLI.

Es confortada y consolada por el Sor., previniendola así para nuevas penalidades. Qüestionés y altercados en la comunidad, para elección de Abadeza, refluendo todas, contra ella. Vision consoladora de la cruz. Concluye con un acto de absoluto abandono en la voluntad del Sor.

PUES estando como he dicho : llegué un dia á recibir á N. S. sacramentado, y me parece, entendi llamarme : *hija de David*, y N. S. *Esposa suya*, dandome á entender muchas cosas, que escribi entonces : que no despreciara mi alma, ni me tubiera por perdida, por padecer tantas y tales tentaciones ; pues como veria por los psalmos aquel Sto Rey, hecho á medida del corazon de Dios, las habia padecido en lo interior, y en lo exterior, de propios y extraños, &c. Puso patente á los ojos de mi alma, muchos psalmos y versos, de ellos, á este proposito ; y otros, en que dice ; la ayuda y favor que Dios le dio en todo ; y como fue su refugio en todas las tribulaciones que lo cercaban. De manera, que parecia tener ante los ojos de mi alma, mucha parte del Salterio, como quando descubren un lienzo, en que estan dibujadas vivamente, muchas cosas ; tanto, que lo que en aquel rato entendí, tardara mucho en escribirlo. Yo entendí, que aquello era, por lo que estaba pasandome. Mas el dia siguiente murio la M. Abadeza, y empezaron á llover inquietudes, y á alborotarse mas, el mar, y á mi parecer, todo el infierno. Yo procuraba, con el favor de Dios, recurrir continuamente á su divina Magestad, y á la Sma. Virgen, no obstante lo que en mi alma, y en el convento pasaba.

Una noche de aquellas, me hallaba en sueños, á la entrada de un convento, que estaba edificado en alto ; y mirando desde la puerta, junto á ella habia, unos

grandes y espantosos despeñaderos, de modo que me admiraba, de que allí hubiera quien viviera, y preguntaba : ¡ Valgame Dios ! ¿ No tiene otra puerta este convento ? Entonces me respondian, los que iban conmigo : sí, otra puerta tiene. Y andando por aquella iglesia, vimos otra puerta, que salia, como al oriente, á una tan grande plaza, tan quieta, tan clara, tan capáz y hermosa, que yo no sé como decirlo. Estaba toda cercada, de unos arcos de cristal purisimo y transparente, hermosos, grandes y altos ; y me parecia, que despues de ellos, habia cosas mas hermosas y grandiosas. Yo andaba por aquella plaza, con tal gusto, páz y sociego, como si ya estuviera libre de las penalidades, y pesadumbres, del cuerpo y de la vida mortal ; y llegando á cierta parte, hallaba una hermita pobre y aseada, donda estaba el Niño Dios, recién nacido, su Sma. Madre, y S. José, y todos los que allí estaban, con un divino silencio, páz y consolacion. Yo volví en mi consolada, conociendo que aquello encerraba algun misterio, y disposicion de N. S., en habermelo mostrado en sueños, para alentar mi corazon, y levantarlo al deseo de las virtudes, y cosas celestiales. En esto quedó mi alma tan embebida aquellos dias, que no atendia á otra cosa ; aunque el enemigo, no dexaba de buscar caminos, para mi inquietud ; y asi, aun estando enferma y retirada, un dia llevó allí cerca á un sugeto de fuera, que era uno de los que mas mal habian llevado, que tubiera cerrada la porteria, y hablando este, con una de las monjas, le decia mis faltas, con colera y desprecio, diciendo : ¿ que si tal cosa era para Abadeza ? Decian tambien en aquella conversacion ; que parecia que yo lo deseaba, el sér Abadeza. Yo le respondí, conforme al orden que tenia : que ni lo pretendia, ni deseaba, ni era para ello. Con que luego aquella Señora, fue á donde yo estaba, y me dixo, todo lo que en otras ocasiones se ha dicho, y sentia de mí. Que no sabía, como me ponía á los pies del confesor ; que era temeraria, y habia en-

trado al convento para desesperacion de todas, &c. (Esta Señora, salio por Abadeza); con todo eso quiso N. S., por medio de V. P., ayudarme, para que yo me estuviera en paz, y quietud interior.

Aunque el enemigo, y mi natural cobarde, me ponian muchos temores de la eleccion, por que les había oido à muchas de las monjas; se inclinaban à mi; mas N. S. me daba confianza, que me libraria de eso, aunque fuera conmutandolo en alguna afrenta y menosprecio, y así sucedió.

La noche antes de la eleccion, viendome con tanta paz, y serenidad en mi alma, y conociendo, que estos bienes me hacia Dios, por medio de V. P., me parecia verlo con grande cuidado y atencion, labrando, y componiendo una joya de oro, para darsela à N. S., y entendí ser: aquel total deshacimiento de la propia voluntad, en la de Dios, y quanto sea mas conforme à ella inclinarse mas à los desprecios, que me habia enseñado aquellos dias. Pero antes de recogerme, me parecia entrar el enemigo en la celda, con un tizón encendido, que daba un poco de luz, confusa y triste al rededor, y con ella se vian, muchas caras de condenados, que estaban como apiñados: decia, que todos habian sido Prelados. Con todo eso N. S. me daba, mucha paz y confianza, y así me tubo todo el tiempo de la elección; aunque allí hubo tanta guerra y gritos, que toda la ciudad, ó los que asistian, estaban pasmados; y todo esto era, sobre haberme nombrado casi la mitad de los votos; y la otra Señora, estaba tan enojada. Mas yo sentia en mi alma, una paz, como si no estuviera allí, y con el consuelo de haberme N. S. librado, qualquiera cosa se me hacia facil. Despues se empezó, à arder todo en chismes, y persecuciones à las que me habian dado su voto, metiendo mano en esto muchos sugetos de fuera, y diciendoles cosas muy pesadas, ellos y las otras religiosas. Ellas venian donde yo estaba á llorar, con tanta amargura y afliccion, que no podia yo menos que consolarlas; y de

aquí se tomó el decir : que me hacia cabeza de bandos : que revolvia el convento ; y hasta algunas, que habian sido mis novicias, entraban á la porteria donde yo estaba, escupiendo, y zapateando, y con otros modos, de harto desprecio. Hasta las criadas del convento, ponian nombres de escarnio á las religiosas que me habian dado su voto. Parece que me puso N. S. en aquella ocasion en la porteria, para que pudiera oír, y tolerar los dichos, menosprecios y mofas de los seglares. Aun aquellas cosas que se decían, por escusar ruidos y apaciguar las cosas, las volvian y tomaban para mas incendio.

Con esto, me volvi á hallár, sin aquella páz interior, y llena de tentaciones y escuridades, y volvieron mis enfermedades con mas rigor ; con que me empecé á curar, mas por buscar alguna quietud, y dar lugar á la ira, que por sanarme el cuerpo ; por que quando V. P., movido de caridad, trató de que me curara, entendí esto. *Dile á tu padre : ¿ que quien podrá sanar, á quien el todo poderoso quiere herir ?* Con todo eso, por tomar los medios que Dios ha puesto, por obedecer, y por lo que he dicho, traté de curarme. Y me previno N. S., para que no desmayara en lo que habia de padecer ; mostrandome una cruz que salia de los pies de la cama, negra y obscura ; y luego en dandole la luz del cielo, se iba esclareciendo, y poniendo tan resplandeciente y hermosa, como un sol, y mucho mas ; y se iba levantado en alto, y caminando por el cielo al lado del sol, con mas claridad que el ; tenia tres coronas en los brazos y cabeza ; y en las señales de los clabos, mayor hermosura y resplandor. Via yo, que al verla tan resplandeciente las religiosas, le ponian velas al rededor del claustro alto ; mas estaban las velas tan torcidas, que iban á caer á abaxo. Asi andaba aquella cruz, por todas las partes en que yo andaba ; más quando se llegaba á mi, volvia á estar á mi vista negra y obscura, y quando le daba la luz del cielo, clara y resplandeciente. Esto me confortó mu-

chas veces, en las cosas que se ofrecieron, en mi enfermedad, de graves tentaciones que padeci, ya por instigacion del enemigo, ya por medio de algunas criaturas, &c. Quan graves, quan continuas, y quantas, hayan sido las tentaciones y tribulaciones, que alli pasé, lo sabe V. P., como quien tanto me ha consolado en mis amarguras y tribulaciones, y tanto, por el amor de Dios, me ha ayudado en todo.

Algunas veces me via tal, que solo tenia el consuelo, de que vieran mis enemigos, quan justamente me castigaba y atormentaba, la mano de Dios N. S., y que vieran aquella justicia, acompañada de misericordia, con que castigaba á su criatura, y ponía en aquellos acerbos tormentos á mi alma, &c.

El dia de mi P. S. Ygnacio; como yo estuviera yá para recibir en la cama á N. S., y se hicieran algunas demostraciones de enojo por la Prelada; yo sentí grande turbacion en mi alma, y luego me parecia oír estas palabras. *Esto lo hace la serpiente antigua, llamada diablo y satanáas.* Con esto me quieté, conociendo eran trazas del enemigo; y así pasé mi curacion larga y penosa; y así he llegado, á los quarenta y quatro años, de vivir en este mundo; y así le pido padre mio, que pues con el favor de N. S., yo me he vencido tanto, y pasado tantas tribulaciones en escribir esto, y darle cuenta de toda mi vida; la mire bien, y los pasos que lleva mi alma, para que no se pierda; pues de nuevo la vuelvo á poner en sus manos, que miro en ellas, las de Dios; para que libre de mi misma, pueda llegar á conseguir el fin para que N. S. nos crió, y lo veamos allá, y lo alabemos; donde espero, por la misericordia de Dios y la interseccion de la Virgen Sma., ver á V. P.

CAPITULO XLII.

Afirmase en la obediencia debida al confesor. Desecha

sus temores para seguir escribiendo. Nuevos y exquisitos tormentos interiores, con que és provada; y de Satanás, representándole, como culpa, haber escrito esta su vida, y sentimientos espirituales. Doctrinas admirables, sobre la inutilidad de los buenos deseos, quando no son seguidos de buenas obras. Aprueva el cielo sus escritos. Acto de humillacion, que dá á estos, la indubitable marca celestial.

PADRE mio : fiada en las promesas, y palabras, de aquel Sor. que dixo : que quien obedeciere á sus Ministros, obedece á su Divina Magestad ; y viendo que V. P. me manda esto, y el P. Diego de Tapia (á quien descubri todas mis tribulaciones, y trabajos de mi alma) viene en ello, y me escribe obedesca á V. R. en esto ; fiada en mi Sor. Dios todo poderoso y misericordioso, y en la madre de la vida y del consuelo, Maria Sma., digo : que despues que combaleci de aquella enfermedad, pasando algunas mortificaciones y desprecios, y haciendome la Prelada, salir de la portería, y dexar el oficio en que me habia puesto ; con enojo me mandó que saliera de alli ; y como yo já más andube de veras el camino de la verdadera humildad, (aunque tantas veces el Sor. Dios mio, me lo enseñó, con su divina luz y consejos, y advertencia de los P. P.,) senti con amargura mi propio menosprecio, el reparo y diceres de las gentes, y la burla de las compañeras. Mas me retiré á mi rincon, á buscar en la fuente de las misericordias, el alivio y refugio, que en ninguna criatura hallaba. Alli me dio su Divina Magestad á entender : que en todas las palabras del oficio divino, de los psalmos, &c. aplicara la consideracion, á sacar motivos de confusion y humillacion mia, y que hallaria copiosa, y abundante materia, para abatirme á mi, y engrandecer á mi Sor. y Dios. Y asi hubiera sido, si mi negligencia y olvido, de las divinas misericordias, no me hubiera siempre atado las manos, y los pies, para no andar en el camino que el Sor.

Dios mio, me mostraba. Con todo eso, fue grande la luz, que el Sor. de las misericordias, me dió, en aquel tiempo; que como arrojada de las criaturas, estaba en mayor retiro y soledad; aunque allí no faltaban molestias exteriores; particularmente, con alguna persona, á quien yo habia hecho, quanto bien podia, y el enemigo la debia de apretar, para que con acciones, y gritos, me affigiera, y tal vez me tirara á la cara, las cosas que le daba para vestirse, &c.

Padeci en este tiempo, enfermedades, trabajos y desconsuelos grandes, en lo exterior, é interior, y como se fuera llegando la Quaresma; me parecia ver con los ojos del alma, un mar de aguas tan turbias, y obscuras, que causaba el verlas, una gran congoja, amargura, y aprieto interior. Pareciame, que N. S. Jesucristo andaba en medio de aquel mar, y entendí, significar algun grande padecer, que queria enviarme, y quedé con grande temor á esta Quaresma, aunque entregandome de todo mi corazon, en manos de N. S., y en su santisima voluntad. Luego empesó á entrar mi alma, en unos desconsuelos y temores, tan espantosos, que parecian los calabozos mas lobregos de la tierra; luego á padecer, tan fuertes y horribles tentaciones, que casi me sacaban de mi, sin tener recurso á ninguna cosa, pues el llegar al confesor, que en tales ocasiones és el unico, no lo tenia; pues en llegando allí, á buscar remedio, parece que los huesos se me desencajaban, y que me metian puñales, por el alma, sin acertar, ni poder concertar razon, ni saber de mí, pues mi alma parece, que andaba con sus potencias, como una pelota por los vientos, arrojada de todas partes, con violentisimos impulsos, sin saber en que hacer pie, ni poder hacerlo, en nada; con un peso y apretura en el corazon, como si lo cargaran de plomo. El cuerpo tan estropeado, que á cada paso me parecia iba á expirar y fenecer, sin poder dexar de estar, en un casi continuo llanto, y temblór, como que con fuego me desgarraran las entrañas, ó que todos mis hue-

esos, se habian vuelto de fuego, &c. Junto con esto llevaba muchas pesadumbres y contradicciones, en las cosas mas sensibles; padeciendo tambien, la persecucion del enemigo malo, no solo con las tentaciones graves, y continuas, sino tambien, con espantos malos, y aborrecibles. En llegando la noche; llegandose y cargandose sobre mi, &c. con figuras abominables, y sobre toda ponderacion aborrecibles, &c. Teniame yo, ya por perdida, y que toda mi vida habia sido engañada, y solo andaba, á que me dexaran quemar, aquellos papeles, que por obediencia habia escrito. Y ahora conosco la astucia del enemigo, pues solo aquello me acordaba por culpa.

En uno de aquellos dias, me abrio N. S. los ojos del alma, estando rezando visperas, dandome luz, de que todo aquello, era padecer, y cruz, y grande misericordia suya. Hizome entender aquel verso del psalmo que dice: *Beatus vir qui implevit desiderium suum, &c.* Como si dixera: Dichosa serás, feliz y bien aventurada, si el Sor. llenare tus deseos, dandote ocasion, de que los pongas por obra; que asi serán deseos llenos, y no quedarán huecos y vacios. Yo puse mis deseos en tu corazon, de padecer, de humillarte, de obedecer, é imitarme; ¿pues por que has de querer, que se marchiten en flor, y no lleguen á ser frutos? Mira, que solo de las obras se dice: “Vean vuestras obras, para que glorifiquen a vuestro padre celestial;” y á las obras és, á lo que se ha de creer. ¿Que piensas que és el alma llena de buenos deseos, sin darlos á luz, en las ocasiones, de injurias y menosprecios, de trabajos interiores y exteriores: es, como la que ha concebido ens su entrañas, y siente en ellas, la guerra de aquellos deseos, que ó se han de poner por obra, saliendo á luz en las ocasiones, ó han de morir, y matar á la madre, y ella padece dolores, y angustias mortales: por que anda en su interior, un espiritu vehemente que la compele á obrar; y tales angustias, le causa el espiritu contrario, y humano, y diabolico, que

resiste al espíritu bueno ; que á veces, con gemidos dice lo que la otra madre, con la guerra que sentia en sus entrañas. ; O si tal me habia de acaecer ! ; que necesidad habia de concevir? Pues mira, si la ausencia del mozo Tobias lloraba su madre, con lagrimas irremediables ; ; qual será la contristacion, turbacion y caimiento que el alma sentirá, con la muerte de tantos buenos deseos, que como los hijos unicos de su madre, le podian dar al alma, honor, alegría, y contento? Los deseos de su corazon, le pagaste ó le cumpliste dice el psalmo, y no le defraudaste la voluntad de sus labios. Esta es pues para el alma, una bienaventuranza; quando el Sor. la pone en ocasiones, de que cumpla la voluntad de sus labios, en lo que propuso en su presencia, y los deseos de su corazon, llegando á la execucion y á la obra ; y asi se dice alabandolo. El és el que llena en los bienes, tus deseos : asi no será el alma confundida, quando en aquella temerosa puerta de la eternidad, que és la muerte, y el juicio, hablen sus enemigos, y se hable en sus cargos, haciendoselos de las inspiraciones santas, de los buenos deseos, y de los propositos, hechos á la Magestad del juez, como palabras dadas, á su Dios, y Sor.

Por dichoso se tubiera el hombre, que quanto deseara tener de hacienda, hallara ocasiones para conseguirlo ; pues esto has de hacer, agradeciendo, y alegrandote, quando se te ofrece, la humillacion, el trabajo y el dolor.

Rey era poderoso, rico, y abundante, el que dixo : “alegradonos hemos, por los dias en que nos humillaste, y por los años en que vimos males ;” y no dice ; por los dias prosperos, ni por los años ricos y abundantes ; por que como hombre á medida del corazon de Dios, amaba las verdaderas riquezas, queriendo ser de verdad rico, llenando en los bienes sus deseos ; y asi dice : bueno és para mi que me humillaras.

Pues como son muchos los buenos deseos, que en todo el tiempo de la vida, has recibido del Sor., bien-

aventurada serás, si aprovechando con la gracia ayudadora, las ocasiones de executarlos, estas fueren muchas: mira que se añadirá gracia á tu cabeza, y que, quanto abundaren las pasiones ó padeceres, tanto abundarán por Cristo, las consolaciones. ; Querrás tu, dime, llegar á la estrecha puerta de la muerte, donde se cierra el plazo, y acaba el tiempo del merecer, cargada solo de deseos no cumplidos, que hagan mayor la cuenta para el cargo, y te llenen de confusion tal, que digas: yo callé y enmudeci en los bienes, y mi rostro se cubrio de confusion? ; No será mas glorioso para el alma, que al llegar á los brazos, y presencia de su padre Dios, despues del destierro y larga peregrinacion, y ausencia, le presente sus pequeñuelas obras, como hijos que la honren, y diga: estos son Sor. los parbulos que me donaste, y diste en la tierra de mi destierro y prision, y en el Egipto de mi cautiverio?

Con estas cosas, y otras, que escribi en aquellos papeles; consolò y animó la infinita piedad de Dios, entonces, mis desconsuelos, y me detubo, á que no quemara, lo que habia escrito, segun yo lo habia muchas veces propuesto, y pedido á V. R. Especialmente, un dia de Pasqua de Espiritu Santo, habiendo comulgado, entendi con mucha claridad y razones, que para ello me ofrecio N. S.: que ninguna cosa de las que habia escrito, era mia, ni del demonio. Y cierto, quando leo y me acuerdo, de las razones tan claras, y abundante doctrina, que N. S. me ha dado, en orden á sufrir los trabajos, interiores, y exteriores; á humillarme y buscar solo su amor, y el ovido de todo lo criado, &c., y lo poco ó nada que yo hago, por su divina Magestad: no puedo dexar de temer, que se cumpla en mi, lo que dice la escritura: vide otro mal debaxo del sol: esto és, aquel á quien Dios le dio *divitias, et substantiam, et honorem*, que todo lo pudiera tener mi alma en los avisos de Dios, sin quedarle que desear, para no alegar ignorancia; y parece

U

∞

∞

∞

que por mis culpas, y ser yo, como un monstruo y aborto de la naturaleza, *nec tribuit ei potestatem Deus, ut comedat ex eo, sed homo extraneus vorabit illum*, por que siendo verdades, de que qualquiera se podria aprovechar; yo pobre, ciega y vil, me quedé por mi culpa en mi ignorancia y miseria.

Mejor padre mio, hablaran en este caso, las lagrimas que corren de mis ojos; pero aun vive el Sor. Dios Omnipotente, que ha reducido á la amargura mi anima; que en el espero, no dexarlo de buscar, como pudiere, hasta el postrer suspiro de la vida, aunque sea arrastrando, y revolcandome en mi propia sangre. Ni me parece que podrán dexar de llorar mis ojos, hasta que el alma desampare al cuerpo, y la mano piadosa del todo poderoso, quite el llanto de mis ojos.

CAPITULO XLIII.

Por una aparicion visible de Satanás, descubre la ocasion en que se hallaba de pervertirse, una joven, y la remedia. Raro suceso acaecido en el coro con toda la Comunidad, á la sierba de Dios. Es fortalecida, con otro nuevo favor del cielo.

EN este tiempo, una mañana me parecia, que el enemigo, en figura de una culebra, con la cabeza como de culeca, haciendo el sonido que ellas suelen hacer, salia de un rincon de la celda, y llegaba hasta la puerta, volviendo luego á la misma parte de donde habia salido, como suelen hacer las culecas, á defender y echarse sobre su nido. Yo no hice caso de aquello, mas luego pedi un escritorio, que estaba en aquel rincon, y haciendolo abrir, hallé alli unos papeles de cosas profanas, con que personas de fuera, inficionaban la inocencia de una niña, que se criaba para religiosa. Fue mi sentimiento, a medida del daño, que no habia

yo imaginado. Quiso N. S. que se remediara, y no pasara adelante aquella distraccion; que tan ofensivas son al hijo de la Virgen, que las previene y toma por esposas, y luego el enemigo procura divertir las y perderlas, con las conversaciones vanas de seglares; pero en esta ocasion no lo logró, por que N. S. le hizo que sé descubriera, y sacó de alli N. S., el bien de que aprisa le dieron sus padres, el habito.

De alli á pocos dias, estando yo con la Comunidad en la oracion, que tienen de noche; en habiendo dicho los maytines, estaba con harta negligencia y pereza, algo ocasionada de enfermedad, quando de repente, empesaron á gritar todas las religiosas, y cercandose de mi, unas me exortaban á que hiciera actos de contricion, otras á que dixera el credo, otras me echaban agua bendita, y traian imagenes de Santos, y me los ponian ensima, exortandome cada una, con desentonadas y diferentes voces, y todas á un tiempo, á lo que á cada una, le debia de mover su devocion, ó su turbacion. Yo me llené de un pavor y temor indecible; y el juicio que alli hice, fue, de que ya se habia llegado el fallo de mi vida, y que Dios queria, que mi castigo fuera, exemplar y publico, y asi lo habia mostrado á sus esposas; por que desde la Prelada, hasta la ultima, todas me exortaban à un tiempo, á diferentes actos de contricion, y á que dixera: Jesus. Yo estaba de rodillas, sin atreverme á levantar los ojos, temblando y temiendo; y con la voz, quanto baxa podia, solo les decia algunas palabras, que las movieran á rogar à Dios por mi. Duró mucho espacio, aquella confusion y alboroto. Cierto que me dá risa acordarme, qual estaba aquel alboroto; debio de mover el enemigo, por que fue cosa estraña. Y yo quedé tal, que luego se agrabaron mis enfermedades, y cai en la cama con varios accidentes, de achaques, desconsuelos y temores. Duró tres meses, y mas, el estar en la cama padeciendo en el alma, y en el cuerpo; y mas, quando por aquellos dias, quando apenas em-

pezaba á volver en mi de la enfermedad, vinieron nuevas, de que V. R. se iba de esta ciudad, á la de Sta. fé. Aquí fueron mis mayores desconsuelos, por que, á un tiempo me faltaba todo el consuelo, y el arri- mo y aliento en mis grandes temores, necesidades y trabajos de mi amina. Quedé como el que, en una noche muy obscura y trabajosa, pierde su guia, ó se le esconde ; por que juntamente era grade el desamparo interios que tenia y padecia mi alma ; y como me hallaba ya, tan cansada, de trabajos, y enfermedades, y tan poco fundada en las virtudes, se me hacia aquel nuevo trabajo, y mi desamparo, mas intolerable, y el cielo se me juntaba con la tierra.

En medio de estas penas, me hallaba una noche (que me quedé dormida) en una iglesia grande y bien aliñada, onde se hacia una fiesta de S. Bartolomé. Yo via salir, como de una capilla ó Sacristia, un religioso grave, y de muy amable presencia con el habito de Sto. Domingo, sin manto, como que estaba en su propia casa, y reconociendo que era algun gran Sto., casi me parece, me queria yo esconder ; mas llegandose á mi, yo me arrodillaba, y el echandome los brazos, con grande caridad y magestad, me decia. *¿ Es posible Francisca, tanto olvido de Dios y de sus misericordias.?* Era esto una como queja y reprehension, muy fuerte, aunque suavissima, y en ella me traia á la memoria, todo lo que he debido á N. S. de beneficios particulares, aunque no me los acordaba con palabras expresas ; mas yo lo entendia. Quedé con esto, un poco mas fortalecida á llevar mi trabajo, y no morir por entonces, lo qual habia yo harto deseado ; y asi lloraba amargamente, aunque conforme con la voluntad de N. S., y fiada en el, y en la Sma. Virgen.

CAPITULO XLIV.

Varias alocuciones ó hablas interiores, con doctrinas

provechosas. Destinanle de nuevo á ser Maestra de novicias. Sufre mucho en esta epoca. Ynestimable precio de los trabajos. Explica algunos de los que sufrió entonces. Recibe una carta de un religioso, que la reprende y amenaza, y luego se retracta.

YO quedé, en aquella soledad y trabajo, en lo interior, con grandes desconsuelos, y en lo exterior, con cosas que me mortificaban mucho. En especial, andaba vivo el pleyto, del colegio, y convento, y todo cargaba sobre mi: decíanme muchas cosas muy sensibles. Una noche de estas, me parecía hallarme en una fiesta, donde habían puesto muchas luces, y que todas se empesaban á arder, por de dentro los pabilos, de manera, que los corazones de la cera se arodian, y levantaban un incendio grande. Yo viendo que aquel fuego, llegaba á querer quemar la guarnicion, del Sto. P. Francisco Xavìer, lloraba tanto, que con mis lagrimas, se apagaban los pabilos, que como digo, por el corazon habían empesado á arder. No lo entendí por entonces, hasta que la experiencia me lo dio á conocer, pues el apagarse aquel fuego, fue á costa de muchas lagrimas mias; ó fue señal de que el se acababa, quando creció mi llanto.

Tenia por este tiempo, cosas que me fatigaban mucho, por que temia en ellas culpa; hasta que un dia me pareció, que el alma via ó sentia, á N. S., como quando andaba en el mundo, en medio de la celda donde vivo, y que arrimando á su pecho mi cabeza, la recibia con amor. Quedé con esto fortalecida y mejorada, en aquellas cosas que tanto me afligian.

El dia de Ramos, no me acuerdo si al tiempo de comulgar, ó poco despues, senti en lo mas interior de mi alma unas palabras (me parece que claras y distintas) que decian: *Francisca: ¿quieres ver la inconstancia de los corazones humanos?:::* Aquí pararon, por que yo no sé que entendí, ni que fue aquello, que toda el alma, y las entrañas se me conmovie-

ron, y empesaron á correr de mis ojos dos corrientes, que no podian cesár, ni detenerse, y me parecia que en ellas queria exalar el alma. Bien sé yo, (por que me lo han enseñado) que no se ha de estribar en estas cosas, sino solo en lo que enseña la fé; pero he experimentado, que hacen raras mudanzas en el alma, en orden á plantar el bien, y quitar el mal. Esto que digo del dia de Ramos fue, como quando una persona va á decirle á otra, cosas de mucha pena, y en viendo que quando las empiesa á oir, és mucho su sentimiento, pára y no prosigue, aunque ya, á quien las oyó, queda aquel dolor en el alma; asi quedé yo aquellos dias, que freqüentemente me acordaba, y continuamente lloraba.

Aquel año, me nombraron por Maestra de novicias, y yo tube harto que tolerar; por que llegó caso, en que alguna puso en mi las manos, con gritos é ignominia; aunque yo no lo llevé como debiera. Quisàs tube algun engaño, en parecerme, que debia corregir lo que estaba á mi cargo, por un lado, ó por otro. Aquel año fue una continua cruz y tormento, y llegaba á puntos de morir con la dureza de alguna, y con los pesares que me daba, &c.

Hubo por este tiempo, algunos disturbios, castigos, y pesares en el convento, y permitio N. S., que todo el peso de ellos, cargara sobre mi, y todo el enojo de la Prelada, no siendo cosa, que de ninguna manera me tocara, ni tubiera, en ello parte por ningun lado; por que como N. S. por sus santisimos y justisimos juicios, siempre me ha tenido ocupada interiormente, en una rueda de tormentos y desconsuelos; poco lugar me ha dado para atender á lo exterior, y mucho menos, á lo que no me tocaba. Con todo eso, por otros pecados mios, padeci harto en aquella ocasion; hasta llegar á prometerme en Comunidad, azotes y castigos, y hacerme cargo de que comulgaba todos los dias, y salia al locutorio) lo qual hacia yo, por alguna cosa precisa, ó con aquella Sta. Señora mi parienta, que casi me

crio, y la tenia yo por madre. Decian ; que me queria alzar con el convento, y quitarle las llaves de él, que lo traia revuelto y abanderizado ; y que mi jarsia (que asi llamaban à mis parientes) de dia y de noche, lo destruian, &c. Era grande el enojo que mostraba en todas ocasiones, no solo en los capitulos de culpas, mas en todas partes.

En especial, un dia en que yo habia entrado en exercicios, con las novicias, y subiendo de comulgar, al coro alto, estaba ya junta alli la comunidad, y mandando salir à las novicias fuera, como quando hay capitulo de culpas. Las cosas que alli se dixeron, y el enojo y furor de la Prelada, yo no lo sé explicar, las voces, no solo se oian en la iglesia, mas pudieran mucho mas lexos. Alli se prometieron castigos, y se hicieron los cargos de la comunión, y algunos, que me afligieron harto ; como era, el que me encerraba en los locutorios, á contar quanto pasaba en el convento. En todas estas cosas, yo procuraba poner los ojos de mi pobre y miserable alma en N. S., y aquel dia, como era el primero de exercicios, y yo les decia á las novicias, algo de lo que entendí, del altísimo fin para que Dios nos crió, y el destierro en que estamos ; lo decia con hartas lagrimas, quisá que serian del amor propio. Asi proseguia en el retiro de los exercicios, y el dia que meditabamos las penas del infierno, me parecia, que mi P. S. Francisco me cubria con su manto, y asi sentia grande alivio, de la congoja, con que meditaba aquellas penas. Despues entendí, que habia sido enseñarme, que el camino, para no ir á allá, és la humildad, y guarda de la regla. El dia que meditabamos en el juicio final, me parecia encontrarme con aquella Lega pobre, simple y despreciada, que murio aqui ; y que con inefable alegría me abrazaba, como quando despues de mucho tiempo se ven dos, que salieron bien de un gran trabajo, á puesto feliz, se dan los parabienes. Sentí grandísimo consuelo y aliento, para abrazar qualquiera trabajo, &c. ¡ O si yo fuera predica-

dor, ó confesor, como les dixera á las almas que desean el camino de Dios, y su Divina Magestad les hace el bien, de que en este mundo sean humilladas y despreciadas. *Ten lo que tienes, ten lo que tienes.* Mira no huigas, y arrojes tu corona, y la reciba otro. Estos son los mejores dones, de que habiamos de tener emulacion! No por que yo, como mala, loca y insensata los he sabido apreciar, como debiera, hasta que conosco y lloro, que me faltan en mucha parte, no sé si es, por que ya no los siento, ni si en esto estoy engañada. Valedme voz dulcísimo Jesus, hijo de Maria, verdadera vida de mi corazon; quanto dulce y suave será andar peregrinando con vos y padeciendo, que poseer todos los Ymperios de la tierra, no estando vos presente! ¿Que cosa era padecer algo, de mano de las esposas de Dios, almas en gracia; y mas de los Prelados, que siempre irán con buen zelo, (suponiendo que padecieran algun engaño) quien tan merecido tenia padecer en el infierno?

Yo sentia mucho, que me taparan la tribunita, que cae, de la celda á la iglesia, por ser todo mi refugio y mi vida, asistir en ella; y una de las cosas que mas me movia á ser monja, poder vivir donde está N. S. sacramentado. Mandaronla arrancar y tapar, con algun rigor en el modo; mas valiendome en secreto del carpintero, y pagandole alguna cosa, por que me dexara algun ahugerito asia al altar mayor, para poder oír misa, lo hizo asi; aunque esto tambien dio alguna pena, segun me enviaron á decir. Luego mandaron arrancar aquel arbolito frutal, que tenia en el huertesito, y el enemigo bullia las cosas de manera, que se atrabesaban circunstancias de harta mortificacion: no por que las criaturas de Dios, ni religiosas, ni sirvientes, lo harian con intencion de mortificar; que antes, una de las cosas que mas me han affigido en esta materia, és conocer la bondad de los sugetos que me han affigido, y no acertar á darles contento.

No han dexado de salir fuera del convento, las no-

ticias de quien yo soy, pues no sé, si en esta misma ocasion, ó poco despues, me escribió un religioso de cierto convento, de mucha virtud, (aunque yo no me habia confesado con el) una carta bien dilatada (era de una letra bien menuda, medio pliego quajado hasta las margenes, por todos lados) diciendome: "Que Dios le habia inspirado, que me avisara de mi perdicion, engaños, y soberbia, y que estaba ilusa: que Dios, que hablaba por su boca, me lo decia." Lo que se me acuerda és, que me amenazaba mucho con la Ynquisicion, y me daba mucho en rostro con los confesonarios, decia: que mi vida y mi trato, era mormurar y roer las vidas ajenas. Amenazabame mucho, con las penas eternas, y el juicio de Dios, y traia para ello (á lo que yo entendí) muchas cosas de la escritura, y dichos de mi P. S. Francisco. Ne me acuerdo si me turbé demasiado, á lo menos temi mucho.

Llamé al P. Rector Juan Manuel Romero, con quien entonces me confesaba, y le pregunté: ¿que haria en esto? Mandóme que callara, y asi lo hice. Despues me envío este Sto. religioso á decir: que le perdonara.

CAPITULO XLV.

Muere una religiosa su sobrina, dexandola consolada con fundadas presunciones de su salvacion. Sublimes doctrinas sobre la caridad fraterna. Suspiros del corazon, anelando por diferentes virtudes. Padece una grave enfermedad, y sana con unos sentimientos semejantes á los del Apostol, quando deseaba verse libre del cuerpo de muerte, y unido á su Dios.

PASABA yo en mi soledad y trabajos, y en aquellos dias se llevó N. S. á aquella religiosa mi sobrina, que en otras partes he dicho, me costó tantos pesares;

y ella murio muy bien dispuesta ; con muchas señales de su felicidad, y de que la inmensa piedad de Dios, la llevó á premiar sus trabajos ; pues además de ser ciega, que no via la luz, padecia perlesia y otros muchos achaques, y con todo andaba en pie, sin faltar á los actos de comunidad, en coro y refectorio, &c. Era grandemente humilde, y paciente, y andaba ya muy unida á N. S. En la ultima enfermedad, que fue de un dolor tan violento de cabeza, que le quitó la vida, le dio un parasismo, y quando volvió de el, dixo : que venia de el muy cansada, por que habia andado un camino muy pedregoso, donde le habian dado las manos dos Señoras muy lindas, que la una era con habito del orden; y que encontrando á un hombre como Jesus cargado con un madero muy grande, le habia dicho : que se volviera á quitarse las piedras que llevaba, y que entonces fuera : llamó al confesor, y estuvo con el, mucho espacio de tiempo, y aquella noche murio. Era sumamente pobre, y humilde; y habia sacado despacho de la sede vacante, para no tener vos activa, ni pasiva en el convento, con que yo quedé consolada con la esperanza de su descanso, aunque me faltó su compañía apacible y buena. Luego vino el P. Rector á mandarme ; diera los bienes, por que habia ido el Vicario del convento, á pedirle, me persuadiera á ello. A mi me causó admiracion, de donde salio aquello, por que sobre ser suma y manifiesta su pobreza, no habia yo querido disponer, ni aun del velo que dexó, sino que lo hiciera la superiora. N. S., con su infinita misericordia, ha querido por todos lados humillar mi soberbia, ya por medio de las criaturas racionales, y ya de otros muchos modos ; y quiera su Divina Magestad, que alguna enmienda haya en mi, humillandome en su divina presencia, para no ser aborrecible á sus divinos ojos.

Dabame N. S. por este tiempo, muchas luces de como habia de haberme en la caridad, para con mis hermanas las religiosas ; en especial, se encaminaba á

esto, todo lo que entendia en particular. Pondré una cosa de las que entonces conocí, como si dixera: no seas lince para ver los defectos de tus hermanas, por que la caridad cubre las culpas ajenas; antes debes ser como el topo, que ciega (para las que no te tocan) solo cabe en la vileza de tu tierra, de tu propia miseria y culpas, y quando te tocare el remediar las ajenas, y curar las llagas de tus hermanas (que llagas son en el alma las culpas) lo has de hacer, con aquel amor y tiento, que cura la madre á su tierno y querido hijo, aplicando la medicina, mas para la salud, que para el dolor, antes en quanto puede tomar para si el dolor, &c. ; Quanto mas cuidado se ha de tener, con el alma y sus enfermedades, que con el cuerpo y las suyas? quanto se estima mas, quanto vale mas, quanto se arriesga mas. Quando enfermo, entonces soy poderoso, decia el Apostol, por que las enfermedades del cuerpo, no quitan, antes suelen dar valor al espiritu, y perfeccionarse en ellas la virtud: mas las enfermedades del anima, pesan tanto, que por ellas, y por su salud se hizo hombre Dios, y derramó toda su sangre, y dio su vida, y se quedò en comida y manjar. Asi pues, que no imagine la soberbia humana, hacer á fuerzas, lo que la sabiduria divina, hizo con tanta costa suya, suavidad y amor; y despues de eso, se mueren muchos, con la muerte eterna. ; Teme pues y tiembla, ó polvo y lodo!

Estas cosas, y otras muchas, que largamente escribi entonces, daba N. S. á conocer á mi alma: todas se encaminaban, al modo de tratar á los proximos, yo no sabía por entonces á que se encaminaban, por que aunque me viniera al pensamiento, temia el gobernar á otras; conocia tambien, con muy particulares modos, quanta vanidad és, todo lo que no es Dios, quan facil le és á su divina Magestad, hacer, y deshacer, en los Orbes de la tierra, qualquiera cosa, y quan dichoso és el pobre, y despreciado á los ojos de los hombres. ; Quantos riesgos tiene el alma, en aquellas cosas que

las criaturas quieran alabar ó estimar? Sentia mi alma un grande deseo, de su Dios y Sor., tal que me parecia sobre las fuerzas; por que al paso que su piedad misericordiosa, daba luz al alma, para conocer su propia desnudés, pobreza y necesidad; crecia la sed, hambre, y deseo de llegarze al centro de todo bien: deseaba mucho amar á mi Dios, más y mas, y padecer por su divina Magestad quanto pudiera; pedialo así continuamente, á la madre y puerta de todo el bien, mi Sra. la Virgen Maria.

Pedia yo con todo mi corazon, á N. S. (aunque con temor, pareciendome mucho atrevimiento) me concediera, sentir y padecer algo, de los dolores que sufrio en su Sma. pasion, el qual beneficio, deseaba mas que la vida. Deseaba tambien, acertar á dar gusto á N. S., de manera que me hiciera digna, de morir de su divino amor, y esto le clamaba con intimas ansias, que el mismo ponía en mi corazon.

Cada vez que levantaba los ojos de mi alma á N. S. crucificado, me parecia ó sentia, que mi alma caía como desmayada en sus brazos, y en su pecho, como sin aliento. Esto me sucedia repetidas veces, y habiendo pasado así algunos dias, me dio una enfermedad mortal, con graves dolores y quebrantos, que por ultimo, resultó en tabardillo, tan fuerte, que luego me desauciaron, y trataron de sacramentarme, y olearme: tenia yo grandisimos deseos de salir ya de esta vida, y me parecia tardaba la muerte, por que en aquella ocasion borró mi Sor., el temor de mis pecados, ó la memoria de lo que me podia hacer temer, y solo me acordaba de su infinita piedad y la compañía de los justos; especialmente me consolaba con la memoria de los P. P. de la Compañia, que me habian procurado enseñar el temor de Dios, desde niña, y ya yo esperaba verlos en el cielo. Hice confesion general, con el P. Rector Juan Manuel Romero, y con ser tal la fuerza del achaque, y calentura, nunca perdi el juicio, á lo que me parece, y á lo que el P. Rector de-

cia despues ; que se admiraba de eso. Animabame con mucha caridad, á dar aquel ultimo paso del tiempo á la eternidad, y yo esperaba fiada en mi Dios, con grande alegria y deseo, el fin de mi destierro ; pero este gozo, se convirtio en llanto, y llanto amargo, quando me vi empesar otra vez á vivir, mejor dire á morir sin acabar. Yo confieso, que en esto faltaria en algo, á la conformidad que debia tener, con la voluntad y disposiciones del Sor. Dios mio, y dueño poderoso de todo ; mas luego que me vi, que no moria, cargaron en mi alma tantas penas, como las olas del mar, y decia llorando sin alivio, á mi confesor, y al P. Capellan del convento. Yo sè que quedo, á grandes trabajos y penas.

CAPITULO XLVI.

Refiere con circunstancias notables, como obtubo la salud por la intercecion del gran Patriarca Sto. Domingo. Actos de humillacion profundisima. Molestala Satanas en la combalecencia, y las criaturas, por varios modos. Contradicciones que sufre al acercarse el capitulo, y por la profesion de una sobrina suya. Trabajo interior.

EN lo mas fuerte de aquella enfermedad, via yo, que en un teatro ó junta de gente grande y santa se trataba de mi enfermedad ; y que mi P. Sto. Domingo, estaba arrodillado ante la gran Reyna y Madre de Dios, pidiendole por mi ; y alguna de aquellas personas que alli asistian, que me parecia Angel, aunque yo no le via presencia corporal, me decia. *Encomiendate mucho á este glorioso Sto. que es tan amado de la Reyna de los Angeles, que quando nacio, tubo sus pañales en las manos, y los bendixo.* El Sto. me decia : que rezara yo el rosario, de los misterios dolorosos ;

x

y así lo hice, aunque la calentura ó fiebre era mortal, y los dolores grandes sobre manera. El Sto. pedia á la gran Reyna, por mi miserable.

En aquel mismo tiempo, estaban algunas religiosas, en otra celda, diciendo ó cantando la Salve á Na. Sa. por mi, ante un quadro de la Sma. Virgen del Rosario, que tenia á Sto. Domingo arrodillado á sus pies, como á mi se me habia mostrado; y fue tan copioso el sudor del Sto., que todas se admiraron, que corria hasta el marco del quadro, segun todas lo decian despues; y una criada que habian dexado á que me cuidara dixo: que sudó el Sto. al mismo tiempo que yo lo llamaba, en aquella profundidad de mal.

No sé yo lo que ahora voy á decir, como fue, ello me parece, que allí habia varios pareceres, que por una parte se decia; que convenia que me muriera, por que si vivia sería Abadeza, de allí á siete meses, y correria riesgo, &c. por otra; que aunque viviera, podria N. S. disponer las cosas de manera, que no fuera Prelada, y que aunque lo fuera, podia Su Magestad hacer, que redundara en servicio suyo, y librarme del mal de la culpa. Aunque despues se me ha propuesto lo que pudo ser.... No lo digo padre mio, por que no estoy con aquella certeza que cabe en estas cosas. (Esto pasaba en el alma pareciame que eran los Stos. Angeles.) Pues despues de haber llegado á estar las religiosas, esperando á que tocaran agonía, por que los parasismos eran grandes, y los P. P. de S. Francisco esperaban, velandome ya como á moribunda; como digo volví en mi. ¡Ay Dios mio! ¡No sé yá como pasará de aqui, con la confusion que me causa, y el dolor; con la memoria de lo que por mi ha pasado, y con el temor de lo que me faltará! ¡Que diré Sor. Dios mio? Solo que vos sois refugio de los miserables; y que no te habeis de airar, sobre la caña quebrada, ni sobre las plagas de los miserables; que no habeis de mostrar tu furor, Dios de Ysraél contra un perro muerto. Tu habitas en las cosas santas ala-

banza de Ysraél, en ti esperaron nuestros padres y fueron hechos salvos. En ti espera el guzano, y desprecio de las cosas mas infimas.

Quando empesé á volver en mi, me parecia ver con los ojos del alma, á N. S. Jesucristo, como en edad de joven, con una tunica toda compuesta de unas flores, del modo y color de las violetas de la tierra; y pensando yo, ¿por que Sor. mio teneis unas flores tan despreciables y tristes, tan cerca de vos? entendí me respondia estas palabras: *Por su buen olor para convidar á los amigos.* Despues de seis años que esto pasó, oi á un predicador decir; que las violetas significaban la humildad, y que N. S. se llama flor del campo. Oxalá, me enseñe su divina Magestad, esta virtud de tan buen olor, y de que yo tanto necesito, como sabe V. P. Me parecia que aquellas flores significaban, lo que habia padecido en aquella enfermedad, que fue como un martirio, que duró en su mayor rigor, casi tres meses.

No permitio N. S., que el enemigo me atormentara en ella, con las cosas que suele; que és poniendo á los ojos sus abominaciones; mas quando empesó la combalecencia, salio como de represa; ya como un negro muerto, amortajado de blanco, ya como mastin, y otras peores figuras, mas horribles, &c.

De la enfermedad quedé con grande melancolia, que no me podia yo valer, y con tantos quebrantos en el cuerpo, que á penas podia vivir. Las criaturas humanas, tambien se conjuraron á affigirme, por que Dios asi piadosamente lo disponia, y yo tenia mas materia para llorar mi destierro. Las pobres alhajas de la celda, como ya me tenian por muerta, se habian faltado. Las religiosas y criadas, huian de mi, con harto extremo. Hasta al medico le mandaron, que no me entrara ya á ver. Aquella novicia que V. P. sabe que se crio en la celda, mi parienta, me affigia por muchos modos. Luego empesaron á darme unas noticias, que me atormentaban mucho; de que á mi

hermano lo llevaban preso, y que sin duda, se ejecutarían en él, muy afrentosos castigos. Y como esto, me parece, lo movía el enemigo, no había seglar, clérigo, muger, ni niño que no lo dixera. Y una noche estando yo sola, sin que persona humana llegara junto á mi, me dixeron: *ya el despacho para llevar preso á tu hermano está en Tunja, y á ruego de los P. P. de S. Francisco lo han suspendido y ocultado, hasta que pase el día de mañana, que profese su hija.* Era esto con tales efectos, como del padre de la mentira y tinieblas, reventando, y turbando, mi corazón; y de la misma manera que á mi me lo contó por permission de Dios, lo cundió por el convento, de modo que algunas religiosas compasivas, lo lloraban ya por muerto por justicia, y con afrenta; de modo que lo que á mi me admiró despues fue, que sin que le faltara circunstancia, de las que á mi me dixeron sin saber quien, ni haber nadie; de ese mismo modo lo cundió por el convento, y por la ciudad el mensajero de males, segun despues yo supe.

Fue grande mi afrenta y pesadumbre, con las cosas que pasaron en el Capitulo, todas muy penosas para mi. Juntaronse tambien pesares en el convento, estorvando por quantas maneras podian, el que profesara aquella novicia; ya negándole los votos, ya escribiendo al Arzobispo, que no diera la licencia, ya enojándose con las personas que hacian alto, y haciendo otros extremos, &c. Todas estas penalidades, como me hallaban tan sin aliento, me fatigaban arto; y miraba tan de nuevo mis penas, como que jamás las habia pasado, ó como que venia de nuevo á la vida mortal, y penalidades de ella. No tenia á donde volver mis ojos, por que hallé por entonces una novedad grande en mi interior; que era no serme posible pensar en la pasion de N. S., ni aun ver imagenes de ella, por que me daba un modo de pena tal, que no la podia tolerar, era pena con grande espanto y temor, y sin aquella dulzura y ternura apacible, que el alma halla

en la meditacion de la pasion del Sor., con que vive y con que se acompaña en sus penas. Esto no era así, sino un modo de pena, con terror y espanto, y que totalmente no la podia tolerar ; con que andaba sin tener donde hacer pie, como quien ha perdido su compañía, solo llena de terror y espanto, de desconsuelos y enfermedades, de sustos y temores, y tambien de pesares, por todos modos, en la celda, en el convento, &c. y fuera.

CAPITULO XLVII.

Tratase de eleccion de Abadeza. Dasele á entender por modo extraordinario, que ella lo será. Temores que se le originan de esto. Verificase en ella la eleccion, contra el empeño y maniobras de muchos. Experimenta varios desprecios y oprobios, en su Prelacia. Estado infeliz en que halla el convento. Dificultades y obstaculos para repararlo. Socorrela Dios abundantemente. Confusiones que la cercan.

SUCEDIO por aquel tiempo, que la persona que gobernaba el convento, trataba de hacer Abadeza (por que se acercaba la eleccion) á una religiosa, que en la ocasion era Sacristana. Pues como llegó el Viernes santo, habiendo entrado la procesion en esta iglesia, cayó un aguacero tan grande intempestivo, que hubo de quedàr aqui por muchas oras, el Sto. Sepulcro, y la Purisima Virgen de la Soledad mi Sra. No sé que anuncios fueron estos para mi corazon ; ò que le dixeran á mi alma, que se deshacia en ternura, y se prevenia para algun padecer. Al mismo tiempo estaba viendo los aplausos, que ya le hacian á aquella religiosa, que habia de ser Abadeza, y algunas religiosas la trataban, como à tal. Pasaron algunas oras, y yo

metida en mi continuo desprecio, me quedé dormida, y luego me hallé andando á toda prisa un camino, (por que habia oido la campana de Comunidad) algun espacio andube caminando, y luego me hallé volando, andube asi algun poco con descanso, y luego me hallé en una pieza del convento, tan trabajosa de andar, que parecia cocina, toda desbaratada, y tan desigual el suelo, que me via obligada á ir arrastrando mas que de rodillas; mas entonces con grande consuelo interior, decia entre mi, muchas veces: *eleji abjectus esse in domo Dei mei, &c.*, por ultimo me hallé, sin saber como, en un ante coro ó casita, que toda por todos lados amenazaba ruina: las vigas y maderas del entre suelo se estaban cayendo y temblando, y quando yo con aquel temor de verme en tanto riesgo, queria tenerme del techo ó de los lados, todo lo hallaba falso, devil, y carcomido; descubria entonces un corto ahugero, y con un bordon que llevaba en la mano (que era solo el que en tanta tribulacion me mantenía) lo desembarazaba de algunas cosas que impedían la entrada por el, despues del qual, y en lugar mas adentro, estaba una religiosa de aqui: puesta de rodillas (esta fue la que despues me siguió en el oficio.) Yo en todo esto que me pasaba, entendia claramente, y sin ninguna duda, la cruz del oficio; y asi sucedió todo muy puntualmente. Yo daba aquel dia, tristisimos ayes y gemidos, y sin poderme ir á la mano decia: ¡O quien nunca hubiera nacido! Llevada de la afliccion y congoja.

Luego fue N. S. servido, de alentar mi corazon, arrojandome en sus divinas manos, fiada en su providencia, y olvidando aquello, fui pasando consolada, con la experiencia de mi propio desprecio. Y asi, aun con este aviso, ni con otros con que N. S. me previno: como fue un dia, hallar de repente una estampa, de una monja, con una vela en la mano, y en la otra, un libro y unas llaves; y al mismo tiempo entender claramente lo que aquello significaba, y que N. S.

me lo mostraba, y con ello me enseñaba, la regla, la clausura, el buen exemplo. Mas como digo : á todo esto cerraba yo los oidos de mi corazon, teniendolo por tentacion, y asegurando mis temores, en lo humano, con ver que segun corrian las cosas, estaba bien segura ; por que el Vicario del convento, pedia á las religiosas que por la sangre de N. S. Jesucristo, no intentaran darme su votos, y que de suceder asi, el dexaria el oficio. Lo mismo decia el Sindico, segun supe despues, por que en aquel tiempo, yo me estaba, como siempre sola, y sin tratar con ninguna, salvo en cuidar las novicias.

La persona que gobernaba el convento hacia (segun dixeron las religiosas) extremos, arrancandose las tocas y el velo, diciendoles : que los demonios habian cegadolas para hacer tal eleccion, que si me hacian Prelada, verian destruido el convento : que delante de aquel Sor. crucificado las ponía, para que el dia del juicio, dieran razon del mal que en esto hacian, &c. En fin, contra la voluntad de todos los que mas podian, y con hartos oprovios y desasones, me pusieron en aquella cruz y tormento; y luego todas me volvieron las espaldas, y cada una queria, no hacerse cargo de aquel mal, y asi, todas huian de mi, desde el dia que se hizo la eleccion.

A los dos ó tres dias, fue forzoso hacerle una pregunta á una religiosa, en cosa que conducia al gobierno del convento, por que yo pobre, inutil y convaleciendo de una tan penosa enfermedad ; que podia saber ? Para esto le pedi : entráramos á la celda, y á pocos lances, me dixo : que era mucha desvergüenza que yo la preguntara á ella, y que enhoramala. Lo decia esto con tanto enojo y colera, que parecia queria reventar : N. S. me dio paciencia, que solo estaba admirada de ver aquello, y asi aunque ya con el oficio de Prelada la procuré apaciguar, abrazandola con quanto amor y respecto podia, levantandome á darle agua, por que el enojo la tenia medio ahogada. Co-

mo todos se habian conjurado contra mi y sentian tanto esto, yo no hallaba amparo en lo humano, y lo sentia más que todos, sin tener mas desago que los ojos para llorar, y mas quando via, que ya ni aun de los desprecios me era licito gozar, ó pasar en ellos con la seguridad que antes, por que no la hallaba, en dexár ultrajar el oficio, que Dios habia puesto en mi vil persona.

No puedo yo padre mio decir las cosas en particular que tube que padecer, por que fuera alargar mucho; las mofas y burlas, los enojos, hasta darse maña algunas religiosas á hacerme salir huyendo, y con harta vergüenza y incomodidad del dormitorio donde estaba, por que no hallé otro camino de quietar las cosas; y asi me iba sola á una pieza despoblada, donde lo pasaba sentada en una estera, hasta que una noche de aquellas, una buena criada me llevó alli un colchon suyo, para que tomara algun descanso.

Hallé que el convento á toda prisa se iba acabando; por lo que tocaba á sus rentas, empeñado en muchas cantidades, el archivo, sin ningun papel, ni de donde poder tomar noticia de nada, por que todo corria por el Sindico, y el decia, que no tenian nada, y que si se habia de comprar una carga de leña, habia de ser empeñando la capa ó la espada. Habia pleytos muchos y muy penosos, y todo tan confuso, y á mi parecer tan sin camino, que yo no sabia mas que clamar à N. S. y à la madre de la vida y de la misericordia, Maria Sma. Yo me hallaba del todo ignorante, ni aun el estilo de hablar con los seglares sabía; por que sacado de mis confesores, para buscar remedio en mis aflicciones, y mis hermanos; yo no habia tratado desde que me entré monja, otras personas.

Solo un clerigo que habia sido Capellan del convento, me animó, prometiendome ayudarme, fiando ó prestando para el gasto, por que el Sindico se iba á Sta. Fé á proseguir los pleytos; mas à pocos dias, murio de repente aquel clerigo, y antes de haberme ayu-

dado en nada, se acabó aquella esperanza en lo humano. Lo que á mi me desconsolaba de muerte era, una persuacion fixa que tenia en el corazon, de que por mis pecados, habia de permitir N. S., que estando el convento en mi poder, se aniquilara y se acabara de atrasar, que no hubiera para darles un bocado de pan á las monjas, aunque por otra parte me consolaba, que por castigarme á mi, no habia N. S. de dexar perecer á las monjas, siendo esposas suyas.

No puedo padre mio dexar de decirle, que en llegando aqui me confundo, por que no sè como decir las cosas, y disgustos que llovian sobre mi, la soledad con que lo pasaba, &c. : que me parece mas facil callarlo todo, que decir algo.

El dia que se fue el Sindico para Sta. Fé, me dexó para el gasto veinte reales, en una deuda que no pude cobrar, y quatro ó seis pesos en otra deuda, de la misma imposibilidad. Aquella tarde pidieron en la porteria, la limosna que acostumbran los P. P. de S. Francisco, y de ninguna manera pude hallar un quartillo para darselo. Estas cosas pasaba con grande afliccion ; mas aquella inmensa piedad de Dios, dispuso, que nada les faltara á las religiosas, ni aun en aquellos tiempos de tanto aprieto ; y con doce pesos y medio, que acaso me trajo un buen hombre, se fue bandeando todo, que parecia cosa imposible ; mas la providencia de Dios lo debia de acrecentar, y luego llamé al P. Procurador de la Compañia, y me alivió y consoló, con que quando el Sindico volvio de Sta. Fé, ya yo corria con el gasto, y no le pedia nada.

Andaba en medio de esto mi corazon tan triste, tan fuera de su centro, tan seco y lleno de amargura, como si jamás hubiera tenido alguna luz de Dios, solo me consolaba el mismo trabajo y padecer. Era preciso estar continuamente oyendo dependencias de seculares, engaños, codicias, &c., y olvido de lo eterno, con que asistia á aquella rexa con tanto tormento, como si con crueles cadenas, me tubieran atada á ella,

Lloraba continuamente, y solo con esto me consolaba: pareciame que se hallaba mi alma, como una persona que de todo punto perdía el camino que siempre habia buscado, y por ningun lado atinaba con el. Las cosas que tocaban á estimacion me aterraban, hacian temblar y secaban mi corazon; los desprecios ya me eran sospechosos por el oficio; y con mi propia ignorancia, inhabilidad y culpas, me confundia.

CAPITULO XLVIII.

Vision que la fortalese, y otros auxilios celestiales. Renuevanse los pesares y desprecios. Suceso extraordinario, y muerte repentina del Sináico. Visita del Arzobispo. Entra su hermano de Sindico, y se halla en abundancia el convento. Vision que la con-turba extremadamente.

ESTANDO en estos desconsuelos, nacidos de ser del todo inhabil, ignorante, y de ninguna virtud, via en sueños me parece, ó despierta, un globo ó bola de hierro, dura, fria, y obscura, y que llegando allí una persona poderosa, y venerable, le daba un pequeño soplo, como quien echa el aliento ó anelito, y luego empezaba toda á arder y resplandecer. Algo me volvió en mi, la esperanza de que aquello podria hacer la piedad de Dios, y su inmenso poder, con mi alma pobre, fria, pesada, y obscura.

No sé si el mismo dia, ó poco despues, trajo N. S. á un siervo suyo, á quien por el oficio de Prelada, me fue forzoso salir á ver, y á pocas palabras me habló tan al alma, que luego perdía los sentidos, y quedaba el alma anegada en un mar de gozo; y esto me sucedio quantas veces me hablaba; por que parece, si yo no me engaño, hallaba en el á Dios, ó por mejor decir, hablaba Dios en el. Asi pasé algunos dias que ya to-

dos los trabajos me parecian gloria. Quando estando rezando maytines, la vispera de la Purisima Concepcion de la Virgen Madre de Dios, yo estaba, como fuera de mi, con la abundancia de aquel gozo, ó presencia del amor de N. S., ó yo no sé lo que era, y me parecia, que me hallaba en un dormitorio solo, á donde ya asistia de noche, por lo que dixé arriba, y que N. S., como quando andaba en el mundo, me preguntaba, llamandome : *¿ Duermes Francisca ; duermes ?* Y que yo, como asustada, le respondia : *No Sor. ; yo estoy aqui velando.* Quedé con esto, á lo que me puedo acordar, prevenida, que no buscara descanso, que tenia de que cuidar, y trabajos que sufrir.

Volviendo á ver á aquel siervo de Dios, hallé que ya lo habian informado, de suerte que me puso grande temor, y desconsuelo. Luego inmediatamente se alborotó el mar de mis penas, y mas con las noticias de peridas de pleytos, y olas que descargaron sobre mi ; que bien conocí yo no habia sido en vano, ni falsa aquella prevencion. Fue tal el enojo que con migo tenían, que me dixo á gritos una religiosa en el coro : *bien les decia yo á estas Sras. que no hicieran tal, de hacerla Abadeza, por que se habia de perder el convento ; bien haya yo que le juzgo, como el infierno de los infiernos ;* y otras muchas cosas decia, que me afligieron tanto, que sin saber lo que me hacia, me arrodillé asía el Smo., y dixé : *Sor. mio : esto ya no és con migo, sino con vos.* No me parece decia yo esto con venganza, ó pidiendola ; que nunca tal S. M. permitiera ; si para que volviera por la verdad, y la declarara, de que no podia yo, ni con diligencias, ni de ningun modo, vencer aquel pleyto.

Otro dia, estando retirada en aquel dormitorio, solo y lobrego, á donde me habian hecho ir ; me parecia, que mi madre Sta. Clara venía al convento, el qual estaba muy triste y obscuro, ó con una claridad muy melancolica ; y todas las monjas, en especial al-

gunas, la recibian con muchas acciones de reverencia en el coro, y muy festivas ; mas la Sta. se mostraba, como severa, ó displisente, por no hallar alli á la Abadeza, ó por que la tenian como abandonada ; y asi se mostraba como confusa. Esto no era en sueños, ni lo via con los ojos del cuerpo.

Dabanme de fuera avisos, de que mirara por el convento quitando el manejo de sus rentas al sugeto que lo tenia, por que iba todo muy mal ; á mi me lo decian, y yo lo via : mas no hallaba remedio, mas que llorar mi desamparo, y el del convento. Un dia estando oyendo misa, y llorando mucho con N. S. por esta causa, me determiné, con algun impulso interior, á llamar al sugeto que decia la misa, y valerme de el, para que me buscara algun remedio. Hicelo asi, y viendo mi fatiga me dixo : que por aliviarme tomaria el cuidado del convento, sino temiera la enemistad del que era Sindico. Esto fue Sabado, y el Domingo me vinieron á avisar, que aquel pobre hombre se cayó muerto derrepente ; con que entró en el oficio, el sugeto que digo, y me ayudó, y consoló mucho, en la venida del Arzobispo, que yo temia mucho, por las amenazas que su criado me habia escrito, y el enojo que tenia conmigo ; y asi mismo, me prometia alguna religiosa, con enojo, que habia de hablarle, y escribirle : y aunque la conciencia por entonces, no me acusaba de ninguna cosa, me crucificaban siempre mis temores, y la covardia de mi corazon. De donde verá V. P. padre mio, quan fuera he ido yo de camino, y de estar bien fundada en Dios, y en su voluntad, pues nada me habia de suceder sin ella.

Habia yo puesto en el refetorio (que tambien se tienen alli los Capítulos que llaman de culpas) una hermosisima hechura de N. S. crucificado, que por ser muy grande con extremo el retablo, no habia cavido en otra parte del convento, en el qual se levantó un alboroto grande y escandalozo, diciendo : que habia yo traído alli á aquel Sto. Cristo para condenarlas. Por

que solia decirles : que no miraran á mi, sino á aquel Sor. á quien todas habiamos de dar cuenta. Esto fue el dia antes que el Sor. Arzobispo hiciera la visita secreta ; yo no sé como fue aquello, que derecho fue á mandar quitar de alli aquel Sto. Cristo, aunque se via, que no habia otra parte del convento á donde cupiera. Yo andaba en todas estas cosas con un corazon muy atormentado, viendo las risas y celebridades que tenian mis hermanas y madres ; y solo me alentaba acordarme de quando mi Sor. y Dios verdadero andaba por las calles de Jerusalén, llevado ante los Principes y Señores.

Este fue el Sto. Crucifixo, que entrando yo un dia muy afligida en el refetorio (quando ya habia servido de muchas maneras á las monjas, y experimentado ingratitudes) entendí en el Sor., aquellas palabras. *Tota die expandi manus meas, ad populum non credentem et contradicentem*; con que me consoló y animó, y me convenció.

Ynformaron de manera al Prelado, en un particular que me tocaba, que en tratandole de aquel negocio se tapaba los oidos.

Y asi quiso su Divina Magestad, que lo que no se habia podido en ningun tiempo, desde la fundacion del convento, se hiciera entonces por su sola piedad ; por que aunque aquel sugeto que dixé, entró por Sindico, por la muerte repentina del otro ; se cansó muy breve, y me dexó sola. Luego movió Dios á mi hermano, y me ayudó tanto, que sobraba para todo, y no solo se mantenian las religiosas con mucho cuidado; mas se les dio de vestir, y quedó impuesto, y se hicieron otras cosas que costaron muchos reales, para lo qual hacia la misericordia de Dios, maravillas como suyas. En particular quando se doraba la media iglesia, que faltaba por dorar, hallé un dia cinquenta pesos que no imaginaba, debaxo de cinquenta libros de oro, que aquel dia habia comprado.

Asi pasé aquel tiempo, dandome algunas veces en-

y

fermedades graves, y padeciendo en mi interior grandes penas, y en lo exterior hartos trabajos y contradicciones.

Una noche, estando enferma, mientras las religiosas estaban en maytines, tube un asombro, ó que sé yo que fue, que me demolio la salud y me dexó inhabil mas de lo que yo lo era, que aun para escribirlo padre mio, me lleno de pena. No sé yo, si aquello fue dormida ó despierta. Via á una persona que conosci quando vivia, diciendo cosas espantozas, decia: *Yo fui mala, pero no me pesa; ahora estoy en un lugar, donde solo dexan entrar á los rejoneadores: tengo sobre los ojos dos guijarros, con que continuamente me están dando golpes, &c.* Lo que yo comprehendia, ó lo que me llenaba de pavor y espanto, con ningunas palabras se podra decir. Solo me consolaba que pudiera ser, que el enemigo añadiera aquella palabra. *No me pesa:* mas de qualquier modo, ello fue cosa horrible. Toda la noche lo pasé llorando, cercada de la gente de la celda, y dandome unos desmayos, que me quedaba como muerta. En quanto amanecio, envié á llamar al P. Rector, à rogarle me diera algun medio, para quitarme del oficio de Abadeza, aunque fuera muriendo en un cepo, por que no tubiera parte en los divertimientos, que tan caro cuestan.

CAPITULO XLIX.

Temores de continuar escribiendo. Sosiegala el Sor. Declamacion contra la falta de recogimiento en las religiosas, remedio del desorden de una de ellas, interviniendo un caso rarissimo. Sufre treinta años de contradiccion de una monja. Esta se convierte, y muere al cabo de un año. Nuevas enfermedades, trabajos y tormentos interiores.

PROSEGUIRÉ padre mio, obedeciendo por la vo-

luntad de Dios, que és el unico fin que yo en esto pueda tener para atropellar mi repugnancia y vergüenza, y las muchas cosas con que se aflige mi corazon, en esta obediencia. Y si quisiera decir quantas se me ofrecen para no proseguir, llenara mucho papel, y lo gastara en valde.

Solo le diré aquí: que ofreciendoseme que esto era compararme con las personas santas, cuyas vidas están escritas, y sintiendo en mi corazon con esto, la turbacion y congoja que si me viera caer al infierno, y despedir para siempre de los maestros de la vida, y de la humildad, Jesus y Maria; me parece, alumbró N. S. los ojos de mi alma con estas razones, como si dixera. No hay por que temer, por que aunque te hubiera hecho grandes favores, que se pudieran comparar con las mas favorecidas, te doy juntamente à entender para que te defiendas de tu enemigo; que con las mismas manos que lavé los pies de S. Pedro, y dí mi cuerpo sacramentado à el, y à los otros discipulos, lo dí al que me fue ingrato. Ni tampoco cabe seguridad ó vana confianza quando te doy à conocer, que el cordel que no se quebró al principio, ó al medio, puede quebrarse al fin; y mas quando te he dado à conocer con tanta claridad, el polvo, nada, y lodo de todo lo que no és Dios; la mentira y vanisima vanidad de los juicios humanos, y sus estimaciones; el sueño y sombra de la vida mortal, y el oceano inmenso de la vida eterna; el peso y fruto que trae al alma un agrado de Dios inmenso, y la nada y daños irreparables, de poner la mira en la aceptacion de las criaturas: ¿que utilidad tendria en esto tu sangre, quando descienda à la corrupcion? (No dice, te he hecho favores; mas aunque te hubiera. Ni dice, que sea conservada sin culpa; sí, que solo el que acaba bien, és feliz.)

No digo yo por esto, que N. S. me habla, con el modo que lo haria con las personas santas; mas dá esta luz clara, quando menos se esperaba. Pues prosiguiendo lo que iba diciendo; no hubo persona al-

guna, ó ya me fueran gratas, ó hubieran sido contrarias, que no conociera la mano poderosa de Dios, en hacer bien al convento, quando lo vio S. M. tan desamparado, y asi iba bien en lo temporal y espiritual: y cierto se me acuerda aqui, lo que siendo recién profesada, se me dixo. *Sobre una gran casa, sabe Dios poner una araña, sin que ella dexé de tener en sí su vileza, ni pueda por sus manos edificar la casa del gran Rey.* Lo que yo conocí fue, que como N. S. vio entonces su casa tan sola, y en manos de una tan vil criatura, quiso misericordiosamente, tomar la mano para ampararla.

Pues como yo estuviera atemorizada, con el espanto que dixé aquella noche, y el P. Rector, á quien envié á llamar para rogarle, viera algun modo de quitarme de aquel oficio, no hallara ninguno mas que, el de pasar hasta la eleccion. Yo quedé tan atemorizada, y temblando, que no podia estar sola, y en acordandome de aquello, me daba un gran temblor. ¡Valgame Dios! ¡quanto debe de ser, lo que N. S. aborrece estos divertimientos malditos de las monjas, con los de fuera; y que desdichados deben de ser los conventos, donde libremente se permiten; y que de trazas y rodeos busca la maldita Serpiente para enlazarlas en eso; y que de apoyos hallarán las pobresitas, y mas donde hay mucha gente de servicio! Yo no hacia aquella noche mas, de clamar: ¡pobresitas! ¡pobresitas! Viendo el gran mal que traen aquellos disparates, tan nocivos; y como á veces los que fueron causa, se quedan riendo; y Dios les suele quitar á ellas la vida, en lo mejor de sus años, y hallarse en penas tales, que sino son de infierno, lo parecen. Luego me sucedio, lo que diré.

Una noche, estando en una parte del convento, sola y á escuras, vi una luz que me alumbraba todo el brazo derecho, y esto lo vi con los ojos del cuerpo; luego me dieron noticia, de que una religiosa andaba en algunas visitas, que no conve-

nian. Aquí fue mi morir, y mi acabar, mas que con quantos trabajos yo habia pasado; hice las diligencias que alcansó mi cortedad é ignorancia, hasta llegar á arrodillarme á pedirle, por la sangre de Dios, y por la Sma. Virgen, me quitara aquella pena, de haberlo de remediar con rigor. Fue tal mi tribulacion y tormento, que desde entonces empesé á sudar sangre fina, y que todos la vian, por el hombro derecho, y por donde respira, ó late el corazon. Si ello era efecto de mi pena y tribulacion, ó lo causaba alguna enfermedad corporal, no lo puedo yo saber de cierto; mas todo esto que digo, fue á un mismo tiempo.

Habia una persona aqui, muy capáz y virtuosa, y asi de grande estimacion en el convento, y fuera de el, por las buenas prendas de que N. S. la dotó; (esta Madre, habia sido dos veces Prelada, y siempre gobernaba el convento) y como yo he sido, no menos aborrecible á los ojos de otras, que á los mios, sin que para dexar de conocer esto, haya sido poderoso el amor propio. Esta que digo, como mas capáz, tenia á lo que parecia, mayor repugnancia á mis cosas, la qual habia mostrado, por largo espacio de tiempo, en obras y palabras; y como yo no podia ignorar, ni dexar de amar la bondad del sugeto, fue para mi corazon un continuo torcedor, ver quanto reprovaba mis cosas, y que ningunas habia, en que no se ofrecieran tropiezos, y esto habia sido por espacio de treinta años, sin pasar dia, sin algun pesar; temia yo mucho, no se engendrara en mi corazon algun rencor, que pusiera en peligro mi alma; y asi, un dia llena de amargura, me determiné á poner en la presencia de N. S., mi pena, por mano del Sto. Angel Gabriel, pidiendo á la divina Magestad, mirara mi larga afliccion, y si era servido, de librarme de ella, ó darme algun modo de pasar en páz.

Pues una tarde, que subia yo, de celar el silencio del convento, cerca de las oraciones, la encontré, que me iba á buscar, y metiendome en una parte escusa-

da, cerró la puerta, y se quedó sola con migo: entonces, quitandose el tocador, y arrastrandose por los suelos, empesó á pedirme perdon, con tales extremos, con tales demostraciones, que como que hubiera venido sobre mi un rayo del cielo, quedé aturdida y medio muerta, por la cortedad de mi natural: viendo una persona que era la estimacion del mundo, queriendo besár los pies, de una tan vil, como yo, que ni aun me atrevia á mirarle al rostro. Tanto como me edificó su humildad, me dexò triste y confusa el temor, de si tendria yo miserable, en mi corazon, la maldita soberbia, tan aborrecida de Dios.

Aquella Sta. religiosa, murio de alli á un año, y desde aquel dia que he dicho, hasta que murio, lo que le duró la vida, (que fue como digo tan poco) fué todo mi alivio y consuelo, en mis penas y trabajos, de aquel oficio, que fueron grandes los que pasè en muchos modos; y aun despues de muerta, en una ocasion de mucha pena, me fue de mucho alivio, como diré adelante. El dia que la sacramentaron, en la ultima enfermedad, volvió á repetir los perdones, y lagrimas, á que le correspondia mi corazon y mis ojos, hechos fuentes de lagrimas, como que adivinara las penas que me venian, y tambien sentia la falta que haria al convento.

Quedé yo sola, y gravemente enferma, y el dia de su entierro, sudó abundantisimamente una imagen de N. S., como quando andaba en el mundo. De esta Sta. imagen, diré despues.

Prosiguió mi enfermedad, y se fue adelantando con varios accidentes, hasta llegar á estar desauiciada. Yo temblaba á la muerte en aquella oportunidad, por tener á mi cargo, tantas cuentas y dependencias del convento, y parecerme, moriria con mucha inquietud, y deseaba que me hallara esta hora, desembarazada de todo negocio humano, como si en eso consistiera el morir bien; mas yo toda mi vida, ha sido una tela de ignorancias y culpas. Pasaba en un continuo desvelo, sin poder tomar sueño, de dia, ni de noche, y estaba

continuamente gustando las amarguras de la muerte. Sentia en mi corazon y alma, propiamente aquellas ansias, y angustias, que se escriben de los moribundos; y en este estado, habia de dár forma, á todo lo que era menester en el convento, y cuidar desde la cama, de todo lo interior, y exterior del convento, donde se habia encendido peste, y me hallaba yo sola, por estar mi hermano, (que era el que unicamente me ayudaba) en la ocasion, con grandes trabajos de pleytos, ausente de aqui. Algunas religiosas, que trataban de dexarme en el oficio de Abadeza, se desengañaron, con la perseverancia de mi enfermedad.

CAPITULO L.

Recrecen extraordinariamente sus enfermedades, suspendiendose sus simptomias para el cumplimiento de las cosas de obligacion. Sale de la Prelacia. Padece mas duras persecuciones y trabajos, interiores y exteriores.

NO combalecia, ni se mejoraba mi enfermedad, antes se mudaba con diferentes accidentes, y tales, que cada uno que venia de nuevo, parecia el postrero, y que habia de acabar con la vida; tenia grandes desmayos, y tanta debilidad, que ni aun paso podia dar, ni aun echar la respiracion; juntamente eran mis desconsuelos interiores, quales los tendrán los que yá solo ven sobre sí, el sepulcro.

Padeci en aquella misma enfermedad, un dolor en un lado de la cabeza, por dos meses continuos, tan agudo, y violento, como si con una espada de fuego, me la estubieran partiendo, de dia y de noche, sin poder volver la cara, ni echarme, ni sentarme, solo dando gritos, que eran imposibles de detener, con el espantoso dolor, que parece era de los mayores que se pue-

den padecer en el cuerpo mortal. Calmó á fuerza de penosos y muchos remedios, ó se apartó, para dár lugar á mayores padeceres, por que eran en el alma, que me parecia estar, como separada del cuerpo, como si estuviera esperando la ultima sentencia, y viera ya todo este mundo acabado, y la eternidad presente. Como no podia dormir, no cesaba mi tormento, de dia, ni de noche, y al mismo paso crecian los cuidados exteriores, con la cercania de entregar el oficio: todo lo qual me parece, lo hacia yo, fuera de mi. Y para dár la profesion á algunas novicias, que en aquel tiempo profesaron, era necesario baxarme en brazos al coro baxo, y volverme asi, á la cama, mas muerta que viva, como dicen. Lloraban las religiosas, y yo sentia tanto como mi mal, su desconsuelo. Llegaba ya á los ultimos alientos de la vida, y luego volvia, tanto quanto bastaba para atender al ajuste de cuentas, y dar lo necesario.

No diré aqui, lo que tube, de persecuciones y acusaciones en la visita secreta, ni el furor con que un sugeto empesò á affligirme; por que ya parece molestar á V. P. con esto, ni fuera posible referir en particular las cosas, sin ser sumamente pesada.

En fin, se hizo la eleccion, en la religiosa, que dixé, habia yo visto, que me habia de suceder en el oficio. Todas lloraban aquel dia, y se lamentaban abrazandome, y refiriendo, los bienes que yo les habia hecho, &c.

Salieron de alli, y me dexaron agonizando, con mis males, y no volvi á ver el rostro de ninguna, ni criada, ni monja; solo oia las alegrías y bayles que tenian, fuera de lo que aqui se ha usado nunca. Gastaron todo aquel tiempo en juegos y regosijos, sin que hubiera, quien de mis males volviera á tener memoria. Persona hubo, que solo entró alli, á darme gritos y maldecirme á voces. Las criadas del convento se vengaban, de lo que les habia apretado, á la guarda del silencio, y hacian quanto ruido podian, donde me ator-

mentaban bien la cabeza, tocando tambores en la puerta, &c. Las mas beneficiadas, mostrabanme mas rigor, y en tantas como son, no hubo una, que no me desamparara; y con mi hermano, que tanto las habia cuidado, y servido, hicieron peores cosas, por que todo lo permitia Dios para mi mortificacion; y esto ultimo, era lo que mas me mortificaba, como yo sabia, el cuidado y amor, con que el les habia servido; y como halló el convento, y como lo dexó de bien puesto. Mas, todo esto era nada, respecto de las penas de mi alma. Hallabame en un desierto de todo bien, tan lexos de Dios, y de su amor, como cercada de miedos y temores, de tedios, y desconsuelos, y sin poder dar un paso, ni valerme, con la fuerza de los desmayos. Estube asi, un mes y algunos dias, en aquella soledad, oyendo solo de lexos el bullicio que traian; hasta que un dia, envié á llamar al P. Rector, que ya lo era el P. Diego de Tapia, y dandole cuenta de mis desconsuelos y enfermedades, me dixo algunas cosas, que abrieron los ojos de mi alma, y alentaron mi corazon, y con su parecer, me retiré á la celdita, donde he vivido siempre, y á donde me esperaban, nuevas y mayores cruces. Bendito sea Dios para siempre. Amen.

CAPITULO LI.

Con extraño tormento, se le caen todos los dientes y muelas. Otras persecuciones y tribulaciones. Amenaza de Satanás. Desposorios de Jesus Sacramentado con su alma; y otras finesas. Siente una voz interior, que la llama. Disponese á todo lo que sea voluntad de Dios.

AQUI vine con todos mis males, en particular, que todas las muelas y dientes, desde la primera, has-

ta la ultima, se empesaron à mover de sus lugares, y à darme tanto tormento, que con cordeles, con hierros, ó como podia, no hacia mas, que irmelos sacando de raiz, con quanto trabajo se puede echar de ver, de modo, que no hacia mas, que estarme todo el dia, sacando muelas y dientes, que daba horror á las personas que los vian todos juntos, fuera de la boca. Asi pasaba mis penas, interiores y exteriores, con el consuelo de verme en el retiro y soledad, de la pobre celda. Procuré con toda determinacion, abstraerme de todo trato y comunicacion, haciendo cuenta; que ya para mi todo habia muerto, y deseaba yo morir para todo.

Quando pude salir al coro, no hallé algun lugar á donde ponerme á rezar; quien lo creerá! pues fue asi; por que á qualquiera lado que me ponía, se levantaban las religiosas huyendo, con acciones tan reparables, como si mis males fueran contagiosos, ó huyeran de alguna bivora. En todo esto ninguna me hablaba, antes escusaban quanto podian, el que yo me llegara á ellas; y si tal vez les hablaba, me respondian de modo, que quedaba escarmentada; ó con algun apodo, ó risa, &c. A mi me dio N. S. por entonces, una cordedad de animo, mayor que la que he tenido siempre, y tanta vergüenza de estar entre las religiosas, que no me atrevia á levantar los ojos. No diré ahora tampoco en particular, las cosas que llegaban á mis oidos: de que yo hacia, y decia cosas, que ni en el pensamiento me pasaban; mas asi lo decian, y asi lo creian, y asi se enojaban; como si todo aquello fuera verdad, y me lo vieran, y oyeran decir, y hacer. El enemigo, no se descuidaba en atormentarme, llenandome el corazon de temores de muerte; proponiendome; que ahora en mi retiro, y soledad, me traeria al pensamiento, ó imaginatiba, cosas mas aborrecibles á mi corazon, y á mi alma, que la muerte mas cruel que se pudiera padecer, ó que las penas mismas del infierno; con que echaba acibar, ó hiel de aspides, en el consue-

lo de mi retiro, y llenaba de una noche de tinieblas espantosas, el dia que podia ser de mi descanso.

Un dia en particular, estando pensando en mi Sor. Jesucristo, me pareció oír (aunque no con los oídos del cuerpo) una voz, ó amenaza, que decia. *Yo te quitaré ese Cristo que tanto amas.* Quedé turbada y confusa, temiendo las trazas del enemigo, y mi propia vileza, miseria é ignorancia. Mas como ya N. S. habia tenido con migo, la providencia de llevarme á los pies del P. Rector, allí hallaba alivio, y aliento en mis penas.

Acordabame entonces N. S. una misericordia, que habia usado con migo, en el tiempo de mi noviciado, ó siendo recién profesada. Esto era, que pasando por el coro, á las cosas que se ofrecian, sentia en mi alma, una fuerza suave, y una voz fortisima, como que saliera de N. S. Sacramentado, y de mi alma, que decia. *¿ Quis nos separavit ?* ¡ O quanto mejor le hablaran padre mio, en este caso mis ojos....! Y si aqui me diera licencia la obediencia, para no proseguir, y solo anegar mi corazon en un mar de llanto. ¡ O si el fin de mi destierro, será ver propicio el rostro del Sor. ! ¡ O, que será ? No sé como puede haber descanso, hasta no salir de este gran cuidado ; unico, grande, y terribilissimo.

En uno de aquellos dias, rezando maytines, me parecia, ó sentia en mi alma, como que se le decian aquellas palabras : *¡ O muger ! haremos en ti misericordia.* Como que salian del Sor. Dios, trino, y uno. Quedó mi alma anegada en un mar de consuelo, y de llanto ; en un profundo abatimiento y agradesimiento, á mi Sor. Dios ; y en un grande deseo, y ancia de llorar mis culpas, y gastar en eso, lo que me durara la vida.

Diré aqui una cosa, que no me acuerdo bien, por que tiempo me pasó ; mas quando voy diciendo, la traia muy presente. Pareciame, que desde una altura, muy grande, ó una altesa muy interior, me llamaban por mi propio nombre, sin decir otra alguna pala-

bra, y esto era, repitiendolo algunas veces, con algun intervalo, entre una, y otra. Yo no entendia à que se encaminaba en particular ; mas deseaba que mi alma estuviera dispuesta, para executar la voluntad de su Sor., y pensando ; en que conocia ser aquella voz de Dios ? se me declaró, con lo que sucede á los corderitos, que entre variedad de balidos, conocen el de sus madres.

Crecia en lo interior del alma, el conocimiento y aprecio de las verdades eternas, conforme nos las enseña la Santa Fé, y la Yglesia Santa, en particular; el horror y temor á la culpa; el deseo de la limpieza del alma, y el desamor à todo este mundo, y á lo que en el hay, &c. : que todas estas cosas, ponía N. S. patentes, como si las viera, &c.

Traianme á la celda, el Sor. en la Santa Comunion, los dias que por mi enfermedad no podia baxar á la grada, y diré, si pudiere, como empesaron mis tormentos. Dios sea alabado, y bendito por todo.

CAPITULO LII.

Llenase de dolor, sabiendo el desarreglo de una persona su conocida; y por no haber podido recibir á N. S. Sacramentado en la celda. Anuncio de muy grande tribulacion. Ansia por unirse á Dios. Nuevos y misteriosos anuncios, para la gran tribulacion. Ventajas de la Comunion Sacramental, sobre todos los otros favores celestiales. Lo restante del Capitulo, mas bien puede admirarse, que compendiarse.

LLEGÓ á mi noticia el divertimiento en que andaba una persona, á quien he deseado y procurado, con todas mis fuerzas, el bien y perfeccion de su alma ; y aunque á mi no me lo decia nadie, mi corazon lo sabia y lo lloraba, aunque no le daba credito, hasta te-

ner certeza, que no pudiera dudar. Entonces fue, tan intimo, y grave mi sentimiento, que me dio una enfermedad muy peligrosa, de que en muchos dias no me pude levantar de la cama (de esta enfermedad sané, por el glorioso padre y Sor, mio S. Josè.) En uno de ellos, que fue el dia de S. Antonio de Padua, sucedio, permitiendolo asi N. S., que me dexaran sola en la celda, y no pudiendo yo levantarme à componerla y asearla, para que entrara el Sor. en la Sta. Comunión; y quando vi, que se venia acercando, hube de levantarme, como pudè, á cerrar la puerta, para que no entrara, con tan poco, ó ningun aliño; y asi pasó à otra enferma, sin entrar à donde yo estaba. Los efectos que esto hizo en mi alma; quien los podrá decir? Aquel arrancarse las entrañas, y quedar en una noche obscura y amarga; mi llanto, mi dolos, y lo que mi alma concivio de penas, no lo acierto yo á explicar. ¡Solo pienso, qual será, el dolor de los reprovos, quando claramente conoscan; que ellos mismos cerraron la puerta à su bien! ¡y sepan, que bien fue el que perdieron, quando ya no lo puedan hallar!

Sucedíame por aquel tiempo, quantas veces tomaba algun sueño, ver en el, que se prevenia la cruz, para clavarme en ella; y muchas veces despertar, con el susto, estremesíendome; en particular algunas, que parecia llegar à las manos, los hierros con que habia de ser clavada, me estremesia, y despertaba el temor. Tambien tenia cada dia, mas y mas deseos de hallar el agrado de Dios, y limpiar mi alma. Conocia una Magestad infinita, toda limpieza, todo poder, toda firmeza purisima, toda sabiduria purisima; y á ese paso conocia, quanto disuena de este ser divino, y de su amor y comunicacion, la fealdad y horror de la culpa. Deseaba el alma, aquel bien dulce, puro y amable, y temia y aborrecia este mal, con una pena ò temor, que resultaba en el cuerpo, y era, como un rio caudaloso, que nada és bastante á detener, ni á mode-

rar sus abenidas.

A todo esto, no hallaba la presencia de N. S., por ningun camino, ni volvía el alma los ojos, á parte, que no la hallara ofuscada, de sombras y temores, que habian crecido, desde el dia que dixé, me paresio oír aquella amenaza. *Yo te quitaré ese Cristo que tanto amas.* Pues andando así, viviendo, como sin vida; por el mes de Mayo, me parecia hallarse el alma movida fuertemente, á desembarazarse de todo; con la semejanza de un pobre Labrador, á quien le mandaran desocupar su pobre casa, por que una persona grande, y gran Señor, queria morar en ella; me parecia abrir puertas y ventanas, y sacar todo lo que allí habia, hasta el polvo; y yo no deseaba otra cosa, sino ès morir ya del todo, á todo quanto hay, fuera de Dios, y á mi misma, y sentia gran contento con aquella semejanza de la casa; que me parecia, solo descansara de mi pena, con no ser ya nada mia, ni hallarme á mi, en ninguna parte de mi, entregando á tan buen dueño, todo mi ser, con una entrega tan total, y tan firme, que ya jamas volviera à saber yo de mi. En fin padre mio: yo no sé como esto explique; V. P. tenga paciencia, pues Dios me la dá para vivir.

Estando un dia de aquellos, en la cama enferma, que ya se había llegado las visperas de mi P. S. Ygnacio, me parecia; que entraban á la celda una cruz muy ancha, y la tendian en el suelo, como para clavar en ella, y que N. S. estaba allí presente. Yo no sabía á quien habian de clavar en ella, ni entendia mas, solo reparaba, que era muy ancha, y decia yo: en esta cruz, bien caben dos personas. No me acuerdo, en particular, que hice, más de que me quedè muy confusa. Esto fue despierta, y tube gran temor.

La vispera de mi P. Sto. Domingo, me hallaba en sueños, en el coro baxo, donde estaba un Arzobispo muy venerable, de la misma orden del P. Sto. Domingo, y un Sto. Lego, que lo acompañaba. Llegabanme allí cerca, y me mandaron descubrir las espaldas, y

luego, con un licor ú oleo confortatibo, me ungian, en la parte alta de las espaldas, asia los hombros. Esto hacia aquel Sto. Arzobispo, y el Sto. Lego asistia con grande devocion, y ministraba lo necesario. Yo entendia, que aquello era para algun gran padecer. Luego pasó aquel Sto., á darme el cuerpo de N. S. Jesucristo Sacramentado, y el Sto. Lego, me advertia; que antes de recibirlo, me postrara en tierra muy profundamente. Yo lo hice asi, y en habiendo recibido á N. S., de mano de aquel Sto. Arzobispo, sentia en mi alma, unos efectos tales, que toda fuera de mi, prorrumplia en palabras de admiracion y espanto; y el Sto. Lego, viendome asi tan admirada, decia. ¡O! ¡pues que será recibirlo mañana! Era asi, que habia de comulgar el dia siguiente; de donde yo saco; quanto mas deba apreciar el alma, la realidad de este gran beneficio, que todos los consuelos sensibles, por grandes que sean.

¡O Sor. Dios mio:! Si se me diera licencia, para no pasár de aqui, para no entrar en el mar amargo de mis penas; pues solo el amagar á decirlas, és un nuevo, y intolerable tormento, y temo, y se estremese mi corazon, con su amarga memoria, y tiembla mi alma. ¡O Jesus! ¡Jesus! ¡Jesus! endulzaré con tu Sto. nombre, un tan amargo lago de tormentos, una creciente como el mar, de penas, una quinta esencia, de todos los males.

Haré memoria de lo que sintio mi alma, el dia del nombre de Jesus, antes del Mayo, que dixé: que baxando a comulgar, senti aquella fragancia tal, y tan confortativa, y la percebia con el sentido corporal del olfato, deshaciendose mi alma en llanto, de ternura, como que via prendas de la patria.

No sé yo padre mio, si lo que ahora voy á decir, lo habré dicho en otras ocasiones; mas por que en el tiempo de mis tormentos, que voy á referir, lo traia muy presente, lo diré aquí.

Luego que entré en el convento, sin haber tomado

el habito, y siendo devota, asistia al coro con las religiosas; y como una noche en maytines, la Maestra de novicias, me mandara apartar de alli, con grande afrenta y vergüenza mia; por que, como venia del siglo acostumbrada á aquellas vanas estimaciones, y me via entre tantas extrañas, fue mucha mi turbacion, y congoja. Rezaba en frente de un Sto. Cristo, que hay en el coro, y aquella noche se decian maytines, de la dedicacion de la Yglesia; yo no sabia leer bien el latin, por que no lo habia leído nunca; mas aquella noche, que digo, llegando al psalmo 87, que comienza. *Domine Deus salutis me, in die clamavi, et nocte coram te.* Lo entendí todo hasta el fin, como si lo leyera en aquel Sto. crucifixo, y en el viera, lo que el Sor. padecio en el discurso de su vida, desde su niñez, y mas en su rigorosa pasion; y me parece, ponía patente á mi alma, que aquel habia de ser mi camino; y la animaba y encendia, en deseos de conformarse con el, y que no extrañara ningun padecer interior, ni exterior, por grande que fuese, pues ya el Sor. lo habia pasado, y nos habia mostrado este camino. No se yo, como és este modo de entender el alma, ó de enseñar N. S.; que es reduciendo la voluntad, aun mas que el entendimiento. Ahora pienso, que como és Sor. de todo, puede entrar á puerta cerrada, y que estando el adentro, toda la casa se llena de buen olor, mas sin el, todo és muerte tormento, y tinieblas. Unas veces, con lo que siente el corazon, ó voluntad, se hallará el entender, y otras, al contrario, con el entender, se enciende el alma.

Reparaba yo mucho aquella noche, en aquel. *Quia repleta est malis anima mea, et vita mea infirno appropinquavit:* y en dies y nueve versos que tiene aquel psalmo, no hallé uno, que no viniera á lo que me parecia habia de padecer, y á las tribulaciones que me esperaban, y ya habia algunas padecido. Claro está, que esto se ha de entender, en el modo que cabe en una tan vil pecadora, siempre loca y insensata; y mas,

como no és todo uno, enseñarnos el camino, y andar por el. Aunque mis tribulaciones en todo genero, han parecido tan grandes á mi miseria y vileza; el llevarlas como debiera, no sé yo que haya sido, sino como quien yo soy.

Pues volviendo á lo que iba diciendo: para empear á referir mis penas, en estos ultimos años. Yo estaba, como sola, sola en este mundo, con grandes ansias de hallár mi centro, y de despojarme, y alejarme de todo, y de mi misma; envidiaba mucho aquellos pobres de espiritu, cuyo és el Sor., que és solo Reyno de ellos. En particular, deseaba la pureza del alma; el amor de Jesus y Maria, y la suma pobreza religiosa. Toda la vida humana, y acciones de ella, el trato y conversacion que no era en el sumo bien, me era tormento y muerte.

En esta oportunidad, me envió una parienta mia unas pinturas de papel, para que les pintara las guarniciones. Yo viendo que eran de cosas profanas indecentes, tube grande enojo, y haciendolas pedasos, las quemé; puse en su lugar algunos Stos. de mi devocion, y pintados, los volvi á su dueño; por que sentia que en casa donde habia tanta familia, hubiera pinturas tales. Harto lo debio de sentir el Demonio, segun lo que empezó á atormentarme. En particular un dia, que aquella mi parienta, me envio á pedir mucho, baxara á verla al locutorio; quando yo fui, hallé á las religiosas que alli estaban, turbadas y con pena, y me dixeron. ¡O si hubiera estado aqui: que cosas tan abominables ha dicho à gritos un Loco; todo el infierno ha estado en su boca: ¡que cosas tan abominables, Usted se libró de oirlas. No les respondi yo mas, que decir: *bendito sea Dios que no lo oy, por que en ese caso, mas quisiera estar en el infierno.* Decia esto, de todo mi corazon, y me pareció, que en toda mi alma, habian derramado, veneno, y veneno, no como quiera, mas de aquel que habrá, en las tristes y espantosas cavernas del infierno. Procuré con la Prelada, no se permitiera, y asi se desterró á aquel loco.

CAPITULO LIII.

Entra en la gran tribulacion, y desamparo interior; efectos que redundaron en lo exterior, por este gran tormento. Pinta el abismo de pena, en que se vio sumergida. Vuelve en sí del tormento, que duró siete meses. Cita á la Abadeza para el sepulcro, y efectivamente, muere á los quince dias de la cita.

ENTRÉ en fin, ó me hizo entrar el Sor. Dios mio omnipotente, en aquella tierra tenebrosa, cubierta de obscuridad de la muerte, tierra de toda miseria, donde habitan las sombras de la muerte, donde no habia mas orden, que un sempiterno horror. El temor y el tremor, vinieron sobre mi, y las tinieblas me texieron un apretado y lobrego capuz; los lasos de la muerte, y los dolores del infierno me cercaron. Toda la composicion interior de mi alma, y aun la exterior, me parece, del cuerpo, se descompuso. Parece que dio mi Sor., permiso, á aquellos Leones Ynfemales, para que estrenaran el rigor de sus furias; y parece, que abrio el poso sobre mi su boca, y me sorbio el profundo de todos los males, en un solo mal, que era verme á mi misma (á lo que entendia) separada del sumo bien, y entregada al sumo mal; no por que sintiera, ni tubiera inclinacion al vicio, antes tanto horror à ellos, quanto no se puede explicar, y entre aquel pavor y asombro, me parecia, que estaba cercada, de todos quantos pecados puede haber en el mundo, ó maquinarse en el infierno. Y pues en las cosas que pasan en el alma, no soy yo capáz de explicarlas, ni de entenderlas; diré algunos efectos que me causaban.

Luego cai rendida á un mortal temblor, y llamando á un medico, que pasaba, de esta ciudad, á esa de Sta. Fé, le parecio mi enfermedad mortal, y dixo: que me dispusiera, por que seria muy breve el morir, que apenas llegaria á dos dias. Yo respiré algun poco

con esto, aunque se me hacia muy largo el termino de dos dias, confiando que la muerte, me sacaria de la pena atróz en que estaba ; y asi le tomé las manos, y con copiosas lagrimas de agradecimiento, se las besaba, como fuera de mi. Llevaronme aquella tarde á la enfermeria, y yo pedia con grandes ansias á N. S., por su purisima Madre, no permitiera, el que ya mas se alargara mi destierro. Sali de la celda para la enfermeria, con esperanzas de no volver mas ; y bien sabe N. S., que á todo lo que puedo entender, era bueno el motivo que yo tenia, para desear la muerte.

Aqui mostró N. S. á otra persona, aquella cruz que dixé, tan ancha y grande, y que la llevaba una persona, que apenas se via debaxo de ella, con grande soledad ; dixomelo acaso, y yo conocí la cruz.

Alli estube quatro meses, en que se provaron quantas remedios hubo, para mi penosos, en que solo me consolaban los tormentos que el cuerpo recibia, por si acaso divertian, mientras estaban en su rigor, algo de lo que el alma padecia.

Permitio N. S., que alli muriera una criada, que me habia asistido, y socorrido, con grande caridad, mas de dies y seis años ; y murio con circunstancias sumamente penosas para mi corazon. Las personas que por caridad u obligacion habian ido á asistirme, riñeron entre si, y se descompusieron, de manera, que hasta en aquello tenia un nuevo tormento.

Solo tenia respiración, y aliento, el rato que venia el P. Rector, y quando lo estaba oyendo ; mas no sè yo, como era aquello, que aquellas razones de consuelo servian para mantener el alma, pero no para sacarla de su pena. Siempre me habia dado N. S. tolerancia, aun en grandes penas, para pasar en silencio ; mas en esta ocasion, se rompieron los diques, y como un mar que saliera de sus terminos, toda me via anegada. ¡ O Dios mio ! Yo tenia asombrado el convento, por que los lamentos, llantos y gemidos, en que pasaba las noches enteras, y los dias, que para mi todo era noche,

las horrorisaba, y huian de verme, ú oirme, aun las que mas caridad me tenian.

Quando daba aquellos gemidos, y decia aquellos lamentos, tan lastimosos, lloraba tan amargamente, que corrian las lagrimas, como arroyos; pues hubo vez, que arrimada al pecho de una religiosa, corrieron mis lagrimas por el escapulario, desde alli, hasta la falda ó ruedo de el; y asi lo mas continuo era, mojar la almuada de manera, que era menester mudarla, ó volverla.

Sabiendo el P. Rector, el desabrigo de aquel aposento de la enfermeria, me mandó volver á la celda. Yo tenia tanto horror á uno, como á otro, por que todo se volvio para mi, como un espantoso infierno; mas luego sali de alli, y vine otra vez á la celda, donde yo no le hallo otra explicacion á mis tormentos, que me parecen las penas del infierno.

Tenia un conocimiento, sobre lo que se puede entender, y mas sobre mi corta capacidad, de aquel bien sumo, y con tanta propension del alma á ir á el, que me parece bastara á acabar qualquiera vida; mas era detenida y arrojada, con especisimas, y aborrecibles sombras y tinieblas, mas de lo que se puede decir. Aquella fuerza, sobre quanto se puede entender poderosa, me traia asi, arrancandome las entrañas y el alma, y yo no podia caminar á mi centro, ni salir de mi espantoso sepulcro. Conocia una Magestad infinita, digna de infinito amor; y los ojos de mi alma enfermaban, y descaecian, por mi pobreza; pues via claro, que todas las cosas criadas, comparadas con el Criador y Sor., eran y son, como un poquito de polvo despreciable; mas este conocimiento, ó estos afectos, que en las almas santas, son toda su páz y descanso, por que reducidas á su nada, se anegan en aquel mar inmenso de infinito bien; en mi eran, como una espada cortadora de dos filos, que dividia el alma, de su alma, y me hallaba á mi misma, nada mas que contraria á aquel bien unico y sumo; y á mi misma via, como á

uno de los dañados; siendome tan mortal tormento, habitar con migo misma, como si estuviera en las cavernas mas profundas del infierno; y aun aquellas tenebrosas moradas, me parece, me fueran refugio, si alli me escondiera el Sor., hasta que pasara su justo enojo.

Via á todos, servir al gran Rey y Sor., y conocia su suma felicidad, en ocuparse en esto; y me via á mi separada y apartada, de la compañía dichosa de los justos, en aquella tierra del olvido, en aquella muerte, y sepulcro donde me hallaba, á todo mi sentir, ya incapán de contar sus misericordias, ni conocer en aquellas tinieblas sus maravillas; por que clamandole todo el dia, volvía de mi su rostro, y arrojaba lexos mis ruegos.

Clamaba con continuos lamentos; y sin poderme ir á la mano, estaba hecha pregonera, ó predicadora del bien ó del mal; y asombrada, como vivían las gentes contentas, teniendo pendiente un tal cuidado, como ganar ó perder á Dios para siempre. Sentia yo en mi aquella ignominia, y vergonzosa confusion, que se sentira, el dia del universal juicio.

El cuerpo estaba rendido á un mortal pavor, y temblor, pareciame á mi, que ya me asaba, y ya me elava; que ni sabia, si eran penas sensibles en el alma, ni sabia como era. Con pequeña causa, se ponían las carnes de mi cuerpo, como si las vistieran de terciopelo negro, muy obscuro. En tocandome las manos, que tantico las apretaran, reventaba sangre, y sin ninguna causa, parecia el cuerpo, como mordido á bocados, lleno de cardenales, que en partes reventaba la sangre. Los desmayos continuos, mas parecían parasismos, que se vían obligadas las que me vían, á llamar aprisa al P. Rector, á veces juzgando que no me hallaria viva; venia con grande caridad, y en oyendolo yo, volvía en mi, y tal vez quedaba por algun espacio, como buena y sana, con las esperanzas que me daba, y cosas que me decia; y yo procuraba confesarme lo mejor que alcansaba, y darle cuenta de todos los tormentos que pasaban por mi alma; y de todas aquellas

cosas, que me parecia eran causa, de estar N. S. enojado con migo.

La M. Abadeza, à quien yo siempre debi obras de madre, y (quando Dios no disponia otra cosa) se dolia de mis trabajos: en esta ocasion llamó quantos medicos pudo hallár, que fueron ocho, con algunas mugeres, y todos provaron sus remedios, dandole cada uno, varios, y diferentes nombres á mi mal; todos se retiraban y me dexaban, como á imposible de curar; y era asi, que solo la mano poderosa que me hirio, me podia sanar.

Uua noche apretó tanto, que echandome de la cama, me quedé puesta fuertemente en cruz, pegada con el suelo. Vino entre las otras religiosas, la M. Abadeza, y yo llorando amargamente, le decia: vamonos Sra., vamonos á la sepultura. Viendo que echaba alguna sangre por la boca, y que el temblor y flaqueza del pulso era grande, y tal, que decian los medicos, que era vida sobrenatural la que vivia, me dio el P. Rector los Sacramentos, y en otro aprieto mayor, el Santo Oleo.

Un dia, que yo esperaba fuera el ultimo, y ya como en las ultimas agonias, tomé el Santo Crucifixo, para entregarle el alma, mientras una religiosa me leia la Pasion de N. S.; me parecia, que ya entrando las puertas de la eternidad, me proponian: que para aquella vida eterna, no seria mucho vivir á acá otros años, aunque fuera pasando asperisimos tormentos. Yo no sé, como esto fue; mas me hallé con un aliento tal, que volviendo con el cuidado, que se habia ido el P. Rector, me halló con un grande aliento, y estube mas de media hora hablando con S. R., como buena y sana, aunque descaecia luego.

A la M. Abadeza le dio el mal de la muerte; y yo con espanto de todos, me hallé con alientos para asistirle, sin desnudarme, tres dias, y tres noches, que duró su enfermedad. Como yo estaba en tan amargas penas, y aquella Santa Señora me habia sido propicia,

en muchas ocasiones de mis trabajos, viendola morir, y que yo quedaba en tantas penas y riesgos, de perder á Dios, lloraba amargamente con ella, y le rogaba : en viendo á N. S., le pidiera, fuera ya servido de sacarme de tanto mal, como soy yo para mi misma. Ella que moria con la páz de un angel, y con la alegria, de quien, sale de prisiones ; que asi parecia, segun su serenidad y conformidad ; me lo prometia mucho, y me consolaba. Como yo la habia convidado á voces para la sepultura, quince dias antes, sin saber lo que me decia, y estando ella buena y sin enfermedad ninguna, quedé con alguna esperanza, de que la seguiria breve ; mas no fue así, por que del gran Sor. y Dios, son muy diferentes los juicios, de los nuestros, siempre errados, y timidos.

Despues de un mes que murio; la vi en sueños, buscando con mucha fatiga y cuidado á una religiosa, con quien en vida habia tenido disgustos, y diciendo, habia pasado sus penas en su cuerpo difunto, y en el enterrarla, (fue cosa rara, lo que se vio corromper el cuerpo.) No me hablaba palabra, en los encargos que yo le habia hecho, ni en sus promesas, ni en mi vida ó muerte. ¡ Que diferentes pasan allá las cosas, y que otro mundo que es ! Valgame Dios.

Por las mismas penas que pasé en siete meses, que estube en la cama, rendida à fuerza de tormentos, pudiera yo sacar, que será ; ¡ que será el carecer de Dios ! pues ni con ninguna lengua, pudiera explicar algo de lo que padecia. Pareceme fuera alivio: (y asi lo deseaba) que en las plazas publicas, me sentenciaran á qualquiera suplicio, y todo me parecia nada, en comparacion de aquel tormento, donde me sentia á mi misma separada de Dios, y moria con una muerte vivisima, conservadora de mi pena. Solía clamar á voces, algunas cosas muy desatentadas ; como una vez, viendo reir algunas, les decia : ¡ O dichosas las que pueden vivir sin Dios ! No queria yo decir, las que lo enojaban y perdian, que ya se vé, és el mal de

los males ; sí decia, las que podian respirar en su ausencia, ó no pasaban aquel duro suplicio.

Mas, para que me canso, y lo canso, padre mio, queriendo reducir á palabras, lo que es sobre todo lo que yo puedo alcanzar.

Muerta pues aquella Sra. Abadeza, que como dixé, en muchas ocasiones, me habia servido de madre, me hallé en lo exterior, con un aliento impensado, para asistir á todo lo que lleva la comunidad, aun mas que quando tenia pocos años ; y asi và un año que ando en pie, y á veces, como en el ayre, sin hallar en nada, bien, ni mal, sino és en tener, ó carecer de Dios.

CAPITULO LIV.

Consuelala el Sor. en sus tribulaciones, de diversos modos. Es destinada á cuidar y dirigir á las Novicias. Refiere otros favores del cielo. Dexa un Sacerdote por su medio, una ocasion proxima de pecar, en que vivia. Siendo ella estimulada por impulso superior, á representarle su infeliz situacion.

PARECEME, su infinita piedad nunca cansada de hacer bien, aun á los desagradecidos, y tales qual yo soy : me ha consolado á veces en la fuerza de mis congojas y temores, con algunas cosas que diré, dexandolas al juicio de V. P., como todo lo que llevo referido. Un dia pareciendome imposible, el verme libre de tal tormento, sentia, ó entendia estas palabras. *¿ No seré yo más poderoso para consolarte, que lo ha sido el demonio para aflixirte ?* Con esto cobré algun aliento.

Otro dia, que se habia ido mi Santo P. Diego de Tapia, á las haciendas del Colegio, y yo quedé sola, en mis amarguras, me vi tan apretada una noche, que

propuse con toda determinacion, no comulgar ese otro dia, por que me parecia mas ofensa de N. S., que agrado suyo, el recibirlo ; pero apenas me quedé dormida, entre aquellas angustias mortales, quando me hallé con aquella madre difunta, que dixe en el numero 49, que murio, pidiendome aquellos perdones, y siendome ya, todo alivio de mis penas. Esta noche que voy diciendo, me llevaba al coro baxo, por la escalera que suele baxar para comulgar ; era de noche, quando baxabamos por alli, las dos : más apenas entramos en la grada, quando entró la luz, y yo me llegué á la rexa á ver al P. Capellan, que ya venia á dar la comunión ; el me saludaba, preguntandome : como me habia ido. *Ya en viendolo padre mio* (le respondia yo) *muy bien me vá, muy bien me va* : deciale yo esto, por que me habia de dar la sagrada comunión. Entonces un hombresito enáno y feo, que habia aparecido alli en la iglesia, decia con malicia, y escarnio, ó rabia : *que bien la entiendo yo*. Yo no me curaba de el, sino pasaba á la graticula con el deseo de reconciliarme, para que me dieran la Sta. comunión, y al llegar, via una cosa prodigiosa ; el Pisis alli patente, descubierto, limpio, y puro, y lleno de una riqueza inefable, no de formas, sino de un tesoro divino, de perlas y piedras preciosas, en particular esmeraldas, engastadas en finísimo oro, y tan unidas con el, que parecian una misma cosa ; no como son las de por acá, mas todo aquello era, como espiritual. Yo admirada, y como fuera de mi, exclamaba : *Diós mio ; ¿ quien te ha puesto aqui, tan patente ? ¿ quien te dexó aqui Sor. mio ?* A esto me respondian : *que en el confesonario lo habian mandado*. Aquel hombresito feo y enano, luego que me vio pasar á la graticula, se fue de la rexa diciendo : que el venia vendiendo Chica, y se apartó de alli. La monja difunta que me acompañó, luego que me dexó en la grada, no la vi más. El P. Capellan, tampoco supe á donde fue. Solo hacia cuenta de aquella riqueza que habia hallado, y

a a

quando volvi en mi, conocí, la gran piedad, con que mi amantísimo Padre Dios me enseñaba, y consolaba, dandome esperanzas, de que S. M. gustaba de que lo recibiera, y que no hiciera caso de las pinturas de aquel maldito vendedor de Chica; y mas en habiendolo mandado mi confesor, que fue lo que entendi por el confesonario. Desde aquel dia, cobró la pobresita alma, un poco de aliento, y mas quando se acordaba, de esto que he referido.

Quando se hizo nueva eleccion, me dio N. S. otro consuelo, lo uno, por que aunque yo estaba en tan profundas penas, y casi muerta, aunque andaba ya en pie, quiso Su Magestad servirse de un tal cadever ó esqueleto, para componer algunas cosas que convenian á su santo servicio; y lo otro, por que con algunos oprobios, testimonios, y desagradecimientos de las criaturas para con migo, respiré un poco, y eché de vér, que no me tenia N. S. del todo abandonada, ó arrojada de sí.

Luego me mandó la M. Abadeza, cuidar de las novicias, que eran once, y tube la confianza en N. S., que por la obediencia me lo mandaba; y el deseo de refugiarme entre ellas, pensando que asi hallaria mas, el favor de Dios; que por estas almas de sus esposas, me miraria con piedad, y el enemigo huiria de ellas.

Asi, despues de aquellos siete meses, de mayor rigor, he pasado ya otro año, no sé como; por que, aunque los trabajos sean grandes, los temores y pavores, los desconsuelos, &c.; mas és grande la providencia de mi Sor., con que me ayuda y anima; y solo quisiera el alma, no apartarse de el, ni lo que hace una respiracion.

Por mucho tiempo, y no sé si diga, lo mas ordinario, en llegando el cuerpo á tomar el sueño, quedarse el alma en oracion, con mas encendidos afectos que pudiera despierta, y con grande páz; unas veces abrazandose con la Sma. Virgen; que el alma le quisiera entregar, y ella deseando irse con su Sra. y

amantisima Madre. Ya en procēciones muy devotas, y misteriosas ; y ya con su Smo. Hijo. En particular, una noche, que me parecia verlo, desnudo, y arrodillado sobre la cruz, y que una nubesito muy leve, le iba enlazando, y subiendo por el cuerpo, y mi alma deshaciendose en afectos de su Sor., entendia ; que ella era aquella nubesito, y me parece que he entendido, que el mostrar N. S. estas cosas en sueños, és la causa, el estar contimamente con tantas turbaciones y temores, á demas, de lo que su Magestad sabrá tambien.

Estando en exercicios con las novicias, me parecia verlo (esto no era en sueños) en el lugar de aquella imagen del Salvador (que dixé que sudó, en el entierro de aquella monja) con un manto azul, de color de un cielo, mas claro y lindo que el mismo cielo, y quexandome yo con todo mi corazon á N. S., en esta su Sta. imagen (que és todo mi consuelo) del rigor de mis penas, sudó otras dos veces ; y yo entendia que era mostrando acompañarme en mis penas.

Tambien me parecia, que el Sto. Angel de mi guarda, con otros muchos, entraban al aposento, y se ponía calada la celada, y cargado sobre la espada, como que estaba de guardia ; no sé yo si acierto á decir esto, por que no sé como se llaman esas armas.

Un dia que estaba en grandes agonias, entendí esto : *Tu vives muriendo en mi, y yo estoy viviendo en ti.* Como palabras de N. S., dichas á mi alma.

Otro dia, que ya parecia acabar con las penas y congojas, y el furor del maldito ; me parecia, que el alma oía una voz, que le decia alentandola. *Ea alma, que yá tocamos las margenes de la ciudad Sta.* Pareciame del Sto. Angel de mi guarda, por que era, como quando de dos caminantes, el que guia, anima al que desfallece. No entendí si moriria breve ; más por larga que sea la vida, será corta, y lo mas está pasado.

El dia de S. Antonio de Padua, à quien mucho me he encomendado en mis tribulaciones, quando desperté

hallé, que un Sto. Cristo, bien grande, que tengo siempre entre la cama, se habia puesto sobre mi cabeza, tan bien acomodado, que el un brazo de la Cruz tenia echado sobre ella ; y lo mismo de ay á dos ó tres dias, y desde entonces, todas las noches quando despierto, me hallo abrazada con el, que debo de alcanzarlo dormida.

En medio de estas penas, me envió N. S. un nuevo trabajo, con la ida del P. Diego de Tapia; tube el desconsuelo que V. P. puede conocer, pues me ayudò con tanta caridad, en el tiempo de tantos trabajos ; más conforme con la voluntad de Dios, le ofrecí esta pena, y me quedé sola, fiada en N. S.

Algunas cosas me sucedian, que parece hay en ellas, alguna luz de N. S., como lo que diré: habia yo hecho una Sobrepellis, para un Sacerdote, que supe que la necesitaba. El dia que la acabé, y algunos antes, en la oracion, me parecia, que me notaban un papel, que le escribiera, quando se la enviara ; diciendole : que advirtiera lo que aquella vestidura significaba, y la grande limpieza, y pureza, que para tratar con las manos, al hijo de la Virgen Maria, se necesitaba, &c. y otras cosas á este modo. No por que habia, por donde yo temiera ningun mal ; mas me via fuertemente instada á esto. Luego llegò á mi noticia, no sé que cosa, y una mañana lo envié á llamar á un locutorio oculto ; y en llegando alli, me halle fuera de mi, puesta de rodillas, y hablandole con una voz, y enojo, que yo misma desconocí. Ya el tenia ensillado, para salir fuera del lugar, á la ocasion de su mal ; mas como yo le repetia, con tanta turbacion y enojo. ¿ A donde quiere ir : ? ¿ á donde vá : ? dexó aquel viage, y la ocasion de caer, y quando volvio de conmigo, á su casa, al abrir una caxa donde guardaba su ropa, y habia dexado cerrada con llavé ; vieron todos, y el tambien, salir de ella un perro muy grande. Quando yo estube bien en mi, quedé con harta pena, de si habria disgustado á N. S. en alguna cosa, y llevé

hartos oprobios, al principio: de santimoñera, harta de comer y soñar, &c. ; mas por ultimo, ello se remedió, por la gran piedad de Dios.

Otras cosas me pasan, que me consuela N. S. con ellas ; como és, no hacer ninguna cosa que no me la retornen con alguna ingratitud ; digo, por la mayor parte, como lo que le referiré. Estaba una persona quejandose, que estaba desnuda ; yo me quité la saya que tenia puesta, y se la dí ; mas apenas se la habia puesto, quando se le embistio un furor contra mi, que no habia parte del convento, donde no se quejara amargamente, culpandome en hartas sinrazones, y asi estubo, no sé sí dos meses, que no habia cosa que la pudiera aplacar con migo, en las demostraciones de enojo que hacia : mas que bien, Dios y Sor. mio, se entiende aquel, *in tribulatione dilatasti michi*; pues á vista del padecer del alma, quanto pudieran hacer y decir las criaturas contra mi, és regalo, y no ocupa lugar, ni parezco capáz de sentir.

CAPITULO LV.

Deseos y suspiros humildes, para lograr la intima union con Dios. Enseñala el Sto. Padre Ygnacio, sablimes lecciones de la humildad, manifestandole, que mientras mas creciere el alma en ella, mas crecerá en la caridad. Alocusion interior, divina y admirable con que és instruida y confortada, por el Sor. Devocion que siempre tubo á los Stos. Arcangeles. Dirige al confesor sus escritos, temiendo haber errado mucho, en ellos. Díce que se siente casi muerta á la irasible, y pide al mismo padre sus oraciones.

AL presente, siento una grande violencia en el corazon y alma, que me parece, anela á su Dios, no por la gloria y descanso, me parece, sí por lo que és el cen-

tro de todo el bien, santidad y limpieza. Desea con increíble ansia, estar anegada en aquel mar de amor, limpisimo, purisimo vivifico, y vivificador. En el halla, aquella santisima humanidad, con los dolores, sangre y amargura de su pasion; juntamente con todas sus mansedumbres y finezas. Alli á la Madre de la misericordia, alta y levantada en santidad y pureza, sobre todos los coros de los Angeles, y hombres.

Deseo con todo mi corazon, gastar lo que resta de vida, en conocer á Dios, y conocerme á mi. Y como claramente me ha dado N. S. casi á experimentar, el abismo de males que yo soy; y á conocer, como todos los bienes, utiles, deleytables, y honestos, están en S. M., y que puede de repente enriquecer al pobre; deseo estar á sus puertas continuamente, sin apartarme de ellas, poniendo á los ojos de su misericordia, y al abismo de sus piedades, el abismo de mi miseria, para que sin cesár lo invoque y llame.

Siento grande alivio, en la memoria de la pasion de N. S., y que me hace compañía en mi destierro, trayendole presente, y mas, amandole de todo corazon; deseando del todo huir de mi misma, por vivir en el. Me és amarguisima la compañía de las criaturas, y estoy en el trato con ellas, como violenta y forzada. Qualquiera conversacion que no és de Dios, ó se encamina á el, me és amarguisima, y á veces intolerable.

Solo se aplacan las penas de mi alma, con humillarme, considerarme á mi misma, y confundirme, en la soberana presencia de la tremenda magestad de Dios. No hallo nombre, que le venga á mi vileza, y á lo que yo soy. Tambien me alivio, en humillarme ante las criaturas de Dios; y tal vez deseo fingirme loca, por sér despreciada, por que conosco, que Dios aborrece la soberbia, como contraria á su suma verdad, por que toda la soberbia se funda, en mentira y falsedad.

Deséo anegarme cada hora, y cada instante, mas, y mas, en el mar amargo de la pasion, y dolores de mi Sor., y en los dolores y amarguras, del limpio y puro

corazon, de su Beatissima Madre, y Sra. de mi alma ; y para agradar, y complacer á esta alta y soberana Emperatriz, deseo y le pido, me alcance de su hijo precioso, una grande pureza, pues és virtud tan amada, de esta Madre Virgen, y de su hijo Dios.

Un dia, me parecio, que mi P. S. Ygnacio, me enseñaba (no por que yo via al Sto. ; mas me parecia estaba presente á mi alma, enseñandola) como la humildad es amor de Dios, y como mientras mas humildad, habria mas amor. Entendia, como la humildad, és conocer y amar la verdad ; y como la verdad, és lo que tiene ser ; y como en lo que tiene ser, está Dios. Como la soberbia, és mentira, y la mentira no tiene ser, ni tiene á Dios ; y lo que no tiene á Dios, es todo mal, por que carece de todo bien ; y asi, que quanto el alma estubiere mas vacia de la mentira, que és la soberbia, estará mas llena de Dios.

Conoci, como aquellos espíritus malos infelices, quanto hubieran sido capaces del bien, por la altesa de su naturaleza, no estando Dios en ellos, son capaces del mal. Como un vaso muy grande en que cupiera mucho buen licor, si no se le echa, sino veneno, tambien cabe mucho ; que los poderosos, poderosamente serán atormentados ; y asi lo conocia de la culpa, poderosos para la iniquidad. Y sabiendo, que cayeron de todos los nueve coros, tenia gran dolor, de ver, como persiguen á los hombres, y gran deseo, de que hubiera muchos predicadores, &c., que hagan las causas de Dios ; y muchas almas santas, que rueguen, y aplaquen à su Magestad ; y más, tenia una grande compasion, de los que son tentados, y perseguidos de estas potestades de tinieblas.

Por donde las culpas, y faltas ajenas, si algunas viere, mas me han de mover á compasion, y à pedir á Dios, &c., que no á escandalo. Tengo tambien gran temor de que mi alma, no sea vaso emvenenado con la soberbia: que los beneficios de Dios, los malogre con la soberbia ; por que un tal vaso, que lo que echaran en

el, lo volviera veneno, claro está, que habian de arrojarlo al muladar, ó curarlo á fuerza de fuego. De donde veo, que no puedo extrañar mis tribulaciones, por grandes que fueran ; mas pedir al Sor. *Vre igni cor meum. Cor mundum crea in me Deus.*

Como el alma conoce, por que Dios lo quiere, quanto necesita de la luz de Dios, para no estar por todos modos comprendida de las tinieblas ; quanto de su calor vivifico, para no ser toda hielo y muerte, y corrupcion ; quanto de su favor, para qualquiera accion vital, como el cuerpo, del alma ; como el dia, del Sol ; como el ciego, tullido, sordo, desnudo, y hambriento, &c., de quien lo lleve, guie, alumbre, vista, y mantenga, &c. Asi vé, quanta ignorancia y temeridad, és ofender, ó descontentar, á quien solo puede hacerle todos los bienes, y librarla de todos los males.

Y volviendo los ojos á lo que hasta aqui he recibido, y al amor, y benignidad del dador, conoce, quanta y quan fiera ingratitud és ofenderle, y viendo que aun ofendido, dá todos los bienes, y tan liberal, y mansísimo, tan inclinado á hacer bien, que liberalmente se dá á sí mismo, siendo Rey supremo, de tremenda magestad y poder; se admira y duele, como ofendió á un tal Sor., tan digno de ser amado, servido y adorado, por ser quien és.

Un dia, estando con grandes congojas, llamando á N, S., que me parecia el alma se arrancaba, importunandolo mucho ; me parecia que estaba cerca de mí, como quando andaba en el mundo, y que tenia á las espaldas, los instrumentos de la pasion ; y tocando con la mano derecha, el clavo de la izquierda, le decia : *Aqui estoy alma ; ¿ que quieres ?* Con un modo de severidad, como si dixera : ¿ Quieres gozar ? pues ahora es tiempo de padecer.

Tambien escribiré aqui, algunas razones de consuelo, que recibia el alma ; no por que yo piense que me hablaba N. S. como á las almas justas; más para explicarme és, como si dixera: Pobresilla: combatida de la

tempestad, sin ninguna consolacion, no temas, no morirás. Yo soy el Sor. Dios tuyo; mira que yo te adornaré con piedras preciosas. Yo te daré aquella corona y diadema de diamantes, que és mi fiel, piadosa, y amorosa madre. Yo pondré en tu pecho aquella cruz de rubies, que soy yo, tu esposo, humanado, amantisimo, y ensangrentado. Yo te daré aquella piedra, que siendo blanca, toda és fuego, que te adorne y abrase en el Sacramento, y sea para ti, un rico tesoro, de esperanza y amor.

Sufre la vida, suspira por la muerte, sujeta siempre á mi voluntad, y encerrada en el fiel y fuerte muro, de mi eterno querer. Mas son por ti, que contra ti. El dragon soberbio, arrastró la tercera parte de las estrellas; y el poder de mi brazo omnipotente, triunfará de el, con una paja, pobre, flaca y debil (esto fue el dia del Sor. S. Miguel.)

Bienaventurados dixen, que son los que tienen hambre, y sed de la justicia (que és toda santidad, y que soy yo) por que ellos serán hartos. Pues, ¿ como puede ser que te dexen, hambrienta y sedienta, y que yo mismo avive tu sed, para dexarte perecer? Momentaneas son las tribulaciones, que han de obrar un peso eterno de gloria, que quando apareciere, serás saciada; y quanto mayor fuere la carestia, hambre y sed en la vida mortal; tanto será mas abundante, crecido y lleno, el peso de gloria, en que yo seré mas glorificado en el alma, y ella estará mas intimamente, unida á su principio.

Ea, alienta tu corazon, pobresilla muger: anegate en el mar de las misericordias mias. Mira que vendrá la aurora, y se acabará la lucha y batalla, y se dará fin á las tinieblas, en entrando la aurora Maria, fuerte, suave, apacible y misericordiosa; terrible para los espíritus malos, como un exercito bien ordenado. ¿ No és tu madre, y madre de tu esposo? ¿ pues que temes? ¿ No és escogida, como el sol, para alegrar, beneficiar y vivificar, desde el aguila real, hasta la mas

pequeña avesilla ; desde el leon coronado, hasta el animalito mas pequeño ; desde el cedro del Libano, hasta el hisopo, y yerva mas humilde ? Pues, ó guzarnito pobre, tambien gozarás de las beneficencias de esta aurora, y sol clarisimo, hermosisimo, y purisimo. Arrójate á sus pies, escondete en este mar de piedades, bebe de esta fuente purisima, quando recibas á su hijo Sacramentado, &c. Con estas razones, se alienta y respira mi corazon, en la fuerza de los desconsuelos y angustias.

Tambien, con darme N. S. á entender muchas cosas, en el psalmø que empieza. *Espectans expectavi Dominum, et intendit mihi.* Como si dixera : espera al Sor. con larga esperanza, no te canses de esperar, que el entiende tu tribulacion, y entiende en tu remedio ; no te ha olvidado, ni hecharà en desprecio tu pobreza ; oirà tus ruegos y genidos, sacandote del lago de miserias, y del lodo podrido, en que ya te miras, como anegada, y sumergida. El te sacarà, de todo lo que és tu lodo, y tu barro, y pondrà firmes tus pies, en su verdad y misericordia : en las verdades de la fé, como en la firme piedra, y no tu ignorancia y tinieblas. Mas el Sor., dirigirà tus pasos, y enviará á tu boca y à tus labios, un cantar nuevo, en que todo el bien confieses de Dios, y todo el mal conoscias de ti ; y este serà, cantico de tu Dios, imno de su amor y alabanza. Tu bienaventuranza, serà esperar en el nombre del Sor., y no miraràs, ni estribaràs en tu vanidad, insania y falsedad, que és todo lo que tienes de ti, y diràs y conoceràs, y sentiràs, que son muchas en numero y grandeza, las maravillas de las obras de tu Dios, y grandemente las conocerà tu anima. Esto sabràs y hablaràs, en los deneficios y grandezas suyas, que son sobre todo numero. El sacrificio, la oblacion, el holocausto, de todo tu ser, harás á Dios, y perfeccionando el, los oidos de tu alma, para que recibas sus voces, y executes su voluntad, diciendo con firme entrega de ti misma : aqui estoy Sor. Dios mio ; y aun-

que cada instante sea arrojada de tu presencia, comprendida de mis iniquidades, y cercada de males, sin numero, y no pueda ver la luz, ni el camino, iré á ti llevada de tus miseraciones, de tu misericordia y de tu verdad; y diré: mira que vengo á ti, y quiero que todo el compendio, toda la sustancia de mi vida, y de mi ser, sea hacer tu santísima voluntad, y tener tu santa ley, amandola en medio de mi corazon. Quando se multiplicaren sobre los cabellos de mi cabeza, los que me atribulan, y mi corazon me desamparare, quedando como sin virtud, sin jugo y sin aliento; seáte Sor. agradable el librarme. Mira Sor. en ayudarme, y serán confundidos con el favor y ayuda del Sor., los que buscaban tu anima para perderla, y serán vueltos para atrás con fuga y confusion, los que te querian los males, y los que te decian, con mofa y escarnio; alegráte: alegrate; y te movian á buscar fuera de Dios, tu alegría ó gozo en la vanidad, que és todo lo que no és, Dios. El Sor. Dios, puede hacer que vivas, y mueras, de manera, que se alegren por ti, los Angeles y Stos., y los justos, que han querido la salud de tu alma, y engrandezcan á Dios, en la vida eterna, por sus misericordias, con que libró al pobre de las manos de los fuertes. *Tu solo eres, mendiga y pobre, más el Sór. será solícito de ti.* Tu ayudador y tu protector, és tu Dios, no tardará.

He tenido grande socorro y alivio, con el favor de los Stos. Angeles, en particular, los tres Principes S. Míguel, S. Gabriel, S. Rafáel, llamandolos en mis mayores aprietos y congojas; señalandoles un dia de la semana. Rogué á mi P. Diego de Tapia, me diera alguna noticia de estos Stos. Angeles, y me la dió, qual mi corazon la deseaba. He entendido un exercicio, que pueda traer por los dias de la semana, distribuidos por los atributos de Dios, pasos de la pasion de N. S., Ntra. Sra., Stos., y Angeles; mas siempre, mi negligencia y torpeza para todo lo bueno, és indecible. N. S. por su infinita misericordia, enderese

los pasos de mi alma, y me saque de lo que yo soy, para que no sea más ofendido de mi. Jesus y Maria Santisima, nos ayuden. Amen.

Padre mio : hasta aqui he cumplido mi obediencia, y por el amor de N. S., le pido, me avise, si es esto lo que V. P. me mandó, ó he excedido en algo, y si será este camido de mi perdicion, como me afligen algunas veces terribles temores, que me parece, me atan de pies y manos ; puede ser lo haga el enemigo, para que no corresponda con el agradecimiento que debiera, á los beneficios de mi Sor. y Dios. Me propone, que todos son engaños, é ilusiones mias ; y estas noches que estaba escribiendo, me ha afligido el enemigo, poniendose tres noches arreo ; una, atajandome el oratorio, y riendose mucho ; otra, diciendome hartos oprobios, y entre ellos, que era, una habladora, que no callaba nada ; otra haciendo unas acciones de extraordinario desprecio, y asco ; y aunque de esto no hago caso, por ser en sueños ; pero los modos que el tiene de afligirme y atormentarme, solo N. S. lo sabe ; y solo el, por intercecion de su Sma. Madre, me puede librar y dar aliento, y paciencia, para no haber desfallecido. Bendito sea Dios, y alabado.

Mi P. S. Ygnacio, me ha amparado mucho ; y en un dia de estos, me parecia oír unas palabras, que decian : *Esta és una alma muy favorecida del gran Patriarca S. Ygnacio.* Esto me parecia, por los confesores que me ha dado de su compañía. Aviseme en todo esto ; que será ? ó como lo debo recibir ó creer ; y que ruega por mi.

En lo que V. R. me dice, de aquella mi tan grande y continua impaciencia, ó tentacion de ella : ha dos años casi, que N. S., me parece, la ha extinguido en mi corazon, de modo que por muchas ocasiones que haya, apenas alguna rara vez siento, un primer movimiento, como si prendieran una leve estopa, que luego se apaga. Estos dias que aun las novicias me ponen nombres y llaman loca, y en el convento corre por cosa

asentada, que me escondí, y apliqué para mi, una grande cantidad de plata, y otras cosas ; no ha permitido N. S. que tenga, ni aun sentimiento, antes me consuelan mucho esas cosas, para las penas de mi alma, por que me dan esperanza, que Dios, no estará enojado con migo.

Solo quisiera hallár y tener á mi Sor. Jesucristo, y el favor de su purisima Madre, y Sra de mi alma ; y asi lo paso por ahora, lo mas que puedo sola, y llorando por mi destierro, como un cautivo, que no sabe, si volverá á la patria, ó verá el rostro de su amado Sor.

Veo todo el tiempo pasado de mi vida, tan lleno de culpas, y tan descaminado, que ojos me faltaran para llorar en esta region, tan lexos de vivir como verdadera hija de mi Padre Dios ; y asi solo quisiera sustentarme de lagrimas : ¿ y quales fueran bastantes á borrar tanta inmundicia ? Solo la sangre de N. S., á quien pido á mi amantísimo padre, me encomiende, para que no se pierda en mi, el precio de su Santísima pacion y muerte.

AMEN, JESUS, MARIA, Y JOSE.

FIN.

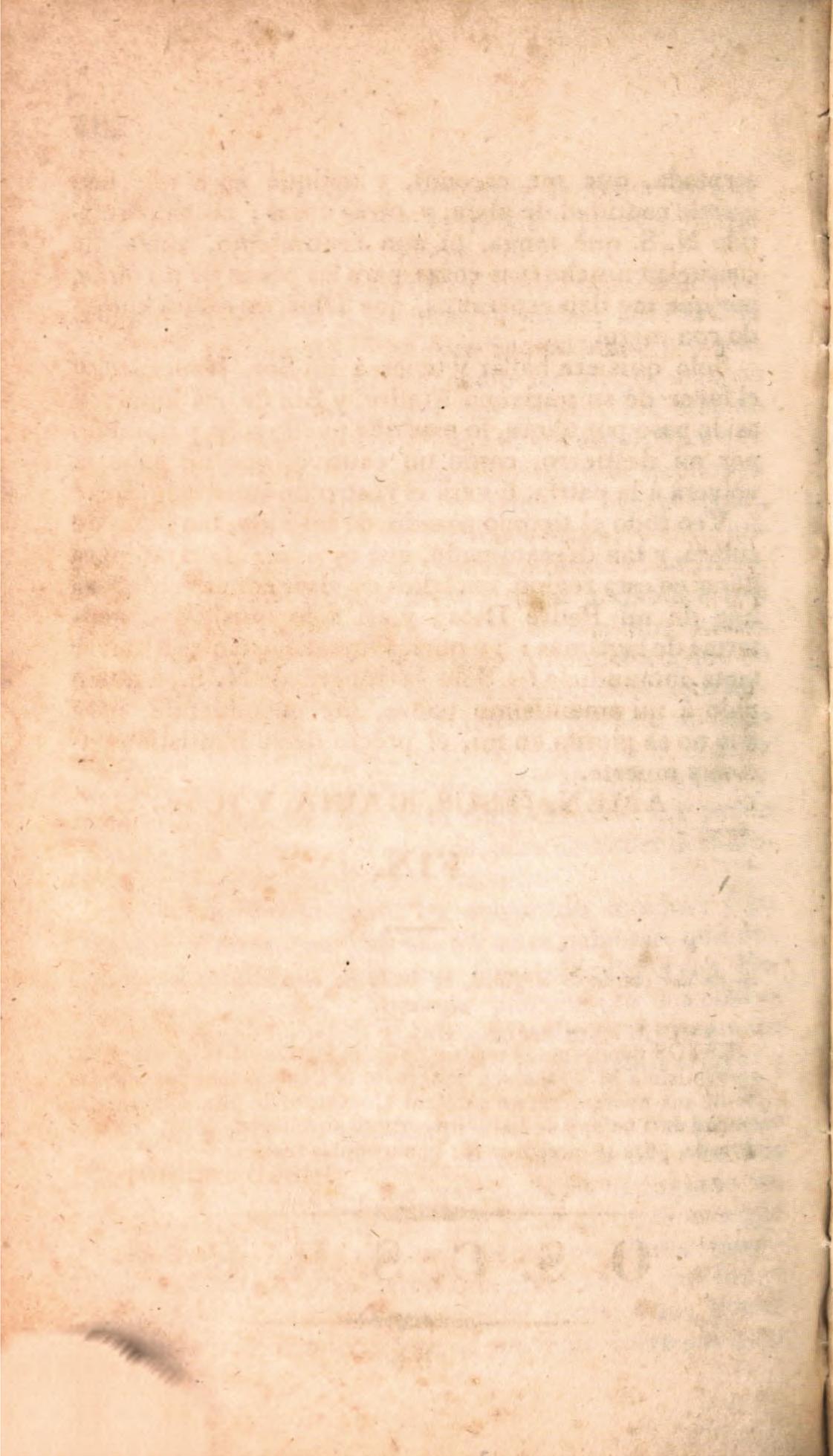
Al fin del quaderno original, se halla de otra letra la certificacion siguiente.

ESTOS quadernos, escribio de si, la venerable religiosa y observantisima M. Francisca Josefa de la Concepcion, por mandado de sus confesores, en su Real Convento de Sta. Clara de la ciudad de Tunja, y se halló incorrupto su cuerpo, al año de enterrada. De lo qual, doy fè, como ocular testigo.

DIEGO DE MOYA.

O. S. C. S. R. E.

b b



INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pag.
<i>Discurso preliminar.</i>	vii
<i>Licencias del Ordinario.</i>	xviii
<i>Carta primera de su confesor, á la V. M.</i>	xxvii
<i>Segunda carta. Ydem.</i>	xxix
<i>Tercera carta. Ydem.</i>	xxxi
<i>Quarta carta. Ydem.</i>	xxxiv
<i>Quinta carta. Ydem.</i>	xxxv
<i>Sexta carta. Ydem.</i>	xxxviii
<i>Septima carta de la V. M., al Vicario.</i>	xxxix
<i>Octava carta, respuesta de la anterior,</i>	xl
<i>Nona carta, de su confesor, á la V. M.</i>	idem
<i>Decima carta. Ydem.</i>	xlii
<i>Undecima carta. Ydem.</i>	xlvi
<i>Duodecima carta, del R. P. Diego de Moya, á la V. M. Francisca del Niño Jesus, sobrina de la V. M. Francisca de la Concepcion.</i>	xlix

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTA VIDA.

<i>CAP. I.—Su nacimiento, fuericia y educacion, en la casa paterna.</i>	Pag. 1
<i>CAP. II.—Prosigue la relacion de su fuericia, distracciones que tubo en este tiempo, y llamami- entos de Dios, á buena vida.</i>	6
<i>CAP. III.—Llega á los doce años de edad, recibí otros nuevos y señalados auxilios, y entre ellos, una vision particular.</i>	9
<i>CAP. IV.—Entra en la edad de catorce años : re-</i>	

- cibe el Sacramento de la Confirmacion. Se siente intimamente tocada de la gracia. Se resuelve á una santa vida. Hace una confesion general. Desprecia todo adorno, y vanidad, y sufre varias contradicciones.* 12
- CAP. V.**—*Entra en los dies y ocho años de su edad. Lucha y tormentos interiores, en que és sostenida de Dios, con especial providencia, y espirituales socorros.* 14
- CAP. VI.**—*Entregase mas á los exercicios espirituales. Dejarale Dios un confesor. Vocacion extraordinaria á la Religion; y concluye con una devotissima, y fervorosa elevacion á Dios.* 17
- CAP. VII.**—*Confirmala el Sor. en sus santos propositos de vida retirada. Obedece ciegamente el consejo del confesor, para entrar en religion. Refiere su salida de la casa paterna y entrada en Sta. Clara, con varias circunstancias edificantes. Obstaculos y tentaciones que le ocurrieron. Entra en exercicios espirituales, y alli conoce la proxima muerte de su padre.* 21
- CAP. VIII.**—*Asistela con mas frecuencia el confesor. Recibe ciencia infusa de las santas escrituras, y especialmente de los Psalmos. Resiste los estímulos del amor paterno para dexar el claustro. Nuevos padecimientos espirituales. Muerte de su padre.* 25
- CAP. IX.**—*Padece una soledad absoluta y abandono de todas las criaturas. Sufre terribles enfermedades, con circunstancias intolerables. Sostienela Maria Sma. con un favor singularissimo. Habla interior, y nuevas luces que le dá el Sor. Amor de la santa pobreza.* 26
- CAP. X.**—*Toma el habito en edad de veinte años. Abstraccion total. Nuevos favores celestiales. Doctrinas misticas, admirables. Repiten los combates interiores, alternandose con las luces superiores. Asegurala el Sto. Patriarca Francisco en su especial vocacion á la religion de Clarisa. Reflexiones importantes. Humildad profunda.* 29
- CAP. XI.**—*Ofrecense al parecer grandes dificultades.*

tades para su profesion ; todo se vence, y la hace con gran fervor. Ausentase su confesor, aflixese por ello, y la remedia el cielo. Mandale el P. Francisco de Herrera, que escriba los sentimientos espirituales. Recibe conocimiento de las virtudes de este religioso.

33

CAP. XII.—*Proporcionale Dios nuevo director por ausencia del P. Herrera. Temores que tubo de errar en el camino espiritual. Asegurala el el Sor. y le dá instrucciones admirables, para amar el retiro y total abstraccion de criaturas. Elevacion á Dios. Aprovacion que da el director, á lo que escribe.*

37

CAP. XIII.—*Nuevos y mas fuertes temores de andar errada. Duda por lo mismo continuar escribiendo, segun orden del Director. Animala una vision, á seguir. Favor singularisimo de Jesus Sacramentado.*

45

CAP. XIV.—*Pierde la presencia de Dios. Experimenta grandes necesidades espirituales y corporales. Socorre Dios estas por medios especiales. Se dexa con mas veras á la direccion del P. Torvar. La vuelven á hacer sacristana, y sufre muchas incomodidades. Entiende sobrenaturalmente el riesgo de una alma, y lo remedia.*

48

CAP. XV.—*Sueño misterioso y consolador. Encomiendanle la portería. Lleva los libros de cuentas del convento, desde su profesion. Goza la presencia de Dios, y abstraccion de sentidos, y pierde estos bienes repentinamente. Comulga con la frecuencia posible, y el confesor le prohíbe, lo mas de la penitencia exterior.*

51

CAP. XVI.—*Enferma su madre, y llena de piedad filial, consigue, con mucho trabajo llevarla al convento, manteniendola de su trabajo. Le insignia Dios, que aprueva esta accion. Padece una enfermedad rara, sensible en los lugares de las llagas de Jesus crucificado. Se agolpan muchos padecimientos, y el Sor. se los detalla en una vision. La hacen enfermera. Muere su madre á los dos años, profesando religiosa.*

53

bb2

- CAP. XVII.**—*Sufre persecuciones horribles de una seglara, tanto que se vé reducida á no salir de la celda, y humedecer el tintero con sus lagrimas, para escribir. Vé al demonio en figura de la dicha. Aparicion de un muerto, y fineza del niño Jesus. Otra vision, en que se le denota los efectos de la discordia.* 60
- CAP. XVIII.**—*Sufre un formidable combate de la potestad de las tinieblas, por el tiempo de un año. Sostienela el Sor. con varios y oportunos socorros; concluye esta tentacion, que fue en materias de fé, y no vuelve á sentirla mas en el tiempo de su vida.* 64
- CAP. XIX.**—*Oposicion y aborrecimiento que tubo desde su niñes á la impureza, y embates que sufrió por la imarcesible castidad. Elogio de esta candida virtud. Vision sobre esta materia. Entiende el psalmo in Domino confido. Acto de humildad.* 67
- CAP. XX.**—*La hacen maestra de novicias. Proponele por modelo á Sta. Maria Magdalena de Pasis. Muere una religiosa que era en su concepto de gran virtud. Hacele el Sor. conocer en una terrible vision, el juicio particular de aquella alma. La hacen Escucha. Caridad con que la dirigio el P. Juan de Tover, en el tiempo de cinco años.* 70
- CAP. XXI.**—*Va de Rector á Tunja el P. Juan Martines Rubio, y la asiste con frecuencia. Tolerava varias afrentas por parte de las criaturas. Hacele ver el Sor. en una vision, el precio y los frutos que en ellas se encuentran. Elevacion sobre esto.* 74
- CAP. XXII.**—*Raptos, suspensiones, y deliquios, que experimenta desde los dos años despues de su profesion, por el termino de catorce años; aun que no los conoce, en fuerza de su profunda humildad. Sufre despues de estos raptos, dolores corporales y otros efectos exteriores, que atribuyen á diferentes causas las criaturas.* 77
- CAP. XXIII.**—*Vuelve con gran consuelo á la Sa-*

- eristia ; goza sin interrupcion de la presencia de Dios. Padece por cinco meses una nueva tribulacion inexplicable y terrible. Vision consoladora. Conoce la proximidad de la muerte de la Abadeza. Socorros que recibe de ella, y otra religiosa. Lagrimas continuas.* 82
- CAP. XXIV.**—*Concluye su tribulacion. Sueño prodigioso. Previene á una religiosa para su muerte. Representacion que tubo muerta esta. Conoce el mal estado de una alma, que luego se remedia. Varias revelaciones y conocimientos ; entre ellos del estado de gloria de la ultima Abadeza que murió en aquel tiempo.* 87
- CAP. XXV** —*Consolaciones sensibles, alternadas de desotaciones. Defectos en que incurre por el trato con las criaturas. Propiende con caridad á la entrada en religion de una sobrina suya. Se le dán respecto de esta, conocimientos particulares. Ve claramente á Satanás y siguese una persecucion espantosa de las criaturas, con graves enfermedades y otras circunstancias notables. Visiones que le confortan.* 92
- CAP. XXVI.**—*Continúan las persecuciones de las criaturas, y las graves enfermedades. Enferma, y muere la Abadeza. Singulares circunstancias que intervienen. Yntentan sus hermanos, pasarla á otro Monasterio. Ella lo impide, y el cielo aprueba esta resolucion, por varios modos. Elevacion á Dios. Apariciones muy notables. Gran virtud de la Bula.* 101
- CAP. XXVII.**—*Muere el religioso Franciscano que la habia dirigido algun tiempo. Elixese nueva Abadeza. Vuelve al noviciado de Maestra. Recibe luces para el ccumplimiento de este cargo, y otros favores celestiales. Renuevase la persecucion de las criaturas. Se le dá á entender, morirá la Abadeza, como sucede.* 108
- CAP. XXVIII.**—*Deseos de padecer, de humillacion y propio conocimiento. Sufre recia tempestad de tribulaciones. Dasele el destino de Gradera. Purifica este lugar de antemano, Na. Sa. Se le*

suscita nueva persecucion, y nuevo combate interior, que luego cesa. Sobrevienele una rara enfermedad corporal con amarguísima tribulacion espiritual.

114

CAP. XXIX.—Figura horrible en que se le presenta Satanàs, amenazando ruinas; y se efectua en parte del convento. Cesa la tribulacion y enfermedad del anterior. Tiene anuncios de la muerte de su director el P. Juan Martinez Rubio, y se verifica en efecto, dandosele conocimiento de la virtud de este sacerdote.

120

CAP. XXX.—Temores de andar errada en su camino espiritual. Destinanla à aprender el organo. (Tiene entonces treinta y ocho años de edad) Toleran pacientemente, una gravísima enfermedad por cinco meses; junto con extremada pobreza. Recibe el beatico. Redoblarse sus trabajos, pero los sufre con paciencia, advertida con doctrinas y avisos del Señor.

122

CAP. XXXI.—Nuevos temores de ir errada, en que por disposicion divina, y por mayor merito suyo, es confirmada por algunos confesores. Contribuye el P. Rector Jesuita à fortificar sus temores. Reflecciones admirables. Terrible desolacion. Refuerzo celestial.

126

CAP. XXXII.—Dejarale Dios un buen director. Vision en que se le dá à entender de ante mano esta felicidad. Este la conforta y anima, con saludables y acertadas doctrinas. Aprueba sus escritos. Torrentes de consolacion. Locuciones interiores sublimes. Muerte mistica. Union perfecta. Ponela el confesor en rigorosa prueba.

130

CAP. XXXIII.—Reyterase la persecucion de las criaturas. Enviuda su hermana, y pretende entrar al convento, y sufre mucho por esto la M. Francisca. Deseos de padecer males corporales. Consiguelo. Aparecesele Satanàs, y con especiosos raciosinios le causa como à Job tormentos indecibles.

135

CAP. XXXIV.—Purgatorio de deseos, por unirze al sumo bien. Doctrinas superiores. Es consolada

por el Sor. el dia de S. Francisco Xavier, con luces interiores, que explica, con tan inimitable y santa sensillés, que apenas se hallará en parte alguna, trozo semejante.

139

CAP. XXXV.—Rapido vuelo á acia Dios, hasta llegar á la union, que el mismo se digna declarar, por singulares modos. Otros favores extraordinarios. Mortificala el confesor para gran provecho suyo. Oye una voz de Satanás, con tono amenazador, que le anuncia la partida del siervo de Dios, que la dirige.

144

CAP. XXXVI.—Retirase el confesor. Viene otro, y exige, que lo que se le haya de comunicar, sea ante testigos. Vuelven los huracanes de persecuciones, por las criaturas y en su interior; pero es socorrida de lo alto. Anunciasele un gran consuelo, y se efectua, viniendo su director.

147

CAP. XXXVII.—Advertida por el cielo del corto tiempo de vida que le restaba á su hermana, la induce á que apresure su entrada en religion. Varios y particulares sucesos que le ocurren, asistiendola enferma, hasta su muerte, en que se demuestra una imbencible paciencia, sufrimiento y caridad. Maltratala Satanás visiblemente, y de varios modos, pero ella se sostiene con auxilio de Dios en este combate.

150

CAP. XXXVIII.—Dasele á entender en diferentes maneras el estado de salvacion de su hermana, despues que esta murió; y tambien, lo poco en que se deban tener todas las penalidades de esta vida, respecto de la feliz eternidad. Quanto vale un buen confesor. Nuevo y visible ataque del espiritu infernal.

155

CAP. XXXIX.—Entra en una gran soledad, interior. Preciosos conocimientos que en ella se le dan. Escribe un rasgo poetico, movida de superior impulso. Destinanla á la portería, y allí se renuevan sus tribulaciones. Apariciones del mal espiritu, y contradicciones de las criaturas.

159

CAP. XL.—Prosiguen las tribulaciones y és sostenida en ellas por la adheccion y obediencia al con-

fesor. Tentacion de ira, en todo el discurso de su vida. Graves incomodidades que hay, en no seguir en las Comunidades la vida comun, y en la admision de criadas de fuera. 162

CAP. XLI.—*Es confortada y consolada por el Sor., previniendola asi para nuevas penalidades. Qüestions y altercados en la comunidad, para eleccion de Abadeza, refluendo todas contra ella. Vision consoladora de la cruz. Concluye con un acto de absoluto abandono en la voluntad del Sor.* 166

CAP. XLII.—*Afirmase en la obediencia debida al confesor. Desecha sus temores para seguir escribiendo. Nuevos y esquisitos tormentos interiores, con que és provada; y de Satanàs, representandole como culpa, habes escrito esta su vida, y sentimientos espirituales. Doctrina admirable, sobre la inutilidad de los buenos deseos, quando no son seguidos de buenas obras. Aprueba el cielo sus escritos. Acto de humillacion, que dá á estos la indubitable marca celestial.* 170

CAP. XLIII.—*Por una aparicion visible de Satanàs, descubre la ocasion en que se hallaba de pervertirse una joven, y la remedia. Raro suceso acaecido en el coro con toda la Comunidad, á la sierva de Dios. Es fortalecida con otro nuevo favor del cielo.* 176

CAP. XLIV.—*Varias alocuciones ó hablas interiores, con doctrinas provechosas. Destinante de nuevo á ser Maestra de novicias. Sufre mucho en esta epoca. Ynestimable precio de los trabajos. Explica algunos de los que sufrio entonces. Recibe una carta de un religioso, que la refernde y la amenaza, y luego se retracta.* 178

CAP. XLV.—*Muere una religiosa su sobrina, dexandola consolada, con fundadas presunciones de su salvacion. Sublimes doctrinas sobre la caridad fraterna. Suspiros del corazon anelando por diferentes virtudes. Padece una grave enfermedad, y sana con unos sentimientos semejantes á los del Apostol, quando deseaba verse libre del cuerpo de muerte, y unido á su Dios.* 183

- CAP. XLVI.**—*Refiere con circunstancias notables, como obtubo la salud, por la intercecion del gran Patriarca Sto. Domingo. Actos de humillacion profundissima. Molestala Satanás en la combalecencia y las criaturas por varios modos. Contradicciones que sufre al acercarse el Capitulo, y por la profesion de una sobrina suya. Trabajo interior.* 187
- CAP. XLVII.**—*Tratase de eleccion de Abadeza. Dasele à entender por modo exoraordinario, que ella lo serà. Temores que se le originan de esto. Verificase en ella la eleccion, contra el empeño y maniobras de muchos. Experimenta varios desprecios, y oprobios en su prelacia. Estado infeliz en que halla el convento. Dificultades y obstaculos para repararlo. Socorrela Dios abundantemente. Confusiones que la cercan.* 191
- CAP. XLVIII.**—*Vision que la fortalece, y otros auxilios celestiales. Renuevanse los pesares y desprecios. Suceso extraordinario, y muerte repentina del Sindico. Visita del Arzobispo. Entra su hermano de Sindico y se halla en abundancia el convento. Vision que la conturba extraordinariamente.* 196
- CAP. XLIX.**—*Temores de continuar escribiendo. Sosiegala el Sor. Declamacion contra la falta de recogimiento en las religiosas. Remedio del desorden de una de ellas, interviniendo un caso rarissimo. Sufre treinta años de contradiccion de una Monja. Esta se convierte, y muere al cabo de un año. Nuevas enfermedades, trabajos, y tormentos exteriores.* 200
- CAP. L.**—*Recrecen extraordinariamente sus enfermedades, suspendiendose sus simtomas para el cumplimiento de las cosas de obligacion. Sale de la Prelacia. Padece mas duras persecuciones, y trabajos interiores, y exteriores.* 205
- CAP. LI.**—*Con extraño tormento, se le caen todos los dientes y muelas. Otras persecuciones y tribulaciones. Amenaza de Satanàs. Desposorios de Jesus Sacramentado, con su alma, y otras finesas.*

- 1817
- Siente una voz interior que la llama. Dispónese á todo lo que sea voluntad de Dios.* 207
- CAP. LII.**—*Llenase de dolor, sabiendo el desarreglo de una persona su conocida, y por no haber podido recibir á N. S. Sacramentado en la celda. Anuncio de muy grande tribulacion. Ansia por unirse á Dios. Nuevos y misteriosos anuncios para la gran tribulacion. Ventajas de la comunión sacramental, sobre todos los otros favores celestiales. Lo restante del capítulo, mas bien puede admirarse que compendiarse.* 210
- CAP. LIII.**—*Entra en la gran tribulacion, y desamparo interior: efectos que redundaron en lo exterior, por este gran tormento. Pinta el abismo de pena en que se vio sumergida. Vuelve en sí del tormento, que duró siete meses. Cita á la Abadesa para el Sepulcro, y efectivamente, muere á los quince dias de la cita.* 216
- CAP. LIV.**—*Consuelala el Sor. en sus tribulaciones, de diversos modos. Es destinada, á cuidar y dirigir á las novicias. Refiere otros favores del cielo. Dexa un Sacerdote por su medio, una ocasion proxima de pecar, en que vivia; siendo ella estimulada, por impulso superior, á representarle su infeliz situacion.* 222
- CAP. LV.**—*Deseos y suspiros humildes, para lograr la íntima union con Dios. Enseñala el Sto. P. Ygnacio, sublimes lecciones de la humildad, manifestandole, que mientras mas creciere el alma en ella, mas crecerá en la caridad. Alocusion interior, divina y admirable, con que es instruida, y confortada por el Sor. Devocion que siempre tubo á los Stos. Arcangeles. Dirige al confesor sus escritos, temiendo haber errado mucho en ellos. Dice que se siente casi muerta á la irasible, y pide al mismo padre, sus oraciones.* 227

ERRATA.

Pag. 86, L. 35, dice—*cructas*—lee—*crutias*.
